



se

"Cuando dejaron de alimentarla... se buscó el sustento por sus propios medios"

EL JARDÍN IMPÍO

JUAN MIGUEL FERNANDEZ



El jardín impío comienza con un espantoso crimen y continúa como un «tour de force» en el que varios personajes comprenden que cuando no alimentas bien a determinado tipo de seres vivos, ellos tienen las herramientas precisas para garantizarse su supervivencia. Juan Miguel Fernández nos presenta su «opera prima» con esta novela titulada *El jardín impío*. Obra que demuestra la amplitud del género zombi que, lejos de seguir repitiendo los mismos esquemas, se transforma en un género complejo donde se pueden desarrollar todo tipo de historias.



Juan Miguel Fernández

El jardín impío

ePub r1.0

Titivillus 10-02-2021

Juan Miguel Fernández, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



*Para mi mujer, Eva. Ella que si ha
sabido cuidar y alimentar el jardín
de mis pasiones, con el rocío de sus
miradas y el calor de sus sonrisas*

EL JARDÍN IMPÍO

JUAN MIGUEL FERNÁNDEZ

I

LA SEÑORA ROSA

Villa Nova. Invierno de 1987.

Aquella era una fría noche de invierno. Afuera el temporal arreciaba, y el viento arrastraba los helados copos de nieve, haciéndolos danzar en medio de la oscuridad. Los caminos estaban ahora tapizados por aquella manta de blancura y las ramas de los árboles, combadas por el peso de la gélida estación. La joven Rosa observaba fascinada aquel resplandeciente marco desde el otro lado de su ventana. Dentro de casa se estaba muy bien, al abrigo de aquellas paredes de acogedor abrazo. Por supuesto, la calefacción eléctrica caldeaba de forma agradable las estancias de su hogar, y por lo tanto, aquella lengua gélida del invierno y su helado aliento no podían atenazar su piel. Había ocasiones, como aquella, en que la mujer agradecía de corazón el que su marido pudiera hacer uso de tan avanzadas tecnologías. A menudo solía reprocharle el que estuviera tan obsesionado con determinados artilugios de tan moderna naturaleza. Sin embargo, no lo hacía con demasiada inquina, pues sabía muy bien que su amado estaba rotundamente ligado al mundo de la ciencia.

Mientras todas aquellas ideas pasaban por su mente de forma un tanto peregrina, unos murmullos llegaron desde el salón, envueltos en el aire templado que allí se respiraba. La incomprensible cacofonía fue tomando un poco de sentido y de inmediato la devolvió a la realidad. Los tres hombres que habían llamado a su puerta minutos antes, pidiendo cobijo, ya debían de haberse secado y cambiado la ropa.

Parecían bastante jóvenes y hacían gala de una exquisita educación. Su porte elegante, así como sus refinados modales, representaban una excelente carta de presentación. No en vano, se habían presentado a sí mismos como comerciales de una conocida marca de productos de belleza. Por todo ello, la joven no mostró excesivos reparos a la hora de prestarles abrigo bajo su confortable techo. Aunque llevaba ya buena parte de la semana nevando sin parar, horas antes no parecía que fuera a hacerlo nuevamente, pues el cielo había estado despejado, mostrando las rutilantes estrellas durante la primera hora de la noche. Debido a ello los tres jóvenes se habían visto sorprendidos por el repentino azote de una nueva ventisca, y estando donde estaban, no tuvieron más remedio que solicitar ayuda en la casa que tenían más cercana.

—Las prendas de mi marido les sientan como un guante —comentó ella con aire jocoso. Su marido era un hombre de amplias espaldas y aquellos jóvenes eran más bien enjutos de cuerpo, aunque no precisamente esmirriados, ya que parecían gozar

de buena forma física, y las ropas por tanto les quedaban un tanto holgadas. Aunque también es cierto que esta graciosa circunstancia se veía un tanto atenuada por la altura de los chicos, que sobrepasaba ligeramente la del antes mencionado marido.

—Oh, muchas gracias, señora. La verdad es que a nosotros casi todo nos sienta bastante bien —respondió el que parecía mayor y más extrovertido de los tres, mostrando una amplia sonrisa de agradecimiento en el semblante.

Mientras intercambiaban este tipo de comentarios, con intención de establecer un diálogo que hiciera a todos sentirse un poco más a gusto, la joven Rosa entró en el salón, que estaba en la parte trasera de la casa. Aquel era un hogar un tanto peculiar, puesto que estaba ubicado en la zona más alta de ese pueblo. Las casas más cercanas se encontraban un poco más abajo, tras descender por una pista de hormigón y llegando a la cima de una peculiar escombrera, donde años atrás habían construido una barriada. Por tanto, desde gran parte de las ventanas de esa casa se dominaba una hermosa vista de las colinas que delimitaban la zona y una parte sustancial de la villa.

La vivienda gozaba de todo tipo de modernas comodidades, y aunque no era muy grande, era lo bastante amplia como para que una familia pudiera hacer su vida con holgada satisfacción. Incluso a la entrada disponía de un amplio jardín con todo tipo de plantas.

—No sean vergonzosos, por favor, siéntense ustedes en mi sofá y enciendan un rato el televisor. Mientras tanto, yo iré a calentarles algo para que puedan templar sus cuerpos —les invitó ella con gesto afable.

—No quisiéramos abusar de su amabilidad, señora. Ya nos ha mostrado un gran sentido del civismo al dejar que unos desconocidos como nosotros entraran en plena noche en su hogar para poder cambiarse las ropas empapadas. Sin embargo, ahora nos sentiríamos un tanto incómodos al prolongar de forma abusiva nuestra estancia aquí dentro —arguyó el que antes había hablado. Era un joven que aparentaba unos veintisiete años, de complexión atlética, facciones angulosas pero bellas, y cabello muy oscuro que solía llevar peinado hacia atrás. Precisamente en aquellos momentos se lo estaba arreglando con ayuda de un peine que ella les había proporcionado.

—No sea usted tonto. De esta forma me harán un poquito de compañía mientras mi marido regresa de su trabajo. Algunas veces me siento demasiado sola aquí, en esta casa tan solitaria, pues, aunque me considero afortunada de tener un esposo magnífico, en algunas épocas su trabajo le mantiene ocupado y ausente durante buena parte del día.

Al decir aquello pareció como si, por un instante fugaz, en su jovial mirada brillara un ligero destello de tristeza. Esto no les pasó en absoluto desapercibido a sus jóvenes huéspedes. Sin embargo, aquel gesto risueño que desde el principio habían visto iluminar su mirada volvió a ella tan rápidamente que en el fondo no supieron si no habrían sido engañados por algún tipo de efecto óptico.

—Además, a no ser que quieran ustedes llevarse las ropas de mi marido, viéndose de esta forma obligados a volver otro día para recuperar las suyas, aún tienen que esperar un buen rato hasta que estas se sequen del todo. Las puse como bien he podido, desplegadas sobre algunos de los radiadores de mi casa —concluyó antes de irse nuevamente hacia la cocina.

Cuando la mujer se retiró, dejándolos solos otra vez en el salón, los tres jóvenes se sentaron en silencio en el cómodo sofá que había junto a la pared más cercana a la puerta de la estancia, y que miraba justo hacia la ventana del fondo, al lado del televisor. Durante un momento, los tres se quedaron pensativos, y el más extrovertido de todos miró a sus amigos con cierto gesto de complicidad. No había que ser demasiado perspicaz para adivinar qué demenciales conjeturas comenzaban a hilvanarse dentro de aquel cerebro. Por ello, los otros dos enseguida comprendieron lo que estaba pensando.

—Ya habéis oído, chicos —comenzó a decir finalmente, cuidando que su tono de voz no fuera demasiado alto—. Ha dicho claramente que está desesperada por un poco de compañía. Habría que ser muy cortos de miras para no darse cuenta de lo que realmente está insinuando. —Mientras decía aquello su ceja derecha se enarcó en un gesto de mayor complicidad.

—Joder, Arturo, no empieces a decir tonterías —lo cortó uno de sus compañeros al instante. El tercero parecía mucho más tímido que ellos y se limitó a observarles desde la esquina más alejada del sofá—. Simplemente trata de mostrarse amable y ya está.

—Sí, de mostrarse amable, claro —replicó el primero con sorna—. Lleva mostrándose desmesuradamente amable desde el principio. Vamos, no me digas que te parece normal su comportamiento. Está claro que busca algo. Está claro que está desesperada por algo muy concreto. Si no, ¿cómo te explicas que haya dado cobijo a tres extraños en su hogar, estando completamente sola como está? Y luego está esa ridícula forma de dirigirse a nosotros. Parece que es una viajera del tiempo, proveniente de la época victoriana. Lo cierto es que me está resultando hasta gracioso seguirle el juego.

—Pues sencillamente porque es demasiado joven e ingenua como para darse cuenta de que por el mundo hay muchos desgraciados como tú, que tan sólo ven insinuaciones lascivas en donde únicamente hay gestos de amabilidad —sentenció su compañero, cuyos lacios cabellos aún permanecían un tanto húmedos sobre su frente.

La velada discusión tuvo que ser bruscamente interrumpida, pues, aunque los pasos amortiguados de las coquetas zapatillas de andar por casa que la joven Rosa llevaba en los pies no delataron su presencia en el alargado pasillo, sí lo hizo el hecho de que viniera canturreando una alegre melodía.

—Les he calentado un poquito de caldo, pues lo cierto es que tampoco tenía gran cosa a mano. Espero que les guste. De todas formas, si quisieran algo de leche caliente o cualquier otra cosa, hánganmelo saber, por favor, y veré si puedo complacerles.

Antes de que el tipo llamado Arturo dijera algo, su compañero se le adelantó esta vez, indicando que así era más que suficiente y que no querían molestar demasiado.

—Hemos de irnos en cuanto amaine un poco el temporal, señora. No es que menospreciemos su amabilidad, tan sólo que tenemos cosas que hacer —fue la tímida explicación que dio el otro joven, intentando que su compañero interviniera ahora lo menos posible en la conversación. Sin embargo, sus esfuerzos fueron infructuosos, pues tras unos segundos de silencio, Arturo volvió a tomar partido en ella.

—De modo que su esposo aún tardará hoy en llegar —comenzó diciendo, para turbación del otro—. ¿Sería muy impertinente por mi parte preguntarle cuál es el trabajo que mantiene a su marido alejado tanto tiempo de una mujer tan hermosa?

La mujer era verdaderamente tan hermosa como el joven aseveraba. De mediana estatura, quizás un poquito más alta que la mayoría de las mujeres del lugar. Sus cabellos eran oscuros como el azabache, lisos y largos hasta más allá de los hombros, pero con el flequillo recortado sobre las cejas perfiladas. Tenía unos ojos almendrados, enmarcados deliciosamente por unas pestañas largas y curvadas, donde brillaba casi de forma constante una chispa alegre, que a veces era difícil no confundir con coquetería. Su cuerpo era esbelto pero de formas bien definidas, aunque en aquellos momentos permanecían ligeramente disimuladas bajo aquel grueso pijama de algodón. Y si bien este ocultaba parte de sus encantos, no hacía que su atractivo se viera en absoluto atenuado. Pero había un pequeño detalle, un lunar en su pómulos izquierdo, que extrañamente la dotaba de algún tipo de sensual encanto que iba más allá de lo meramente explícito.

—Debe perdonar la indiscreción de mi amigo Arturo, señora —intervino inmediatamente el otro, antes de que ella pudiera decir nada—. Estamos todos un poquito cansados, y seguramente no se dará cuenta de lo incómoda que puede ser para usted semejante pregunta. —Justo al terminar de exponer su disculpa, el joven se dio cuenta de su propia torpeza. Y es que analizando sus palabras, daba la impresión de que insinuaba que su marido desempeñaba algún tipo de profesión inconfesable.

—La verdad es que no me molesta la pregunta para nada —atajó la joven, viendo cómo este segundo interlocutor enrojecía por la torpeza de sus palabras—. Aunque si les digo la verdad, algunas veces ni yo misma sé muy bien lo que hace. —En ese momento se dibujó una expresión de curiosidad, que delataba cierto desconcierto, en los semblantes de sus inesperados invitados. La joven tomó asiento sobre un cómodo butacón que había más allá del sofá, en la posición más alejada de Arturo y cerca del joven que prácticamente no había hablado en toda la noche—. Sé que su trabajo está

muy íntimamente ligado al mundo de la ciencia, la física, las tecnologías electrónicas e informáticas, y los últimos avances dentro de esos terrenos, para mí tan indómitos y a veces desconcertantes. La verdad es que no soy una persona que se considere especialmente tonta o inculta, no en vano desempeño con orgullo mi humilde profesión como profesora de primaria. Pero algunas veces, mi marido me habla de materias tan avanzadas que me resulta difícil seguir sus apasionados razonamientos. En ocasiones me parecen curiosidades interesantes; sin embargo, algunas otras veces me da la impresión de que es un mundo demasiado frío y deshumanizado.

»Como sin duda habrán podido observar —puntualizó luego, posando una vez más su hermosa mirada sobre cada uno de ellos, como si de pronto retornase de las hondas reflexiones que acababa de expresar en voz alta—, nuestra casa, aunque no demasiado grande ni lujosa, no carece, sin embargo, de comodidades de última generación, como una calefacción eléctrica de bajo consumo y alto rendimiento, electrodomésticos provistos de complejos programadores, ordenadores personales que ni tan siquiera algunas de las más modernas empresas pueden tener a su servicio, y un sinfín de pequeños etcéteras.

Tras aquella explicación, se hizo un corto pero incómodo silencio. La alegría y jovialidad de aquella atractiva joven parecía verse un tanto empañada por aquellas cuestiones que acababa de exponer. Era como si mostrase una extraordinaria devoción hacia su mencionado marido, pero por otra parte se sintiera un tanto desangelada ante la entrega desmesurada que este demostraba en algunas ocasiones para con su trabajo.

—Espero, por el bien de la humanidad, que su marido no ose desatender en ningún momento las necesidades de una mujer tan alegre y hermosa como usted. —Ante aquellas atrevidas palabras que Arturo pronunció sin reparos, incluso la extrovertida Rosa sintió cierto resquemor, aunque trató de quitarle importancia al asunto, pues el joven parecía estar de broma, y en realidad sintió que era culpa de ella el que sacase semejantes conjeturas, ya que había expuesto los hechos tal vez con demasiado apasionamiento y sinceridad ante unos completos desconocidos—. No me malinterprete, por favor. Tan sólo quería decir que sería injusto gozar de una suerte tal como la de tener a semejante mujer durmiendo en el mismo lecho y no saber complacerla como es debido.

Aunque Rosa no supo muy bien si aquella última frase la hacía sentir mejor, se dijo a sí misma que aquel hombre tan sólo pretendía ser amable. Sin embargo, ya empezaba a sentirse un tanto incómoda por el cariz que había tomado la conversación.

—Arturo, por favor, te recuerdo que tus palabras pueden estar incomodando a nuestra amable anfitriona —intervino entonces el otro joven, no sabiendo muy bien qué decir ante las desafortunadas afirmaciones de su amigo.

—No se preocupen, no tiene importancia —les aseguró ella—. Además, la culpa es mía, por no saber expresar mis pensamientos con suficiente claridad. No quise decir que mi marido me tenga desatendida ni nada parecido. Al contrario, por Dios. No creo que ningún otro hombre pudiera llegar a hacerme sentir jamás tan feliz. Es apasionado, comprensivo, atento, alegre y un sinfín de cosas que valoro muchísimo. Me siento la mujer más afortunada del planeta.

Tras decir aquello, se volvió a formar otro incómodo silencio. Pero esta vez fue roto bruscamente por un sincero torrente de carcajadas que brotaron con sorprendente alegría desde las entrañas de aquella peculiar mujer.

—Siento estar aburriéndoles con mis historias de joven enamorada. Cualquiera diría que están ante una colegiala que siente por primera vez el certero flechazo de un Cupido especialmente inspirado.

Ante aquellas risas inesperadas, los otros tres sintieron cierto alivio y notaron cómo el ambiente volvía a relajarse. Aunque ciertamente, uno de ellos nunca había llegado a sentirse del todo incomodado, pues para Arturo todo aquello no era sino un entretenido juego, y quizás pudiera ser que incluso disfrutase más cuando la cosa se ponía un tanto tensa.

—Iré a ver cómo están sus ropas —indicó luego ella, levantándose de su butacón con silenciosa rapidez. Su cuerpo flexible algunas veces hacía gala de movimientos tan ágiles como los de una gacela, pero al mismo tiempo llenos de una deliciosa gracilidad.

—Es evidente que has terminado con su paciencia, Arturo. Algunas veces no sabes dónde está el límite —amonestó a su amigo el otro joven—. Ha tenido que retirarse para no mostrar su turbación, pues está claro que nuestras ropas no pueden estar secas todavía, y tan sólo usó eso como excusa para poder ausentarse de nuevo —ahora el tono de voz utilizado por el hombre era mucho más bajo que anteriormente.

—Vamos, Johnny, deja de fastidiarme ya la noche. Si no quieres unirme a la fiesta, nadie te está obligando a que lo hagas. Yo por mi parte no pienso desatender la llamada que este encanto de mujer claramente nos está lanzando con su mirada y sus constantes insinuaciones. —Mientras decía aquello ya se ponía en pie con lenta determinación, mirando a su amigo fijamente a los ojos con un destello de lujuria en la mirada—. ¿Tú qué dices, Walkie, te unes a la fiesta o te quedarás aquí pasmado mirando las tonterías que dan por la tele?

El aludido miró a su vez con tímido gesto hacia Arturo. Parecía un tanto asustado ante la actitud del otro, sin embargo, no se atrevió a contradecirle en ningún momento.

—Yo... yo prefiero quedarme aquí —fue la escueta contestación que pudo apenas articular entre lo que casi parecían balbuceos.

Antes de que Johnny pudiera hacer algo para detener a su enfebrecido compañero, este ya se había acercado hasta el umbral de la estancia y llamaba a su anfitriona fingiendo solicitar ayuda.

—Señora Rosa, me gustaría que nos aclarase una cosa si no es molestia —comenzó a decir alzando la voz—. Lo cierto es que no tuvimos tiempo de averiguar el nombre de esta barriada, pues justo al internarnos en ella fue cuando el temporal nos pilló desprevenidos.

Los otros dos se quedaron a solas en el salón, mirándose con gesto confuso pero sin saber muy bien qué hacer.

El pasillo de aquella casa era largo, pero gozaba de buena iluminación. Bajo sus techos habían colocado planchas de escayola para reducir su altura con respecto al suelo, lo cual era bastante novedoso para la época, y en lugar de aparatosos candelabros, habían empotrado potentes óculos a todo lo largo. La luz de aquellas lámparas bañaba las paredes, que de mitad para arriba estaban pintadas de blanco y de mitad para abajo lucían un pronunciado gotelé color vainilla. Había un armario que hacía las veces de zapatero a mitad del pasillo, hecho con madera de roble y con una pesada plancha de mármol que servía de repisa. Sobre el mueble, colgando de la pared, había un espejo ancho y de poca altura, cuyo marco de oro estaba decorado con detalles en relieve de graciosos querubines tocando la trompeta.

Al mirarse en él con gesto seductor, Arturo se dio cuenta de que el reflejo de la joven se proyectaba a su lado, desde la habitación que había justo a su espalda. La señora Rosa permanecía allí dentro en completa oscuridad, observando con aire melancólico el paisaje invernal a través de la ventana.

El hombre se dio la vuelta extrañado ante el aparente cambio en la actitud de su anfitriona. Ahora que tenía ganas de fiesta, no estaba dispuesto a dejar que nadie se las chafara.

—¿Se encuentra usted bien, señora Rosa? —preguntó de inmediato con fingido interés.

La mujer se giró un tanto sobresaltada, saliendo bruscamente de su ensimismamiento.

—Me ha asustado, no le había oído llegar —dijo al fin, un poco más calmada desde el otro lado de aquella habitación que a todas luces parecía tratarse de su propio lecho conyugal.

Salió rápidamente de allí, cerrando tras de sí la puerta y ya visiblemente incómoda ante tanta impertinencia como mostraba ahora su huésped.

—Lo cierto es que me encuentro un poco rara. He visto... he visto que el temporal se ha reducido ya a un simple gotear de pequeños copos de nieve —expuso luego atropelladamente con evidente nerviosismo—. No quisiera parecer grosera,

pero debo pedirles que se retiren ya. Por las ropas no hay problema. Pueden volver otro día a por ellas si quieren, o si no, pueden llevárselas en algunas bolsas. Ya me darán sus direcciones para recuperar las que yo les presto.

Mientras hablaba con creciente impaciencia, el hombre iba acercándose a ella lentamente, con un brillo lujurioso en la mirada que no hacía sino incrementar su nerviosismo. Al final, su espalda encontró la dura superficie de la puerta de su cuarto y ya no pudo recular más. Arturo posó su mano sobre la hoja de madera, inclinándose hacia ella hasta que sus cabezas casi rozaban la una con la otra.

—Oh, vamos, señorita Rosa —dijo a continuación, enfatizando su nombre con lascivia—. ¿No me dirá que ahora ya no siente ganas de satisfacer sus más bajos instintos, con tres sementales como nosotros?

Un destello suplicante delató en la mirada de la mujer el terror que la atenazaba ya en ese momento. El hombre pensó que estaba a punto de llorar, pero aquello, lejos de mitigar su sed de sexo, no hizo sino acrecentarla considerablemente.

—Mi marido tiene que estar al llegar —lo amenazó con apenas un tímido hilillo de voz.

El terror paralizaba sus miembros y estrangulaba su voz de forma alarmante. Sin embargo, esto cambió muy pronto, ya que su propio instinto de supervivencia puso en funcionamiento sus mecanismos de defensa más básicos.

Sin pensárselo dos veces, propinó un rápido rodillazo en la entrepierna del hombre, quien, viéndose sorprendido por tan inesperada acción, no tuvo tiempo de protegerse. Arturo se dobló sobre sí mismo emitiendo un ahogado quejido, mientras la joven aprovechaba para salir corriendo por el pasillo en dirección contraria al salón, es decir, hacia la puerta de salida de su casa. Con una mano tiró del pasador que accionaba la cerradura y abrió la pesada hoja de madera, saliendo al exterior sin importarle el frío que hiciera afuera ni las escasas ropas que llevaba encima. Quería llegar cuanto antes a la pequeña barriada que había un poco más abajo, descendiendo por aquella empinada pista de hormigón, que ahora permanecía cubierta completamente por un manto de nieve. Al internarse en el jardín que decoraba la entrada de su hogar, trastabilló aparatosamente debido a una pequeña placa de hielo que había justo ante la puerta, y a punto estuvo de caerse de bruces sobre la nieve. Sin embargo, consiguió mantener el equilibrio a tiempo, pero esto no le sirvió de mucho, ya que justo entonces sintió cómo el hombre la agarraba por uno de sus hombros, ahogando rápidamente el grito que nacía dentro de su garganta con la otra mano.

—¿A dónde quieres irte tan pronto, si todavía no ha empezado la fiesta? —le susurró al oído con tono diabólico. A continuación arrastró su cuerpo nuevamente hacia el interior de la casa, haciendo gala de una fuerza que la mujer jamás habría adivinado en un cuerpo tan delgado.

Una vez dentro, la tiró al suelo de un fiero empujón. La joven sollozaba desesperada, notando cómo le faltaba el oxígeno, debido al ataque de ansiedad que parecía estar apoderándose de ella.

—No me haga daño, por favor —suplicó entre jadeantes lamentos. Pero el hombre propinó un violento puntapié sobre su cara y se abalanzó sobre ella, tapándole la boca otra vez con una mano, en previsión de que pudiera comenzar a gritar. La mano que tenía libre comenzó a deslizarse con impaciencia y rigidez entre sus piernas, mientras gruñía ya excitado por completo.

—¡Arturo! ¡No puedo creer lo que estás haciendo! —gritó su amigo Johnny desde la mitad del pasillo. Hasta entonces su mente se había estado debatiendo acaloradamente entre dos pensamientos. Algo nuevo había hecho conexión dentro de su mente y el joven intentaba ignorarlo a toda costa, tratando de decirse que él no era como su amigo. Pero poco a poco, lentamente, un sentimiento oscuro iba apoderándose de su voluntad.

—Vamos, Johnny. No me dirás que tú no sientes las mismas ganas que yo de probar este dulce bocado —musitó Arturo con una voz que ya no parecía la suya. Era como si hubiera sufrido una extraña transformación, un cambio terrorífico que le había rebajado a la categoría de criatura preternatural—. Mira su cuerpo, cómo se convulsiona igual que el de una serpiente atrapada bajo las garras poderosas de un ave. Mira su rostro lacerado, cómo suplica sentir tu calor.

La joven se debatía desesperadamente bajo los poderosos brazos de su agresor, aún tumbada en el frío suelo. Johnny la observó detenidamente, y su mente se abandonó de forma definitiva ante aquella extraña tentación que el mismo diablo parecía estar proponiéndole. La mujer le miraba suplicante, intentando pedir ayuda, zafarse de aquella mordaza humana que era la mano de Arturo. Aquel lunar que aún lucía en su pómulo izquierdo, que no había sido deformado como el derecho por los duros golpes que Arturo le propinara, hizo que la voluntad de Johnny cediera definitivamente.

—No seas hipócrita, Johnny. Lo estás deseando con toda tu alma. Lo estás deseando tanto como yo. Además, tú no tienes la culpa de que ella nos haya estado provocando todo el tiempo. Lo ha estado pidiendo a gritos desde que abrió las puertas de su casa de par en par, invitándonos a su fiesta privada. Ha estado pidiéndolo todo el tiempo, amigo mío, todo el tiempo. Seguro que disfrutará de esto tanto como nosotros. Créeme, Johnny, no tienes nada que temer. No te arrepentirás de participar en esta fiesta.

Afuera había dejado de nevar y el cielo comenzaba a despejarse. Las nubes mostraban pequeñas franjas de cielo estrellado entre los desgarrones de sus grisáceos cuerpos. Las laderas de los montes presentaban un aspecto gélido, con aquellos mantos de nieve reflejando la escasa luz que les llegaba desde los cielos, pues en

ocasiones, la luna llena asomaba su faz entre aquellos ventanales que se abrían en las vaporosas techumbres.

En algún bosque lejano un lobo aulló a la muerte, lanzando su quejumbroso lamento, que reverberó entre las paredes de las montañas con fantasmal desencanto. La villa entera parecía dormir con cierta placidez, ajenos todos al horror que una persona sufría en sus carnes bajo el abrigo de las paredes de su propia casa. Cada ser humano buscaba el refugio y la seguridad incierta que sus pesadas mantas le otorgaba en aquella fría noche.

Unas lágrimas cargadas de angustia cayeron sobre las baldosas de aquel pasillo, rodando con pesadez por el rostro lacerado de la mujer. Los jadeos infernales, como de bestia inhumana, que aquellas criaturas mal llamadas hombres emitían a cada segundo, llegaban a sus oídos cual eco proveniente del inframundo más deplorable. La frustración, la impotencia y la rabia ardían en sus entrañas, haciendo que se sintiera deseosa de no ser quien era en aquel momento, de no existir, de que sus recuerdos, su pasado y todo lo que significaba su vida se diluyeran por siempre en la nada más absoluta. Por si fuera poco sufrimiento el sentir aquel aliento apestoso sobre su nuca, aquel roce insoportable contaminando su piel y esos gemidos enloquecedores, tenía que soportar también el peso de su propia conciencia, quien le gritaba con desesperación que hiciera algo por evitar aquel infierno. Pero la naturaleza de su constitución obraba en su contra, pues por muy grande que fuera la rabia que latía en sus entrañas, jamás podría doblegar la fuerza de aquellas bestias que la sometían sin piedad alguna.

En el umbral de una puerta, medio oculta entre las sombras que inundaban el salón de la casa, se dibujaba la figura de un tercer hombre. Era aquel tímido personaje que apenas había intervenido en las conversaciones mantenidas con la joven Rosa. Aunque no era activamente partícipe de aquella atrocidad, observaba con pasividad toda la escena, sin hacer nada por evitar el crimen que ante sus narices se estaba perpetrando. Jamás habría podido imaginar que sus propios compañeros fueran capaces de tamaña vejación. Sin embargo, su propia cobardía le hacía cómplice de todo aquello, pues no dudó en anteponer su seguridad frente a la alternativa de salvar a la joven.

Los gritos ahogados que llegaban hasta sus oídos eran como una tortura insoportable. Hasta tal punto sintió que le laceraban el alma, que incluso empezó a desear que alguno de sus compañeros terminara con la vida de la mujer cuanto antes. Es más, rezó para sus adentros para que así fuera.

Fue entonces cuando vio aquellos otros ojos en los que hasta entonces nadie había reparado. Era una mirada cargada de desesperación. La palidez más absoluta había decolorado el rostro del hombre que, con aliento contenido, contemplaba la escena.

Por un momento dudó si alertar al resto de lo que estaba viendo, pero algo en la expresión de ese intruso hizo que enmudeciera por completo. Parecía estar ante un auténtico moribundo, pues, aunque se mantenía completamente erguido allí fuera, a unos cinco pasos del umbral de la casa, con su traje de ejecutivo y sosteniendo su maletín metálico en la mano izquierda, algo en su gesto recordaba a la misma muerte.

Las manos de Rosa se crisparon sobre los baldosines del suelo. Mirando hacia afuera vio entonces la figura de su marido, rígido por el miedo y la angustia. Sus uñas se partieron mientras le contemplaba, dejando regueros de sangre en su trayectoria. Una última palabra surgió de sus constreñidos pulmones, mientras el pecho de su agresor la aprisionaba contra el suelo cada vez con más violencia. La mano del otro hombre se cerró como una poderosa garra en torno a su cuello, y entonces sintió cómo la vida se le escapaba lentamente y cómo todo se difuminaba a su alrededor.

Entre aquellas brumas que entorpecieron su visión, pudo ver sin embargo, y antes de exhalar su último aliento entre estertores de agonía, cómo alguien penetraba en su hogar esgrimiendo una enorme hacha. Al fin su amado se había decidido a intervenir. Al fin había conseguido vencer el miedo, la desesperación o aquello que fuera lo que le había mantenido paralizado hasta entonces.

La sangre de aquella mala bestia que tenía sobre su cuerpo regó entonces su rostro, manando profusamente por la herida que el hacha abrió en el cuello de su agresor. Los dos violadores habían estado todo el tiempo de espaldas al recién llegado, quien les sorprendió haciendo uso de una inusitada violencia y rapidez, fruto del más puro y latente sentimiento de venganza. Pues esa misma era la palabra que apenas había podido oír brotar entre los labios deformados de su mujer... Venganza...

El tajo de la herramienta, que el marido de Rosa siempre tenía a mano en el jardín, hacía tiempo que no era afilado debidamente y ahora estaba un poco herrumbroso y mellado. Normalmente usaban el hacha para cortar trozos de leña y usarlos en una parrilla que tenían en la parte trasera de la casa. Pero como hacía mucho que no asaban nada allí, debido al escaso tiempo del que el atareado hombre disponía, el artilugio había caído en desuso durante los últimos años. No obstante, aún pudo segar la vida de aquellos malnacidos con suficiente eficacia.

Ahora tan sólo quedaba uno con vida, y le miraba preso del terror desde la entrada de su salón, justo al otro extremo del pasillo. El joven le observaba, ateridos sus miembros por un frío que no era fruto sino del mismo pánico, mientras el otro jadeaba por el terrible esfuerzo que acababa de realizar. Aunque la calefacción seguía dada, la puerta abierta de par en par dejaba entrar el aire gélido de afuera. Pero había algo allí cuyo origen preternatural hacía que se sintiera en los mismos huesos un frío insoportable. Los cadáveres de sus amigos yacían atrozmente decapitados. La sangre bañaba el suelo, filtrándose entre las juntas de las baldosas.

El recién llegado avanzó unos pasos con la mirada vacía, sorteando los cuerpos que bajo él seguían rezumando sangre. Tenía la camisa, las mangas de la chaqueta y el semblante teñidos por el rojo fluido que le había salpicado. Observó el rostro de su mujer, sintiendo cómo la más terrible pena hacía mella en su corazón, perforándolo como un grueso clavo.

—¿De qué maldito infierno habéis venido? —musitó al fin, deshaciéndose entre lágrimas de dolor—. ¿De qué jodido infierno habéis venido para destrozar nuestras vidas?

Su voz surgía envuelta en un eco de pura rabia y se iba intensificando por momentos. Varios botones de su camisa habían saltado por los aires debido al esfuerzo que acababa de realizar, y su corbata pendía ahora sobre su fornido pecho con el nudo a medio deshacer. Alzó el rostro de nuevo, posando su mirada otra vez en aquel miserable que tenía a unos metros frente a él.

El joven quiso hablar, defenderse, mostrar su inocencia en todo aquello. Pero un poderoso sentimiento de culpa paralizó sus cuerdas vocales haciendo que tan sólo emitieran un gutural quejido que lejos estaba de parecer una palabra humana.

El otro jadeaba cada vez con más fuerza y su ceño se frunció en una expresión de pura ira. En esos momentos la rabia anesthesiaba y anulaba misericordiosamente cualquier otro sentimiento que pudiera bullir dentro de su alma. Tuvo la certeza de que, mientras alguna de aquellas bestias inhumanas siguiera con vida, tendría algo con lo que descargar toda su furia y así podría mantener durante algunos minutos más todos aquellos otros sentimientos a raya. Tendría que prolongar el sufrimiento de aquel miserable. Tendría que darle una muerte lenta y agónica, para que así su cerebro tan sólo funcionara a un nivel básico e instintivo, abandonado a una locura de sangre y violencia.

Mientras maquinaba todo aquello, con la mirada reflejando una demencia absoluta, la mano que esgrimía el hacha aflojó sus dedos en torno al mango y dejó que la herramienta cayera sobre el suelo, produciendo un sonido hueco. Esto no alivió al otro joven en absoluto, pues por la expresión que su oponente exhibía en el rostro, supo que la sed de venganza aún no se había aplacado del todo en sus entrañas. Una risa histérica brotó entonces de aquel ser compungido, confirmando tales sospechas.

El marido de la difunta Rosa se giró, encarando el espejo que tenía justo a su izquierda, aquel en el que pocos minutos antes se había mirado el agresor de su esposa. En un arrebato de locura, se acercó a él y comenzó a propinarle brascos cabezazos, lacerando todo su rostro y el cuero cabelludo, resquebrajando la superficie cristalina, e incluso incrustándose pequeños fragmentos en su ojo izquierdo y en sus mejillas. La sangre manó a borbotones de sus heridas, pero el dolor de aquellas, más que una tortura, significaba un bálsamo con el que mantener enterrados los pensamientos que intentaban hacerse camino a través de su mente. El hombre gritaba

mientras aporreaba el espejo, y fue entonces cuando el otro se dio la vuelta para, en un desesperado intento, correr hacia la ventana del salón, a ver si por allí podía escapar de lo que prometía ser un destino aterrador.

Apartó los gruesos cortinajes con torpe desesperación. Sus movimientos eran lentos pues, acuciado por la premura, se sentía como medio paralizado. Los pasos sonaron al fin, lentos pero inexorables a su espalda, y aquella risa histérica del otro sonó ya a unos pocos metros.

Nadie debió oír entonces su último grito en mitad de la noche, pues la mano firme de su ejecutor tapó a tiempo su boca, mientras segaba su yugular con uno de los trozos de cristal de un certero tajo.

La sangre regó las cortinas blancas, y aquella horrible visión fue la última que pudo contemplar el tercero de aquellos malhadados jóvenes que esa noche osaron profanar el hogar de una feliz pareja como aquella que fueran Rosa y su marido.

EL AMANTE ARREPENTIDO

Mientras observaba el exterior, a través del hueco que quedaba entre los cortinajes de la ventana, el marido de la difunta Rosa intentaba ignorar el dolor, aún latente en las cicatrices que surcaban su rostro. Aquellas horribles marcas parecían no dejarle olvidar jamás el tormento sufrido en el transcurso de aquella aciaga noche, apenas unas semanas atrás. Aunque las heridas de su carne estaban cicatrizando, el dolor permanecía ardiente casi como en los primeros días y sentía un constante palpar por toda su cara. Un tosco parche cubría su párpado izquierdo, bajo el cual ya no existía ojo alguno. Sin embargo, todas aquellas preocupaciones no eran nada comparadas con el insoportable martirio que atenazaba su corazón y su alma desde que ocurriera todo aquello. El recuerdo de su esposa, tumbada en el suelo y sometida miserablemente por aquellos endemoniados violadores, era el dolor más insoportable de todos cuantos le afligían.

Sin embargo, en aquellos instantes, otra preocupación mucho más mundana mantenía sus pensamientos en constante ebullición. Aunque era un problema de menor categoría, no podía ignorarlo en absoluto y debía darle alguna solución cuanto antes.

—Maldito entrometido —musitó mientras seguía observando entre las cortinas, a través de la ventana de su habitación—. ¿Por qué no te vas a meter las narices a otra parte?

Durante aquellas últimas semanas había caído preso de la peor depresión que jamás sufriera en su vida, y lo cierto es que motivos no le faltaban en absoluto para ello. Mostraba un aspecto totalmente desaliñado. Apenas comía, dormía unas tres o cuatro horas al día, y nunca se cambiaba de ropa. Aunque no salía de casa, se mantenía vigilante la mayor parte del día. Y pese a que los directivos de la fundación para la que trabajaba le habían asegurado que se ocuparían de todo el asunto, él desconfiaba cada día más. Primero había sido aquel agente de la Policía judicial. Había estado merodeando por la zona durante un par de días, haciendo preguntas a todo el mundo, como él pudo observar desde aquella casa, que ahora se había convertido en su guarida. Y ahora era este otro engreído.

Sus jefes querían mantener todo el asunto de los tres violadores completamente en secreto. Pretendían que la muerte de Rosa no tuviera nada que ver oficialmente con la de esos tres salvajes pervertidos. Y para ello habían entretejido una historia perfectamente creíble: la de que su mujer había perecido en un dantesco accidente de tráfico durante las vacaciones que ambos habrían pasado en algún país extranjero.

Eso también explicaría los cortes de su cara, así como la pérdida de su ojo izquierdo. Decían que no les iba a representar ningún problema el ocuparse del asunto y mantenerle al margen de la misteriosa desaparición de aquellos tres hombres, cuya noticia ya había saltado a los titulares. Necesitaban a su mejor hombre alejado de problemas judiciales y aseguraban tener el poder suficiente como para encubrir todo aquello. Lo de su mujer tampoco representaría mayor inconveniente, salvo, por supuesto, en lo concerniente al dolor que sufría. Querían que ambos asuntos no trascendieran a la opinión pública de forma demasiado escandalosa.

Aunque el hombre no se podía ni imaginar cómo iban sus directivos a arreglárselas para cumplir con todo aquello que decían, decidió dejarlo en sus manos, delegar por completo en ellos. Bastante tenía él con su dolor. Era conocedor de las poderosas influencias que tenía su empresa en todas partes, sin embargo, eso era algo en lo que prefería no haberse entrometido nunca. Él hasta entonces se limitaba a realizar su trabajo y nada más. Lo cierto es que aquel agente de la Policía judicial no había vuelto a aparecer por allí, y tampoco le había molestado a él personalmente. Pero ahora había otro intruso merodeando por el lugar y eso había acrecentado su estado de nerviosismo.

Por su aspecto, y por la forma de dirigirse a la gente del lugar, enseguida dedujo que se trataba de un periodista. Aquellas sabandijas engreídas siempre tenían que estar metiendo el sucio hocico en todas partes.

Tenía la cabeza hecha un lío. Ahora que ella ya no estaba, la única razón de su vida era ver cómo tantos años de investigación, de absoluta entrega a sus proyectos, se veían al fin culminados en la obra maestra que se estaba gestando subrepticamente, al abrigo de los insondables muros de la fundación, y bajo su propia batuta. Tenía que poner al fin la última piedra de aquella inmensa obra faraónica de la ciencia, la cúspide de su gran creación. Se lo debía a ella, pues sentía que por culpa de su trabajo había desperdiciado toda una vida de tiernos romances. Ahora que Rosa no estaba, no podía dejar inconcluso aquello por lo que la había dejado tantas noches relegada a un segundo plano. Sin embargo, nada de eso sería posible si aquellos malditos engreídos seguían metiendo sus sucias narices donde nadie los llamaba.

Mientras todos aquellos pensamientos desfilaban por su mente, apretó los puños con fuerza, deseando poder golpear al hombre que seguía interrogando a una de sus vecinas allá abajo, en la barriada que se extendía bajo la loma en que estaba su casa. Este conjunto de edificios se levantaba sobre una enorme escombrera, allí donde una cordillera delimitaba el lugar por la cara sur. Las viviendas, de dos pisos, habían sido construidas de forma que quedaban alineadas en la parte más interna, dejando una pista asfaltada entre la acera que las recorría y una franja de hierba segada con varios bancos a modo de paseo. Desde aquella improvisada zona verde, donde se agolpaban algunos tendales, se podía contemplar la mayor parte del pueblo: el campo de fútbol

con sus terrenos arenosos en la ladera de enfrente; la plaza central allá abajo, donde la cancha, junto con el pequeño parque, que estaban rodeados por la iglesia y el sencillo supermercado, y luego el resto de barriadas que se esparcían por el valle. La carretera comarcal se extendía allí abajo como una arteria sinuosa, partiendo la aldea por la mitad.

—Ojalá pudiera saber qué es lo que estás preguntando, maldita alimaña —musitó el hombre, quien aún continuaba escudriñando a través de su ventana.

Aquel tipo parecía bastante joven. Vestía con pantalones de color caqui, provistos de amplios bolsillos en sus perneras; jersey de cuello de cisne, y una fresca chaqueta de color marrón. Estaba claro que intentaba mostrarse amable con la mujer a la que ahora se dirigía, con intención sin duda de poder sonsacarle alguna información que le resultara valiosa.

El corazón del hombre se aceleró repentinamente, al contemplar cómo la mujer, una señora madura de pelo rubicundo a la que apenas conocía, señalaba claramente en dirección a su hogar, unos metros por encima de la posición donde se encontraban ella y su interlocutor. El supuesto periodista alzó la vista hacia el lugar que le habían indicado, y luego asintió esbozando una sonrisa, dando seguramente las gracias a la mujer.

Pocos minutos después, el hombre contempló alarmado desde otra de las ventanas de su casa cómo el joven periodista ascendía ya por la pista de hormigón, camino del jardín que había ante la entrada de su hogar.

El chirriante sonido de la verja le hizo enfurecer más todavía. Aquel entrometido estaba teniendo la desfachatez de colarse en su propiedad. Llevaba bajo el brazo un portafolios y exhibía una mirada de atenta curiosidad. Sus pasos se mostraban lentos pero decididos mientras cruzaba el estrecho camino que iba a dar a la puerta de entrada. Mientras tanto, escudriñaba con descaro todas aquellas plantas, algunas de ellas de exótica naturaleza, fascinado seguramente por su belleza. En un rincón del jardín, también se podía contemplar un hermoso estanque de aguas verdosas, donde unos nenúfares flotaban lánguidamente sobre la superficie tranquila de las mismas.

El marido de la difunta Rosa agachó la cabeza entonces, abatido. Recuerdos de otros tiempos mucho más felices atormentaban su mente, desfilando con asombrosa rapidez ante sus ojos cerrados. Aquel jardín era la huella más visible de todo cuanto había obrado su amada en vida. Cada hermosa planta, cada pincelada de color que allí brillaba con alegría, cada brizna de aire que flotaba sobre el lugar, llevaba implícita la esencia de aquella mujer. Se había dedicado en cuerpo y alma durante años a hacer que ese jardín rebosara belleza por los cuatro costados. Quizás era la forma de hacer que tanta ternura no se marchitara dentro de ella, puesto que su marido no supo quererla como de verdad se mereció. Ahora ella estaba muerta y el jardín había sido terriblemente profanado. Bajo todas aquellas plantas, en las entrañas mismas de la

tierra que su mujer tanto había amado, yacían enterrados los cuerpos corruptos de aquellas bestias inmundas.

El sonido del timbre devolvió al hombre a la realidad. El joven llamaba por fin a su puerta, violando la intimidad de su tormentoso luto. Se arrastró hasta la entrada aún con el sucio pijama por única vestimenta. Durante unos segundos, observó al intruso que había invadido su jardín a través de la mirilla. Parecía un tanto impaciente. Estuvo a punto de no abrir la puerta, sin embargo algo le impulsó a hacerlo en un último momento.

—¿Qué es lo que busca? —espetó sin miramientos, apenas asomándose entre el marco de la puerta y la gruesa hoja de madera barnizada.

El otro reaccionó al instante, sobresaltado ante el aspecto del hombre que le hablaba y la brusquedad con que lo hizo. Su primer impulso fue dar media vuelta y salir corriendo. Pero era un periodista, y su trabajo requería cierto arrojo y, en algunos casos, falta de escrúpulos.

—Perdón, señor. Espero no molestarle. Soy Pedro Jiménez, del diario Alba —se presentó atropelladamente, sin poder disimular su extrañeza y nerviosismo. Extendió su mano temblorosa para mostrar una tarjeta con sus credenciales—. Tan sólo deseaba hacerle unas preguntas. Estoy cubriendo el extraño caso de unos jóvenes comerciales desaparecidos hace apenas unas semanas. Las últimas investigaciones de la policía sitúan su paradero posiblemente en algún lugar de este pueblo. —El joven se sentía terriblemente abrumado ante la mirada llena de ira que le lanzaba el otro con un solo ojo. Ya no sabía muy bien lo que decía, pues el temor ofuscaba su mente—. Una señora... una señora que vive por aquí cerca me aseguró haberlos visto el día de su desaparición, dirigiéndose a esta misma casa.

—No sé nada de lo que me cuenta. Yo por aquel entonces estaba lejos de aquí, de vacaciones en otro país —le espetó secamente el hombre—. Si no le importa, mi esposa ha fallecido hace muy poco y quisiera poder llorar su muerte sin más sobresaltos.

—Lo... lo entiendo, señor. Le acompaño en el sentimiento —se disculpó ruborizado el periodista.

—Usted no siente absolutamente nada. Lo único que lamenta es no haberme sabido sonsacar más información para su estúpido reportaje, debido a la torpeza de su proceder. ¿Acaso piensa que no puedo adivinar lo que está pensando? Cree estar sobre la pista de algo importante. Está seguro de que puede llegar muy alto después de tantos batacazos en su trabajo. Está cansado de cubrir noticias sin trascendencia alguna, meros chismes que encuentra rebuscando entre los callejones hediondos de alguna ciudad. Será mejor que no siga perdiendo el tiempo en este lugar. Ya le he

dicho que estoy muy abatido por la accidental muerte de mi esposa, y sería de agradecer que no me trajera más quebraderos de cabeza.

Una vez dicho esto, el hombre se dio cuenta de que había hablado demasiado. Su subconsciente le acababa de traicionar. Todo aquello sonaba bastante a amenaza. Lamentó profundamente entonces el haberse dejado llevar por la ira de esa forma. Pero él no podía con aquello. La hipocresía implícita en el falso pésame que acababa de recibir fue la gota que colmó el vaso.

—Buenas tardes, joven. Y perdone mi conducta, pero como he dicho, no estoy pasando por muy buenos momentos —se disculpó vagamente, en un desesperado intento por parecer menos agresivo. Acto seguido cerró la puerta ante las mismas narices del periodista, sintiéndose cada vez más confuso y aturdido. Supo al momento que acababa de meter la pata.

El traqueteo del Fiat 128 casi hacía que sus ideas chocaran entre sí dentro de su cabeza. El motor del coche emitía un rugido quejumbroso mientras se incorporaba a la carretera comarcal, tras haber descendido la pronunciada cuesta que separaba la barriada alta del resto de la villa. Pedro Jiménez tenía muy claro que aquel hombre estaba escondiendo algo importante. Lo podía oler, pese a que nunca había sido un periodista muy avisado. De hecho, todos en su redacción solían burlarse de su escasa perspicacia, de su falta de olfato para las noticias y su nulo sentido del tacto a la hora de entrevistar a la gente. Era un milagro que todavía siguiera conservando su empleo en el diario. También era bastante extraño que sus peticiones para encargarse de aquel caso hubieran sido escuchadas por sus jefes. Lo más seguro es que todos pensaran que aquel era un asunto sin demasiada repercusión. Pero algo le decía todo lo contrario. Una especie de sexto sentido se había activado dentro de él en el momento mismo en que había pisado el suelo de aquel jardín. Allí había algo más.

—Ese hombre esconde algún tipo de secreto inconfesable tras esa fachada de esposo abatido y destrozado —musitó, mientras encendía un cigarrillo que sostenía aprisionado entre sus labios—. Lo que no consigo entender del todo es esa extraña sensación que invadió mi cuerpo cuando crucé la entrada del jardín. —Tras decirse aquello, restó importancia al hecho, considerando que se trataba tan sólo de algún tipo de corazonada. Seguramente la noticia de su vida estaba allí mismo, junto a aquella casa, y por eso su percepción de periodista intentaba agudizarse—. Sea como fuere, no puedo dejar pasar esta gran oportunidad que me brinda el destino. Creo que ya va siendo hora de que mi suerte pegue un cambio radical.

Entre tanto, no muy lejos de allí, el viudo de Rosa permanecía sentado sobre el sofá de su salón, con la cabeza hundida entre los hombros. Frente a él, en la pequeña mesita que ocupaba el centro de la estancia, había varias cartas antiguas, junto con un

diario que había pertenecido a su difunta esposa. Nunca se habría permitido violar la intimidad de sus páginas estando ella aún con vida. Pero ahora era diferente. La joven ya no estaba y no podría escuchar su voz nunca más. Aquellas palabras escritas eran la única forma que tenía de revivir su encanto, su ternura, su esencia misma. Ya había leído una parte sustancial del manuscrito durante el transcurso de aquellas últimas semanas. Por eso ahora, al mismo tiempo que abatido, se sentía en parte horrorizado. No podía dar crédito a lo que estaba descubriendo sobre la mujer con la que había compartido su vida hasta hacía muy poco.

«¿Qué es lo que hiciste, vida mía?»; el hombre meditó para sus adentros, sin poder evitar que su único ojo se humedeciera por las lágrimas. «Aunque mejor dicho, debería preguntarme qué es lo que te hice yo. Desatendí tus necesidades más básicas en el plano afectivo. Fui un marido frío y distante, que antepuso su propia ambición a la ternura de unos besos cálidos. Te traté con respeto y dignidad, y sin embargo, más que un amor, me convertí para ti en un simple compañero, alguien con quien solías comer y dormir de vez en cuando. Yo, y sólo yo, soy el culpable de que tuvieras que buscarte otras pasiones, de que te entregaras ciegamente a los brazos mismos de la locura al verte doblegada por tan amarga soledad. Pero ¡Dios bendito!, jamás imaginé que estaba gestándose en ti semejante tipo de demencia. Todo esto no son más que delirios de una persona abandonada a su propia enfermedad mental».

Aquel volumen, más que un diario propiamente dicho, era un grueso manuscrito donde se incluían varias páginas a modo de apuntes. Las notas hacían referencia sobre todo al mundo de la botánica, y más en concreto a un tipo muy especial de planta. El hombre venció sus propios escrúpulos para poder leer una vez más aquellas palabras. Necesitaba recrearse en su propia repugnancia, pues una vez conocida la aberrante realidad, ya nada cabía hacer sino llegar hasta el fondo del asunto.

El título de aquel legajo rezaba lo siguiente: Joya Babilónica. Y bajo el mismo se podía leer el texto que continúa:

Esta es una planta única. De naturaleza sobrenatural, también algunas veces puede llegar a mostrar su lado oscuro. Todo depende del alma de quien la cuida. Nunca otro espécimen ha logrado mostrar la magnificencia de la madre naturaleza en tamaño grado de esplendor. Todo aquel jardín que goce de su presencia verá su belleza multiplicada un millón de veces. Pero ha de ser cuidada siempre con el mayor mimo. Un solo descuido podría hacer que sus raíces se emponzoñaran hasta convertir la tierra que ocupan en un negro lodazal, donde el hedor y la muerte inundarán cada partícula de aire. Dicen que era el secreto celosamente guardado por los creadores de los jardines de Babilonia, el motivo de su fastuosa grandeza. La tierra sobre la que se asientan sus raíces debe ser regada un día por semana, todos los sábados a

ser posible, con la sangre de algún ser vivo. Cada una de las plantas que crezcan a su alrededor eclosionará llena de luz y el lugar cobrará vida. Incluso podrás sentir sus latidos bajo las plantas de tus pies, oír sus gráciles murmullos brotar de las hojas de los árboles o notar el abrazo de su atmósfera. Sin embargo, para poder llegar a sentir su aliento, para llegar a notar cómo tu jardín te ama, será necesario un mayor sacrificio. Sólo regando su tierra con sangre humana serás capaz de gozar de tan apasionado idilio. Pero cuídese aquel que ose alimentar la Joya Babilónica de semejante forma, pues una vez probado el néctar de la vida, su sed habrá de ser saciada hasta el fin de sus días con ese mismo jugo. De no ser así, la misma planta usará sus propios medios para hacerse con el fluido escarlata.

Bajo aquellas notas, Rosa había dejado unos apuntes garabateados en una apretada letra, casi completamente ilegible. Y esto es lo que rezaban:

Estoy tan emocionada, tan llena de alegría. Todas esas sensaciones que antes me faltaban, ese aliento que notaba ausente dentro de mi pecho y el hormigueo que hace tanto tiempo que no sentía, han inundado otra vez mi alma de forma maravillosa. Este jardín me ha devuelto la alegría de una manera que jamás podré llegar a describir. Hasta ahora sólo he alimentado sus raíces con la sangre de algún animalito. Hámsteres o pequeños ratoncitos principalmente, que he podido ir comprando a lo largo de los meses en varias tiendas de animales. Con los ratoncitos no hay problema, porque a los dependientes tan sólo tengo que explicarles que son para una serpiente que me compré hace tiempo. Sin embargo, creo que estoy a punto de dar el paso definitivo. No considero perversa la idea de llegar a matar a un ser humano. Después de todo, hoy en día la muerte es algo completamente malinterpretado por nuestra propia especie. Ya no sabemos apreciar la hermosura de un sacrificio, el significado de un acto tan puro, de un tributo que brinda nuestro amor a la Madre Naturaleza. Otros pensarían que estoy loca, que soy una asesina. Pero ellos ya no pueden comprender. Ya no viven en armonía con la Tierra.

—¡Cielo santo! ¿Cómo puede enamorarse alguien de... de un endemoniado jardín? ¿Cómo puede alguien caer víctima de semejantes locuras? —el hombre sollozaba amargamente aún tendido sobre el sofá. Su esposa había perdido el juicio por completo y él ni siquiera había tenido tiempo de darse cuenta, tan escasa era la atención que en vida le había prestado.

Ahora podía explicarse al fin por qué extraña circunstancia la joven había dejado entrar en su casa a tres extraños en mitad de una noche de invierno. Ya por aquel

entonces había enloquecido por completo. Lo más seguro es que planeara la muerte de esos depravados, sin imaginarse ni remotamente los trágicos derroteros que al final seguiría su destino. El hombre no tenía dudas al respecto, ya que también había encontrado matarratas en su despensa cuando nunca antes la mujer había comprado aquel veneno para nada. En su profunda demencia, seguro que tenía pensado usar aquello para envenenar a los tres jóvenes.

Pero el hombre trataba al mismo tiempo de acallar otra voz, que intentaba surgir desde el interior de su subconsciente. Era casi un presentimiento, un vestigio de duda, fruto del terror más puramente atávico. ¿Por qué tan a menudo notaba ciertas sensaciones cuando se internaba en el interior de aquel jardín? ¿Por qué extraña razón estaba tan incómodo allí dentro? Recordó que siempre que llegaba a su casa atravesaba de forma inconsciente el corto tramo de camino, preso de una angustia inexplicable. Aunque nunca había querido admitirlo, aquel pequeño reducto de naturaleza siempre había causado en él una cierta desazón. Luego estaba también aquella otra circunstancia que aún no había podido explicarse a sí mismo con satisfacción. ¿Por qué maldita causa se había quedado paralizado durante tanto tiempo en el umbral de su puerta la misma noche que su vida era destrozada ante sus narices? Algo, mucho más preternatural que el mismo miedo, había petrificado allí fuera sus miembros, impidiendo que pudiera actuar a tiempo. Por todo ello, su inconsciente le gritaba desesperado que sí que había en aquel jardín algo fuera de lo común. Algo absolutamente maligno.

3

EL CURIOSO ENTROMETIDO

Aquella tarde todas las pesquisas realizadas por el periodista Pedro Jiménez, del diario Alba, le condujeron nuevamente hasta el mismo punto donde todo se había vuelto confuso en la primera reconstrucción de los hechos, que había llevado a cabo hacía apenas unos meses. El joven quiso seguir paso por paso la pista de aquellos tres fantasmas del pasado en los que para él se habían convertido los comerciales desaparecidos. Todo parecía relativamente claro y lógico si uno imaginaba la mayor parte del camino que presuntamente habían seguido los individuos la noche de su desaparición, coincidiendo asimismo con la versión oficial de los hechos. Para llegar a semejante conclusión, el hombre no había dudado en entrevistarse con gran parte de las personas del lugar durante el transcurso de aquellos meses. Todos coincidían en haber visto a los desaparecidos recorriendo la villa en la noche de autos, llamando puerta por puerta, con el fin de promocionar aquellos productos cosméticos de la marca para la que trabajaban. Sin embargo, había un punto en el camino donde su rastro parecía difuminarse de forma inquietante, como si sus cuerpos se hubieran fundido o volatilizado entre aquella cortina de blancura que cayera en forma de copos sobre el lugar en dicha noche. Por si esto fuera poco, la versión oficial carecía de lógica y consistencia a partir de ese momento. Resultaba completamente incomprensible que tres jóvenes de mediana inteligencia decidieran de pronto aventurarse a explorar las zonas boscosas que había más allá de aquella alta barriada, en mitad de una noche tormentosa y fría, y en un lugar que desconocían casi por completo.

Una suave llovizna caía sobre el parabrisas de su Fiat 128 aquel atardecer de primeros de octubre, mientras ascendía por la carretera comarcal de Villa Nova. En su desvencijado radiocasete sonaban los Led Zeppelin con su afamado Starway to heaven, aunque el hombre había bajado considerablemente el volumen del aparato y la atmósfera de los mágicos acordes se diluía casi por completo en un ambiente que se le antojaba un tanto desconcertante. Quería mantener alerta todos sus sentidos en aquel lugar que tanto inquietaba a su subconsciente. Era indudable que, justo al entrar en aquella apartada villa, algo hacía saltar dentro de su mente algunos resortes casi ancestrales, como si una voz de alarma tratara de advertirle de algo que no podía ver a simple vista.

—Este lugar me pone los pelos de punta —musitó entre dientes, sin llegar a despegar los labios del todo, entre los que llevaba un cigarrillo aprisionado—. La gente no parece especialmente distinta, aunque quizás sí un poco anclada en un pasado

campestre y un presente aferrado al mundo de la minería. —Su vieja grabadora registraba en cinta magnetofónica todo aquello que el hombre elucubraba en voz alta aunque no demasiado clara—. Sin embargo, tengo la sensación, al internarme entre las apretadas calles de este valle flanqueado por imponentes montañas, de que algo no funciona con toda normalidad. El aire que se respira parece como más denso, como si flotara algo en el ambiente que lo hace un poco más pesado para mis pulmones. Asimismo, algunas veces tengo la amarga sensación de que el tiempo corre más lento y de que todo se paraliza de forma casi imperceptible, pero al mismo tiempo desconcertante.

Pedro bajó la ventanilla del vehículo al sentir cómo aquel ambiente opresivo dificultaba en cierta medida su respiración. Quizás fuera tan sólo sugestión, o simplemente el humo de su cigarrillo que se había condensado dentro del coche, pero lo cierto es que algo oprimía ligeramente su pecho. Era una desazón de lo más agobiante. De todas formas, aquel persistente desasosiego comenzó a remitir un poco cuando una suave brisa por fin se coló por el hueco de la ventanilla.

Las sombras alargadas de las modestas casuchas, que se agolpaban a los lados de la carretera, proyectaban sus formas oscuras sobre el asfalto. Ya habían cesado de caer gotitas y el suelo apenas había llegado a mojarse. La carretera seguía una trayectoria sinuosa en la mayor parte de su recorrido, pero el hombre ya conocía casi a la perfección cada recodo de la misma. Durante aquellos últimos meses había invertido la mayor parte de sus horas deambulando por entre aquellas calles y carreteras en busca de respuestas. Sin casi darse cuenta de ello, se había llegado a obsesionar con aquel caso hasta el extremo de arriesgar su propio empleo. En el diario Alba ya no comprendían aquel empecinamiento suyo por seguir investigando un caso que oficialmente ya había sido resuelto. A pesar de que los cuerpos de los tres jóvenes aún no habían aparecido, casi todos daban por válida aquella versión que les retrataba como fallecidos tras una accidental caída por los barrancos que había monte arriba. Había un sinfín de pruebas que respaldaban aquella hipótesis, aunque lo cierto es que la más concluyente, que no era otra que los restos mortales de los comerciales, todavía no había aparecido por ninguna parte.

—Estoy jodidamente convencido de que esos tres incautos no llegaron a dar un solo paso más allá de esa endiablada casa —masculló arrugando el entrecejo, mientras mantenía su mirada fija en la carretera por la que avanzaba—. Ese hombre esconde algo, y no entiendo por qué las autoridades se han mostrado tan ineptas en su investigación. Algo huele a podrido en todo esto. Algo nos está siendo ocultado de forma flagrante.

El hombre ardía en deseos por comprobar de una vez con sus propios ojos que sus sospechas eran fundadas. Para ello tendría que acudir a aquel lugar al que no se había atrevido a volver. No podía apoyar una hipótesis tan atrevida sin al menos haber

obtenido una prueba visual que afianzara dichas conjeturas. Pero algo le mantenía alejado de una forma cobarde de esa extraña casa y su jardín. Aquel día iba decidido a llegar hasta el fondo del asunto si era posible. El tiempo corría en su contra y no podía permitir que la noticia de su vida se le escurriera entre los dedos.

A pesar de todo ello, tuvo que detenerse unos minutos. Decidió hacer un alto en uno de los bares de la zona, tratando así de poner en orden sus ideas. El pequeño comercio estaba ubicado casi a la salida del pueblo, allí donde la carretera se juntaba una vez más con el río, cuyas aguas surgían por el arco de una bóveda subterránea, para luego ascender ambas las laderas de los montes que había más allá. Frente a la terraza de suelo de hormigón del bar, justo al otro lado de la carretera comarcal, había una pequeña plazoleta que hacía las veces de aparcamiento. Luego, la empinada ladera de una colina artificial se erguía como un coloso de tierra oscura frente a esa explanada. Era la escombrera sobre la cual habían construido la peculiar barriada donde se encontraba la casa cuyos alrededores pretendía explorar. Aquella mole de suelos secos, donde tan sólo crecían algunas zarzas espinosas, parecía mirarle mientras estacionaba su vehículo en el pequeño aparcamiento.

En el bar, el humo de los cigarrillos y los puros se había enseñoreado ya del aire que se respiraba. Era como una nube de cintas grisáceas que se arremolinaba sobre las cabezas de los parroquianos. Una confusa cacofonía de voces hacía incomprensible cada una de las conversaciones que por separado tenían lugar, pues casi todas las mesas estaban ocupadas y el bullicio que formaban los aldeanos era considerable. La mayoría de ellos eran mineros recién salidos de su respectivo turno, y querían disfrutar de una copa de vino o una partida de tute antes de regresar junto al calor de su hogar.

Pedro pidió una cerveza y se sentó ante una de las pocas mesas que aún permanecían vacías, junto a una de las dos ventanas frontales del bar. Al otro lado de sus cristales podía adivinarse la forma oscura de la colina artificial. Aunque resultara extraño poder concentrarse en semejante lugar, algo le hacía sentir seguro entre todas esas personas. Aún tenía miedo de internarse allí arriba en solitario. Era como si algo se desprendiera de aquel hermoso pero siniestro jardín, tratando de alejarlo de sus suelos, tratando de advertirle sobre algo que su mente no podía comprender.

Con el sonido de fondo de las rudas voces y los golpes de las manos cayendo con vigor sobre los tapetes en medio de aquellas acaloradas partidas de tute, el hombre se acomodó en su silla de madera. Quería analizar los pasos que seguiría durante los próximos minutos u horas.

Había notado cómo algunos le miraban con curiosidad, o incluso puede que desconfianza. Tal vez le hubieran reconocido, pues no habían sido pocas las jornadas en que había acudido a la villa durante los últimos meses en busca de información.

Sin embargo, aquello era algo que ahora no le importaba demasiado. Tenía que decidirse de una vez. No llegaría a ninguna parte dilatando allí su presencia. En el fondo sabía que lo único que le ataba a aquella silla minuto tras minuto no era sino el miedo que atenazaba sus miembros. Él ya tenía muy claros los pasos a seguir y daba igual que los repasara una y mil veces. Sin embargo, se negaba a admitir para sus adentros que lo que le impedía ponerse en marcha era un terror atávico que oprimía su pecho cada vez que pisaba los suelos de aquella villa.

—¿Es usted periodista?

La pregunta le pilló completamente por sorpresa, mientras estaba ensimismado en sus propios pensamientos. Debido a ello estuvo a punto de dar un bote sobre la silla. El hombre que le hablaba permanecía en pie delante de él, mirándole con gesto de curiosidad. Aparentaba unos sesenta años, pero aún mostraba ese vigor que reflejan en su semblante algunos trabajadores infatigables de las aldeas apartadas.

—La verdad es que sí —respondió Pedro de forma un tanto dubitativa.

El otro adoptó una expresión afable, mostrando así que no traía malas intenciones.

—Lo sé porque he oído hablar de usted. Muchos le consideran un entrometido de la prensa sensacionalista, no se lo negaré —concluyó el hombre, sentándose frente a él despacio, haciendo gala de una confianza que, sin embargo, no incomodó al periodista—. La mayoría no están seguros de si busca simplemente la noticia de su vida o de si de verdad está convencido de que el caso de esos tres muchachos no ha sido resuelto como aseguran las autoridades. Algunos otros incluso piensan que es usted un poco paranoico con sus incesantes preguntas, y desearían que no volviera nunca más, pues ven amenazada la paz de nuestra villa. Somos gentes humildes y trabajadoras, y tan sólo esperamos encontrar un poco de paz y tranquilidad al regresar de nuestras duras jornadas de trabajo.

Pedro se disponía a replicar un tanto confuso a las palabras de aquel hombre. Sin embargo, este interrumpió su respuesta antes de que la llegase a pronunciar, dando a entender que todavía no había terminado con su explicación.

—Espere, amigo. No se altere. Le he dicho lo que piensa la mayoría, sin embargo, yo no estoy completamente de acuerdo con ellos —aseguró entonces, bajando considerablemente la voz, como si quisiera que tan sólo el periodista escuchara lo que iba a decir a continuación. Lanzando una rápida mirada en derredor, como para asegurarse de que nadie más les prestaba atención en esos momentos, el hombre se inclinó un poco más hacia el rostro de su interlocutor—. Allí arriba está pasando algo muy extraño, amigo mío. Se oyen lamentos en la noche, apenas perceptibles por el oído humano. Incluso me atrevería a decir que en ocasiones se ven cosas que no deberían estar ahí. Yo he pasado infinidad de veces por los caminos que ascienden al lado de esa solitaria casa y su jardín. De no ser porque me veo en la obligación de

hacerlo, pues es la única manera que tengo de poder llegar hasta una cabaña que tengo más arriba, jamás me aventuraría a pasar por allí cerca. Sin embargo, como le digo, he caminado muchas veces por esas sendas, y ya desde hace varios años he sentido cómo un frío gélido atenazaba mi piel al estar tan cerca de la casa. No sabría explicarlo con claridad, pero sé que algo extraño tiene lugar al otro lado de esas barandillas metálicas que delimitan los terrenos de la propiedad. Seguramente pensará usted ahora que el loco soy yo. Pero simplemente le estoy confesando algo que quizás debería saber. Estoy convencido de que su ambiciosa naturaleza de periodista, junto con la insensatez propia de su juventud, le han traído hoy aquí con la intención de llegar un poco más allá en sus investigaciones. Se rumorea mucho acerca de las sospechas que presuntamente pasan por su cabeza. Parece ser que está decidido a demostrar que la versión oficial sobre el paradero y la desaparición de esos tres jóvenes se equivoca en su punto más importante. Yo no sé a ciencia cierta lo que pudo pasar, ni si esa casa y sus habitantes tuvieron o no algo que ver en todo ello. Sin embargo, estoy convencido de que algo sobrenatural envuelve ese terreno que hay encima de la colina que tenemos ahí fuera. De hecho, todos en esta villa son perfectamente conscientes de lo extraños y esquivos que se han mostrado desde siempre con nosotros los que allí viven. Aunque ahora parece ser que, de los dos integrantes de ese matrimonio, tan sólo el hombre queda ya con vida. —Al decir esto último, el delgado cuerpo del hombre fue ligeramente convulsionado por un escalofrío que lo recorrió de arriba abajo—. Algunos han especulado con la posibilidad de que sean extranjeros acaudalados que decidieron vivir lejos del bullicio de la ciudad. Otros aseguran que el hombre ha trabajado siempre para una importantísima compañía de investigación y desarrollo tecnológicos. Sea como fuere, lo cierto es que todos parecen preferir no inmiscuirse demasiado en la vida de este hombre tan misterioso.

—Agradezco toda esta información, señor —pudo al fin intervenir el periodista, con gesto de cierta sorpresa en su semblante—. Aunque no acabo de comprender la razón por la que me la ha brindado de forma tan aparentemente gratuita.

—La razón es muy sencilla, amigo mío —contestó el otro de forma clara y directa—. No espero nada a cambio, si eso es lo que insinúa. Tan sólo quería compartir con alguien de naturaleza, digámoslo así, mucho más abierta que mis conciudadanos, todas estas cosas que siento que debo soltar de una vez. Por otro lado, algo me dice que será mejor que usted conozca estos datos antes de dar un paso tan... ¿arriesgado, quizás?

—Se lo agradezco con toda sinceridad —añadió Pedro con gesto amable—. Sin embargo, creo que no es tanto lo que arriesgo. Simplemente pretendo ahondar un poco más en el asunto, recabar si es posible algún dato que pueda ser determinante a la hora de esclarecer un caso que, para mí, no ha sido resuelto con toda la diligencia

debida. No pongo en duda la transparencia de ciertas autoridades, sin embargo pienso que no han obrado con la profesionalidad que les correspondía. Y pienso, amigo mío, que tanto las familias de esos jóvenes, como los propios vecinos de este lugar, merecen saber lo que ocurrió exactamente esa noche del pasado invierno.

—Le comprendo —concluyó el hombre, quien aún seguía mirándole desde el otro lado de la mesa con expresión amistosa pero preocupada—. De todas formas, recuerde lo que le digo si decide llamar a la puerta de esa casa en busca de más información, o si tal vez osa aventurarse a explorar por su cuenta y riesgo los alrededores de la misma. Seguramente, como buen periodista que es, ya sabrá sobre el reciente fallecimiento de la que fuera esposa de tan misterioso personaje. Dicen que desde entonces el tipo se ha vuelto si cabe más esquivo y taciturno. Algunos también aseguran que se muestra muy malhumorado cuando, por la razón que sea, decide uno aproximarse a los alrededores de su casa.

En este punto, Pedro se limitó a asentir con la cabeza. Por supuesto que conocía tan importante dato. Había sido publicado en varios diarios, incluido el suyo propio, aunque ciertamente con la discreción que correspondía a una noticia casi anecdótica como esa. Cosas como aquella pasaban demasiado a menudo en el mundo, por desgracia. Aunque lo cierto es que, por lo que se especificaba en los diarios, el accidente sufrido por el peculiar matrimonio, en tierras extranjeras y estando de vacaciones, siempre según la versión oficial de los hechos, había resultado particularmente dramático y violento. Al parecer, el cuerpo de la mujer había terminado reducido a un amasijo de carne y huesos quebrados bajo aquel ataúd de metales retorcidos en el que se había transformado el vehículo. Por su parte, el hombre había salvado la vida, aunque con secuelas, tanto psicológicas como físicas, que quedaban patentes cuando uno tenía ocasión de cruzarse con él.

Pedro se despidió del hombre con amabilidad, dando por concluida la tan misteriosa conversación que acababan de sostener. Por supuesto, no confesó al otro su intención, ya no de entrevistarse con aquel otro hombre que vivía allí arriba, sobre la cima de tan peculiar colina, sino de llevar a cabo una investigación que tocaba lo ilegal de pleno. Estaba convencido de que algo olía a podrido en toda la historia. Dudaba incluso de que la muerte de la difunta esposa fuera tal y como contaban los diarios. No sabía exactamente por qué, pero desde que pisara los suelos de aquel inquietante jardín, se había activado un sexto sentido dentro de su mente y era como si una voz le apremiara a llegar hasta el fondo del asunto.

Mientras ascendía por la pendiente de aquella escarpada senda, los últimos rayos de sol se colaban ya sobre los altos montes que quedaban a su espalda, tras el bar donde había estado hacía apenas unos segundos. Las palabras del viejo aún reverberan en su mente como el eco de una película de terror, inquietándole más si cabía. El camino

era apenas una cinta de tierra entre los matojos espinosos y secos, y casi en la cima de la escombrera, describía una pronunciada curva a la derecha. Había decidido subir a pie por esa otra cara, dejando su coche en la parte baja de la villa, para así no llamar la atención más todavía. Deseaba, al menos, pasar desapercibido para el hombre a quien quería investigar. Sus pasos eran lentos pero decididos. Era consciente de que algo de naturaleza por él desconocida le atraía a aquel lugar, y no era simplemente el instinto de periodista. Sin embargo, al mismo tiempo sonaba en su cerebro una voz de alarma, reavivada ahora por las historias que el viejo del bar le había confesado.

Al fin llegó a la parte alta. El sendero desembocaba justo en una alargada franja de césped que recorría transversalmente toda la planicie y de forma paralela a las casas que tenía al fondo, configurando la peculiar barriada. Una vez cruzada esa zona verde, a lo largo de la cual estaban los tendales de los lugareños y algunos bancos de madera, Pedro se internó en la zona asfaltada que separaba esta de la barriada. Desde allí, mirando a su izquierda, podía contemplar ya los muros blancos de la misteriosa casa. Sus ventanales parecían mirarle directamente desde su aventajada posición, pues aún había que ascender otra pista de hormigón para poder llegar junto a las verjas que delimitaban el perímetro de la propiedad. Es como si hubieran construido el edificio con la intención de apartar sus muros del resto de viviendas.

Mientras se aproximaba a la última casa de la barriada, allí donde ya podía uno tomar la pista que conducía al misterioso lugar, Pedro observó cómo una señora de pelo rubicundo y rostro arrugado se internaba con premura dentro de su hogar. Era la misma mujer a quien había preguntado acerca de los jóvenes hacía varios meses. Aquella que le había asegurado haberlos visto dirigirse allí arriba en la noche de los hechos. En aquella ocasión se mostró muy comunicativa, dando a entender abiertamente que no le parecían personas muy normales las que ocupaban la casa del jardín. Sin embargo, ahora daba la sensación de que huía para no ser molestada, como si presintiera que aquel joven entrometido la fuera a meter en incómodos problemas. Sus sospechas fueron confirmadas cuando pudo observar cómo la vieja se asomaba discretamente entre las cortinas de una de las ventanas, escudriñándole con gesto desconfiado. Prefirió no prestar más atención a la mujer y dirigió sus pasos a la zona que había más allá de esta última casa, donde el terreno se internaba en la parte trasera de la barriada. Allí podía tomar un sendero que ascendía hacia la casa del jardín, yendo a dar también a su parte posterior. Prefería subir por allí, puesto que la pista de hormigón quedaba demasiado a la vista e iba a dar exclusivamente al lugar y nada más. Mientras recorría la abrupta pendiente recordó lo que el viejo del bar le había comentado. Aquel debía de ser uno de esos caminos que el hombre aseguraba recorrer con frecuencia, pasando cerca del inquietante lugar.

Pronto llegó a un tramo del camino que quedaba por encima de la casa. Sorteando los espesos matojos que flanqueaban la senda, se aproximó al borde mismo de la

elevación, observando el terreno llano que había metros más abajo. Haciendo gala de una agilidad y un arrojo nada desdeñables, descendió aferrándose a la vegetación que crecía sobre la tierra de esa pendiente hasta llegar a la parte trasera de la casa. Su corazón por entonces ya latía con agitación. Sabía que estaba cometiendo un delito, pues se acababa de internar en una propiedad privada. Aunque en esa parte no había verjas delimitando la zona, estaba claro que el terreno pertenecía al dueño del edificio. Apartando cualquier tipo de duda o temor de su mente, decidió proseguir con su osada aventura. Se acercó a las ventanas traseras de la casa, sorteando algunos manzanos que decoraban el lugar, y se asomó con cautela a aquellos cristales, escrutando por una estrecha rendija que quedaba entre los cortinajes.

Lo que vio entonces fue algo que ya no olvidaría jamás. Una imagen que le perseguiría el resto de su vida, tanto en sueños como en plena vigilia. Una mujer de apariencia joven, pero con el rostro pálido como el de un cadáver, yacía con cierta rigidez encima de una mesa metálica, sobre la que pendían extraños artilugios que no supo identificar. Eran como brazos móviles terminados en finos escalpelos, agujas delgadas o instrumentos de apariencia electrónica. También había pequeñas lupas y varias lámparas apagadas sobre el cuerpo de la joven. Todo aquello parecía digno de la película más terrorífica que hubiera visto jamás, entremezclado con un inquietante halo de ciencia ficción. No entendía absolutamente nada, y pensó entonces que ni en sus más delirantes elucubraciones habría imaginado que cosa semejante pudiera estar relacionada con el asunto que investigaba. A pesar del miedo que atenazaba sus miembros, no pudo apartarse de allí, pues una casi enfermiza fascinación le instaba a seguir observando tan aberrante escena.

El cuerpo de la chica parecía como cosido en varios puntos a lo largo de su anatomía, como el cuello, los brazos y algunas partes de su cara. El resto estaba oculto bajo una sencilla sábana de color verde. Pero aquellas cicatrices habían sido cosidas con una asombrosa delicadeza y precisión. Algo dotaba al hermoso cuerpo de un cierto halo de artificialidad. ¿Era aquel el cadáver de la difunta esposa de tan misterioso hombre? ¿Qué hacía allí metido, y en semejante estado? ¿Estaba en verdad muerta la mujer? ¿Qué aberrantes acciones estaban desarrollándose al amparo de aquellas paredes? Eran demasiadas preguntas para tan acuciante situación. Pedro se sentía tremendamente confuso y asustado. Aquello superaba con creces su capacidad periodística.

Entonces algo aceleró aún más sus pulsaciones, sacándolo bruscamente de tan aturdido estado. Era el sonido de un vehículo que parecía ascender por la otra cara, allí donde la pista de hormigón iba a dar hasta las verjas del jardín. Antes de dar media vuelta para disponerse a trepar por donde había descendido, una mirada se le clavó en la mente como un clavo ardiendo, de un modo tal que a punto estuvo de paralizar su corazón. La joven había abierto los ojos, retirando sus párpados con

terrorífica rapidez y dejando al descubierto una mirada absolutamente vacía de humanidad. Era como el escrutinio de un muerto que resucitaba a la vida, dejando al otro lado cualquier vestigio de humanidad. Sin embargo, la dueña de tan apabullante mirada no pareció advertir su presencia allí afuera, sino que más bien se mostraba como reanimada por el sonido del vehículo que se aproximaba a la casa. La luz escarlata del atardecer agonizaba ya en un sangriento crepúsculo, y Pedro pudo observar cómo el haz de los faros del coche se posaba sobre la pared terrosa que tenía a sus espaldas. Entonces, a pesar del miedo y la confusión que dominaban parte de sus actos, no pudo reprimir un último impulso que rayaba en la insensatez más estúpida. Agazapándose como pudo tras los muros de la casa, se asomó con cautela para ver más allá. Un hombre se bajaba en esos momentos de un todoterreno que había sido estacionado al otro lado de las verjas. Era un hombre cargado de espaldas y de aspecto abatido. Su hirsuta cabellera parecía un tanto descuidada y una barba poblada ocultaba parte de su rostro, que a pesar de la escasa luz, se notaba desde la distancia como magullado, surcado por tremendas cicatrices. El individuo abrió la portilla que daba acceso al jardín, haciendo gala de una parsimonia propia de los que se ven abatidos por algún tipo de tragedia que no han sabido superar. Pero lo más inquietante de todo era aquella gran bolsa de plástico que portaba a sus espaldas. Algo se agitaba allí dentro con briosa desesperación. Entonces, el hombre estrelló la bolsa con un furioso gesto sobre el tronco del árbol más cercano, logrando con ello sofocar aquellos movimientos que habían hecho crujir el plástico.

—¡Malditos viejos! —creyó Pedro entender que mascullaba el hombre, lanzando tan extraña maldición al aire cargado del crepúsculo—. Les tengo dicho que asfixien a todos los cachorros antes de entregármelos.

Aquello fue ya demasiado para la mente y el corazón del periodista. Dio media vuelta, deslizándose con sigilo, para luego trepar con la rapidez propia de los que ven su vida amenazada por algo terrorífico. En su ascenso provocó mucho más ruido del que hubiera deseado, haciendo crujir ramas y raíces. Sin embargo, lo único que deseaba era salir de allí cuanto antes, dejando atrás aquel frondoso jardín repleto de plantas exóticas, la casa y a sus demenciales habitantes.

Aquella misma noche, en el interior de la casa, un hombre tuerto deslizaba unas palabras llenas de ira y preocupación a través de la línea telefónica.

—Estoy tuerto pero aún puedo ver —decía el hombre, enfadado, haciendo llegar su explicación a un interlocutor que escuchaba con paciencia al otro lado de la línea—. Pude llegar justo a tiempo para contemplar cómo trepaba al camino que hay en la parte trasera de la casa. Estoy casi seguro de que se trataba de aquel entrometido periodista del que ya les hablé hace meses. Si no actuamos con rapidez, puede sacar todo a la luz y meternos a todos en un verdadero problema.

Lo que el interlocutor le dijo a continuación pareció calmar en cierta medida los ánimos del hombre tuerto. Al parecer, todo estaba bajo control después de todo.

4

EL CONSERJE DEPRAVADO

Primavera de 2012.

Brote de la epidemia originado en la parte central de Villa Nova.

Julio trabajaba como conserje en aquel sencillo colegio, situado en mitad mismo de una falda montañosa, desde cuyo interior se dominaba una vista que abarcaba gran parte de la zona central de Villa Nova. Asomándose a los ventanales de sus espaciosas aulas, podía uno contemplar el herrumbroso castillete del pozo minero con su pequeña central eléctrica y el enorme edificio que hacía las veces de sala de máquinas. Los terrenos que quedaban entre los muros de la empresa y la otra montaña que se alzaba frente al colegio solían estar repletos de maquinaria vieja y pesados materiales de hierro. También se veía la plaza del pueblo, con la cancha de balompié rodeada por algunas casas, la pequeña iglesia y el supermercado, cuyas puertas habían cerrado de forma definitiva, hacía ya varios años.

El hombre rondaba ya los cuarenta, y era un tipo solitario. Jamás en su vida había conseguido encontrar pareja, aunque lo cierto es que aquello no era algo que le preocupara demasiado. Una o dos veces al mes, acudía felizmente a alguno de los prostíbulos de la zona, con el fin de saciar sus naturales instintos. Él prefería no tener que dar nunca explicaciones de nada, alejarse de todo tipo de responsabilidades. Con pagar y aliviar el calor que era fruto de sus deseos le era más que suficiente. Las novias significaban para él un sinónimo de quebraderos de cabeza.

No era un tipo demasiado atractivo. Una incipiente alopecia hacía ralear sus cabellos tanto en la coronilla como en las sienes, y su hinchado vientre amenazaba ya con reventar los botones de su camisa de trabajo.

El hombre aprovechaba las tardes de los sábados para dar un buen repaso por todo el colegio. Ordenar algunos papeles, revisar los tablones de notas, quitar el polvo en el despacho del director, comprobar que todo estaba ordenado en el gimnasio. Pero había algo más que le mantenía ocupado durante esas horas. Algo para él mucho más entretenido, y que realmente era lo que lo ataba al colegio un gran número de horas durante los fines de semana.

Todos y cada uno de los sábados, e incluso algún que otro domingo, bajaba al pequeño gimnasio de planta rectangular que había junto al césped del recreo. Abría la puerta de acero con su llave y luego recorría el alargado recinto, perseguido por el rechinar de sus deportivas sobre el parqué. Al fondo había otra puerta metálica que daba acceso a la sala de calderas, provista de un reducido cuarto, donde el hombre

dejaba guardados los utensilios de limpieza. Allí se metía entonces, fingiendo haber ido en busca de algo, si es que le sorprendían por algún extraordinario motivo. Aunque lo cierto es que, durante los fines de semana, ningún profesor se acercaba por allí, y él era el amo y señor del colegio.

Luego todo era cuestión de esperar. Normalmente no tenía que hacerlo durante mucho tiempo y pronto veía recompensada su paciencia. Una pareja de jóvenes, tal vez dos, o quizás un pequeño grupo de amigos, llegarían en algún momento de la tarde. Aquello se había convertido ya en pura costumbre, pues los muchachos seguían el hábito de acudir hasta el lugar con intención de encontrar un rincón apartado e íntimo.

Todo había comenzado una tarde de hacía varios años. Era sábado también, y Julio oyó cómo unos jóvenes se colaban en la parte del gimnasio mientras él estaba en la sala de calderas. La puerta del recinto había quedado abierta, pues no consideró necesario cerrarla. Su primer impulso fue salir para darles una buena reprimenda, sin embargo, cuando ya estaba en el umbral de la puerta, se dio cuenta de que los jóvenes yacían sobre uno de los bancos, completamente entregados a una apasionada cópula. Al final decidió que sería mejor relajarse, y así poder disfrutar de toda la escena a través de un pequeño ventanuco rectangular que había en una de las paredes del cuarto de limpieza.

A partir de entonces, todas las tardes de sábado dejaba la puerta del recinto deliberadamente abierta, a sabiendas de que algunos muchachos del pueblo decidirían pasarse por allí para dar rienda suelta a sus más bajos instintos. Simplemente bastaba con no dejar la puerta cerrada con llave y el resto ya lo ponían ellos.

Aquel día tocaba botellón, según constató el conserje con cierto desagrado al ver las bolsas repletas de botellas de plástico y cartones de vino. Se trataba de tres parejas, pero tendría que esperar quizás un par de horas si quería ver algo, pues cuando había alcohol de por medio, los muchachos parecían entregarse primero a los placeres etílicos. En algunas ocasiones ni siquiera llegaba el tan deseado culmen.

Julio hizo una mueca de fastidio ante el panorama que se le presentaba. Si al final no obtenía lo que deseaba, tendría que pasarse allí metido quizás varias horas. No era bueno dejarse ver si las cosas no salían como él quería, pues ello implicaba arriesgarse a que los jóvenes no volvieran nunca más. Además, siempre podría conllevar un riesgo para él, ya que unos cuantos jóvenes medio borrachos eran víctimas fáciles de las hormonas que bullían dentro de ellos. No deseaba experimentar en sus carnes, bajo ningún concepto, cómo aquellos muchachos eran poseídos por la violencia fruto de su impetuosa juventud.

De este modo, intentó divertirse de alguna otra forma, espiando las pueriles conversaciones de los muchachos, incómodamente encaramado en la banqueta que le acercaba hasta la abertura de la pared.

—Hoy he traído marihuana —oyó que decía uno de ellos, mientras una sonrisa bobalicona se estiraba sobre su rostro repleto de acné juvenil—. A mí me gusta mucho más que el costo, porque me paso la tarde de risas.

—A mí me gusta todo lo que se pueda fumar y que me coloque bien —afirmó uno de sus amigos, haciendo gala de una voz que ya empezaba a sonar extrañamente grave en un cuerpo todavía demasiado infantil como el suyo—. Un día me fumé hasta la canela de mi madre —aseguró luego, mientras las tres chicas que formaban parte del grupo se reían alborotadamente, para profunda satisfacción del que había contado la ridícula batallita.

Las conversaciones de aquellos grupos de adolescentes solían desembocar muy a menudo en cacofonías de risas estúpidas, exaltados pavoneos y un sinfín de palabras malsonantes. Tampoco es que pudiera encontrarle gran sustancia a aquellas divagaciones nuestro amigo Julio.

—Dejad ahí las bolsas, que yo me ocuparé de ir mezclando fuera la bebida. Recordad que no nos conviene dejar rastro de nuestro paso por aquí —indicó un tercero. Este parecía más taciturno que los otros dos, y mostraba una actitud menos jovial. Además debía de ser el mayor de todos. Julio pensó que quizás no se sentía demasiado feliz allí dentro, y que habría acudido tan sólo por no querer pasarse la tarde sin estar con sus amigos.

—Vamos, José, intenta pasártelo bien. No nos chafes la tarde como de costumbre —replicó el chico que había contado su anécdota con la canela.

—Él lleva razón —intervino una chica rubia, que vestía con pantalones vaqueros de campana hechos una pena por los bajos y una camiseta de algún grupo de *rock* que el conserje no supo identificar. Sobre ella portaba una sudadera gris provista de capucha—. Si lo dejamos todo hecho una pena, sabrán que hemos estado aquí y tomarán medidas para que no podamos entrar nunca más.

—Cosa que a tu novio no creo que le desagradara demasiado, después de todo —puntualizó el otro con sarcasmo.

La tarde transcurría lenta y tediosa para nuestro amigo. Se bajaba de vez en cuando de la banqueta para descansar sus piernas y su espalda. Recostándose malhumorado en la pared llena de grumos de cemento, lamentaba la mala suerte de aquel día.

En una ocasión creyó que todo tomaría un cariz distinto. La pareja que formaban el amargado José y la rubia que antes le había defendido se había alejado un poco del resto del grupo. Estaban en un banco mucho más cercano, pero dentro además de su campo de visión. La chica, cuyo rostro mostraba una mirada de párpados caídos y estaba repleto de *piercings*, acariciaba con ambas manos uno de los brazos del chico. Sus dedos surcaron una pequeña herida que el muchacho exhibía un poco por encima de su muñeca, cerca de las venas que allí se marcaban.

—Es un rasguño sin importancia —aclaró José, al ver la expresión curiosa que se dibujaba en el semblante de su novia—. Me lo hice esta mañana, cuando los chicos se empeñaron en ir hasta esa casa abandonada que hay sobre un montículo, allá en la barriada de la escombrera. Ya sabes, esa que tiene un jardín que ahora está hecho una pena. Como siempre han corrido rumores extraños sobre ese lugar, esos idiotas quisieron entrar en ella, para ver si queda algo dentro que pudiera alimentar sus retorcidas imaginaciones.

—¿Y qué pudisteis ver allí? —preguntó la chica, quizás más para intentar animar a su novio, mostrándose interesada por lo que este le contaba, que por verdadero interés.

—La verdad es que nada en absoluto. Sus habitaciones están completamente vacías, los techos medio hundidos y las paredes llenas de humedades y grafitis estúpidos —constató el joven sin demasiado entusiasmo—. Lo que sí que es un peligro es el amplio jardín que hay frente a la casa, en la parte de su entrada. Las malas hierbas han crecido por todas partes, hay depresiones entre la maleza en las que uno puede partirse un tobillo con facilidad, y además, unos arbustos muy gruesos, llenos de pinchos punzantes, han crecido por todas partes. Fue precisamente con uno de ellos con lo que me hice este rasguño.

—Pobrecito mío —lo consoló la chica rubia, alzando hacia sus labios la muñeca de su novio para cubrirla de tiernos besos—. ¿Y cuáles son esos rumores que dices que hay sobre el lugar? —preguntó luego, un tanto intrigada por la cuestión.

—Nada, tonterías que se inventa la gente cuando está demasiado aburrida. Dicen que allí tres jóvenes violaron a una chica brutalmente, durante una fría noche de invierno. También aseguran que su marido llegó en mitad de tan macabra situación, y pudo ajusticiarles, poco después de que le quitaran la vida a la pobre chica. Parece ser, siempre según esta alocada historia, que el hombre descuartizó los cuerpos, para poder enterrarlos luego en su propio jardín. Es cierto que tres jóvenes comerciantes de cosméticos desaparecieron hace años, al mismo tiempo que esa chica fallecía. Pero ambos casos fueron aclarados por la policía. Los chicos se perdieron en la fría noche y fueron víctimas de un desafortunado accidente. Se despeñaron por uno de los caminos cercanos a la barriada de la escombrera. La mujer ya se había matado hacía unos días, en un violento accidente de tráfico lejos de aquí, mientras estaba de vacaciones con su marido, cuyo rostro quedó desfigurado en el mismo.

La rubia de bote escuchaba a su chico con atención. Ella sabía muy bien que, después de todo, al muchacho le atraían ese tipo de historias, aunque luego prefiriese mostrar siempre una actitud muy escéptica.

—Lo cierto es que hay toda una trama de supuestas conspiraciones en torno a la rocambolesca historia —puntualizó luego José, mostrándose visiblemente más

animado al ver que su novia se interesaba por lo que le contaba—. Ya sabes cómo es la peña con estas cosas, se les va mucho la olla y empiezan a inventar todo tipo de tonterías. Si miras en internet, encontrarás todas esas majaderías en un montón de sitios. Muchos pretenden que hay una fundación que encubrió los hechos durante años. Aseguran que el marido de la joven violada trabajaba para esa compañía, y sus jefes, hombres poderosos e influyentes, decidieron ahorrar a su empleado el mal trago de verse inmerso en procesos judiciales, e incluso de terminar con sus huesos en la cárcel. Toda esta presunta trama fue puesta sobre la palestra por un periodista al que parece gustarle el sensacionalismo, allá por los años noventa. El hombre, lejos de sacar algo bueno con la historia, se vio luego inmerso en una auténtica pesadilla de juicios sin final. Hace tiempo que no se sabe nada de él, y su paradero es por lo visto una incógnita.

A Julio aquel tipo de historias le aburrían profundamente. Por si fuera poco el tedioso cariz que parecían seguir los acontecimientos de allí afuera, el conserje notó cómo la chica miraba con tierna preocupación a su novio.

—¿Te encuentras bien? Te noto ojeroso y apagado —preguntó al momento, posando el dorso de su mano sobre la frente del chico—. ¡Joder, José, estás ardiendo! Tienes fiebre. Lo mejor es que no sigas bebiendo. Si quieres, podemos marcharnos de aquí para que puedas descansar y ponerte mejor.

—Es cierto, no me encuentro demasiado bien. Ya empecé a notarme débil y mareado hace algunos minutos —confesó el joven agachando la cabeza, con el rostro mostrando una palidez enfermiza. Posó su mirada lánguidamente sobre el vaso de plástico que tenía en la mano, y al momento lo dejó sobre el cercano suelo, entre sus piernas—. No beberé más alcohol por hoy. —Aún seguían sentados en aquel alargado banco de madera—. De todas formas, prefiero que nos quedemos un rato aquí, a ver si se me pasa.

La joven le besó en la boca con dulzura, arrojando luego su cuerpo en un cálido abrazo. Julio por su parte arrugó la nariz con gesto despreciativo. Allí no habría nada que ver hoy, a no ser claro, que los otros cuatro jóvenes que estaban más lejos de su posición decidieran al fin dejar de beber y fumar para entregarse a otro tipo de placeres más carnales.

Descendió nuevamente, recostándose contra la pared al lado de las escobas y los recogedores que estaban amontonados en una esquina. El sonido de las risas y chanzas que le llegaba desde el gimnasio arrulló sus sentidos haciéndole caer en un sueño profundo, que al momento le dejó noqueado por completo.

No se despertó hasta una hora después, cuando unos potentes ladridos le hicieron incorporarse bruscamente. Tardó unos segundos en recordar dónde estaba y qué era lo que allí hacía. Cuando se hubo al fin espabilado del todo, sintió cómo la

preocupación aceleraba su corazón, haciendo que sus manos temblaran de forma considerable.

Se asomó sigilosamente otra vez a la rendija, encaramándose con rapidez sobre la banqueta. Si allí cerca había un perro, de seguro que no tardaría en delatar su paradero guiado por el olfato. Sus temores fueron confirmados entonces, cuando vio afuera, junto a la entrada del gimnasio, a otro joven que a todas luces acababa de llegar. Aferraba una gruesa cadena con ambas manos, refrenando como podía el impetuoso espíritu de un enorme pitbull de color blanco. El perro ladraba y gruñía en dirección a donde él permanecía escondido. Esto hizo que se acrecentara su nerviosismo de forma inmediata.

Escuchó luego lo que decían los jóvenes, aguzando su oído tanto como pudo.

—Tranquilo, Smaug —decía el recién llegado a su perro, tratando de que se calmara—. No sé qué cojones le pasa hoy. La verdad es que estaba bastante tranquilo, antes de venir aquí. Puede que quiera ir a dar un paseo por las calles en lugar de estar aquí metido. Será mejor que me marche. Más tarde, si veo que por fin se ha calmado un poquito, tal vez me pase a beber un trago con vosotros.

—Seguro que ya no estaremos aquí encerrados como idiotas —aclaró José al momento, alzando la voz desde el fondo del gimnasio. Parecía que su humor se agriaba por momentos. Ahora estaba ya muy insoportable, e incluso su novia empezaba a cansarse de aquello. Ella no tenía la culpa de que estuviera en aquel lamentable estado.

Julio respiró al fin aliviado, al ver cómo el dueño del perro se marchaba con este. Esperó unos segundos para asegurarse de que no volviera, y luego se tumbó de nuevo junto a las escobas, intentando conciliar otra vez el sueño, para que todo pasara lo más rápidamente posible. A pesar del susto de hacía un rato, no tardó en caer rendido una vez más.

Esta vez fue algo mucho más violento lo que le sacó de su letargo. Desde el gimnasio llegaban unas voces casi histéricas, envueltas en un eco alarmante. Parecía que los jóvenes discutían entre ellos acaloradamente, e incluso se diría que estaban a punto de llegar a las manos. Se oía también el sonido de bancos golpeando contra la pared, así como de balones saliendo de sus redes para desparramarse por el suelo. Una respiración jadeante se entremezclaba con los gritos, y con el llanto desesperado de las chicas, quienes parecían intentar que sus amigos se calmaran.

—¿Qué es lo que te pasa, José? —pudo escuchar decir a la rubia, cuya voz ya reconocía—. No te hemos hecho nada, no sé por qué tienes que comportarte de esa forma —la chica sollozaba con desesperación.

—¡Cierra la boca, maldita puta! —gritó el joven por toda respuesta—. Tú eres la peor de todos. Finges que me quieres, pero lo único que te importa es fumar tus malditos porros, y saber que tienes a un idiota como yo para que te cuide.

Cuando Julio se asomó, pudo ver entonces que los otros dos chicos estaban junto a la puerta del gimnasio, allá lejos, en el extremo opuesto. Uno de ellos trataba de calmar al otro, quien parecía a todas luces muy furioso por la actitud que mostraba José. El conserje maldijo su suerte. Si aquellos descerebrados le ponían todo patas arriba, se metería en un buen lío.

—Te voy a arrancar la cabeza, imbécil. Mira lo que me has hecho. —El joven que estaba junto a la puerta, apenas contenido por su amigo, se echaba las manos al cuello, donde una fea herida comenzaba a mostrar un color negruzco, cuyo aspecto era verdaderamente preocupante.

Julio también se dio cuenta de que el tercer muchacho, aquel que intentaba mantener a raya al joven herido, mostraba también rasguños por toda su cara. Incluso las chicas parecían haber resultado agredidas en los brazos.

El conserje no se explicaba qué era lo que había podido suceder mientras él dormía. Fuera lo que fuese, tuvo que ocurrir muy rápido, puesto que hasta hacía apenas unos segundos su profundo sueño no se había visto interrumpido por las voces. Notó cómo el semblante del joven José mostraba ya una palidez asombrosa. Unas marcadas ojeras oscurecían sus párpados inferiores, y tenía el cabello alborotado como un loco recién salido del manicomio. Pero lo que más llamó la atención del hombre fue la herida que ya había visto antes en su brazo. Estaba claro que había crecido por alguna misteriosa razón, y ahora abarcaba toda la zona inferior de su antebrazo. Tenía un aspecto de lo más desagradable. Era como si las venas se hubieran inflamado bajo la carne y su sangre fuera más espesa y oscura dentro de ellas.

Mientras permanecía entregado a sus propios pensamientos, intentando razonar qué era lo que podía hacer para no buscarse un lío con sus jefes, Julio no se dio cuenta de que la cosa había ido a peor. Pero el grito angustiado de la joven hizo que prestara atención otra vez a lo que allí afuera sucedía. No daba crédito a sus ojos. José se había abalanzado sobre la chica como poseído por algún tipo de rabia. Le agarraba la cabeza, zarandeando su cuerpo con violencia, mientras seccionaba su yugular a mordiscos, en medio de una macabra lluvia de sangre. El muchacho estaba ya completamente ido, fuera de sus casillas. Actuaba como una bestia desatada y hambrienta.

Los otros dos corrieron en dirección a ellos, también llevados por algún tipo de locura. Julio estuvo a punto de caerse de la banqueta cuando, sobresaltado por lo que veía, comprobó estupefacto cómo, en lugar de ayudar a la chica, lo que hacían era hundir sus dientes en uno de sus brazos. Los tres parecían querer disputársela ahora a base de mordiscos, mientras ella chillaba de dolor. Era una de las peores agonías que

pudiera uno imaginarse. Sin embargo, verlo ante tus narices resultaba aún más insoportable.

Julio se bajó de la banqueta, tumbándose junto a la pared en posición fetal. Taponó sus oídos con ambas manos, presionando con fuerza sobre ellos. Lloraba preso del terror, y no quiso escuchar ni ver más. Aquello sobrepasaba su capacidad de reacción con creces.

—¿No era esto lo que querías, maldito depravado? —musitó entre sollozos—. ¿No esperabas ver un jodido espectáculo? Pues aquí lo tienes por fin, idiota. Sangre por todas partes, chicas gritando de dolor, jóvenes presos de su propia decadencia. Y todo ello completamente gratis, y sin que nadie sepa que lo estás viendo.

De pronto, una risita histérica surgió de sus entrañas, entremezclándose demencialmente con su llanto apenas contenido. Se incorporó sobre el suelo, enjugándose las lágrimas con el dorso de la manga.

Afuera, los tres muchachos permanecían tumbados como leones sobre el cuerpo ya cadáver de la chica rubia. Extraían sus vísceras a puñados en medio de un sangriento festín, masticando aquellos viscosos bocados con avidez. Un poco más allá podía observarse un espectáculo muy parecido, pues otra de las jóvenes había abatido sobre el suelo a la restante. Sus tripas yacían desparramadas sobre el parqué y su cuerpo aún se convulsionaba entre estertores.

—Pues sí que me va a costar lo mío limpiar todo ese desastre —musitó julio, víctima ya de una locura que anesthesiaba en cierto modo sus sentidos, mientras contemplaba una vez más aquella tragedia—. Sin embargo, tengo que admitir que el espectáculo de hoy ha sido absolutamente único.

Dio rienda suelta por fin, casi sin percatarse de ello, a aquella risa histérica que había estado pugnando desde hacía rato por brotar desde sus entrañas. Sin embargo, pronto hubo de arrepentirse de ello. O quizás no tanto.

Los ojos de todos aquellos jóvenes poseídos por algún tipo de rabia desconocida fueron a posarse de forma simultánea sobre el hueco por donde él miraba. Quedaron como petrificados durante unos segundos. Gruñían arrugando las comisuras de los labios de aquellas bocas repletas de sangre, mostrando sus dientes de forma amenazante.

—Están completamente pálidos. Amoratados —constató para sí julio, notando cómo el pánico y la histeria pugnaban por adueñarse de su ser—. Estos idiotas ya no pueden estar vivos. Tiene que tratarse de muertos, sin duda. Muertos que se arrastran en busca de sangre, como en tantas películas se ha visto ya. Pero esto es completamente real. Real y gratuito. Y yo soy un espectador privilegiado.

Mientras dejaba que la locura se hiciera dueña de sus razonamientos, aquellas cosas se arrastraban ahora lentamente. Su avance errático les conducía hacia el lugar

de su escondite. Parecían sopesar, con algún tipo de torpes procesos mentales, cuáles eran las alternativas que tenían para poder llegar hasta aquella nueva víctima.

Una vez frente al muro, alzaron sus manos de piel resquebrajada, en un infructuoso intento por dar alcance a aquellos ojos que les miraban desde la ranura de allí arriba. Pronto comenzaron a proferir gritos angustiados, enardecidos por la frustración.

—No podéis cogerme, muchachos —gimió el conserje con una risa nerviosa—. No podéis hacerme nada, porque yo soy tan sólo un simple espectador. Es lo bueno que tiene estar del otro lado de la pantalla. Aunque no puedes tomar parte en las buenas escenas, cuando llega lo malo te sientes protegido. Si al menos me hubierais dejado tomar partido en vuestras cochinadas de otros días...

Las criaturas parecían ponerse más furiosas ante aquellos comentarios. Seguramente ya no podían discernir el significado de semejantes palabras, pero tal vez sí el tono de burla implícito en las mismas.

Julio miró a la chica que quedaba allí con ellos. Su aspecto era fantasmagórico. La piel había comenzado a resquebrajarse en varios puntos, como si estuviera pudriéndose de forma asombrosamente rápida. Por su mandíbula inferior resbalaba un reguero de sangre que empapaba su camiseta oscura, marcando unos pechos todavía firmes, e incluso sugerentes. Pero sus ojos enrojecidos reflejaban la mirada de la muerte.

—¿Y tú qué opinas, preciosa? ¿Serías capaz de permitir que este viejo fantoche se uniera a vuestra fiesta? —el tono de voz de Julio mostraba ya un timbre absolutamente demencial—. Si vosotros me dejaseis formar parte de vuestro grupo, yo quizás me... me entregara por completo a la fiesta.

Aquella idea delirante se hizo dueña de su mente. Sin más razonamientos de ningún tipo, el hombre se bajó con tranquilidad de su banqueta. Extrajo una llave del bolsillo trasero de sus pantalones de trabajo. No mostró signos de duda al respecto. Estaba ya muy cansado. Demasiado aburrido de ser siempre un simple espectador. Ahora quería formar parte activa de una maldita vez, unirse a la juerga con todas las consecuencias que ello acarrearía.

5

FUTUROS

COMPAÑEROS DE FATIGA

Brote de la epidemia a las afueras del valle.

—¡Joder, tío! De verdad que no lo entiendo —exclamó exasperado el joven. Se trataba de un individuo de unos veintidós años, de amplia envergadura, musculosos brazos y un metro ochenta y cinco de estatura. Miraba furibundo la puerta automática formada por dos gruesas hojas de cristal corredizas que tenía medio desmontada en el garaje de su casa. Encima de ella se podían ver perfectamente los sistemas de automatismo, con sus cables y detectores al aire, como si fueran las tripas de una bestia que habían quedado expuestas tras arrancarle la piel—. Si en realidad esto no tiene ninguna jodida complicación. Tan sólo se basa en la emisión de un ultrasonido por parte del dispositivo, que luego analiza aquello que hay bajo ella, para devolver o no el rebote de ese mismo ultrasonido, comprobando de esta forma si hay un cuerpo cerca de la puerta.

—No desesperes, Luis —lo tranquilizó otro joven, cuya respiración se mostraba un tanto jadeante. Se acababa de levantar de un banco horizontal de ejercicio que había un poco más allá, al fondo del garaje. En esos momentos se quitaba los guantes de poliéster, forrados en las palmas con un acolchado de espuma. Los músculos de sus brazos estaban dilatados tras la severa tanda de ejercicios que se había pegado aquella tarde. Su camiseta negra de tirantes dejaba entrever los poderosos músculos de su tren superior. Era incluso más alto que el otro joven. Las luengas barbas que caían lacias sobre su pecho, junto con la larga coleta rubia, le daban un aire rudo.

—¡Joder, tío! Pero es que tenemos que comenzar a instalar ya este montón de chismes en un montón de superficies comerciales, y no me gustaría que estos jodidos chinos nos hubieran vendido un montón de aparatos defectuosos —replicó el primero, mirándole con el ceño fruncido.

Mientras tanto, el otro se limitó a introducir una llave USB en un pequeño y sencillo equipo de música, que había en una estantería metálica a un lado del garaje. Al momento, comenzaron a sonar los atronadores acordes de *Vengeance is mine*, del grupo norteamericano Iced Earth. El coloso giró el mando circular del volumen hacia un lado, atenuando el sonido, para que no resultara muy difícil seguir hablando con su hermano menor.

—Quizás se trate de una simple interferencia —barajó al momento con semblante sereno, deleitándose con el sonido eléctrico de aquellas fluidas guitarras—. ¿No habrás montado otro de esos aparatos demasiado cerca de ese? —preguntó a continuación, mientras posaba su mirada en las decenas de posters que decoraban las paredes del local. En ellos se podían ver los rostros desafiantes de las estrellas de *rock* que más admiraban todos los miembros de su familia.

—¿Acaso piensas que soy completamente idiota? —espetó el más joven, sin mostrarse, sin embargo, demasiado tajante. Sabía que siempre debía procurar aplacar su ímpetu ante la figura imponente de su hermano. Era un tipo de lo más paciente y comprensivo, pero no convenía contrariarlo demasiado.

—Tranquilo, Luisito. Perdóname la vida. Tan sólo quería asegurarme. A veces cometemos ese tipo de errores sin darnos cuenta. Eso no significa que seamos idiotas, tan sólo humanos —se defendió el hermano mayor, mostrando una sonrisa conciliadora, a la vez que alzaba las palmas de las manos como en son de paz.

—Lo siento, Jaime. Es que me desespera cuando algo tan sencillo no funciona sin causa aparente —se disculpó de inmediato el chico más joven—. Pero tienes razón, es como si hubiera cerca algún tipo de interferencia ultrasónica. Pero esto es del todo extraño y poco probable. No sé, funciona como intermitentemente, como si algo estuviera alterando su capacidad de recepción. Lo cierto es que ayer funcionaba perfectamente. No entiendo qué ha podido pasar.

Mientras el chico decía aquello, una sombra de duda recorrió repentinamente el rostro de Jaime. Se dio la vuelta, con la excusa de querer seleccionar otro tema en el disco que acababa de poner. Pero lo cierto es que algo le inquietaba ahora, justo desde que el otro mencionara el momento en que todo dejó de funcionar correctamente. Nefastos recuerdos se hicieron paso a través de su inconsciente para llegar hasta el plano de la consciencia. Por mucho que se empeñara en relegar a un oscuro y polvoriento segundo plano todos aquellos fragmentos del pasado, algunas veces regresaban a él para torturarlo. Sin que Luis se percatara de ello, escrutó discretamente aquel negro trozo de rama que había cogido el día anterior, en ese jardín triste y olvidado de allí arriba, en los confines de Villa Nova. En aquel pequeño reducto de miseria había encontrado una maraña de extraños especímenes vegetales. No sabía muy bien qué le había llevado a ir nuevamente hasta el lugar, tras varios años sin pisar esa tierra húmeda e infecta. No tenía ni idea de por qué había cogido aquel trozo seco y negruzco de rama espinosa. Pero algo le decía que aquellas extrañas plantas que ahora infestaban el lugar estaban profundamente ligadas con todo lo que había vivido años atrás. ¿Emitían esos deformes engendros del mundo vegetal algún tipo de frecuencia ultrasónica? ¿Formaba ello parte del extraño mal que, estaba seguro, el jardín de allí arriba irradiaba desde hacía varios años?

—¿Me estás escuchando, Jaime? —De pronto se dio cuenta de que había desconectado por completo del mundo real. Su hermano le estaba hablando, y él ni siquiera sabía lo que le acababa de decir. Toda su atención había sido acaparada por aquel seco trozo de materia, que estaba colocado en una esquina de la estantería atestada de libros viejos. Era como si tuviera un efecto hipnótico sobre él.

—Sí, Luis —contestó de forma un tanto dubitativa—. Pero lo único que pienso al respecto es que hoy es sábado, y mi único propósito para esta jornada es relajarme e ir a ver una película al viejo cine, que abre nuevamente sus puertas esta misma tarde.

—Jajajajajaja —rio con ganas su hermano menor—. Si es que en el fondo eres todo un nostálgico. Tras esa fachada de tipo duro se esconde un corazoncito tierno. Mira que preferir ese polvoriento teatro, con su obsoleta sala de proyección, pudiendo optar por el cine nuevo de la villa con todo tipo de comodidades. Pero creo que tienes toda la razón. Hoy es un día para relajarse y disfrutar. Creo que me iré a tomar unas cervezas con mis amigos al antro de la esquina. Seguramente el lunes resuelva sin dificultades toda esta mierda, con una perspectiva mucho más fresca de las cosas.

—Estoy completamente seguro de ello, Luis —lo apoyó su hermano con determinación, dándose la vuelta para regalarle otra de sus estupendas sonrisas.

Minutos después, Jaime decidió coger aquel trozo de muerte que había posado el día anterior sobre la estantería. Algo instintivo le llevó a tomar precauciones a la hora de coger la rama. Al igual que había hecho la primera vez que la había tocado, decidió tomarla por una esquina, en previsión de que pudiera pincharse con aquellos feos aguijones, que sobresalían sobre la superficie dura y escamada. Salió a la acera que había frente a su casa, mirando en derredor con disimulo, como para asegurarse de que nadie le veía. Luego arrojó el trozo vegetal al otro lado de la carretera, donde cayó en medio de unos matojos que había tras la cuneta, con un sonido sordo.

Cuando ya se disponía a entrar en su casa para cambiarse de ropa, vio a alguien unos metros más arriba, caminando de forma extraña al borde de la carretera. Creyó distinguir la silueta desgarrada del conserje del colegio. Le miró con extrañeza, pues el hombre avanzaba como tambaleándose, e incluso le pareció ver cómo se convulsionaba de forma un tanto desconcertante. Finalmente, la figura desgarrada se perdió tras una pronunciada curva de la carretera.

—Ese hombre me da lástima —musitó con el corazón encogido—. Su soledad perpetua parece que le ha llevado ahora por los oscuros derroteros del alcoholismo. Bueno, yo debo prepararme para ir al cine. Hoy tiene que ser una tarde amena. Para eso son los sábados —se dijo luego, como queriendo arrojar lejos de sí todas aquellas pequeñas preocupaciones, al igual que había hecho con el trozo seco de rama.

A un par de kilómetros de allí, el padre Adolfo, el joven párroco que oficiaba todos los domingos las misas de Villa Nova, descendía con semblante reflexivo por una

empinada carretera. Regresaba ya de su visita semanal a la capilla que había en un lugar llamado «el paso de San Roque». Aquella carretera suponía —junto con el acceso a las montañas, cuyo lugar era famoso por albergar la finca de un acaudalado empresario llamado Agustín Arrieta, y el paso que ascendía desde otra localidad a unos cuatro kilómetros y medio de Villa Nova— el tercer punto de acceso importante al valle.

El joven y atractivo cura gustaba de acudir todos los sábados hasta la mencionada capilla. Salvaba a pie los más de dos kilómetros de ascenso desde Villa Nova, portando en su mochila un montón de velas y otros utensilios litúrgicos. Le agradaba poder sentarse un rato en soledad, frente al cristo de la capilla, en medio de la tranquila penumbra. El lugar donde estaba el edificio era un pequeño pueblecito de labriegos, que con el tiempo había quedado casi despoblado. Pero aquella capilla tenía algo que Adolfo valoraba en sumo grado: silenciosa calma para el espíritu.

Mientras descendía por la carretera, aspirando hondas bocanadas de aquel delicioso aire primaveral, se deleitaba con las hermosas vistas. Allí las praderas empinadas rezumaban verdor y frescura, y los árboles se mostraban ya en su apogeo, con aquella multiplicidad de flores coronando sus ramas.

Entonces el rugido de un coche sonó a sus espaldas. Se trataba de un flamante Audi A4 de color negro. Se dio cuenta al momento de que el vehículo reducía la velocidad ostensiblemente, hasta que finalmente se detuvo a su altura.

—¿Qué tal le trata la vida, señor pater? —Se trataba de Rufo, el orondo presidente de la asociación de vecinos. Adolfo reprimió como pudo una mueca de desagrado, pues las mordaces palabras venían acompañadas, como de costumbre, de una espesa nube tóxica, procedente del eterno puro que siempre llevaba entre las comisuras de los labios—. Menudas ganas que tiene de pegarse semejantes palizas todos los sábados para ir a ninguna parte. Si en este pueblo ya no vive casi nadie, hombre.

Adolfo se dijo a sí mismo que a él sí que no le vendría mal caminar un poquito de vez en cuando. Sin embargo, trató de forzar la mejor de sus sonrisas y mostrarse amable.

—La verdad es que me gusta caminar unos kilómetros de vez en cuando. Ayuda a uno a mantenerse en forma. Además, esa capilla tiene algo que siempre me ha gustado, y me resulta placentero mantenerla adecentada —explicó el joven, deseando que el otro se fuera ya y le dejara tranquilo.

—Ya... entiendo —contestó Rufo, dejando entrever su incompreensión. Consideraba estúpidas muchas cosas que Adolfo valoraba—. De todas formas, si no le apetece caminar más por hoy, puedo bajarle hasta el valle sin problemas —se ofreció a continuación, con una mueca que intentaba imitar amabilidad—. Dentro de una hora voy a ver una película en el cine viejo, que abre hoy sus puertas

nuevamente. Ya sabe, como soy el presidente de la asociación y todo eso, no puedo perderme ese tipo de eventos.

Adolfo no se sentía cómodo ante la presencia del otro. Sin embargo, recordó entonces que él también tenía ese día intención de ir a la misma sesión de cine. Reparó en que iba bastante justo de tiempo.

—Yo también iré hoy al cine viejo —accedió finalmente, no sin cierta desazón—, así que no voy a rechazar su ofrecimiento.

Tras un par de minutos respirando el opresivo ambiente que flotaba en el coche, el párroco no tardó en arrepentirse de su decisión. El humo inundaba el interior del vehículo, provocando un insoportable escozor en sus pulmones. Por si fuera poco, la conversación del otro resultaba de lo más incómoda, e incluso insultante.

—Un señor pater como usted no debería andar siempre preocupado por entretener al pueblo como hace tan a menudo —le espetó casi como quien no quiere la cosa—. No me malinterprete. Ya sé que es usted joven y le gusta sentirse unido a los grupos de gente de su edad. Organizar excursiones, reuniones culturales y todo eso. Pero no sé, yo no soy creyente, pero siempre he considerado que el lugar de los curas era la iglesia y nada más.

Adolfo ya sabía por dónde iba el hombre. Como presidente de la asociación de vecinos, recibía subvenciones del gobierno autonómico para cuidar de que en su villa nunca faltaran eventos culturales y cosas similares. Ello le otorgaba unos atractivos dividendos, además de importantes contactos con empresas de los que podía beneficiarse jugosamente. Pero si el cura andaba metiendo las narices en su terreno de acción, todo ello peligraba ostensiblemente, y no estaba dispuesto a permitirlo.

—En realidad, el lugar de un cura —replicó con calma Adolfo, remarcando las sílabas de la palabra «cura»— está en todo momento junto al pueblo. Atendiendo sus necesidades espirituales y emocionales. Es la mejor forma de difundir ese mensaje de paz y amor que hace siglos nos regaló nuestro Señor.

—Ya... entiendo —masculló Rufo, sin siquiera molestarse en mirarlo. Ya habían llegado casi a Villa Nova, en el centro del valle. En esos momentos descendían a la altura del colegio, donde ambos repararon en la puerta metálica que daba acceso al gimnasio, al otro lado del patio. Se veía completamente abierta—. ¿Qué cojones hará ese tarado del conserje todos los sábados ahí metido? No entiendo por qué narices no sale del colegio en casi toda la jodida semana —rezongó arrugando el entrecejo—. Definitivamente, ese hombre está como una puta cabra. Oh... disculpe mi lenguaje, señor pater —se disculpó a continuación, sin sentir lo más mínimo el haber hablado así delante del cura.

Finalmente llegaron a la villa. Adolfo agradeció para sus adentros poder por fin despedirse de aquel hombre tan desagradable.

—Hasta la próxima, señor pater —le dijo Rufo asomando su humeante puro a través de la ventanilla del conductor, una vez Adolfo se hubo posado junto a la iglesia del lugar. Aún tenía tiempo de ducharse en el cuarto de baño que tenía habilitado en el edificio, antes de acudir a la sesión en el cine viejo—. Espero poder verle hoy cuando la película. Seguro que sí, ya que no creo que acuda mucha gente. La gente joven sigue prefiriendo el botellón y esas cosas. No tome nota de ello para sus planes juveniles, jajajajaja. No le aportaría muy buena reputación —añadió finalmente, como si bromeara de forma amistosa.

El padre se despidió, rogando para sus adentros para no encontrárselo aquella tarde frente a frente en el cine viejo.

Cuando ya retiraba la portilla de hierro forjado, que conducía al techado cabildo que daba acceso a la iglesia, pudo ver muy cerca, tirado en el suelo, a un individuo en aparente estado de embriaguez. Mostraba un aspecto bastante decrepito, e incluso parecía como herido en algunas partes de su cuerpo. Adolfo se acercó a él con gesto misericordioso. Le afligía el corazón ver en ese estado a las personas.

—¡Qué vergüenza! —oyó rezongar a una señora mayor que pasaba por allí. Exhibía una mueca de asco bajo su maraña de permanentado pelo rubicundo—. Borracho a las mismísimas puertas de nuestro Señor. Esta gentuza no merece ni estar viva.

Adolfo sintió una tremenda lástima al comprobar, una vez más, cuán mal habían interpretado la mayoría de las personas el mensaje de Jesús.

—Pero todos somos hijos de nuestro Señor Jesús, señora —replicó con paciencia—. Él nos dijo que habíamos de amarnos, fuera cual fuera nuestra condición, raza o creencia.

La señora no dijo nada. Se limitó a mirarle con cierto aire acusador para continuar su camino. Adolfo sabía muy bien lo que pensaba. Algunos de los vecinos más rancios aún seguían echando de menos al antiguo y más tradicional párroco. Este mostraba ideas demasiado modernas y extrañas. Adolfo trató de no dejarse atormentar por ello, y se dispuso nuevamente a ofrecer ayuda al hombre tirado junto a la acera. Pero este ya se había levantado y caminaba dando tumbos rumbo a ninguna parte. Adolfo creyó identificar entonces al hombre. Al parecer se trataba del anteriormente mencionado conserje del colegio.

Lo que por entonces estaba aconteciendo más allá de la entrada del valle, ni Jaime ni Adolfo ni Rufo pudieran haberlo imaginado ni en la más delirante de sus pesadillas. Algo demencial había ocurrido en las entrañas oscuras de una de las galerías de la mina de carbón que allí había ubicada.

Aunque era sábado, un relevo especial de mineros estaba trabajando esa tarde. Tenían que acondicionar la entrada del pozo, para que la población no minera tuviera acceso

al menos por una galería hasta el otro pozo con el que se comunicaba, allí arriba en el centro de Villa Nova. Pronto ambos pozos cerrarían de forma definitiva, y tenían planes de convertir toda la infraestructura en una especie de descomunal museo de la minería.

Todo se desató con tanta rapidez que ni siquiera hubo lugar para las especulaciones. El grupo de mineros que formaban el último relevo había terminado hacía muy poco su jornada. Sin embargo, por alguna razón que nadie podía entender, en lugar de hombres robustos con rostros tiznados de negro, lo que la jaula subió aquella tarde fue un grupo de unas veinticinco personas gravemente heridas. Mostraban un estado alarmante, pues habían palidecido por algún tipo de mal desconocido. Algunos estaban encorvados sobre sí mismos, dando señales de desorientación, mareos y náuseas. El lampistero del pozo se acercó a uno de ellos, dándose cuenta al instante de cómo su brazo derecho exhibía una fea herida de varios centímetros de longitud. Tenía los ojos inyectados en sangre y la carne le colgaba en tiras sucias allí donde parecía haber recibido, por increíble que fuera, un rabioso mordisco. Su rostro estaba contraído por una mueca que más parecía de rabia que de dolor.

—¿Pero qué es lo que ha sucedido ahí abajo? —acertó a preguntar el lampistero, con el corazón completamente desbocado.

Numerosos curiosos se habían aproximado ya a los hombres heridos, saliendo de sus pequeños despachos, allí en los edificios de ladrillo que delimitaban el pozo por uno de sus lados. El capataz, por su parte, no daba crédito a sus ojos, pese a ser un hombre acostumbrado a los trágicos accidentes acaecidos ocasionalmente en la mina. Aquello resultaba un tanto desconcertante.

—Y yo qué cojones sé —le contestó al lampistero el minero herido, cuyos oscuros cabellos estaban completamente despeinados. No llevaba el casco consigo, y la lámpara de iluminación se arrastraba por los suelos, colgando por el cable de la petaca que llevaba a la cintura—. Fue el loco ese de Armando. El viejo idiota parecía encontrarse ya mal desde el principio de la jornada. Nos aseguró que se había cortado o no sé qué con unas zarzas en lo alto de la villa, donde hay una casa abandonada, cuando iba ayer a por unas cosas a una cuadra que tiene por allí. Al final... es como si... Joder, parecía que le había entrado la rabia. Empezó a dar dentelladas como un perro a todo aquel que se le acercaba. Nos dijo que oía sonidos extraños, que le iban a terminar reventando los sesos. Luego se puso cada vez más furioso y nos atacó a todos. Esto es una puta locura.

Entonces el lampistero advirtió que algo pasaba allí frente a ellos, junto a la jaula donde habían subido los mineros heridos. Se dio cuenta enseguida de que una fuerte trifulca se había desatado entre los trabajadores. Al lado de la estructura metálica que formaba uno de los cuatro pilares que alzaban el castillete, pudo ver la figura de un

minero emitiendo extraños gruñidos al aire. Su mono azul estaba tintado con enormes regueros de sangre, y abría la boca con espasmódicos gestos, como una bestia rabiosa. Otro más se había abalanzado frenéticamente sobre un compañero que trataba de ayudarlo, hundiéndole sus dientes en el cuello. En apenas unos segundos, todo a su alrededor, en la pequeña plaza que había entre el castillete y la zona de aparcamiento que había junto a las oficinas, se había convertido en el campo de batalla de seres desquiciados que se atacaban a mordiscos y arañazos.

El lampistero apenas tuvo tiempo de percibir cómo el minero que tenía enfrente sufría de súbito una macabra transformación. Su rostro se transmutó con la ira que estalló en sus entrañas. Comenzó a sufrir espasmos, a salivar de manera grotesca entre gruñidos, y sus ojos se velaron con una capa sanguinolenta. No pudo entonces huir el lampistero, ni defenderse ante su brutal ataque. En menos de un segundo le había seccionado la yugular a mordiscos, y caía desangrándose sobre el duro suelo. Lo último que contemplaron sus ojos fue el rostro de la estatua que había muy cerca, sobre un pedestal de piedra. Se trataba de Santa Bárbara, la patrona de los mineros. Hacía años que habían decidido dejar allí la imagen, al darse cuenta de cómo llovía torrencialmente cada vez que querían devolverla a la iglesia en procesión desde el mismo pozo, donde la habían llevado para bendecirlo. Interpretaron las lluvias como una señal de que allí había de quedarse. Pero ahora, su rostro plañidero, con aquella mueca de súplica en sus ojos alzados al cielo, estaba completamente salpicado por la sangre de los trabajadores atacados. Sus manos crispadas parecían querer detener aquella absurda masacre.

El vehículo de un matrimonio que se internaba en el valle tuvo que detenerse de forma brusca a la altura del pozo. Había varias mujeres saliendo del burdel que había frente a los muros de la mina. Mostraban claros síntomas de histeria. Una de ellas se acercó tambaleante hasta el coche, con los senos al aire y las medias negras surcadas por un montón de carreras. El cabello oscuro y lacio estaba manchado con alguna sustancia pegajosa.

El conductor intentó acelerar entonces, en un arrebato de miedo. Pero otras dos mujeres se abalanzaron furiosas sobre el capó, mientras la primera se acercaba a la ventanilla.

—¡Ese puto Armando me ha contagiado con su polla! —rezongó la chica entre sonrisas histéricas—. Me la metió como todos los días antes de entrar en la puta mina. Pero esta vez venía más sucio que de costumbre el muy cabrón. Ahora mis tímpanos parece que van a reventar —concluyó, llevándose las manos crispadas a los oídos, como si algún sonido ensordecedor la estuviese martirizando. Nadie lo sabía, pero sus órganos auditivos estaban comenzando a mutar a causa de un mal que corría por sus venas. Todo ello era necesario para que pudiera escuchar las órdenes emitidas desde un malhadado jardín. Ahora sería una sierva más.

—¡Acelera de una vez, Carlos! —suplicó la mujer del conductor al ver el estado en que se hallaban aquellas mujeres—. Llévatelas por delante si hace falta. Están drogadas o locas, joder.

Pero la mujer que llevaba los senos al aire introdujo ambas manos por la ventanilla, para luego arrancarle un trozo de mejilla de cuajo a Carlos.

La esposa del atacado comenzó a sollozar de forma incontrolada. Miró a su marido, que se retorció de dolor en el asiento contiguo, sin poder zafarse de aquella garra que lo atenazaba.

Al otro lado de la carretera, un minero sano trataba de vérselas con varios infectados haciendo uso de un hacha de mango corto cuyo filo goteaba sangre. Al final uno de ellos, con el rostro colgando como una máscara grotesca a uno de sus lados, dejando entrever músculo y hueso, se le echó encima. Por mucho que el hombre trató de resistirse, forcejeando con desesperación, finalmente fue abatido por un grupo de infectados que se unieron al primero.

Una mujer obesa salió en camión del burdel, con los cabellos encrespados y el rostro cubierto de sangre. Entre chillidos se unió a la masacre, corriendo como un perro rabioso, mientras sus enormes senos se bamboleaban de manera exagerada.

Ernesto, un joven minero que trabajaba en aquel mismo pozo, aquel día era ajeno a lo que allí estaba ocurriendo. Esa tarde libraba y había quedado con su novia Silvia en el cine viejo, donde en esos mismos instantes daban una película de los años ochenta. Sentado en la butaca, a su lado, acariciaba la mano de ella con ternura.

Sin embargo, sus pensamientos discurrían por una vertiente bastante alejada del hilo de la película. Estaba preocupado por su situación laboral. Pronto habría una importante reducción de plantilla, como bien sospechaba. Los pozos mineros no eran una fuente rentable de ingresos hoy en día para el país. Ahora resultaba más económico traer dicha materia prima del extranjero, y en realidad no era una fuente de energía con gran futuro precisamente. Si por alguna razón seguían manteniendo algunos pozos en activo allí, al norte de la península, era por el mero hecho de representar una clave estratégica en casos de emergencia, como una crisis mundial que los hiciera tener que valerse por sí mismos. Todos los países debían tener un plan B en cuanto a fuentes de energía, como una «pila» de reserva por si el suministro eléctrico era cortado repentinamente.

Pero lo que más escamaba a Ernesto era el hecho insultante de que aquellos días hacían uso de los trabajadores de la mina con el único fin de acondicionar algunas galerías para luego usarlas de cara al público como un simple museo. Un museo que casi parecía el patético homenaje a una crisis galopante, que afectaba ya a más de un

tercio de la población. También lamentaba profundamente aquel estado letárgico en el que parecían sumidos muchos trabajadores. Era como si asumieran todo con una resignación decepcionante.

Lo que ni remotamente sospechaba entonces era que todas esas preocupaciones pasarían pronto a un segundo plano. Se las vería con algo que desafiaba las mismas leyes de la naturaleza. Ahora muchos de sus compañeros, sin que él pudiera siquiera imaginarlo, habían pasado a formar parte de la servidumbre de un mal mucho más atávico si cabe.

CELEBRACIÓN SANGRIENTA

Foco de la epidemia originado en las montañas.

Todo transcurría muy felizmente para los González y los Arrieta aquella soleada tarde de mediados de primavera. Pronto ambas familias pasarían a ser una sola, gracias a los lazos matrimoniales que unirían a la joven Claudia con el apuesto Jorge. El muchacho estaba a punto de concluir su carrera universitaria por la rama de Empresariales con notable éxito, y pronto ocuparía un importante cargo en la constructora que su acaudalado padre dirigía con mano firme e ideas claras. Los Arrieta habían sabido conservar un holgado patrimonio que les permitía gozar de una vida llena de lujos. Aunque también cabe resaltar que con gran dedicación y esfuerzo por parte de casi todos sus miembros.

A pesar de que para el tan esperado evento aún faltaban algunos meses, aquella hermosa tarde decidieron darse el gusto de almorzar en el amplio jardín de una de sus fincas. El convite fue organizado con apenas unos pocos días de antelación, pues la idea surgió de un capricho inesperado por parte de la madre del novio.

Ante la larga mesa de madera engalanada con floridos manteles, pues ambas familias eran un tanto campechanas a pesar de su alto poder adquisitivo, había ya sentados casi unos veinte comensales. Los dos novios se entretenían un momento dentro del cenador de piedra, ubicado varios metros más allá, sobre la verde pradera. Querían disfrutar de unos segundos de intimidad, embriagarse con el dulce aroma a naturaleza y con la brisa que soplaba tiernamente sobre las margaritas y entre las ramas de los árboles. En el cielo apenas se podía ver alguna frágil lengua nubosa y el sol brillaba en su cenit, iluminando las laderas de las montañas colindantes.

—Este es un día muy hermoso —susurró la joven a su prometido, esbozando una sensual sonrisa entre los tirabuzones de su negro cabello, que ahora se habían soltado de la cola que lucía sobre su espalda y sus hombros—. Me encanta poderlo compartir contigo.

Los dos estaban sentados sobre la fría superficie de uno de los bancos y él tomaba las manos de la joven entre las suyas con ternura. En los ojos de ambos brillaba una mutua devoción que rayaba en lo mágico. Era una imagen puramente idílica.

Sin embargo, una sombra de duda emponzoñaba el corazón de Jorge. Había un secreto celosamente guardado en su interior. Un error que intentaba encerrar en el rincón más inaccesible de su mente. Tenía que mitigar como pudiera aquel sentimiento de culpa, que pugnaba por hacer surgir la maldita verdad al exterior. La

voz de la conciencia pesaba en sus entrañas, pero la razón le dictaba órdenes muy distintas. Tenía que sacrificar su propia vergüenza, tragarse el pésimo recuerdo de la realidad, para así poder salvaguardar aquella relación, que para él lo era todo en esta vida.

—Sin embargo, últimamente te noto en ocasiones como abatido —advirtió la joven, mientras la preocupación fruncía ligeramente su entrecejo.

Quizás Jorge pudiera acallar aquel torrente de palabras que luchaba por surgir de su garganta, dejar que la culpa se enquistara para siempre dentro de su alma, formándole un insoportable nudo en el estómago. Pero lo que no podría conseguir jamás es que la fatídica verdad no trasluciera de vez en cuando a través de su mirada.

—No es nada, cielo. Tan sólo... tan sólo que me siento un poco exhausto por tantas horas de estudio. Ya sabes lo en serio que me tomo mi carrera. No puedo defraudar a mi familia, pues todos esperan mucho de mí —mintió luego, sintiendo cómo había desperdiciado otra oportunidad más para sincerarse. Algo dentro de él le repetía sin cesar que no podría vivir con eso para siempre. Tenía que intentar enfrentarse a ello. Quizás después de todo obtuviera el perdón de Claudia.

»Amor mío, tengo que contarte algo —comenzó a decir, posando la mirada avergonzado sobre el pétreo suelo. Sin embargo, la chica ahora dirigía su atención hacia el resto de personas, quienes estaban allí en la larga mesa congregadas.

—Tesoro, tendrás que aguardar, si no te importa, hasta más tarde. No me gustaría enojar a nuestros familiares. Llevan esperando un buen rato por nosotros para poder dar comienzo a la comida.

La hermosa joven no se percató esta vez de la nube tormentosa que oscurecía el semblante de su prometido. Su impetuoso corazón estaba henchido de felicidad, y quizás ello le impidió ver un poco más allá. Tomó al muchacho de la mano, tirando de él para que ambos recorrieran los pocos metros que les separaban de todos los demás.

El sonido de los cubiertos sobre la porcelana de los platos llenó la atmósfera de la verde explanada, entremezclado con el clamoroso eco de las voces. Todos hablaban formando un gran alboroto, comentándose un sinfín de novedades, proyectos o simples chismes familiares. La humeante parrilla estaba al rojo vivo, mientras sobre su superficie se asaban todo tipo de carnes. El padre de Jorge lucía ya sobre su frente una capa de sudor, fruto del calor de aquellas brasas. Sin embargo, una sonrisa iluminaba su orondo rostro en todo momento, mientras daba vueltas a los chorizos criollos y las chuletas de cordero.

—Ya tenemos lista otra ración —comunicó a gritos Agustín Arrieta para que alguien acudiera a por la carne recién asada.

Al hombre le encantaba aquello, y casi prefería pasarse allí toda la tarde que estar sentado comiendo. Sin embargo, su mujer le obligó a que lo hiciera, puesto que no

consideraba muy correcto que el hombre permaneciera de pie mientras los otros comían en la mesa.

Su hijo Jorge empezaba a sentirse mareado. Todas aquellas voces hablando al mismo tiempo, los platos pasando de unas manos a otras ante su rostro, el sonido de las botellas de sidra al descorcharse; todo ello hacía que su mente colapsara por completo. Pero lo peor era, por supuesto, ese molesto aguijonazo que su conciencia hundía con insistencia dentro de su mente. Nunca creyó que guardar un secreto fuera tan difícil para él. Quizás si no fuera por el hecho de que a quien le ocultaba la verdad era a la persona a quien más quería, no le hubiera resultado todo tan amargo. No quería defraudar a Claudia por nada del mundo, y en su fuero interno sabía que ya lo había hecho.

En más de una ocasión cruzó su mirada con la de su primo Jordán, quien permanecía sentado al otro lado de la mesa y unos metros más allá. Se preguntó angustiado si este sabría también algo, si su secreto sería exclusivamente un incómodo recuerdo de su mente o, por el contrario, existían más personas en este mundo que lo compartían. Las lenguas son a menudo demasiado independientes de las mentes que las controlan. Los secretos luchan por dejar de serlo, impulsados siempre por alguna misteriosa fuerza que los hace surgir al exterior.

Jordán esbozó una enigmática sonrisa. Su semblante afilado adoptó un gesto que Jorge no supo identificar con precisión. Esto no era algo demasiado extraño, viniendo de su primo. Era una persona inteligente pero desconcertante y llena de suspicacia. Jorge era perfectamente consciente de que aquella noche el joven había estado junto a él. Lo que no podía recordar era exactamente hasta qué momento de la madrugada.

Intentó alejar de su mente todos esos pensamientos. Daba igual lo que hubiera ocurrido aquella malhadada noche, pues él ya no podría cambiarlo por mucho que se torturase.

—Jorge, cariño, tienes mala cara —se percató su prometida, levantando con ternura su mentón con las yemas de los dedos, para que el joven alzara su mirada—. Pareces pálido y ojeroso.

—No te preocupes, cielo. Es tan sólo que estoy un poquito cansado. En cuanto coma y beba algo se me pasará sin duda —mintió Jorge, tragando saliva para no vomitar el incómodo nudo de su vergüenza.

A su alrededor, las risas, lejos de cesar, eran avivadas por el ebrio combustible de la sidra, que el tío de Jorge escanciaba sin apenas descanso. Agustín Arrieta, el padre del muchacho, se mostraba risueño y parlanchín, luciendo una calva brillante por el sudor, pero elegantemente engalanado con corbata, camisa y chaleco. La madre del joven recorría constantemente la mesa, ofreciendo más comida a todos y cada uno de los presentes. A pesar de disponer de un buen número de sirvientas en su hogar,

aquella tarde la mujer prefería sentir la satisfacción de cebar personalmente a sus familiares hasta que estos reventaran los botones de sus pantalones.

Aquella finca tenía aproximadamente el tamaño de un campo de fútbol. Los Arrieta habían adquirido la propiedad algunos meses atrás, a un precio bastante económico. Era una zona cercana al río, allí donde las laderas se extendían bajo los picos montañosos. Por tanto, era un emplazamiento bastante más elevado que la zona principal del valle, unos kilómetros más abajo, donde estaba ubicada Villa Nova.

La carretera ascendía no lejos de allí, al otro lado del río, pero había muy pocas casas habitadas por los alrededores, y la mayor parte del terreno eran bosques de castaños y robles, o riscos montañosos, que alzaban sus crestas desnudas hacia el cielo límpido.

Tan ensimismado estaba Jorge en sus tormentosos pensamientos que no se percató del silencio repentino que se había formado a su alrededor hasta que este ya se podía cortar prácticamente con un cuchillo.

—Sí, mirad, parece que va como borracho —oyó decir a la madre de su novia, quien señalaba con el dedo hacia el otro lado del río, donde una figura se dejaba entrever entre las callejas de una pequeña barriada. Efectivamente, el hombre que indicaba parecía llevar una trayectoria errática a lo largo de las estrechas y enmarañadas calles de piedra. Trastabilló aparatosamente, saliéndose de la senda de adoquines para luego caer rodando por una estrecha franja de césped que recorría la margen norte del río.

—No os preocupéis por él —aseguró Agustín con tranquilidad—. Es un pobre diablo que se pasa los días borracho por completo. Dilapidó la herencia de su desdichada madre, fallecida hace menos de un año, y tan sólo estas tierras le quedaban ya. Preferí comprárselas por un precio módico, pues dar más dinero a ese hombre es como arrojarlo directamente a la alcantarilla. Todo cuanto cae en sus sucias manos se lo gasta en bebida.

—Pobrecito, me da mucha pena —se compadeció Claudia al momento—. No podemos dejarlo ahí tirado en ese estado.

—Mandaré que le acerquen algo de comida y que se lo lleven de vuelta a su casa. Desgraciadamente no podemos hacer nada más por él —concedió Agustín con expresión bondadosa.

A continuación hizo un gesto a uno de sus sirvientes para que se acercara.

—Quita cuanto antes a ese harapiento mendigo de nuestra vista —le susurró al joven camarero, mientras aún exhibía una cínica sonrisa de cara a los demás.

Una vez al otro lado del río, y tras cruzar el pequeño puente de piedra, el sirviente de los Arrieta tuvo que experimentar la desagradable sensación de enfrentarse cara a cara con aquel deprimente despojo de humanidad.

—Sois todos unos ladrones hijos de puta. Me habéis quitado hasta la última gota de sangre —escupió el mendigo, dándose la vuelta aún tirado junto al río. Su voz sonaba un tanto gangosa.

El rostro del hombre presentaba un sorprendente tono amoratado. Unas bolsas inflamadas pesaban bajo sus párpados y tenía los cabellos sucios y desgredados. Pero lo peor era aquel terrible hedor que desprendía todo su cuerpo.

—¡Santo Dios! —exclamó el sirviente, sorprendido por completo—. Esto no puede ser fruto solamente del alcohol y la mendicidad. ¿Qué clase de sucia enfermedad se ha ensañado así con tu cuerpo?

Sopesó la idea de dar media vuelta y dejarle donde estaba. Quizás aquello que envenenaba las venas del mendigo fuera algo contagioso. Sin embargo, pronto apartó la idea de su mente. No quería enojar a su jefe, y el generoso sueldo que recibía por sus servicios bien valía la pena aquel desagradable trago.

—Vamos, levántate del suelo. Te llevaré hasta tu casa y allí podrás comer algo de lo que aquí te traigo —le indicó de inmediato, mientras cubría su nariz con la mano para que el fuerte olor no torturase su olfato.

—Jajajajaja, eres un tipo muy gracioso. Mira que llamar casa a la cuadra a donde me arrastro para dormirar cuando cae la noche —le espetó el otro, haciendo, sin embargo, un esfuerzo para ponerse en pie, como le habían indicado.

Pronto se dio cuenta el sirviente de Agustín de que el mendigo no mentía en absoluto. Su casa más bien parecía una cuadra umbría, donde proliferaban la suciedad y el desorden. Había bolsas de basura por todas partes, ratas hurgando entre los desechos de una comida mohosa que infestaba la mesa de la cocina, y un olor insoportable inundando hasta el último rincón. Empujó al hombre con desprecio para que se tumbara en un colchón raído, y luego salió del lugar intentando olvidar todo aquello lo más rápidamente posible. Dejó la bolsa con la comida que había traído cerca de la entrada, sobre el alféizar de la ventana, pues no había otro lugar menos sucio. Fue entonces cuando vio allí afuera, junto a la fachada de piedra de la casa, un viejo arcón refrigerador. Las moscas revoloteaban sobre su tapa y el calor hacía que un fuerte olor, que a todas luces parecía surgir del electrodoméstico, se acentuara de forma insoportable.

—¿Qué diablos puede haber aquí metido? —se preguntó el hombre, arrugando la nariz con gesto de desagrado.

Entre tanto, al otro lado del río, el joven Jorge no podía dejar de atormentarse por aquello que afligía su alma desde hacía ya varias semanas. Le resultaba cada vez más difícil ocultar sus sentimientos. Tarde o temprano, alguien se daría cuenta de que algo extraño rondaba por su mente. Sin ir más lejos, había sorprendido ya varias veces a su madre observándolo un tanto preocupada. Era imposible ocultar a una madre aquel tipo de estados anímicos. No obstante, la mujer tuvo la delicadeza de no preguntar a

su hijo por las causas que le mantenían alicaído. No quería incomodarlo de esta forma ante los allí presentes.

Fue poco después, cuando casi todos habían terminado de comer y fumaban distraídos sobre sus sillas o hablaban relajadamente para facilitar la digestión, cuando su primo se acercó a él luciendo una amplia sonrisa en el semblante. Jordán aprovechó que Claudia había acudido junto a su futura suegra, con intención de ayudarla a preparar unos postres que luego degustarían todos, para deslizar subrepticamente un pequeño sobre al futuro novio.

—Este es un presente que te traigo sólo para ti —musitó en su oído, aun sonriendo con malicia—. Es mejor que lo abras cuando nadie más pueda ver lo que contiene.

El joven dejó a Jorge con el corazón desbocado, aún sentado sobre la superficie de madera del largo banco. Miró disimuladamente aquel sobre que tenía entre las manos. No había inscripción alguna. Mirando en derredor se percató de que nadie le prestaba demasiada atención y luego se levantó para apartarse un poco de la multitud.

Hizo como que necesitaba hacer sus necesidades y se dirigió hasta donde unos árboles refrescaban el lugar con sus sombras. Dentro del sobre había una nota, junto con varias fotografías.

Esto es en agradecimiento por haberme quitado a Claudia, querido primo de mi alma, rezaba la nota, para luego proseguir con las siguientes palabras: Aquí te dejo un par de perlas que he podido obtener gracias a mis pequeñas dotes como embaucador. Espero que te gusten, pues he puesto mucho empeño para que gozaran de todo lujo de detalles. Me regocija el solo pensamiento de que sufrirás a cada instante la tortura de no saber cuándo mi mente afligida desbordará por completo, decidiéndome a hacer público este pequeño secreto nuestro.

Cuatro fotografías de diez por quince acompañaban la breve nota. Eran efectivamente unas imágenes muy explícitas, que tiñeron al momento las mejillas de Jorge con un ardiente rubor.

Agustín Arrieta Núñez estaba sentado cuan ancho era sobre una silla de playa, cuyos sencillos barrotes apenas podían contener su pesado cuerpo. En torno a él había congregados varios miembros de su familia y de la de su futura nuera, escuchando con atención las diatribas del aspirante a magnate. Exponía sus puntos de vista haciendo gala de una prepotencia apenas disimulada por aquella falsa empatía que intentaba aparentar a toda costa.

—En realidad le hice un buen favor a ese desgraciado —le escuchó Claudia decir, para su profundo desagrado y decepción. La joven aún estaba cerca, colocando con la madre de Jorge unos pastelillos sobre varias bandejas, que luego los sirvientes irían repartiendo entre los asistentes al festín—. Su madre le dejó una buena herencia, pero él la malgastó en dos días, pues nunca supo hacer otra cosa que holgazanear por ahí

tirado todo el día, emborrachándose y regalando el dinero de su difunta madre a alguna furcia aprovechada.

Claudia agradecía para sus adentros que Jorge no se pareciera en ese sentido a su padre. Detestaba aquella falta de humanidad de la que hacía gala el empresario. Puede que el hombre de quien hablaran fuera un alcohólico que se hubiera aprovechado en cierto modo de su propia madre, pero también se olvidaban los allí presentes de que el individuo era víctima de un ligero retraso mental que siempre le había dificultado valerse por sí mismo con normalidad. Ellos lo sabían tan bien como ella, pues Villa Nova no era un lugar demasiado grande y ese tipo de cosas eran de dominio público. Incluso para alguien como ellos, que ya no frecuentaban tanto el pueblo.

Pero aquellas profundas reflexiones de la joven fueron bruscamente interrumpidas por el grito de un hombre, que venía corriendo desde el otro lado del río. Pronto reconocieron todos al camarero de los Arrieta, a quien minutos antes Agustín había enviado para que tratase de alejar al mendigo. Mostraba en su rostro un espanto que hizo que la chica se sobresaltara, pero en un principio no pudo entender qué era lo que les decía a los que se acercaron en su ayuda.

—Os juro que tenía un montón de cabezas de perro allí dentro apiladas —intentaba explicar el hombre atropelladamente, no consiguiendo calmar por completo su agitada respiración—. Pero eso no es lo más atroz de todo. Vi con mis propios ojos una cabeza humana entre las otras, y lo que me pareció que era un pie y dos dedos de una mano. Estaba todo descongelándose dentro del arcón, pues el alargador para enchufarlo a la corriente eléctrica estaba como roído por las ratas. No entiendo cómo nadie se dio cuenta hasta ahora de lo que allí había, pues el olor resulta insoportable a varios metros.

—Aunque parezca increíble, viniendo de ese hombre, lo veo hasta probable —intervino Agustín con asombrosa calma—. Lo del olor puede tener explicación, pues soy consciente de que muy pocas personas ocupan todavía las casas de esa solitaria barriada. Además, se trata de gente ya mayor, y muchos de ellos ni se enteran de las cosas que suceden a su alrededor.

Algunos no daban crédito a lo que acababan de escuchar. Permanecían inmóviles sobre la verde pradera, presos de un horror que hacía palidecer sus rostros.

—Tenemos que comunicar esto a la policía cuanto antes —dijo alguien, alarmado.

Claudia sentía náuseas sólo al imaginar la escena que había esbozado el hombre con palabras. Le parecía una espeluznante atrocidad el simple hecho de matar a un perro, pues siempre había sentido un gran afecto por tales animales. Pero si además entre aquellos restos había también los de un ser humano, la cosa se agravaba hasta límites inimaginables.

—¿Estás seguro de que se trataba de la cabeza de un hombre, y no de algún otro animal? —preguntó compungida una de las tías de Jorge.

—Tan seguro de ello como de que me llamo Alfredo —respondió el camarero sin mostrar síntomas de duda.

—De cualquier forma, ya me parece un crimen imperdonable el que le hiciera eso a unos pobres perros —puntualizó Claudia, arrugando la boca en un gesto despreciativo—. Ese hombre está enfermo por completo. Que alguien informe cuanto antes a las autoridades, por favor.

La prima pequeña de Jorge sollozaba desesperada, aferrándose a los faldones de su madre, quien al momento se apartó, llevando a la niña un poco lejos del grupo. No quería que su hija escuchase más detalles sobre toda aquella locura. Había dos niños más en el lugar, pero como eran chicos, más que horrorizados permanecían excitados ante el asombroso suceso que acababan de exponer.

Varias personas extrajeron sus teléfonos móviles de los bolsillos. Sin embargo, allí no era fácil encontrar cobertura, como ya se habían temido algunos de ellos.

—Está visto que, como no hagamos señales de humo, no vamos a ser capaces de establecer contacto con nadie —bromeó Jordán con sorna. El joven parecía tener la capacidad de permanecer casi inalterable ante situaciones tan desconcertantes.

Jorge le miró con odio, mientras se acercaba para poder enterarse mejor de lo que estaba sucediendo. Apenas había podido escuchar, confundido, parte de los hechos, pues su mente estaba bloqueada por preocupaciones que le afectaban de forma mucho más directa.

—¿Tú qué opinas, Jorge? Parece ser que estamos ante un auténtico depravado —le espetó su primo, sin dejar que aquella estúpida sonrisa se borrara de su rostro.

—¿Quieres dejar de decir tonterías, Jordán? —le pidió la madre de la niña que lloraba desconsolada, desde un poco más allá—. Noelia está muy asustada, y me parece que no ayudas mucho para que se calme.

Por toda respuesta, el muchacho se alejó de allí haciendo un gesto despreciativo con una mano.

—Me largo —musitó para sí—. Ya veo que no sois capaces de apreciar el buen humor.

Jorge abrazó a su prometida mientras en su interior una tormenta de culpabilidad bullía con furia a causa de aquellos otros sucesos que acababa de recordar al ver las fotografías que le había dado su primo.

—Vosotros seguid intentando encontrar algún lugar donde llegue la cobertura —indicó en tono imperativo Agustín—. Mientras tanto, yo iré acompañado por unos cuantos más hasta la guarida de esa rata. Tengo que comprobar con mis propios ojos lo que dice Alfredo.

Minutos después se encontraban ya frente al espantoso hallazgo que poco antes hiciera el sirviente. Estaba claro que eran los restos de varias cabezas de perro y, aunque no en demasiadas buenas condiciones, se podía distinguir también perfectamente la testa sesgada de una persona. El empresario se cubría nariz y boca con un pañuelo, asqueado por la horrenda visión y el profundo hedor.

—¡Jodido loco de mierda! —bramó casi furioso por lo que tenía delante. Los familiares que estaban junto a él habían palidecido por completo.

—¡No toquéis las cosas de mi mamá! —la voz surgió desde el interior de la casa. Sonaba gangosa como antes, pero esta vez al borde del llanto más desconsolado. Al poco tiempo vieron al hombre surgir por la puerta, tambaleándose y con el rostro casi deformado por la locura—. Dejad tranquilas las cosas de mi mamá. No están en venta, no son para vosotros, mi mamá me las dejó para mí —insistía el mendigo, mientras los otros retro cedían un tanto asustados. Parecía fuera de sus casillas, y sin duda representaría un mayor peligro en aquellas condiciones.

—¿Dices que estas cosas eran de tu madre? —se atrevió a preguntar Agustín, casi con expresión desafiante. Consideraba que alguien de tan baja categoría humana no podía ser capaz de asustar a tan digno caballero como él.

—Sí, ella me las dejó para que las usara contra ellos —contestó el mendigo aún con gesto ofuscado. Miraba a su interlocutor como sorprendido por la pregunta. Como si le resultara extraño que se la hubiera formulado—. Son para que ellos me dejen en paz. Siempre están buscando algo para llevarle a su mamá.

Agustín se acercó lentamente al mendigo, ascendiendo una vez más por el piso de hormigón que conducía en suave declive hasta el umbral de la casa. Procuró adoptar esta vez un gesto más amistoso, incluso paternal. Estaba intrigado por lo que allí ocurría, y quiso parecer amable, para que el otro siguiera hablando.

—Dime, amigo. ¿Y quiénes son esas personas que te están molestando? ¿Para quién guardas todo esto aquí dentro?

—Ellos son «los que viven solos» —balbució el hombre, no pudiendo casi expresarse entre sus sollozos—. Ellos son «los que viven apartados». Los que viven olvidados más arriba. Al principio mi mamá les veía matar a otros animales cuando caía la noche. Mientras tuvieran alimentos para llevar a su mamá, nos dejaban tranquilos y se iban. Luego ya no quedaron más perros en el pueblo, y ellos no se conformaban con las ratas. Así que tuvimos que comprar más perros con nuestro dinero, porque si no, quizás le llevaran nuestra propia carne. Mamá compraba perros todos los días, ella tenía mucho dinero, pero poco a poco se lo iba gastando en animales. Otros ancianos nos daban sus gallinas, sus conejos, incluso uno nos dio su propio burro. Todo era poco para que «los que viven solos» nos dejaran tranquilos. Ellos tenían que alimentar a su mamá, tenían que regar el jardín todos los días. Mi

mamá lo sabía, porque un día, hace mucho tiempo, les siguió hasta el pueblo del valle en mitad de la noche.

—¡Basta ya de tonterías! —espetó Agustín, cansado de tanta majadería—. Este hombre delira por completo. Tenemos que llamar cuanto antes a la policía.

El empresario ya no necesitaba mostrarse amable con el hombre, pues tan sólo lo había hecho para intentar saciar su curiosidad. Sin embargo, ahora estaba seguro de que nada sacaría en claro de semejante loco.

A partir de ahí todo sucedió de forma muy rápida y desconcertante. La mano que Agustín sintió posarse sobre su hombro no era la de uno de sus familiares, como había pensado en un principio. Sin embargo, no pudo darse cuenta de ello hasta que la presión de unas mandíbulas al cerrarse en torno a su cuello le hizo percatarse de que estaba siendo ferozmente atacado. Se zafó como pudo de aquel que le mordía. Entonces supo que habían sido rodeados por un montón de personas que parecían víctimas de algún tipo de rabia. La mayoría eran casi ancianos, pero se movían con extraña rapidez, gruñendo como auténticos posesos en derredor suyo. Mostraban los dientes con ferocidad, mientras unas espesas babas resbalaban por las comisuras de sus labios.

Agustín, viéndose en peligro, empujó a uno de sus propios familiares contra aquellas criaturas para luego poder huir bajo la pequeña cobertura de la confusión que había creado.

Allí en la verde explanada, Jorge observaba paralizado por la sorpresa el tremendo caos que se había generado en todas partes. No estaba seguro de lo que ocurría. Mientras su padre y algunos más permanecían allí arriba, al otro lado del río, unos ancianos se habían acercado hasta el lugar. Presentaban claros signos de algún tipo de enfermedad sobre su piel, pues el color cetrino que exhibían no parecía en absoluto saludable. Pero la verdadera sorpresa fue cuando varios de ellos se abalanzaron sobre las mismas personas que en esos momentos intentaban ayudarles, preocupándose por el estado en que se hallaban.

El rojo escarlata de la sangre encendió una luz de alarma en el cerebro del joven. No sabía ni remotamente qué estaba sucediendo allí. Nada parecía ahora regirse por la lógica, y sus razonamientos eran incapaces de procesar algún tipo de información útil, pues nunca antes en su vida se había visto inmerso en una situación semejante. Al principio sus miembros no respondieron con presteza, pero la voz de su novia lo devolvió a la realidad. Es cierto que no tenía ni idea de lo que ocurría, pero estaba claro que tenía que hacer algo para ponerse a salvo.

—¿Qué está pasando aquí, cielo? ¡Esto es un infierno! —gimoteó la chica, presa del pánico.

Sin embargo, su siguiente pensamiento le dividió en mil partes. Corría un peligro evidente allí donde estaba, pero también sus más queridos seres se encontraban en la misma situación. Jamás sería capaz de salvaguardar su vida a sabiendas de que aquellas personas tan apreciadas corrían un riesgo de muerte.

Su madre, su padre, sus primos pequeños, su novia. Había demasiadas personas allí sin las que no podría vivir como para pararse a pensar en sí mismo.

Entonces algo le hizo decidir por fin qué era lo que tenía que hacer. Su pequeña prima Noelia se deshacía en lágrimas desconsoladas, agachada sobre la hierba, y con el vestido rosa manchado de sangre. Su madre yacía sobre el suelo y parecía estar desangrándose por la yugular, con la mirada vacía y el cuerpo víctima de unas horribles convulsiones. Al momento se dio cuenta de que alguien se abalanzaba desde la derecha hacia la niña. No dudó en ir en su ayuda. Descargó un potente puñetazo sobre la nuca del agresor, tumbándole momentáneamente sobre el suelo. Su sorpresa fue grande cuando, al darse la vuelta el otro sobre sí mismo, su rostro quedó a la vista. Era su propio primo Jordán quien le miraba; sin embargo ahora su estúpida sonrisa se había borrado para siempre, dejando una expresión de pura demencia. Fuera lo que fuese lo que les sucedía a aquellos viejos, estaba claro que era contagioso.

Sin dar tiempo a que su primo se incorporara de nuevo, golpeó con sus puños su rostro repetidas veces, sintiendo cómo la furia que había contenido hacia el joven durante parte de la tarde, se desataba ahora de golpe para darle fuerzas.

—¡Jodido malnacido del diablo! —exclamó preso de la ira—. Quisiste aprovecharte de mis errores más inconfesables. Intentaste joderme la vida, tan sólo porque Claudia no correspondía el amor que sentías por ella.

La sangre manaba del rostro de Jordán, tiñendo la verde pradera de forma grotesca. El joven intentaba arañar las mejillas de Jorge, pero el impetuoso muchacho estaba completamente fuera de sí. Incluso podría decirse que su fiebre era más salvaje que la que corría por las venas de aquel infectado.

Entregado como estaba Jorge a su desatada furia, no advirtió cómo el sobre, que escondía en el bolsillo interior de su chaleco, salía de este para deslizarse sobre el césped.

Ahora todo estaba sumido en el más profundo caos. En derredor la gente corría desesperada hacia ninguna parte, intentando zafarse de sus cada vez más numerosos perseguidores. Muchos cuerpos estaban tendidos ya sin vida sobre el suelo, y algunos de los infectados se inclinaban sobre ellos, extrayendo sus vísceras de forma muy poco delicada para luego llevárselas a la boca con avidez. Jorge se incorporó rápidamente. Había visto cómo la madre de los otros dos niños era abatida a mordiscos y arañazos, pero no sin antes haber conseguido poner a salvo a sus hijos, encaramándolos como pudo sobre las gruesas ramas de un árbol cercano.

Cerciorándose de que Jordán seguía tumbado en el suelo, corrió hacia la niña y, casi de un solo movimiento, la tomó entre sus brazos, izándola con fuerza. La niña pataleaba y gritaba presa del horror.

—Tranquilízate, Noelia. Te llevaré junto a tus primos —le indicó apresuradamente.

Claudia le siguió con el corazón en un puño para ayudarle en cuanto le fuera posible. Desesperados y nerviosos, pusieron a la niña a salvo, para a continuación darse cuenta de que no podrían rescatar a todos sus seres queridos.

—¡Dios mío, mamá! —gritó la joven, desconsolada por completo al ver cómo la tan querida mujer se acercaba a ella, mostrando una mirada cargada de furia—. No, mamá, tú no, por favor, no. —La desesperación hizo que sus piernas cedieran, cayendo al momento de rodillas sobre el suelo y con la cabeza abatida contra el pecho.

Fue entonces cuando el clímax más aberrante de aquella sinrazón descargó su último y definitivo mazazo sobre su alma. Allí, entre sus piernas, había un sobre cuyo contenido se había desparramado sobre la hierba. Eran unas fotos que en aquellos momentos su mente no pudo procesar, pues resultaban tan sumamente absurdas, tan descabelladamente grotescas, que sin duda pensó que la locura le había provocado ya un daño irreparable en el cerebro.

La última visión que quedó grabada en la retina de Jorge aquella tarde era la de su novia mirándole con incompreensión. La mujer sintió arder la decepción en sus entrañas, sin embargo no la dejó fluir libremente, pues era tan irreal lo que acababa de ver que no pudo llegar a creérselo del todo, antes de morir víctima de los mordiscos de su propia madre, a la que abrazó con tierno dolor entre convulsiones de pura agonía.

Olvidando casi por completo lo que sucedía a su alrededor, Jorge se acercó al cadáver de su prometida. Por alguna extraña razón, pensaba que tenía que recuperar aquellas fotografías, para destruir para siempre la imagen que había aniquilado el corazón de la joven antes de su muerte. Sin embargo, la visión de la mujer que hundía con ansiedad su rostro entre las entrañas que se desparramaban a través de las enormes heridas hizo que se lo pensará dos veces. Dio la vuelta y corrió con todas sus fuerzas hacia el bosque más cercano. Los niños aún gritaban desconsolados, encaramados en las ramas de los árboles, pero él ya no tenía capacidad suficiente para atender sus súplicas. Dos cosas saturaban su mente. Una de ellas era la horrible experiencia que estaba viviendo en sus carnes, y la otra, esas imágenes que poco antes había podido contemplar en las fotografías que su primo le había dado. En ellas se podía observar la dantesca escena de un hombre dando muerte a palos a una pequeña mascota, con el rostro desencajado por la locura.

—¡Maldito hijo de puta! —exclamó, dando rienda suelta a sus lágrimas mientras aún corría—. Tú me drogaste aquella noche hasta hacerme perder la razón. Sabías que odiaba profundamente al perro de Claudia. Pero yo jamás podría hacerle algo así a un ser vivo, a no ser que alguien tan retorcido como tú me manipulara de forma tan miserable. Lo tenías todo planeado, todo era una jodida trampa para conseguir que ella me odiara.

LOS PECADORES INCAUTOS

La plaga descende hacia el valle.

El Renault 12 blanco, con matrícula de Oviedo y la letra D, avanzó muy lentamente por aquella pista de tierra pedregosa y superficie accidentada, para situarse junto a un pequeño apartadero a la derecha del camino. Redujo aún más la velocidad, hasta que por fin detuvo su motor, estacionando malamente en aquel lugar, pero dejando vía libre a quienes pudieran pasar por allí más tarde. Había dejado la carretera comarcal unos ciento cincuenta metros más atrás, y era bastante raro que algún vehículo se desviara de ella para internarse en aquella vieja pista. En realidad, esta terminaba bruscamente unos cien metros por delante, y tan sólo llevaba a un sendero que se internaba en los agrestes bosques de la zona. Bueno, además, claro, de dar también al acceso de entrada de una antigua piscina, ya largos años en desuso. Fue hacia ese lugar a donde dirigieron sus pasos los dos individuos que se bajaron del viejo Renault 12. Se trataba de un hombre ya entrando en la treintena, de cuerpo enjuto pero fibroso, rasgos faciales angulosos, pelo muy corto y rubio, y mirada ceñuda, que iba con una chica unos años más joven que él, pero de aspecto un tanto mayor. La mujer era también delgada, pero de formas sugerentes, exhibía una larga melena oscura y rizada, y su gesto era más bien frío y poco apasionado. Eran de ese tipo de personas que, cuando uno las ve por primera vez, se da cuenta de que son simples almas mundanas, sin ningún tipo de peculiaridad que las haga interesantes.

—Al menos aquí no hace tanto calor —musitó la joven, mirando sin demasiado interés aquel paraje, tan agradablemente resguardado de los rayos del sol por las sombras que proyectaba la frondosa hojarasca de los árboles—. ¿Crees que el coche estará seguro en este lugar? —preguntó luego al hombre, mirando con cierto aire deprimido aquel ajado vehículo, cuya pintura blanca mostraba ya varios desconchones en sus puertas y en las esquinas de las ventanillas. La defensa delantera estaba un poco abollada por el lado izquierdo, y la matrícula mostraba manchas de óxido que velaban ligeramente alguna de sus letras.

—Por aquí tan sólo pasa algún paleta muy de cuando en cuando, y no creo que les dé por hacer ninguna tontería —contestó él, sin mirar a la chica en ningún momento, pues estaba demasiado ocupado en sacarse un cigarrillo de la cajetilla que llevaba en el bolsillo de su pantalón.

«Ciertamente llevas mucha razón, no creo que nadie quisiera llevarse semejante chatarra consigo», pensó la chica, un tanto asqueada por la forma en que él le

hablaba. Cada vez tenía más claro que tan sólo la quería para sus ocasionales desahogos sexuales.

Sin mediar una sola palabra más, pusieron ambos rumbo al acceso de entrada de la vieja piscina. Era ya casi verano y los rayos de sol caldeaban sinuosas franjas del terreno que pisaban, colándose vivazmente por entre las ramas y la hojarasca de los árboles que había a ambos lados del camino. En algunos tramos de la pista, sobre sus cabezas prácticamente se formaba un túnel de hojas y ramas nudosas. Desde la izquierda les llegaba el amortiguado murmullo de un río, cuyas aguas claras avanzaban a saltos por entre las rocas, camino del valle.

La senda que seguían describió un suave ascenso y su superficie parecía hacerse cada vez menos pedregosa, mostrando pequeñas pinceladas de verdor, pues manojos de hierba surgían de cuando en cuando entre la tierra muy oscura.

—¿Estás seguro de que no suele venir gente por aquí? —preguntó ella, mientras enjugaba el sudor de su frente con el dorso de la mano.

—Es una piscina que ya no se usa desde hace muchos años —respondió él lacónicamente—. Si no estuviera seguro de lo que digo, no te habría traído aquí. — Por primera vez desde que habían llegado mostró una sonrisa, que si bien era un tanto desapasionada, al menos mostraba un pequeño rasgo de empatía hacia la chica que le acompañaba.

—Es increíble que tengamos que acudir a sitios semejantes para poder buscar un poco de intimidad —se lamentó la mujer, haciendo acopio de todo el valor que aún quedaba en ella. Aunque ciertamente, su aseveración fue apenas un tímido susurro, y ni siquiera supo si él la había escuchado, pues continuaba avanzando sin mostrar mucha emoción.

Aún no estaba muy segura de qué era lo que la había enamorado de aquel hombre tan frío, que se mostraba casi siempre de una forma muy distante para con ella. Ciertamente le resultaba un tipo de lo más excitante, pero tan sólo cuando practicaban sexo, varias veces a la semana. Y siempre, por supuesto, a escondidas de la esposa de él. Solían hacerlo en algún hotel, pensión u hostel de mala muerte, sobre aquellas camas de colchones endurecidos y chirriantes somieres. Sin embargo, no siempre la maltrecha economía de ambos les permitía dicho «lujo», y demasiado a menudo se veían en la incómoda tesitura de tener que buscarse un nidito de amor a plena intemperie.

Mientras ella pensaba sobre todo aquello, inmersa en un tormento que era mezcla de excitante lujuria, amargo pesar y pura resignación, la suave inclinación del terreno dio paso a la entrada de la piscina abandonada, tornándose otra vez llano el camino. Allí describía una curva poco pronunciada, y se podía ver ya una vieja cadena de eslabones rojos y blancos, un tanto herrumbrosa por el paso del tiempo, que asomaba entre la maleza que crecía a ambos lados del camino.

Aquella no era una piscina corriente. Había sido construida aprovechando la misma agua del río, que era contenida, cuando se quería llenar, mediante un dique a modo de presa en miniatura. Era más bien un simple lugar de recreo que las gentes del pueblo habían decidido construirse, no muy lejos de sus hogares, hacía muchos años. El acceso a la misma, por lo tanto, tampoco presentaba puertas ni edificaciones que pudieran impedir el paso, tan sólo una simple cadena, más para delimitar el lugar que por cualquier otra cosa, que se sustentaba a ambos lados en sendos postes de madera, ahora casi ocultos por completo entre la frondosa maleza.

No fue muy difícil franquear tal obstáculo, pues, además de tratarse de una simple cadena, la misma permanecía lánguida, arqueada hacia el suelo por el peso de un letrero en el que apenas aún se podía leer «Piscina de Villa Nova», haciendo alusión al nombre de tan peculiar villa.

—Es lo menos romántico que una se pueda imaginar —musitó la joven mientras sorteaba los arbustos crecidos que había al otro lado y hundía sus tacones en medio de tanta vegetación.

Había zarzas y todo tipo de maleza inundando los bordes del acceso, y la tierra estaba endurecida y oscura. Pero una vez superado este primer escollo, se podía caminar con un poco más de facilidad, pues la superficie del terreno se ensanchaba hasta dar paso a una franja alargada que bordeaba la piscina por ese flanco. El pequeño embalse tenía forma de trapecio muy alargado, cuya base representaba el propio dique donde estaba la compuerta de acero, mediante la cual se vaciaba o llenaba la piscina. Se podía pasar hacia el otro flanco a través del camino estrecho que había sobre el muro de contención. En aquel otro lado, el terreno era bastante más amplio, un pequeño prado de hierbas descuidadas y crecidas, en donde se podían ver algunas mesas de madera con sus respectivos bancos, ya medio sepultados por la vegetación. Desde ese prado, otra pista de tierra, también bloqueada por los matorrales, ascendía por una zona boscosa hacia la carretera comarcal. Sin embargo, desde allí abajo sólo se podía ahora adivinar tal circunstancia si algún vehículo cruzaba por ella, pudiendo entreverse su carrocería entre los troncos de los árboles.

—¿Me vas a decir que no te resulta un lugar de lo más excitante? —le preguntó él, sonriendo con aire lascivo y malicioso.

Decidieron continuar por aquel mismo flanco por el que habían accedido. Allí también había unas cuantas mesas unos metros más allá y, un poco antes, los pequeños vestíbulos de piedra donde en otro tiempo la gente podía ponerse el bañador. Sin embargo, ahora las puertas de madera estaban astilladas y colgaban tristemente de sus herrumbrosos goznes. Al echar un fugaz vistazo a su interior, los dos individuos sólo pudieron contemplar las espesas zarzas que habían ido inundándolos a lo largo de los años de abandono.

—Hay alguien allí sentado —musitó ella con fastidio. Era como un reproche apenas contenido. Después de todo, aquel lugar no era tan poco frecuentado como le había asegurado su compañero apenas unos segundos antes.

—¿Cómo dices? —preguntó él saliendo de su ensimismamiento. Pues se había quedado observando con aire distraído las deprimentes entrañas de aquellos vestuarios.

—Digo que hay alguien sentado frente a aquella mesa —repitió la joven con fastidio—. Aunque parece que está como dormido, o al menos no da señales de habernos visto u oído.

—Tampoco creo que fuera a escandalizarse por ver a dos jóvenes merodeando por aquí —la tranquilizó él, entornando los ojos para intentar ver con más detalle al hombre que permanecía sentado unos metros más allá—. Tal vez esté de camino, y se haya parado sólo para descansar un rato. Si esperamos, puede que se vaya y nos deje a nuestro aire.

—Seguramente. Pero no me gustan nada estos pueblerinos ociosos. Son bastante curiosos, sobre todo con la gente que no conocen. Si nos ve, estoy segura de que nos acosará a preguntas con esa fingida amabilidad que tanto detesto.

El hombre notó que su amante se sentía incómoda, y empezó a lamentarlo, pues a pesar de su carácter frío y desapasionado, no estaba dispuesto a dejar pasar una tarde de sexo al aire libre.

—Si quieres, puedo acercarme yo solo, mientras tú esperas aquí. Mi aspecto y mi forma de hablar suelen resultar poco atractivos a este tipo de individuos. Le preguntaré si necesita ayuda sin mostrar excesivo interés. Lo más probable es que se sienta pronto incómodo ante un extraño como yo, con cara de tan pocos amigos —le aseguró él, sonriendo con malicia y mostrando aquel hueco que tenía allí donde debería estar uno de sus dos incisivos.

—No sé, haz lo que quieras. Si por mí fuera, nos marcharíamos de aquí en este mismo instante —contestó ella con cierto nerviosismo—. No estoy segura de por qué, pero algo en ese tipo me da mala espina.

—A mí me parece simplemente un viejo sentando a la sombra de esas ramas —la tranquilizó él, observando nuevamente la figura del extraño.

—Ve si quieres, yo te esperaré aquí. Pero si ves que te da demasiada conversación, no te entretengas mucho —concedió al fin la mujer, pues sabía que todos sus intentos por disuadir a su amante serían completamente inútiles. Cuando él quería su cuota semanal de sexo, nada en el mundo era capaz de echarle para atrás.

Y efectivamente, no tuvo otro remedio que quedarse allí sola, junto a la puerta agrietada del ruinoso vestuario, mientras su amante avanzaba hacia el desconocido. Cuando él se hubo alejado ya unos pasos, ella se dio cuenta al fin de qué era lo que tanto le había llamado la atención del pueblerino. Su tez, así como sus manos,

presentaban una extraña palidez fuera de lo común. A punto estuvo de alzar la voz para decírselo a su compañero, pero este había llegado ya junto al extraño y era imposible que, estando tan cerca, no se hubiera dado cuenta por sí mismo de semejante circunstancia. Pero aparte de eso, sin que supiera bien por qué, no habría sido capaz de hacer salir de su boca palabra o sonido alguno. Era como si de pronto se hubiese formado un nudo en su garganta. Algo nada bueno percibía con una especie de sentido extra y paralizaba su cuerpo de forma angustiosa.

—Este tipo está profundamente dormido —creyó él constatar, mientras agitaba su mano derecha frente al rostro del individuo e inclinándose ligeramente hacia él—. Es más, está tan pálido que me temo que le haya dado algo y se haya quedado en el sitio.

A la mujer le asqueó la falta de sensibilidad con que él lo decía. Pero aquella sensación apremiante, como si una alarma sonara en su mente, hacía que todos sus sentidos se centraran en la figura del otro hombre. Era como si temiera algún peligro inminente.

—Aléjate de él, José —pudo articular al fin, aunque apenas con un ahogado hilillo de voz.

—Madre mía, se le ha quedado un careto que no veas —bromeó su amante, acercando más el rostro para poder contemplar los rasgos congestionados del otro—. Si cuando me muera me quedo tan feo, quiero que me quemen enseguida —aseguró con sorna, girando esta vez el rostro hacia su amante, mientras exhibía de nuevo aquella sonrisa socarrona.

Se dio cuenta entonces de que ella había comenzado a retroceder muy lentamente, sin dejar de mirar hacia delante y clavando la mirada únicamente en la figura del presunto cadáver.

—Oh, vamos, es tan sólo un fiambre. ¿No irás a decirme que te producen miedo los fiambres? —se burló él, alargando aún más su sonrisa maliciosa. Aquello parecía divertirse mucho. Es más, ella estaba segura de que ahora se sentía más excitado incluso que al principio.

Observó con desagrado, y como si su amante le hubiera leído el pensamiento, cómo este aferraba la pálida muñeca del hombre y agitaba su mano lánguida emulando un saludo.

—Vamos, saluda a nuestro nuevo amigo. No seas grosera, mira cómo él te da las buenas tardes.

—No tiene ninguna gracia, José. Será mejor que no le toques, te puedes meter en un buen lío. Vayámonos enseguida de este sitio. Me estoy empezando a poner de los nervios.

—Está bien —concluyó él con fastidio mientras arrojaba decepcionado la mano del otro, que cayó con un sonido hueco sobre su ingle—. Se ve que no tienes sentido del humor, nunca me dejas divertirme cuando lo estoy pasando bien.

La actitud temerosa de su compañera hizo que todo ese sentimiento de macabra excitación fuera sofocado, al igual que los rescoldos de una hoguera expiran crepitantes bajo una gruesa palada de tierra. Ahora ya casi ni le apetecía una tarde de sexo, y lo único que tenía claro era su odio hacia aquella mujer. Si no estuviera tan aburrido de su propia esposa, o si sus escasos encantos le alcanzaran para conquistarse a otra amante menos reprimida, sin duda mandaría al cuerno a la que ahora tenía.

Se dispuso, por tanto, a regresar junto a ella mientras extraía la cajetilla de tabaco del bolsillo de su pantalón. Necesitaba otro cigarrillo para relajarse e ir pensando en volver con su mujer obesa y mal encarada. Ni siquiera deseaba pasar la tarde conversando con aquella otra. Rara vez lo hacía, y esta no iba a ser una excepción.

—Vamos, te llevaré hasta tu casa —sentenció con gesto de fastidio—. No tengo ya más ganas de hacer el idiota por hoy.

—Pero... ¿no piensas informar a nadie sobre esto? —preguntó ella sorprendida, mientras señalaba el cuerpo que había en el banco.

Él la miró con desprecio, introduciendo su cigarro entre los labios.

—Si tanto te preocupa, ¿por qué no vas tú a contárselo a la policía?

Al ver que ella no contestaba a su pregunta, le aseguró que no tardarían en hallar el cuerpo y que eso ya no era asunto de ellos.

Ambos dieron media vuelta sin más, dirigiendo sus pasos hacia la salida del lugar. Estaban ya cerca de los arbustos que ocultaban parte de la cadena, cuando el hombre se detuvo.

—¡Maldita sea! Creo que se me ha caído el encendedor cuando saqué allí atrás la cajetilla. Tú espérame aquí, que voy a buscarlo.

Aquello hizo que los nervios de la joven se crispasen aún más. Estaba tan ansiosa por marcharse de allí que a punto estuvo de decirle a su compañero que se diera prisa. Sin embargo, sabía muy bien que, si lo hacía, tan sólo conseguiría todo lo contrario, así que hizo acopio de la escasa paciencia que aún le quedaba y trató de mantener la calma.

—Aquí está el muy condenando —musitó el joven, agachándose sobre la hierba que crecía alborotada sobre el suelo terroso.

Fue entonces cuando ella le miró desde su posición, al lado ya casi de la cadena que marcaba la entrada del lugar. Su rostro se demudó por completo, palideciendo casi tanto como el del hombre que minutos antes creyeran muerto. Y es que, justamente, este se acercaba ahora hacia su amante, tambaleándose a ambos lados y describiendo una trayectoria tan errática que la mujer llegó a pensar que estaba borracho o era presa de algún tipo de enfermedad extraña. Su extrema palidez seguía confiriendo a su piel un tono enfermizo, como de cadáver, y sus ojos vidriosos los tenía ahora abiertos como platos, pero de ellos no se desprendía reflejo de vida

alguno. Al verle por primera vez de pie, se dio cuenta al mismo tiempo de que su ropa estaba hecha jirones por la parte de atrás, y por ello la camiseta que llevaba se desprendió por completo de su cuerpo, dejando al descubierto un pecho escuálido y magullado horriblemente en varios puntos.

Trató de advertir a su compañero, quien aún permanecía inclinado, recogiendo su encendedor del suelo con aire cansino, pero nuevamente las palabras se le quedaron atascadas en la garganta y tan sólo pudo proferir un patético gemido.

—¿Qué es lo que te pasa ahora? —preguntó él al escuchar aquel desconcertante sonido que saliera de la garganta de su amante.

Sin embargo, otros gemidos mucho más inquietantes, provenientes desde su lado derecho, llamaron su atención. Al mirar hacia allí vio al hombre que se le acercaba a tumbos, a punto de caerse sobre el río que allí discurría, al lado izquierdo del joven. Por primera vez desde que llegara al lugar, en su rostro se vio reflejado un sentimiento de puro terror.

—¿Se... se encuentra usted bien? —pudo apenas balbucir, incorporándose por completo, para luego retroceder de espaldas y muy lentamente, vigilando siempre los movimientos torpes del extraño personaje.

Metros más atrás, la mujer contempló horrorizada cómo el tipo se abalanzaba inesperadamente, y con insospechada velocidad, sobre el cuerpo de su compañero. A continuación todo sucedió muy rápido. Antes de que pudiera saber lo que ocurría, el individuo había cerrado potentemente sus mandíbulas sobre el hombro derecho del hombre, muy cerca de su cuello, para luego desgarrar de una fiera dentellada gran parte de la carne que cubría esa zona.

El joven intentó zafarse desesperadamente de las manos de su atacante, ahora sobre sus hombros, pero parecía como si este tuviera una fuerza de diez hombres y aprovechó esa ventajosa circunstancia para hundir sus dientes nuevamente, pero esta vez a la altura de su bíceps derecho, que también desgarró de una sola dentellada.

Los gritos de dolor que profería el joven hicieron que su amiga reaccionara al fin, pues hasta el momento había contemplado paralizada aquella desconcertante y macabra escena.

No tuvo el valor de acercarse para ayudarle a escapar de aquel loco, y lo único que deseaba era huir de allí a toda prisa. Se dio media vuelta sin pensarlo más y dirigió sus pasos hacia la salida. Sin embargo, antes de poder sortear la cadena, trastabilló aparatosamente cayéndose de bruces y magullando sus antebrazos con la superficie de la misma. Se levantó como pudo, se quitó los zapatos de tacón para poder correr sin ese lastre y, lanzando una última mirada hacia atrás, salió de aquel lugar como alma que lleva el diablo.

El verdadero show tiene lugar fuera

Brote a la entrada de Villa Nova, a casi un kilómetro del centro del lugar.

Hacía ya casi tres horas que el viejo cine del pueblo había abierto nuevamente sus puertas al público. No se trataba de un lugar cualquiera: sus butacas eran un tanto incómodas y duras, la moqueta del estrecho pasillo central desprendía un considerable olor a polvo, y el proyector, aunque mucho más moderno que el usado en otros tiempos, no es que fuera gran cosa. Pero había algo acogedor en aquella sala que atraía a la gente del lugar. Allí se respiraba un aire más cálido, más entrañable que en los cines modernos, cuyos dilatados recintos deshumanizaban un poco las sesiones. La gente no iba allí simplemente porque quisiera ver una película —para eso ya estaban los nuevos cines—, sino que lo hacían para pasar una tarde amena, en compañía de sus propios vecinos, y además por un precio verdaderamente irrisorio.

Pero aquel atardecer ya moría lentamente en el fuego del crepúsculo, y el auténtico espectáculo se estaba desarrollando ahora afuera, sobre las anchas escaleras de piedra que conducían al lugar y entre los caminos sinuosos que luego se perdían más arriba.

Las aproximadamente treinta personas que permanecían confinadas en el interior del edificio no daban crédito a lo que estaban presenciando. Poco antes de terminar la película que pasaban ese día, unos chillidos estremecedores habían inundado las calles, llegando hasta sus oídos apenas amortiguados por el grueso de las paredes. Cuando algunos de ellos subieron por el pasillo central, corriendo alarmados hasta la salida, el acomodador les abrió las puertas de la sala mostrando una palidez abrumadora. Estaba tan asustado que no quiso dar la vuelta en dirección a la antesala del edificio. La puerta de doble hoja estaba siendo violentamente aporreada por algunas de aquellas personas que gritaban allí afuera. Era como si algún tipo de rabia se adueñara de sus actos.

—De pronto vi cómo se acercaban a la entrada varios hombres que parecían totalmente enloquecidos —les había explicado el acomodador—. Yo estaba sentado tranquilamente en mi cabina, donde expendo los billetes. Tres de ellos se dirigieron hacia la puerta. Tenían el rostro como amoratado, los cabellos sucios y, lo juro por dios, las bocas abiertas en un rictus colérico y chorreando sangre por sus comisuras. Dios mío, si hasta juraría que uno de ellos llevaba un brazo amputado en una de sus

manos. No sé cómo pude ser capaz entonces de vencer mi propio miedo. Aproveché un momento de duda que ellos mostraron de forma inexplicable y me acerqué hasta la puerta para cerrarla con rapidez. Uno todavía tuvo tiempo de arañarme el brazo, pero pude salir prácticamente ileso.

Sus interlocutores no dieron crédito al hombre en un primer momento. Algunos de ellos tuvieron que acercarse hasta el lugar, ignorando las súplicas del otro que aún intentaba persuadirles, para comprobar por sí mismos que todo era cierto. Los gruesos cristales difuminados de la antesala todavía no habían sido atacados por los enloquecidos personajes. Sin embargo, uno de ellos arrastraba su cuerpo de forma grotesca sobre su superficie. Enseguida comprobaron el escaso intelecto del que aquellos posesos hacían gala, y aprovecharon esa baza para colocar varios armarios ante las ventanas a modo de protección. Las dos hojas de madera que conformaban la puerta principal amenazaban, sin embargo, con ceder en cualquier momento.

—¿Qué podemos hacer ahora? —había dicho uno de ellos, asustado—. Están intentando echarla abajo y no hay más armarios por aquí que podamos usar para apuntalarla.

Otro de los presentes, mucho más fuerte y decidido, indicó al resto que le ayudaran, para así poder juntos desancilar uno de los pesados bancos de madera que había frente a la cabina donde se vendían las entradas. Una vez arrancado del suelo, situaron con presteza su pesado cuerpo de madera y hierro forjado ante la entrada para dificultar de algún modo el avance de aquellas fieras que aún intentaban llegar hasta ellos.

Aquel tipo se llamaba Ernesto y trabajaba en la mina de carbón que todavía estaba en activo, un par de kilómetros más abajo, a la salida del valle. No todos en el pueblo le conocían, puesto que en realidad no residía allí, sino que venía de vez en cuando a quedarse con su novia, quien sí vivía en Villa Nova desde que naciera. Ahora ella debía de estar junto con el grueso de las personas que había en el edificio. Todo aquello había pillado al joven justo cuando regresaba del servicio que había fuera de la sala de proyección y aún no había tenido tiempo de volver junto a ella. Lo que primaba en esos momentos era la seguridad de la entrada principal.

Miró con detenimiento a los otros cinco hombres que le acaban de ayudar. La misteriosa turba que desde fuera parecía querer atacarles estaba de momento contenida, pensó. Sin embargo, sabía muy bien que quizás fuera mucho más difícil organizar a las personas que aún estaban dentro del edificio. Una muchedumbre presa del pánico puede ser aún más peligrosa que un ejército de poseídos. La mayoría de ellos habían optado por subir las escaleras que había a un lado de la entrada a la sala de proyección, aquellas que ascendían hasta un segundo piso, donde había ventanas más altas, con intención de comprobar lo que pasaba afuera. Otros pocos se habían

quedado apenas levantados ante sus butacas, con el corazón encogido por el miedo y completamente desconcertados.

—Será mejor que no salgamos hasta que vengan en nuestra ayuda —musitó el acomodador con voz temblorosa. Se había situado, con actitud temerosa, a un lado del ancho umbral y ahora miraba a aquellas personas que todavía estaban dentro. Pero pronto volvió a dirigir sus ojos atentamente hacia la antesala, donde los otros seis hombres acababan de proteger la puerta principal.

Entre tanto, el siguiente movimiento que optó por dar el joven Ernesto fue el de asegurarse de que las cosas no se iban de madre en el piso de arriba. Corrió junto a los cinco hombres que ya antes le habían ayudado. Todos ellos parecían haber llegado a una especie de acuerdo tácito para que fuera el minero, y no otro, quien tomase por el momento las riendas del asunto.

Como se habían temido, las personas que habían acudido prestas hasta las ventanas del piso superior empezaban ya a dejarse llevar por la histeria. El dantesco espectáculo que tenía lugar metros más abajo, en las calles de la villa, hubiera hecho palidecer hasta el más valiente. Estaban ahora en el amplio salón que en otros tiempos hiciera las veces de pequeño teatro, y sus ventanales iban a dar justo allí donde las escaleras de piedra que había fuera convergían con la carretera comarcal, en medio de una amplia curva que allí describía.

Había personas con claras muestras de algún tipo de rabia vagando por todas partes. Algunas de ellas gruñían fuera de sí, corriendo en persecución de todo aquel que pasara cerca y no formase parte de tan peculiar plaga. Otros portaban miembros amputados de algunas de sus víctimas en las manos, o incluso entre sus dientes. Todos aquellos posesos mostraban claros signos de podredumbre en sus cuerpos. Era imposible asimilar que aún se mantuvieran erguidos y en movimiento.

Las luces de las farolas bañaban aquel cuadro apocalíptico mientras, desde allí arriba, los presentes ya se debatían en un millón de ofuscados razonamientos.

—La policía no puede tardar en llegar —se aventuró a decir una joven.

Se trataba de la pareja de Ernesto. Hasta el momento había estado buscando a su novio entre los allí arriba congregados, pensando que habría acudido al lugar al mismo tiempo que todos lo habían hecho. Al fin le localizó, aliviada, cuando este llegó junto con sus otros cinco compañeros.

—¿Dónde diablos te habías metido? Pensé que me habías dejado sola. Todos salimos de la sala, guiados por el párroco del pueblo, y nos metimos aquí dentro. Nos aseguró que no era conveniente salir aún, visto lo que está pasando ahí afuera. Oh, Ernesto, esto es horrible —le explicó la chica, entregándose desconsolada a los brazos de su novio.

—Nosotros le indicamos al párroco que os subiera arriba, poco antes de asegurar la entrada. Es una suerte que hayamos podido pensar con rapidez. De haber salido corriendo despavoridos, ahora estaríamos debatiéndonos allí afuera con esas cosas —explicó el joven con la respiración entrecortada.

Se dio cuenta de que había dejado a su novia sola y preocupada. Cuando el acomodador había llegado hasta el umbral de la sala de cine para explicar a los presentes lo que afuera sucedía, él estaba apenas en la misma entrada del lugar, pues regresaba de hacer sus necesidades y aún estaba lejos de la butaca que ocupaba. Su primer pensamiento fue entonces el de asegurar la entrada, aun a riesgo de tener que exponer su propia integridad. Sin embargo, ahora se daba cuenta de que para ello había tenido que dejar sola a su novia durante demasiado tiempo.

—Pero, Ernesto, he podido comprobar con mis propios ojos que muchos de ellos son personas a quienes conocemos, vecinos del propio pueblo —constató la chica horrorizada—. Tengo que llamar cuanto antes a mis padres. Quizás estén en peligro mientras nosotros hablamos.

El hombre se dio cuenta enseguida, mientras su novia extraía el móvil del bolso, de que no era la única que había tenido ese mismo pensamiento. Muchos de los allí congregados intentaban establecer contacto con sus familiares, teniendo unos más suerte que otros en dicha empresa.

—Da lo mismo que venga la policía o no —aseguró alguien con un deje de desesperación en su tono de voz—. Estamos completamente perdidos. Esto es el final. Ya lo decía la Biblia en su parte del Apocalipsis. ¿Verdad, padre?

El cura, por su parte, guardó silencio unos segundos. Era un hombre sensato y no quería que cundiera el pánico entre los presentes. Pero aquello era algo sumamente difícil de conseguir, visto el cariz que estaban tomando los acontecimientos.

—Esto no tiene absolutamente nada que ver con Dios —aseguró Ernesto con firmeza, acudiendo en ayuda del padre Adolfo, que así se llamaba el párroco de la villa—. Alguna terrible enfermedad está haciendo verdaderos estragos entre los vecinos de la villa. Ahora lo que tenemos que procurar es pensar con claridad y no dejarnos llevar por el pánico.

—¿Y quién eres tú, que hablas como si supieras lo que está pasando? —replicó la joven que antes había hablado.

—Da igual quién sea —intervino un tercero—. La cuestión es que algo grave está pasando ahí afuera, y yo no pienso dejar que nadie dicte los pasos que hemos de seguir. Mis padres y mis hermanos están ahora en su casa y sabe Dios qué diablos puede estar sucediéndoles. No voy a quedarme aquí metido de brazos cruzados. —Era un joven de unos treinta años quién hablaba. Su aspecto era un tanto rudo, aunque su expresión era la de un hombre de mente lúcida.

Ernesto pensó entonces que tenía gran parte de razón, pero seguía opinando que lo mejor no era precisamente dejarse llevar por pensamientos demasiado pasionales. Lo que primaba ahora era asegurar el lugar. Nada conseguirían sacrificando inútilmente sus vidas.

—Entiendo lo que dices y no te quito razón, amigo. Sin embargo, creo que les harías un flaco favor a tus familiares saliendo ahora en su ayuda. Las calles están infestadas de... personas completamente fuera de sí. Salir ahí afuera sería en estos momentos un auténtico suicidio. Yo propongo que aprovechemos la cobertura que nos brindan estas paredes para intentar trazar con calma algún plan efectivo.

El otro sostuvo su mirada unos segundos. En el fondo, también parecía una persona esencialmente racional, aunque sus primeras palabras destilaran cierto aire impetuoso. Era un tipo alto, de un metro noventa aproximadamente y vestía como un «ángel del infierno», con pantalones vaqueros rasgados, camiseta oscura sin mangas y chaleco de cuero. Su rostro estaba semioculto por unas luengas barbas que caían casi hasta su pecho, y llevaba el pelo largo atado en una cola.

—Pues más nos vale que pensemos con rapidez. Lo que está pasando ahí fuera dista mucho de la jodida normalidad —espetó el hombre sin dar muestras de ese temor exacerbado del que casi todos allí hacían gala.

El panorama era desalentador. Ernesto se dio cuenta de que todo lo que había a su alrededor eran personas enloquecidas por el miedo. Tan sólo unos pocos parecían conservar cierto grado de calma. Los que no habían podido establecer contacto con sus seres queridos sollozaban o gritaban de desesperación. Otros vociferaban instrucciones confusas a sus teléfonos, tratando de que aquellos que escuchaban al otro lado pudieran ponerse a salvo de la plaga que invadía las calles.

—Cierra bien la puerta, ¿me oyes? No se te ocurra abrir a nadie, y vigila bien todas las ventanas —escuchó decir a un hombre, cuya voz temblaba delatando un nerviosismo casi al borde del delirio. Parecía que iba a darle un infarto de un momento a otro.

Mientras Ernesto seguía intentando convencer a la gente de que lo mejor era asegurar la zona en primer lugar, el párroco atendía, como si de un psiquiatra se tratara, a aquellas personas que estaban al borde del colapso nervioso. Para ello no dudaba en apelar a la fe y a Dios, no en vano siempre habían sido los pilares que sustentaban su propia visión del mundo.

El tipo con aspecto de motero se acercó lentamente hasta donde estaba el joven minero. La gente enseguida se mostraba temerosa de entorpecer su camino y prefería apartarse a un lado para no enojar a su corpulento vecino.

—¿Y cuáles son tus planes? —le espetó sin miramientos—. Quiero estar lo antes posible compartiendo una buena cerveza con mis hermanos, así que espero no dilatar mi estancia demasiado en esta jodida ratonera.

El otro permaneció dubitativo unos instantes. Sin darse cuenta de ello, se había erigido como líder de aquella cuadrilla de personas histéricas. Ahora ya no podía eludir tan extraña responsabilidad.

—Yo pienso que lo primero debería ser reunir cuanto antes a todos en un mismo lugar. Creo que abajo todavía hay varias personas dentro de la sala. Luego tenemos que intentar convencer a todos de que lo importante en estos momentos es no dejarse llevar por el miedo, por difícil que esto pueda parecer. Por último, tenemos que asegurarnos de que todas las entradas son inaccesibles. Luego... luego ya veremos.

Su interlocutor se quedó mirándole desde su ventajosa altura, con expresión ceñuda y los brazos en jarras. Sin embargo, al momento asintió mostrando su conformidad. Sin mediar más palabras, se giró sobre sí mismo para encarar al resto de personas allí presentes.

—¡Escuchadme todos! —su voz se alzó como un trueno retumbando en las paredes del lugar. Al momento se hizo un silencio que asombró sobremanera a Ernesto—. Este hombre lleva razón. Si queremos ayudar a nuestros seres queridos, lo mejor que podemos hacer es aprovechar nuestra actual situación. Salir ahí fuera sería una auténtica gilipollez por nuestra parte. Debemos actuar con inteligencia, aunque ello nos suponga relegar a un segundo plano nuestros sentimientos durante algunos minutos, o quizás horas.

No todos parecían estar conformes con aquella idea, pero ninguno de ellos se atrevió a expresarlo abiertamente. Luego, el hombre siguió exponiendo cuanto le había dicho el minero, y finalmente indicó a todos que se alejaran de las ventanas, y que sólo aquellos que mostraran una mayor entereza podrían acercarse luego a ellas para desde allí vigilar las calles.

—Esta gente necesita un guía que les aporte confianza —concluyó luego en voz baja, dirigiéndose esta vez a Ernesto—. Tú dictamina los pasos a seguir, que yo me encargaré de que se cumplan. Me llamo Jaime —se presentó entonces, extendiendo aquella enorme mano engalanada con voluminosos anillos de plata—. Id ahora, tú y algunos más, hasta el piso de abajo para traer al resto. Yo me quedaré aquí para que esto no se vaya de madre.

—Ernesto, cariño —los interrumpió entonces la morena de largos tirabuzones que hasta entonces había permanecido cerca de ellos, hablando por su teléfono móvil—. Mis padres están bien. Mi madre me dijo que uno de esos hombres enloquecidos atacó a papá cuando regresaba a casa. Pero afortunadamente pudo librarse de él a tiempo y ahora están ambos a resguardo. Tan sólo tiene un rasguño en uno de sus brazos, y ya se lo ha curado como ha podido. Les he dicho que no salgan por nada del mundo y que cierren bien todas las puertas y ventanas.

La joven aún se mostraba preocupada por lo que pudiera pasarles a sus padres, pero un cierto grado de alivio había templado visiblemente sus nervios al recibir noticias suyas. Tras explicarle aquello a Ernesto casi de forma atropellada, se supo al momento observaba por aquel otro hombretón que había junto a ellos. Jaime aún tuvo tiempo de admirar sus voluptuosas formas y su hermosa mirada de ojos azules, que tan perfectamente enmarcada se veía entre aquellas hebras rizosas que caían como una cascada sobre sus hombros y su espalda. La joven miró a su vez al motorista, adoptando un gesto despreciativo ante semejante descaro.

—Silvia, yo y algunos más hemos de bajar de nuevo. Queremos que las personas que se quedaron en la sala de proyección suban con nosotros —intervino Ernesto al momento, interrumpiendo oportunamente aquella violenta situación.

—Ni hablar —replicó tajante la chica, olvidando automáticamente lo ocurrido con Jaime—. No entiendo por qué has de ser precisamente tú quien baje.

—Pero, cielo, la entrada está bien sellada, nosotros mismos la hemos protegido. No me pasará nada, en un momento estaremos aquí de vuelta otra vez —arguyó el minero de inmediato.

—¿Y por qué no baja él? —le espetó ella, señalando con aire furibundo a Jaime—. ¿Por qué no suben ellos? ¿Acaso son tontos o qué les pasa? Además, me importa un comino lo que hagan. Si es su deseo quedarse abajo, por mí que se queden allí todo el tiempo que quieran.

—Ella tiene razón —intervino inesperadamente el joven párroco, quien se acercó a ellos con actitud decidida—. Bajaré yo solo para traerles hasta aquí. No es necesario que venga nadie más.

El hombre mostraba tal seguridad en sus palabras que ninguno de los presentes se atrevió a contradecirle. Después de todo, no parecía que aquella sencilla tarea fuera a entrañar ningún riesgo. Como ya dijera Ernesto, la entrada estaba completamente asegurada.

El cura salió del pequeño teatro cerrando tras de sí la puerta de madera. El largo tramo de pasillo estaba a oscuras, pues nadie se había parado unos segundos para accionar la luz cuando subieron en frenética desbandada, apenas unos minutos antes. Al pulsar el hombre el conmutador más cercano, los cuadros que había colgados de las paredes mostraron unos pueriles retratos cuyas formas habían sido trazadas con las rotundas pinceladas de unas manos infantiles. Aquel edificio era como una especie de lugar de recreo, donde muchas de las aulas eran aprovechadas para dar clases particulares, lecciones de manualidades y un sinfín de cosas por el estilo. Ahora todo estaba sumido en el más denso silencio que el religioso hubiera podido experimentar en toda su vida. Avanzaba con paso firme pero lento. Algo le decía que el peligro acechaba allí abajo, donde su ángulo de visión no podía llegar, una vez que el pasillo se perdía en un recodo para encarar las escaleras.

Sobrepasó la puerta de otra aula que estaba a su derecha. Permanecía sellada a cal y canto, ocultando lo que pudiera haber en su interior. Aunque no quisiera admitirlo, el joven párroco sentía cómo el miedo recorría sus entrañas. Su corazón palpitaba con fuerza, pero quiso ignorar esos latidos y enfrentar lo que fuera que le esperara allí delante. Lo más extraño de todo era el desconcertante silencio. Ahora ya no sentía los gritos desgarradores ni los gruñidos infernales que antes torturaban sus oídos provenientes del exterior. Era como si hubiera traspasado algún umbral entre dos planos de la existencia, pues el mismo aire se tornó tan denso que era casi irrespirable.

Y fue justo entonces cuando otro grito rompió aquella especie de hechizo oscuro, devolviendo su mente a la realidad, como si le hubieran dado una bofetada en pleno rostro. Su corazón estuvo a punto de dar un vuelco cuando vio aparecer al hombre, doblando la esquina a unos pocos pasos ante él. Venía corriendo, y en su rostro mostraba una palidez y un terror inenarrables.

—¡Corra, padre! —le indicó el hombre sin pararse, pues enseguida reconoció el rostro afable del atractivo religioso—. ¡Corra a lugar seguro! ¡Esa plaga se ha extendido también entre nosotros!

—Vamos al aula del fondo, allí están los demás —indicó el cura, sin pararse a pedir más explicaciones.

Cuando ambos llegaban a la puerta del teatro, unos pasos delataron la presencia de quienes perseguían al recién llegado. Estaban ya al final de la escalera y pronto les podrían ver doblar la misma esquina del pasillo que antes el joven cura había mirado con temor. Los chillidos que reverberaban en las paredes eran ya enconados quejidos que aquellas bestias lanzaban con odio indescriptible. Parecían surgir de unas gargantas destrozadas, cuyas cuerdas vocales no podían ser humanas.

Cuando ya creían que los poseídos les iban a dar alcance, la puerta que tenían ante ellos se abrió de golpe y tras ella apareció el motero corpulento, alzando entre sus brazos una raída butaca de madera y lona. El hombre arrojó el mueble sobre los tres perseguidores que corrían ya por el pasillo, abatiendo a dos de ellos y entorpeciendo el paso al tercero. Entre tanto, el cura y el otro hombre entraron en la sala con la ayuda del minero que allí les esperaba.

—¡Cierra la puerta, Jaime! —gritó Ernesto de inmediato.

El motero hubo de contener con su propia espalda el empuje del poseso, que ya intentaba invadir su improvisado refugio, aporreando la puerta desde fuera. Luego, con la ayuda de unos cuantos más, aseguraron esa entrada volcando una pesada estantería que había cerca, mientras los libros que contenía se desparramaban por los suelos. Unas cuantas butacas más les sirvieron como barricada de emergencia, que dispusieron rodeando la estantería.

—¡Maldita sea! —empezó a explicar el recién llegado, aún con la respiración agitada por el esfuerzo—. El tipo ese, el acomodador del cine. Parece que también ha sido contagiado. Cuando nos quisimos dar cuenta, estaba atacando a todo el mundo, lanzando dentelladas con los ojos enrojecidos. Algunos cayeron muertos, casi como fulminados por tan inesperado ataque. Sin embargo, otros comenzaron a dar muestras de la misma fiereza, y todo se convirtió en un infierno de sangre y chillidos.

Jaime y Ernesto intercambiaron una mirada entonces, donde podía leerse con facilidad lo que ambos se decían sin palabras. Permanecían tumbados sobre los butacones apilados junto a la entrada.

—¡Dios mío! —musitó casi entre sollozos Silvia—. ¡Dios mío! Esa maldita rabia se transmite tan sólo con un simple rasguño. El conserje... el conserje ni siquiera fue mordido. Creo que nos dijo que le habían rozado únicamente con las uñas o algo así. Ernesto, mis padres están en peligro. ¡Santo cielo! Mi madre... mi pobre madre.

Mientras el minero hacía lo imposible por consolar a su novia, tratando de abrazarla y hacerle ver que, por duro que pareciera, lo que ahora importaba era salvar sus propias vidas, Jaime se levantó con decisión. Aferrando al recién llegado por las solapas de la camisa, lo izó como quien levanta a un niño, encarándole con gesto casi de acusación.

—Tú. Quítate la camisa de inmediato. Tenemos que asegurarnos de que no has sido herido también —le ordenó con imperiosa determinación.

Como vio que el otro no se mostraba presto a cumplir su orden, él mismo comenzó a despojarle de su ropa. En apenas unos segundos, lo dejó desnudo de cintura para arriba, y habría resultado humillante si no fuera por lo extraordinario de la situación. Hizo que el hombre diera vueltas sobre sí mismo, pero sobre aquel escuálido pecho tan sólo una palidez un tanto atípica llamaba la atención.

Habían pasado varias horas desde que aquel infierno se desatara allí afuera. Los que vigilaban las ventanas de la sala habían podido contemplar cómo un par de coches que subían por la carretera comarcal se habían estrellado al encontrarse bruscamente con tan desconcertante panorama. Sus conductores habían sido abatidos a mordiscos y despedazados en el mismo suelo. Luego, el de por sí escaso tráfico cesó por completo. En el parque que se alzaba sobre una elevada meseta, allí al otro lado del río, varios cadáveres yacían sobre el suelo, acompañados por la figura de algún infestado que deambulaba por el lugar como si estuviera drogado.

—Ya no entra nadie en el pueblo desde hace varias horas —musitó Jaime, acercándose despacio hasta donde estaba Ernesto. El joven minero observaba el panorama con ojos cansados a través de los cristales.

—Así es. Parece como si hubieran establecido algún tipo de cuarentena en torno a la villa. No hemos visto ni a una sola patrulla policial en todo el tiempo —corroboró el joven de ojos verdes y pelo oscuro.

—Esto tiene que ser más grave de lo que pensamos en un principio —intervino el padre Adolfo, uniéndose en voz muy baja a la conversación—. Incluso los pocos que han intentado huir en sus vehículos se han encontrado una densa barrera imposible de franquear. ¡Santo Dios! Da la sensación de que hay más infectados que gente sana. Más de la mitad del pueblo está ahora en las calles, presa de alguna rabia infernal que se ha apoderado de sus actos, mientras que el resto caen víctimas poco a poco de toda su locura.

—Su Dios no parece preocuparse mucho por nosotros ahora —espetó el motero, lanzando una mirada de soslayo al religioso. Este encajó la dura crítica sin mostrarse demasiado ofendido, sin darle el gusto al otro de ver cómo flaqueaba su fe.

—Lo que más me preocupa son estas personas —aseguró otro hombre que también estaba cerca de ellos. Se trataba del enjuto individuo que antes había llegado corriendo por el pasillo. Vestía nuevamente su ahora arrugada camisa blanca, y se había re peinado los cabellos castaños, ordenándolos con pulcritud. Unas gafas de pasta gruesa le daban un aire de estudiante medio atolondrado—. Ahora parecen un poco más tranquilas, pero esto no es más que el fruto de su propio cansancio y del abatimiento psicológico. Pronto será imposible mantener el orden aquí dentro. Además, no tenemos ni comida ni bebida, y tan sólo las máquinas expendedoras que hay abajo podrían ofrecernos un engañoso sustento para un par de horas a lo sumo.

—Eso no ha de preocuparnos —arguyó Jaime con sorna—. Pues estamos seguros de que alguien tan valiente y sabio como tú estará dispuesto a sacrificar su vida para traernos un poco de esa mierda que hay abajo. Sería divertido ver cómo introduces una moneda tras otra, para ir sacando barritas de chocolate crujiente, mientras esos jodidos posesos te lamen la nuca, saboreando tu grasienta cabellera.

—¿Hace falta que recrimines todo cuando los demás hacen aportaciones? —le atacó la joven Silvia. Era evidente que la chicha no veía con demasiados buenos ojos aquellos comentarios sarcásticos que el motero lanzaba de forma gratuita a cada momento.

El hombretón se limitó a darles la espalda, dirigiendo su mirada hacia el exterior, donde la noche era ya cerrada y las luces de las farolas hacían cobrar vida a la más absurda y dantesca visión que jamás creyera poder llegar a contemplar.

—Tenemos que pensar en algo y pronto —aseguró Ernesto, rompiendo al fin aquel denso silencio que se había formado tras el comentario de su novia—. Este chico lleva razón. Aquí dentro somos muchos y no tardará en estallar el caos entre todos. Es un milagro que hayamos podido mantenernos relativamente unidos hasta ahora. Y luego está, por supuesto, el tema de la comida. Está claro que nadie vendrá

en nuestra ayuda, pues, como el padre Adolfo muy bien ha dicho, esto es algo mucho más grave de lo que en un principio imaginamos.

Otro chillido desquiciado interrumpió su diatriba, proveniente del otro lado de la puerta, metros más allá de donde estaban posicionados. Aproximadamente cada diez o quince minutos, podían oír con el corazón sobrecogido cómo los infectados que había dentro del edificio intentaban nuevamente abatir la gruesa hoja de madera. Por el momento, la improvisada barricada se mostraba efectiva, pero sólo Dios sabía cuánto tiempo más podría aguantar el duro envite de aquellos poseídos.

Y justo entonces, los gruñidos cesaron de forma abrupta. Esta vez no habían mermado paulatinamente, como en anteriores ocasiones, sino que lo habían hecho de golpe, para desconcierto de quienes allí dentro buscaban protección.

Los seis que permanecían junto a la ventana guardaron silencio, mirándose un tanto intrigados por el repentino cambio.

—¡Mirad, algo extraño está pasando ahí afuera! —gritó desde otra de las ventanas un tipo bastante gordo. Era el presidente de la asociación de vecinos de todo el pueblo.

—¿En serio, Rufo? —se mofó Jaime con una sardónica sonrisa en su barbudo rostro—. Diría que ya nos hemos dado cuenta hace rato.

—No me refiero a eso. Mirad de una vez, no es momento de bromas —insistió el orondo personaje.

Efectivamente, algo notable estaba teniendo lugar allí fuera. La conducta de los infectados experimentaba un cambio radical. Ahora ya no deambulaban de forma errática en busca de nuevas víctimas o corrían entregadas a una diabólica sed de sangre, sino que iban todos en una misma dirección, avanzando casi coordinadamente. Caminaban carretera arriba en perfecto silencio y, lo más asombroso de todo, es que cada uno de ellos portaba algún miembro amputado en sus manos. Ver aquello era como contemplar la aberrante escenificación de un conjunto de hormigas que regresaran a su nido, arrastrando consigo el lastre de varios tipos de suministros alimenticios.

Algunos de ellos, quienes aún yacían afanosos sobre uno de los cadáveres, allí arriba en aquel parque junto a una de las mesas de madera, se incorporaron con presteza para unirse a tan infernal comitiva. Descendieron en orden por la pista de arena que conducía a la carretera, y allí pasaron a formar parte de aquel grueso ejército de grotescos despojos de humanidad.

—Esto no puede ser fruto de ningún tipo de enfermedad mental, o de cualquier otra índole —musitó el cura, con el corazón sobrecogido por completo.

—Por una jodida vez, tengo que admitir que estoy completamente de acuerdo con usted, padre —corroboró el motero ante el asombro de los demás.

El resto de personas se levantaron entonces, intrigadas por aquello que tanto parecía desconcertar a sus compañeros. En total no llegaban a la veintena los que allí estaban, pues debían de ser unos diez aproximadamente los que cayeron víctimas del acomodador en la sala de proyección.

—Se marchan todos de aquí. Sabe Dios adónde irán, pero al menos está claro que nos dejan vía libre —empezó a conjeturar el tipo gordo que antes había hablado, el tal Rufo—. Quizás esta sea nuestra única oportunidad para escapar de esta maldita ratonera.

—Es posible que eso sea cierto —musitó Ernesto en voz muy baja, casi como reflexionando para sí mismo—. Pero me pregunto hacia dónde iremos ahora.

—Amor, mis padres... —dijo Silvia, casi como si de una súplica se tratara. Estaba claro lo que la mujer trataba de expresar con tan sólo esas palabras.

Entre tanto, todo parecía haber cobrado vida dentro de aquella sala. La gente murmuraba y daba vueltas en todas direcciones, nerviosa, como planeando atropelladamente una huida hacia ninguna parte. A esa hora de la noche, exactamente a las tres y cuarto de la madrugada, todos volvieron a despertar a la dura realidad.

—Está claro que en verdad se nos presenta una oportunidad para salir de aquí —reflexionó Ernesto en voz alta—. Pero me asusta el que lo hagamos de forma desordenada y caótica. Mirad al resto de personas, están nerviosas y no piensan con la mente fría. Esto puede llegar a ser algo que juegue en nuestra contra. Con un poco de coordinación podríamos arreglárnoslas para salir sin que los que nos esperan tras esa puerta puedan hacernos nada. Sin embargo, ¿quién puede ser capaz ahora de organizar a esta gente?

—Puede que tengas razón, amigo —concluyó Jaime con rotundidad—. Pero me temo que ya ha pasado el tiempo de los planteamientos teóricos para mí. Empiezo a sentirme muy nervioso aquí dentro, y sigo preocupado por mis hermanos y mis padres.

Sin más explicaciones, el hombre se dio media vuelta, encarando con gesto ceñudo al resto de personas. Comenzó a caminar decididamente hacia la puerta de salida, pero a mitad de trayecto se paró para coger una de las múltiples butacas que había a ambos lados, mirando todas ellas hacia el pequeño escenario del fondo. Cada asiento era individual y, por tanto, no le resultó difícil levantarlo con sus poderosos brazos.

—Vosotros —gritó a los que estaban más cerca de la puerta—. Abrid esa maldita puerta cuando os lo indique.

Los hombres dudaron un momento; sin embargo, era mayor el temor que suscitaba entre ellos el coloso de allí dentro que los posesos que afuera acechaban sin aparente descanso. Cuando el paso hubo quedado franco nuevamente, todos comprobaron con asombro que al otro lado no había ya nadie.

Jaime cruzó el umbral sin mirar atrás, portando aún la improvisada arma arrojadiza. En unos instantes se perdió en la oscuridad del otro lado.

—Ha perdido la cabeza por completo —murmuró el joven de gafas—. Los de ahí abajo le despedazarán en cuestión de segundos.

—Tal vez. Sin embargo, puede que sea una muerte más digna que la que puede esperarnos si nos quedamos aquí arriba encerrados —puntualizó el padre Adolfo—. Yo me voy tras él. Después de todo, mi destino está en manos de Dios, y bien recibido será el final que sus designios me deparen.

—Silvia y yo nos vamos con usted, padre. Mi pobre novia está sufriendo por sus padres. Y como usted dice, iremos a ver qué les ha ocurrido, aunque suponga esto enfrentarnos al mismo destino —las palabras de Ernesto sonaban desesperadas, pero ahora al menos tenían claros los pasos a seguir, aunque estos les pudieran llevar directos a una muerte horrible. Mejor eso que quedarse allí, víctimas de sus propios tormentos.

EL COBARDE ENJAULADO

La plaga converge en el centro de la villa.

El joven Borja decidió sacar aquella noche la basura. Acababa de anochecer, y pese a que el pueblo donde él y su novia vivían era casi siempre de lo más tranquilo, solía preocuparse tanto por la chica que a veces le inquietaba dejarla salir sola en mitad de la noche. Lo cierto es que jamás le habría confesado a ella el hecho de que albergaba semejantes temores, pues la muchacha siempre se mostraba valiente y no le agradaba que otros pretendieran protegerla en exceso.

Vivían en uno de los pocos pisos que había en el lugar. Concretamente, en la segunda planta. Aunque el edificio no disponía de ascensor, tan sólo unos pocos escalones separaban el umbral de su hogar del portal.

Descendió por los mismos, cargado con una abotargada bolsa en cada mano. Era un chico más bien alto, un poco entrado en kilos pero sin llegar a estar gordo del todo. Lucía una ensortijada cabellera negra, aunque últimamente solía recortársela bastante, dejando asomar tan sólo unos alborotados rizos en la parte del flequillo. Sus ojos marrones mostraban una mirada inteligente bajo las cejas oscuras, y su rostro se veía enmarcado por la línea de dos gruesas y largas patillas. Era, principalmente, un tipo amable y risueño, aunque, como todos, también tenía sus momentos de irascibilidad.

Una vez fuera, giró a la derecha, internándose en aquel umbrío callejón que tan malas vibraciones le provocaba siempre, y que pasaba bajo las viviendas de esa barriada. El suelo era allí accidentado y flotaba en sus entrañas un casi perpetuo hedor a orín. Las casas estaban tan abigarradas en aquel lugar, tan alocadamente esparcidas por entre las laderas húmedas, que una sensación claustrofóbica atenazaba constantemente el espíritu de aquel joven.

—Ay, qué ganas tengo de perderte al fin de vista, maldita villa sombría —musitó para sí, mientras contemplaba las paredes desconchadas del callejón, donde un sinfín de pintadas se superponían en un alocado mosaico de incultura y blasfemia.

El acceso atravesaba el hueco que había entre su propio piso y la casa de al lado, e iba a dar hasta la carretera comarcal, que en aquel punto, como en tantos otros, describía una amplia curva. Al otro lado de la misma, junto al viejo muro que delimitaba el perímetro de un pozo minero ya largos años en desuso, se encontraban los saturados contenedores de basura.

La luz de las farolas cercanas bañaba aquella pequeña franja, donde la hierba crecía de forma salvaje, inundando con su fresco verdor las ruedas de los dos contenedores.

—Por supuesto, cómo pedir más. Aquí aún no ha llegado esa cosa tan moderna que se llama reciclaje —masculló ahora con sorna, mientras sentía cómo las asas de plástico de las bolsas se hundían en las carnosas palmas de sus manos.

Borja escrutó con aire distraído los muros de piedra oscurecida por los años que se veían tras los contenedores. Había aún pegados en ellos varios fragmentos, deteriorados por las inclemencias del tiempo, de aquellos carteles que habían empapelado la villa entera durante las últimas elecciones. Partidos de izquierdas, partidos de derechas o partidos de centro, todos esgrimían un sinfín de rimbombantes consignas, aderezadas por otras tantas promesas que luego se quedaban en el limbo. Todas aquellas fotos mostraban gestos de entusiasmo, empatía con el pueblo y firme determinación. Los candidatos hacían gala de sus mejores sonrisas en un patético intento por encandilar a las masas, ya bien fuera luciendo una impecable corbata o una sencilla chaqueta de pana, según cuál fuera la vertiente política por la que se precipitaran sus ideas.

En el rostro del joven se dibujó un gesto de ironía al pensar que todas aquellas mentiras surgían a la superficie al mismo ritmo que las imágenes impresas en los carteles se iban deteriorando con los meses.

Accionó el mecanismo de pie para que la enorme tapa verde se levantara lo suficiente. Luego arrojó dentro la bolsa que llevaba en su mano derecha, adoptando una mueca de asco ante el hedor que aquella boca sucia arrojaba sobre su rostro. Cuando giró la cabeza para evitar el olor, pudo ver cómo un borracho yacía tirado, gimoteando cosas ininteligibles, frente a las rejas mugrientas del bar más cercano, que a esas horas permanecía cerrado ya a cal y canto. Era aquel que estaba unos metros más arriba, en la siguiente curva que describía la carretera.

—Estos tipos se levantan con el sol tan sólo para ir a beber, y luego ya no quieren volver a sus casas. Tal vez este haya decidido que no merece la pena irse a dormir a la cama para luego tener que volver con el alba.

Borja sostenía largas conversaciones consigo mismo en algunas ocasiones. Sobre todo, cuando se sentía un tanto hastiado de la vida. Aunque lo cierto es que no era esto demasiado frecuente, pues solía mostrarse de buen humor y rara era la ocasión en que se dejaba abatir por las circunstancias. Pero aquel día estaba un poco molesto, pues tenía ya ganas de marcharse a vivir a la ciudad, de dejar atrás aquel opresivo ambiente de ese pueblo. Su novia y él tenían prevista ya su marcha. Sin embargo, por ciertos problemas familiares que habían surgido recientemente, esta se había pospuesto para unos meses más adelante.

Debido a ello, cualquier dificultad que se le presentara esos días, por nimia que fuera, se le antojaba verdaderamente insoportable. Como ahora tendría que recorrer varios metros en dirección al centro del pueblo, donde sí había contenedores selectivos, su carácter se agrió todavía más.

Al pasar junto a la pequeña terraza del bar, flanqueada por muros con sendos bancos de hormigón, miró con una mueca de asco al hombre que había allí tirado, junto al largo escalón de la entrada. Este permanecía agachado en cuclillas, de espaldas a él, y parecía estar jugueteando extrañamente con algo mientras mascullaba cosas incomprensibles de una forma un tanto grotesca, emitiendo gruñidos guturales.

Borja se acercó a él lentamente, con la otra bolsa aún en la mano izquierda y un tanto intrigado por la extraña actitud del hombre. Fue entonces cuando se dio cuenta del profundo hedor que desprendía su cuerpo. También advirtió que sus ropas estaban rasgadas en varios puntos, y que sus manos parecían como agarrotadas y cubiertas por una gruesa capa de mugre.

—¿Perdón?... ¿Señor? ¿Se encuentra usted bien? —preguntó de inmediato, adivinando que algo raro estaba sucediendo allí. Tal vez el hombre no fuera un simple borracho, postrado en el suelo bajo el duro mazazo de su propia embriaguez. Borja no era después de todo un mal tipo y empezó a dejarse llevar por un cierto sentimiento de lástima.

El individuo no pareció escucharle. Ni siquiera hizo ademán de girar la cabeza, que en aquellos momentos movía de forma inquietante y compulsiva, inclinándola en dirección a su pecho. Las sombras proyectadas por las paredes del lugar mantenían a aquella grotesca figura en la más absoluta penumbra, pues, además de que unas vigas oxidadas sostenían unas crecidas parras sobre la terraza del bar a modo de visera, las farolas más cercanas estaban a varios metros de distancia.

Borja estaba cada vez más confuso ante semejante visión. Apenas se había acercado unos pasos hacia el hombre y ya sus sentidos parecían querer prevenirle sobre algo que no alcanzaba a comprender de forma consciente.

Oyó un chasquido como de huesos quebrándose, el sonido de un goteo viscoso, y luego lo que parecía a todas luces el succionar de una boca humana. De pronto advirtió una mancha oscura que se iba extendiendo en torno a la figura de aquel hombre, sobre el frío suelo de hormigón.

—¿Qué demonios estás haciendo, maldito loco? —pudo apenas articular, mientras retrocedía instintivamente sin apartar la mirada del otro, quien al fin se giró sin levantarse, encarando al intruso que acababa de interrumpir su tarea.

Emitiendo un furioso gruñido, mostró una dentadura ennegrecida por lo que sin duda era sangre, entre unos labios secos y resquebrajados. Su mirada estaba enloquecida, con las pupilas absolutamente dilatadas, y su rostro mostraba un tono cetrino que dotaba a su expresión de un aspecto cadavérico.

Borja no daba crédito a lo que veían sus ojos. Bajo una franja de luz que bañaba en parte la rocambolesca escena, colándose de forma oblicua entre dos ramas de la parra, pudo observar lo que el individuo había estado royendo. Se trataba de un desafortunado gato que ahora tenía el vientre abierto en canal, con gran parte de sus vísceras al descubierto. La cabeza del animal pendía de su cuello apenas por unos hilos de carne, y sus patas estaban también medio desmembradas.

—Joder... ¿Qué coño le has hecho al pobre animal? —le increpó Borja de nuevo, sintiendo cómo una mezcla entre repulsión y pánico hacía presa en su estómago. Sin pensarlo dos veces y llevado por el instinto, arrojó la bolsa que aún llevaba en su mano izquierda sobre el rostro del hombre. Su contenido se desparramó por el suelo e hizo que el tipo perdiera el equilibrio, cayendo de espaldas sobre el enrejado que protegía la entrada del bar. El sonido de la persiana metálica se alzó en la noche como un auténtico estruendo, sin embargo, ninguno de los vecinos que vivían cerca dio muestras de haber oído nada.

Pero aquello era algo que traía sin cuidado a nuestro amigo, quien decidió salir corriendo de allí sin pararse a desentrañar todo aquel dantesco misterio. Se dirigió nuevamente hasta la entrada del callejón, pero pronto hubo de cambiar el rumbo de su carrera. Su perseguidor parecía hacer gala ahora de una repentina agilidad, y saltando de dos zancadas el banco de hormigón que delimitaba la terraza por ese lado, fue a posicionarse justo en medio de su trayectoria. A Borja le parecía increíble la forma en que el otro había vuelto a levantarse para luego emprender la carrera en su busca. Observó cómo aquel cuerpo escuálido se convulsionaba espasmódicamente, lanzando gruñidos a la par que agitaba las manos, como queriendo arañar su pecho y su cara. No tuvo otra alternativa más que dar la vuelta e intentar correr en sentido contrario. No huía por simple temor, era algo más que eso. Algún primitivo instinto se había despertado de nuevo en sus entrañas, haciendo saltar una voz de alarma en su cerebro. Había que alejarse de aquella criatura como fuera.

Estuvo corriendo durante todo un minuto sin atreverse a mirar atrás. Los pasos amortiguados del otro se oían muy cerca y sus gruñidos rabiosos casi rozaban su nuca. Atravesó una zona despoblada por donde la carretera ascendía ligeramente, describiendo una amplia curva, con el muro del pozo al lado izquierdo y una pequeña falda montañosa al derecho. Sobre la ladera ascendía de forma paralela otra carretera poco transitada. Sin embargo, Borja no cambió de dirección, pues quería alcanzar la parte central de la villa, unos metros más adelante. Llegó a la altura del edificio que hacía las veces de hogar del jubilado, que dejó a su derecha. Pasó también al lado de la cancha de balompié, que ahora permanecía silenciosa y solitaria. Ya estaba en la plaza del pueblo, donde un montón de edificios rodeaban las zonas recreativas y el parque. Pero allí no parecía que pudiera encontrar lugar seguro alguno donde

protegerse de aquella cosa que le perseguía. No vislumbró otra opción más que seguir corriendo, y cuando ya había rebasado el cruce que formaba la ligera rampa que daba acceso a la cancha con la carretera comarcal, oyó una voz muy humana que surgía desde el interior de un pequeño edificio.

—Por aquí. Venga, rápido, que está a punto de alcanzarle. —La voz provenía del diminuto establecimiento contiguo a la iglesia que delimitaba la plaza del pueblo por ese lado.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, Borja saltó sobre la acera, girando luego a la derecha para atravesar la pequeña entrada del local. Tropezó su hombro izquierdo con la pesada máquina expendedora que había fuera, junto a la puerta, pero el hombre que le había llamado aferró de forma casi violenta su otro brazo, tirando de él hacia dentro.

Una vez allí, el otro empujó la gruesa hoja de madera, quedando ambos protegidos al fin de aquella bestia.

Borja todavía jadeaba exhausto por la carrera y el susto. Observó el interior del pequeño establecimiento con la mente aún confusa. Tan sólo una estrecha franja de pasillo de unos pocos metros quedaba entre la puerta y el diminuto mostrador de madera. A un lado tenía un montón de estanterías repletas de juguetitos baratos, golosinas y otros comestibles, y al otro, una ventana protegida con un enrejado de hierro por la parte de afuera.

El hombre que le había ayudado le miró con gesto interrogativo. Era un tipo calvo y enjuto, aunque con una incipiente barriga asomando bajo el grueso jersey. Lucía una protuberante nariz aguileña y su mirada tenía un cierto brillo juvenil. En aquellos momentos, unas gotas de sudor perlaban su frente arrugada. Tendría unos cincuenta y tantos años, según dedujo el joven Borja. También pudo adivinar que tenía las cosas tan poco claras como él en lo concerniente al estado rabioso del otro individuo.

—¿Qué diablos le pasa a ese hombre que me perseguía? —preguntó de todas maneras, una vez hubo recuperado en parte el resuello. Aún permanecía apoyado sobre la superficie de la puerta. Por ello se agitó bruscamente cuando aquel engendro comenzó a aporrearla desde afuera, gruñendo aún con rabiosa determinación.

—No tengo ni la más remota idea —fue la única respuesta que pudo darle el otro—. Lo único que sé es que tuve que encerrarme aquí dentro cuando otro en iguales condiciones intentó abalanzarse sobre mí, una vez que yo salía ya en dirección a mi casa. Acababa de recoger la recaudación del día y se había hecho casi de noche cuando decidí irme a dormir. Nada más atravesar la puerta, un tipo se me echó encima con gesto rabioso, gruñendo como una bestia e intentando sacarme los ojos con las uñas, al mismo tiempo que abría la boca como para morderme. Pude deshacerme de él, aunque no sin cierta dificultad. Una vez dentro, esperé a ver si se marchaba. Estuvo merodeando por aquí casi una hora, y cuando ya creía que se había

marchado, intenté salir corriendo, y fue entonces cuando le vi a usted huyendo de otro hombre en el mismo estado —explicó el dueño de la tienda, mostrándose confuso y asustado—. He apagado la luz del local, pensando que tal vez si la mantengo encendida, esto pueda llamar la atención de esos tipos —aclaró luego, para justificar el que se valiera tan sólo de la escasa luz que penetraba desde el exterior, proveniente de las farolas cercanas.

Borja se asomó con cautela a la pequeña ventana que tenía a su derecha. Afuera no parecía haber ahora una sola alma. Repentinamente todo se había sumido en un casi sepulcral silencio. El pueblo entero parecía dormir profundamente. Fue por ello que se sobresaltó aún más cuando el rostro abotargado de un hombre surgió de improviso al otro lado de la ventana. Retrocedió presa del pánico mientras aquella cara se pegaba contra las rejas de hierro, mostrando unos ojos inyectados en sangre rodeados por aquellas masas de carne inflamada en las que se habían convertido sus párpados. Mientras aquel hombre golpeaba la protección metálica con el cráneo, aferrado a la misma con ambas manos, el que aún seguía en el lado de la puerta volvió a aporrear la superficie de madera, emitiendo quejumbrosos chillidos una vez más.

—Es como si sufrieran algún tipo de rabia o algo similar —conjeturó Borja, no pudiendo ocultar el miedo que crecía en su interior. Sus palabras sonaban temblorosas y su rostro había palidecido de golpe. Las manos trémulas por el nerviosismo comenzaron a transpirarle, en tanto que su mirada transmitía horror y desconcierto—. ¿Y no ha pensado en llamar a la policía? —preguntó señalando hacia el teléfono que había a un lado del mostrador, junto a un gran recipiente de golosinas azucaradas.

—Oh, lo habría hecho de poder usar ese maldito cacharro, pero hace tiempo que dejó de funcionar, y como no solía usarlo demasiado, no me molesté en sustituirlo por uno nuevo.

Aunque rara vez pisaba esa tienda, Borja recordó los comentarios que había podido oír repetidas veces entre algunas gentes del lugar sobre aquel hombre que ahora tenía delante. Siempre había escuchado que era un tipo solitario y dejado. Eran meros chismes, habladurías, pero como muchos otros rumores, este parecía tener un fundamento verídico, visto el estilo de vida del que parecía hacer gala. Un hombre que no se molesta en solucionar ese tipo de cosas, tales como un teléfono averiado en su puesto de trabajo, es una persona a todas luces despreocupada.

—Por cierto, ¿conoces a alguno de estos dos hombres? —quiso saber Borja—. Aunque vivo aquí de alquiler desde hace ya un par de años, lo cierto es que no he tenido ocasión de conocer a muchos de los que residen en el pueblo. Sin embargo, tengo entendido que llevas viviendo aquí mucho tiempo. —En pocos minutos habían sentido la necesidad de tratarse de tú. Era una de esas situaciones en las que todo ser humano necesita saber que tiene a alguien de confianza a su lado.

—Ahora que lo preguntas, el tipo que se me echó encima cuando salía de aquí, y que tú has visto detrás de las rejas de mi ventana, me recuerda vagamente al conserje del colegio. Pero lo cierto es que su cara está tan hinchada que no podría asegurarlo al cien por cien.

Borja asintió levemente con la cabeza, aunque lo cierto es que estaba cada vez más confuso ante todo aquello. Luego se formó un denso e incómodo silencio que se prolongó varios segundos. Ambos se miraron con nerviosismo. Todo aquello no parecía tener el menor sentido.

—¡Oh, espera un momento! —exclamó el hombre a continuación—. Alguien se acerca en coche por la carretera.

Borja corrió a asomarse otra vez, pero con la precaución ahora de no acercarse demasiado al cristal. Los tipos rabiosos parecían haberse alejado de nuevo, y ahora tan sólo los faros del vehículo que se acercaba por la carretera, en dirección a ellos, delataban algún signo de vida allí afuera. El Opel Astra deportivo rebasó la recta, flanqueada por la plaza a un lado y por la pequeña central eléctrica del pozo al otro, aproximándose a velocidad moderada hasta la curva donde estaba el establecimiento. Justo cuando llegaba a la altura del cruce antes mencionado, dos tipos se abalanzaron de improviso sobre el morro del coche, haciendo al conductor frenar bruscamente. A continuación vieron salir de él a un hombre alto y fornido. Parecía muy furioso por lo que acababa de ocurrir, pues seguramente tomó a los dos hombres por borrachos bromistas. Borja y su compañero tan sólo pudieron distinguir tres siluetas oscuras que estaban frente al coche, pues los potentes faros habían quedado enfocados justo hacia a ellos y resultaba difícil distinguir nada a contraluz. El hombre alto dijo algo que no alcanzaron a entender, increpando claramente a esos tipos raros que giraban en torno a él. Se desplazaban como en precario equilibrio, retorciéndose ocasionalmente entre repentinas convulsiones. Eran como dos cadáveres que intentaban imitar de forma grotesca los movimientos de un ser vivo, desplazándose a un lado y a otro con suma torpeza.

—¡Maldita sea! —exclamó el dueño de la tienda—. Mira, por allí llegan otros tres hombres, y que Dios me arranque los ojos si no vienen en el mismo estado que nuestros dos amigos.

Borja constató horrorizado lo que su compañero le decía. Mientras el hombre alto dejaba ya de increpar a los otros dos, desconcertado por la extraña actitud de los mismos, tres siluetas más se acercaban tambaleantes por su espalda.

—Mira, es como si estuvieran tanteándole —musitó Borja, casi fascinado por la actitud de aquellos personajes—. Saben que no es una presa tan fácil como pudiéramos haber sido nosotros y por eso no se deciden a actuar. Yo he podido comprobar con desagrado lo rápidos que pueden llegar a ser esos tipos.

—¿Has dicho «presa»? —preguntó el otro con un nudo en la garganta que le impedía respirar con normalidad—. ¿Piensas que esas... cosas han salido a cazar?

—No estoy seguro de nada, amigo. Pero mírales, es la sensación que tengo al contemplarlos.

Como si para corroborar las afirmaciones de Borja fuera, las tres siluetas que se aproximaban al hombre por detrás emprendieron de improviso una veloz carrera, lanzando demenciales chillidos al aire nocturno. Estaban aprovechando la cobertura que les brindaban sus otros dos camaradas. Ahora sí pudieron ver nuestros amigos la profunda mueca de dolor que se dibujó en el rostro de aquel desdichado, pues ante el violento ataque de los otros tres, el corpachón del hombre se desplazó unos metros más allá del coche, quedando en un lugar visible. Uno de ellos se había colgado de su cuello por la espalda, rodeándolo con ambas manos, mientras otro cerraba sus mandíbulas como un perro rabioso en torno a su brazo derecho. Un tercero comenzó a hundirle los sucios dedos en los ojos mientras el hombre se defendía lanzando puñetazos al aire que ocasionalmente impactaban en su agresor sin demasiados resultados.

—¡Dios mío! ¡Tenemos que hacer algo! —exclamó Borja sobrecogido—. Están intentando matar a ese hombre.

Por toda respuesta obtuvo un silencio glacial. Su compañero permanecía mudo, observando aún la tétrica escena mientras un sudor frío resbalaba por su frente. Pudo ver el miedo en su categoría más deplorable reflejado en los ojos de aquel hombre. Se podría decir que más que miedo era congoja, pánico en estado puro.

Borja también estaba asustado, pero su conciencia no le permitiría permanecer impasible por más tiempo. Quiso ser comprensivo con su amigo, pero el inconfundible olor a orina que golpeó su olfato repentinamente no ayudaba a mantener una visión mínimamente digna del otro.

—No salgas ahí afuera, por favor. Ya no puedes hacer nada para ayudarlo. Son demasiados y actúan con mucha rapidez y violencia. Estamos ante algo completamente desconocido —arguyó el hombre con voz temblorosa, casi al borde del llanto.

Borja iba a replicarle con dureza, a pedirle que abriera la puerta del local, puesto que se necesitaba la llave para ello, pero unos gemidos ahogados le llegaron entonces desde afuera. Mirando nuevamente por la ventana, contempló con espanto cómo despedazaban el enorme cuerpo del hombre. Aquella especie de engendros desgarraban la carne a dentelladas, hundían sus uñas en la piel abriendo grandes surcos, buscaban con sus dedos los órganos vitales, removiendo vísceras, huesos, tendones y venas, en un macabro festín de sangre. Una vez tumbado en el suelo, las criaturas se arrodillaron a su vera, inclinando sus cabezas para seguir desmembrado a base de mordiscos el cuerpo ya cadáver.

—¡Santo Dios! Esto no puede ser cierto. Esto no puede estar ocurriendo —se dijo en voz alta el tipo calvo.

Uno tras otro, los infernales agresores fueron levantándose del suelo. Con torpes gestos otra vez, uno de ellos aferró una de las piernas del abatido a la altura del tobillo y comenzó a tirar de él. Otro hizo lo propio con la otra pierna.

—¿Qué es lo que están haciendo ahora? —masculló Borja, tan asqueado ya que su voz sonaba malhumorada.

—Creo... creo que intentan descoyuntar su cuerpo por completo —respondió el otro, dubitativo.

—Puede ser. Aunque yo diría que parece más bien que intentan arrastrar todo el cuerpo. Es como si quisieran llevárselo a algún sitio —conjeturó Borja por su parte.

Verdaderamente parecía que esa era la intención de las criaturas. No obstante, pronto desistieron, pues la escasa coordinación de la que hacían gala cuando estaban en ese otro estado más aturdido no era suficiente para realizar semejante labor.

Otro de ellos se levantó entonces con uno de los brazos que, a base de fieras dentelladas, había conseguido desmembrar del resto del cuerpo. El ser se alejó tambaleándose lentamente y con aquel macabro trofeo en su mano. Pronto lo perdieron de vista, pues se internó entre las sombras que había más allá, en dirección a las barriadas cercanas a la plaza, donde una pista de acentuado declive iba a dar a la famosa barriada que había en lo alto de una escombrera.

—Es como si trataran de llevárselo a trozos al no poder cargar con todo su peso —adivinó Borja estupefacto.

Fue entonces cuando llegaron los primeros gritos de histeria, provenientes de las casas más cercanas. Seguramente alguien más había presenciado la horrible escena allí acaecida. A pesar de lo avanzado ya de la noche, los gritos desgarradores que había emitido el hombre en medio de estertores tenían que haber despertado a más de un aldeano.

—¿Lo oyes, amigo? No somos los únicos que lo han visto todo —se alegró el dueño de la tienda—. Pronto llegará la policía y podrán sacarnos de aquí. Todo saldrá bien, ya lo verás.

Borja le miró con cierto cansancio, casi como escamado ante lo que estaba oyendo. Lo que le faltaba ahora era que aquel asustadizo hombrecito pretendiera transmitirle calma y seguridad.

—Lo más seguro es que hayan llamado como dices a la policía —respondió de inmediato, reflejando en su mirada una impaciencia que casi rayaba en locura—. Pero te aseguro que no voy a quedarme aquí de brazos cruzados mientras algo tan espantoso inunda las calles. Tengo que regresar cuanto antes a mi casa, pues mi novia está allí completamente sola.

El pánico volvió a decolorar el rostro de su interlocutor. Casi de forma instintiva se colocó ante la puerta de salida, obstaculizando el avance de quien le hablaba.

—No intentes interponerte en mi camino, por favor. No quisiera hacerte daño. — Por primera vez desde que entrará allí, en el rostro del joven se dibujó un gesto de ira —. Entrégame la llave. Tan sólo quiero salir, tú puedes quedarte si lo deseas.

—No lo hagas, te atacarán. Tu novia está en casa y seguro que no pueden hacerle daño —replicó el otro, mientras las piernas le temblaban de forma humillante.

—Déjame salir, no te lo volveré a repetir más veces —Borja hizo un gesto despreciativo—. No te preocupes, hombre, saldré tan rápido que te dará tiempo a cerrar la puerta antes de que nada o nadie pueda entrar luego. No van a terminar con tu valiosísima vida. Además, ya has visto que se han ido y que hay más personas que lo han visto todo. Pronto se acercarán al lugar con intención de saciar su morbosa curiosidad.

—Pero... pero, puedes llamarla. ¿No llevas un móvil encima? —insistió el dependiente.

—No seas estúpido. Si así fuera, ya lo habría usado para llamar antes a la policía —masculló Borja, cada vez más malhumorado.

—Sin embargo... sin embargo, yo sí llevo uno encima —contestó el otro, agachando el rostro con intención de ocultar un ardiente rubor, fruto de la vergüenza. Al ver los ojos con que le miraba Borja, cuyas retinas destilaban puro odio y desconcierto, se apresuró a aclarar tan misterioso asunto—. Verás, pensé... pensé que no era conveniente usarlo, puesto que yo... puesto que en mi tienda tengo ciertas sustancias que vendo a algunas personas, y no quisiera ver a un montón de policías aquí metidos, husmeándolo todo...

—¡Dame de una vez ese jodido teléfono móvil y guárdate tus sucias explicaciones para ti! —rugió el joven, acercándose a él con aire amenazador. Su paciencia se había agotado ya casi por completo y su metro ochenta y dos intimidó sobremanera al escuálido personaje, quien permanecía arrinconado contra la puerta.

Cada segundo transcurrido en aquellos momentos a Borja se le antojaba como una verdadera eternidad. Su impaciencia crecía y pronto colapsaría su mente, haciendo que perdiera los estribos por completo. El otro hurgaba en su bolsillo derecho con una lentitud desquiciante para el joven. Al menos, pensó Borja, la orina no había mojado esa parte de sus pantalones.

Antes de que el vendedor pudiera decir nada, arrebató el artilugio de sus temblorosas manos cuando este se disponía a entregárselo. Marcó los nueve dígitos del número, haciendo surcar su dedo sobre las teclas de una forma asombrosamente rápida. Al momento se oyeron los familiares pitidos que indicaban que se había establecido la comunicación y que ya debía estar sonando su llamada a unos escasos metros de allí, en el teléfono de su novia.

El sonido de los pitidos se alargó varios segundos. El corazón de Borja palpitaba ya un ritmo demencial y el joven percibió el violento latido en sus sienes. Tragó saliva con dificultad, notando reseca su garganta, y un sudor frío perló su frente de forma repentina.

—¿No te lo coge? —preguntó el otro con un nudo en el estómago. Se temía una reacción brusca por parte de su compañero. Sin embargo, aún tenía mucho más miedo a lo que allí afuera vagabundeaba con total libertad. La muerte campaba a sus anchas aquella templada noche de abril. Se arrastraba sigilosa por las calles solitarias, al acecho siempre, a la espera de que algún incauto osara salir del refugio que le ofrecían las paredes de su hogar.

Borja no contestó a su pregunta. Pero los movimientos espasmódicos de su pierna derecha, junto con el repentino tic que se había apoderado de su mano libre, delataban el creciente estado de nerviosismo del que era víctima.

—¡Maldita sea! —masculló al fin—. No me lo ha cogido. No coge mi llamada —se lamentó Borja, mirando con expresión de locura hacia la puerta—. Por última vez, déjame salir de aquí o te llevo por delante.

El otro tuvo la certeza de que no se estaba tirando ningún farol. Aun así, el miedo seguía paralizando sus miembros y tuvo que hacer acopio de todo el valor que pudiera restarle. Extrajo al fin la llave de su bolsillo trasero, aunque nuevamente de forma lenta y dubitativa.

—Está bien, está bien. Aquí tienes la llave. De todas formas, tal vez no lo haya cogido simplemente porque no reconoce mi número.

Borja no quiso escucharle, y sin mirar a su interlocutor cogió la llave que este le tendía, apartándole luego de un brusco empujón. Mientas intentaba acertar con la llave en la cerradura, pudo oír cómo el otro revolvía algunas cosas junto al mostrador del local, apenas unos metros más atrás. Sin embargo, no le dio importancia a lo que pudiera estar haciendo el hombre. La llave se resistía a encontrar el ojo de la cerradura y la estancia aún estaba a oscuras. Algo iba mal allí. Aquella llave no era la adecuada.

—¡Maldito embustero de mierda! —exclamó enfurecido mientras miraba la llave que el otro le había dado. Sin embargo, antes de que pudiera darse la vuelta, notó el frío y punzante contacto de un cuchillo penetrando de forma letal por su espalda, a la altura del corazón. Varias puñaladas más perforaron su cuerpo en cuestión de segundos. La sangre manó de las heridas, goteando sobre el suelo a un ritmo demencial, mientras el dependiente continuaba su ataque de una forma mecánica, dominado por el terror.

—Siento haber tenido que hacerlo, amigo mío —musitó entre jadeos mientras el otro se desplomaba sobre el suelo, con los ojos abiertos como platos, en tanto que su vida se le escapaba con abrumadora rapidez. Borja quiso decir algo antes de morir,

pero su voz se ahogó por completo entre estertores y la sangre manó también por las comisuras de sus labios.

Ahora el tipo de la tienda se sentía nuevamente protegido, puesto que la puerta permanecía sellada a cal y canto. Sin embargo, su alivio fue verdaderamente efímero, pues al momento escuchó el sonido de las sirenas allí afuera. Las luces azuladas barrían de forma intermitente la calle, penetrando a través de la ventana, y al fin se dio cuenta de lo que acababa de hacer y de las terribles consecuencias que ello le acarrearía.

Miró con horror el cuchillo ensangrentado que aún sostenía en su mano derecha, arrojándolo al suelo de inmediato, como si de un hierro candente que abrasaba su piel se tratase. Al asomarse con cauteloso recelo una vez más a su ventana, vio a dos agentes examinando con asqueadas muecas los restos mortales que aún yacían sobre el asfalto.

—Intenta calmarte, Chani. No te pongas nervioso, tienes que pensar algo cuantos antes —se dijo a sí mismo, llamándose por el mote que otros le habían puesto hace años—. Puedes decir que era un tipo que entró a robar en tu tienda y que tú le sorprendiste al volver a por algo que se te había olvidado dentro —comenzó a barajar con expresión pensativa—. Sí, resulta creíble, salvo por el hecho de que la puerta aún permanece cerrada a cal y canto, y no tengo la menor intención de abrirla hasta que salga el sol. Sin embargo, nada de lo ocurrido apunta directamente a mi tienda, y los policías de seguro seguirán hoy la pista de esas cosas que han huido en otra dirección —murmuró luego, esbozando una sonrisa maliciosa, en cuclillas, apoyando la espalda sobre la pared donde estaba la ventana.

El cadáver de Borja parecía observarle a su izquierda, desplomado junto a la puerta y con la barbilla apoyada en un lánguido gesto sobre su pecho.

—Tan sólo tengo que permanecer en completo silencio. Sí, eso es, en completo silencio hasta el amanecer. Entonces acudiré a la policía, denunciando los hechos y mostrando mi espanto por lo sucedido. De este modo tendré tiempo también de deshacerme de la cocaína que guardo aquí dentro. Hasta el amanecer, sí. Seré libre al fin, y esas cosas no podrán hacerme daño jamás. Me marcharé de aquí, buscaré un hogar a la altura de mis expectativas, haciendo uso al fin del dinero ahorrado durante tantos años. Ya es hora de que me tome un respiro, sí señor, un agradable y largo respiro.

Mientras formulaba aquellas palabras entre sibilantes susurros, cerró un momento los ojos para poder recrearse en sus propias fantasías. Se deleitaba con la idea de que al final había sido más listo que aquel otro insensato. El cementerio estaba repleto de valientes. Sin embargo, sólo las personas taimadas como él lograban medrar en aquel mundo tan cruel y despiadado.

Pero sus febriles cábalas fueron bruscamente interrumpidas por el zumbido de su propio móvil. La pantalla se iluminó de inmediato, delatando su posición junto al cadáver de Borja. Se dio cuenta entonces de que el artefacto había caído justo al lado del joven, y ahora su sonido parecía quebrar de forma estruendosa el silencio de la noche.

—¡Maldita sea! Si los agentes escuchan ese puto sonido, no tardarán en localizarme —masculló malhumorado, a la par que se lanzaba como un resorte a través del suelo y sin levantarse para alcanzar el aparato. Con un ágil movimiento puso fin a la llamada, apretando el botón de apagado. Se dio cuenta de que el número que la pantalla mostraba era el mismo que Borja había marcado segundos antes, pues así lo atestiguaban sus registros—. Después de todo, parece que la chica estaba bien. Lo ves, idiota. Si me hubieras hecho caso ahora seguirías con vida y al resguardo de estas paredes, con tu novia también a salvo en su casa —se burló luego, arrugando la nariz en un gesto despreciativo.

Guardó silencio durante unos segundos, intentando adivinar si los policías habían oído el sonido del móvil. Parecía no ser así, puesto que sus voces aún llegaban desde lejos, entremezcladas con el crujido de su radio, desde donde una voz confusa intercambiaba constantemente instrucciones con ellos.

—Parece que todo sigue bajo control —se dijo al momento, apagando el teléfono por completo, evitando así futuras eventualidades por su causa.

Fue entonces cuando algo extraño llamó su atención. Al estar tan cerca de su víctima, comprobó estupefacto una fea marca que esta exhibía por encima de su muñeca derecha. Era una especie de rasguño profundo, cuyas hendiduras habían adquirido un tono negruzco. Era como un enorme zarpazo que se hubiera gangrenado. También notó al instante el insostenible hedor que desprendía la herida, arrugando su rostro en una expresión de desagrado.

—Joder, amigo. Parece que tu perseguidor pudo obsequiar tu atención para con él con ese afectuoso gesto. Menuda palmadita te dio. Lo raro es que no te quejaras en ningún momento de ello.

Mirando mejor aquella huella que se hundía en la carne del joven, pudo advertir cómo la herida seguía creciendo por momentos, adquiriendo un aspecto más horrendo a cada segundo.

—¿Qué diablos...? —se preguntó el hombre, con el rostro demudado por el pánico que volvía a hacer mella en sus entrañas.

Apenas tuvo tiempo de reaccionar. Apenas se pudo dar cuenta de cómo el tórax del joven se henchía una vez más con un aliento de vida, o quizás de algo tétricamente similar a la vida. Los ojos del cadáver adquirieron un destello animado, rezumando ira, rabia en estado puro, y clavándose sobre él como dos punzantes cuchillos. Apenas pudo su mente percatarse de un detalle macabro que le heló la

sangre en las venas. Sin darse cuenta de ello, se había encerrado a sí mismo en aquella tumba con la misma muerte rastrera de la que intentaba protegerse. Había sellado su propio destino al confinarse en ese pequeño reducto, en su reducido paraíso de cobardía.

Los agentes tan sólo escucharon un ahogado lamento desde allí afuera, donde nada parecía amenazar ya esa noche a los viandantes que por allí pasaran, si no era, claro está, aquella dantesca visión que aún yacía silenciosa sobre el asfalto.

A varios metros de allí, sobre la cumbre de la barriada más alta del pueblo, unas oscuras sombras se recortaban contra la luz de la luna llena. Eran siluetas humanas que avanzaban con lentitud y torpeza, trastabillando de forma constante entre las crecidas plantas de un viejo jardín, ya marchito por los largos años de abandono. Unas gruesas y sinuosas zarzas se hacían paso entre el resto de plantas. La nudosa corteza de aquellos tentáculos presentaba numerosos espinos sobre su superficie.

Las sombras alzaron unos miembros humanos sobre la tierra infestada de aquel grotesco vestigio de jardín, arrancando carne a dentelladas de ellos. Luego escupieron la sangre sobre el suelo que pisaban, y por último, arrojaron aquellos miembros amputados sobre las plantas. Era el culmen de tan aberrante ceremonia.

HORROR EN LA CASA DE CAMPO

Jorge permanecía sentando sobre la dura superficie de aquella tierra, apoyando la espalda contra el tronco de un viejo roble. Las raíces del árbol se incrustaban en su trasero de forma incómoda y la temperatura había descendido considerablemente al caer la noche. En primavera aún podía hacer bastante frío en aquellos parajes cuando oscurecía. Pero aunque el hombre estaba en mangas de camisa y tan sólo un fino chaleco reforzaba esa vestimenta, el dolor que afligía su alma era tan intenso que casi agradecía que aquella pequeña tortura mucho más terrenal le impidiera pensar con demasiada nitidez.

Hacía más de media hora que los gritos habían cesado allí afuera, tras la línea que separaba el bosque de la pradera. Nadie le había seguido hasta el lugar cuando horas antes huyera cobardemente de los infectados. Se dijo a sí mismo que su vida ya no tenía ningún sentido y que más le valdría haberse quedado con sus seres queridos, defendiendo hasta la muerte a cuantos hubiera podido.

Y entonces sintió aquel gimoteo elevándose sobre la atmósfera opresiva del lugar. Reconoció sobrecogido el llanto de una niña reverberando entre las paredes montañosas, aunque un tanto amortiguado por las mismas.

—¡Dios mío, Noelia! —exclamó sobresaltado, abriendo sus ojos humedecidos por las lágrimas—. ¿Cómo he podido dejar solos a los niños? —se preguntó, horrorizado ante sus miserables actos de aquella tarde. Le pareció imposible de asimilar el que su instinto le obligara antes a huir cuando ahora desearía entregarse a los brazos de la muerte, pues tan sólo ella podría quizás mitigar el dolor que le afligía.

No tardó en levantarse de allí para salir corriendo del bosque. Pronto sus zapatos pisaban la hierba de la explanada mientras avanzaba con nerviosismo hacia los árboles donde había dejado horas atrás a los tres niños. La luna llena iluminaba la zona, delatando más de una docena de bultos informes esparcidos por el terreno. No sabía dónde podían haberse metido los infectados y pensó que, después de todo, tal vez se hubieran marchado a otra parte. Cuando pasó junto a los primeros restos, sorteándolos con el corazón sobrecogido, se dio cuenta de que eran apenas trozos desmembrados de forma brutal. Se habían llevado gran parte de los cuerpos o bien los habían devorado. Aquel era un espectáculo dantesco.

Las achaparradas casas del diminuto pueblo que había al otro lado del río eran iluminadas por la luz amarillenta de las farolas. Allí no parecía haber una sola alma. Tampoco se veía a nadie merodeando por la carretera que había un poco más arriba. De todas formas, el corazón de Jorge latía desbocado por el miedo.

Pronto escuchó otra vez los lamentos de la niña. Aún seguía encaramada en la gruesa rama de aquel árbol, con los pies colgando y completamente exhausta y angustiada. Se acercó a ella lentamente, pues sabía que se asustaría más cuando le viera.

—No temas, Noelia. Soy yo, tu primo Jorge —la tranquilizó al momento, intentando que su voz no sonara demasiado temblorosa. Tenía que inspirarle confianza a la niña fuera como fuese.

—Jorge, ¿eres tú? —quiso cerciorarse la niña con apenas un tímido hilo de voz.

—Así es, chiquilla. No temas, he venido para sacarte de aquí. —Las lágrimas brotaron nuevamente en los ojos del muchacho, pero no quería que su voz se quebrara por completo—. Te llevaré conmigo a un lugar seguro.

—Mamá está muerta —dijo la niña mostrando una asombrosa entereza que sobrecogió al joven—. Quiero que me lleves con mi papá, Jorge. Todos aquí están muertos; esos señores locos los mataron y luego les volvieron también locos a algunos de ellos.

—No temas, Noelia. Yo no estoy loco y te voy a llevar de vuelta a casa para que puedas estar a salvo por fin con tu papá.

El joven decía aquello con toda su alma puesta en cada una de las palabras. Mientras tuviera a alguien por quién luchar, mantendría alejados todos aquellos tormentos que asolaban su mente. Justo entonces sintió algo deslizándose a sus espaldas. Se dio la vuelta asustado, poniendo en alerta todos sus sentidos. Luego el silencio volvió a reinar durante varios segundos.

—No tengas miedo, Jorge —le indicó la niña—. Es nuestro primo Lorenzo. Él y su hermano se bajaron del árbol en el que los subió su mamá antes de morir.

El joven intentó aguzar su vista en medio de la oscuridad. Sin embargo, seguía sin distinguir más que vagas formas sobre el suelo. Entonces otro ruido le hizo mirar hacia su izquierda y allí surgieron unos pequeños ojos, reflejando la débil luz de la luna y las farolas de más allá.

—¿Lorenzo? —consiguió preguntar al fin, haciendo pasar las palabras con dificultad a través de su encogida garganta. No obtuvo respuesta alguna.

Acercándose un poco más hasta donde estaba el niño, se dio cuenta de que este intentaba arrastrar infructuosamente los restos de un cuerpo sobre la hierba. Unos gruñidos de frustración surgieron de su garganta, produciendo un sonido muy distinto al de un pequeño ser humano.

—¡Cielo santo, tú también! —conjeturó desesperado Jorge. Estaba claro que el niño había sido contagiado por aquella maldita peste. Pero lo cierto es que no hizo el menor amago por atacarle, pues seguía dedicando sus esfuerzos por entero en tratar de mover los restos de aquel cadáver.

Minutos después, Jorge recorría los accidentados caminos que descendían abruptamente hacia el valle y de forma paralela a la carretera. Portaba a la cansada niña a sus espaldas, y de vez en cuando tenía que detenerse un rato para cerciorarse de que seguía avanzando sobre las piedras de la senda y así de paso tomar un poco de aliento.

Había preferido no ir por la carretera, puesto que la luz de las farolas que había de cuando en cuando les habría delatado fácilmente ante la posible presencia de alguno de los infectados.

Noelia bostezaba de sueño, pero se resistía a caer dormida, pues el miedo aún impedía que sus párpados se cerraran con despreocupación.

—¿Falta mucho para llegar al pueblo, Jorge? —preguntó por enésima vez desde que salieran de la explanada—. Tengo ganas de ver a más personas normales.

—Pronto llegaremos, cielo. Pero intenta no hacer más ruido, por favor. —El joven hacía denodados esfuerzos por mantener la calma. Pero la oscuridad jugaba en su mente malas pasadas y la voz de la niña se le antojaba como un alboroto ensordecedor que rompía aquel denso silencio.

Al poco llegaron a la altura de una cuadra, cuyas paredes surgieron tras una curva con aire fantasmal. Parecía abandonada, y los huecos de las ventanas que se abrían entre las piedras frías semejaban ojos que les observaran. Jorge sopesó la idea de resguardarse en su interior, quizás hasta que volviera a amanecer. Estaba cansado y apenas se creyó con fuerzas para avanzar unos metros más.

Al final decidió penetrar dentro de la ruinoso edificación. Para ello tuvo que sortear unos arbustos crecidos que se acumulaban ante la entrada. Una vez en el interior, dejó a la niña sobre el suelo terroso, quien ya casi se había abandonado a un pesado sopor. Aseguró la entrada cerrando la podrida hoja de madera que hacía las veces de puerta. Luego se apostó junto a la ventana que daba al camino, siempre procurando tener un ojo puesto sobre la niña que yacía acurrucada en una esquina.

—¿Vamos a dormir aquí dentro, Jorge? —le preguntó ella con apenas un susurro.

—Así es, cariño. Estoy muy cansado, y hay tanta oscuridad que me cuesta ver por dónde vamos —le explicó bajando la voz tanto como le fue posible—. Intenta conciliar el sueño, que yo permaneceré despierto hasta que salga el sol. No dejaré que te pase nada, pero tienes que intentar hablar lo menos posible.

Unos minutos más tarde, algo hizo que se espabilara en su improvisado puesto de vigilancia. Aunque había asegurado a la niña que no se quedaría dormido, había

estado a punto de hacerlo. Miró a su pequeña compañera, comprobando cómo ella sí había caído vencida por el sueño.

Volvió a dirigir su atención hacia el camino que pasaba por delante del edificio. ¿Había algo interrumpido su incipiente sueño desde allí afuera, o simplemente su cerebro le había jugado una mala pasada? Al momento supo cuál era la respuesta a esa pregunta.

Una respiración agitada, proveniente de algún lugar del camino, hizo que su corazón se acelerara de golpe. Se agazapó cuanto pudo bajo el hueco de la ventana. Alguien estaba atravesando la senda en esos momentos. Sintió sus pasos acercándose de forma errática. Cruzó los dedos, conteniendo el aliento para que el intruso no pudiera oírle respirar. Tenía ganas de llorar, de estar lejos de aquel lugar con su pequeña prima a salvo de toda aquella locura. Sin embargo, la realidad era muy distinta en esos momentos.

El sonido de las pisadas y la respiración jadeante se alejó en dirección al valle, y por fin Jorge se atrevió a mirar de forma disimulada hacia afuera. Las retorcidas ramas de los árboles se recortaban contra el fulgor plateado de la luna llena. Una sombra siniestra descendía metros más abajo, zigzagueando sobre las piedras del camino. Era una figura diminuta y portaba en sus manos trozos de algo informe que luego se deshacía en varias cintas que se arrastraban por el suelo. Jorge adivinó al momento que se trataba del pequeño Lorenzo, o al menos de su cuerpo poseído por alguna extraña afección, que ahora caminaba en dirección al valle llevando unos trozos de carne humana en sus manos.

Lo siguiente que recuerda Jorge es el sonido de la putrefacta puerta de madera siendo empujada por alguien desde afuera. Se había dormido finalmente bajo la ventana y aquel sonido le despertó bruscamente. El sol hacía ya algún tiempo que había asomado tras los picos y sus rayos se colaban dentro de la estancia, iluminando aquello que en la noche era imposible de ver. El joven se arrastró de espaldas y sin dejar de mirar hacia la entrada hasta colocarse junto a la niña que aún dormía profundamente. No tenía nada con qué defenderse, pero protegería a su prima con uñas y dientes si era necesario. Después de todo, eran justamente aquellas las armas que utilizaban las víctimas de aquella plaga maldita.

Sin embargo, la figura que apareció recortándose contra la luz del sol en aquel umbral no mostraba signos de estar contagiada. Permaneció erguida en la entrada, escudriñándoles muy atentamente mientras les encañonaba con una enorme escopeta de cartuchos.

Cuando el recién llegado hubo avanzado unos pasos para contemplar más de cerca a quienes tenía frente a sí, Jorge se dio cuenta de que se trataba de un varón de

unos cincuenta años. Vestía pantalones militares, botas de montaña, chaleco de color caqui y un gorro de lana del mismo color. No parecía muy alto ni fuerte, pero en su rostro, decorado con un bigote bien arreglado, se leía confianza y determinación.

—¿Estáis limpios? —quiso cerciorarse el hombre, tras darse cuenta de que el joven y la niña no daban muestras de padecer aquella extraña enfermedad.

—Así es. Necesitamos ayuda. Estamos confusos, cansados y sin saber muy bien qué hacer —respondió Jorge mientras se protegía con la mano de la luz del sol, que ahora penetraba por la puerta a raudales.

—Podéis acompañarme hasta Villa Nova si queréis —concluyó el hombre, pero sin mostrar ningún entusiasmo en sus palabras—. Pero no quiero tonterías por vuestra parte, y más te vale que procures que la niña no haga demasiado ruido.

Noelia se acababa de despertar y les miraba con los ojos muy abiertos, como sorprendida por la repentina visión del recién llegado.

—¿Es un hombre normal, Jorge? —se atrevió a preguntar al fin, debatiéndose su mente entre el llanto y la esperanza.

—Es un hombre normal que nos ayudará a encontrar a otras personas buenas, cielo —la tranquilizó el joven al momento—. Pero tienes que prometernos que te portarás bien y no harás mucho ruido mientras descendamos por el camino.

—Pero tengo hambre, Jorge. ¿No vamos a comer nada antes de marcharnos? —se quejó la niña, un tanto desilusionada y abatida por el cansancio.

Jorge se disponía a decirle que no tenían nada para comer, completamente compungido por el hecho de no poder satisfacer unas necesidades tan básicas de un ser tan pequeño y querido por él. Sin embargo, el otro extrajo un par de barritas de *muesli* de uno de los bolsillos de su chaleco y se las arrojó sin mediar palabra.

—La verdad es que no he tenido tiempo de coger gran cosa —explicó luego—. Me he pasado toda la noche vigilando desde la ventana de mi casa de campo. Está muy cerca de aquí, al otro lado de la carretera. A eso de las once de la noche empecé a oír los primeros gruñidos. Cuando me asomé, pude contemplar estupefacto cómo la práctica totalidad de la gente que vive por aquí cerca era víctima de esa extraña enfermedad. Se atacaban unos a otros a base de mordiscos y arañazos. Al principio pensé que se trataba de algún tipo de pelea familiar o algo así que se les había ido de las manos. Luego empecé a darme cuenta de que la cosa iba mucho más allá. Aquella gente estaba poseída por algún tipo de rabia desconocida. Cogí rápidamente mi escopeta de caza y me aposté bajo la ventana. Allí permanecí, como digo, toda la noche. No estaba seguro de salir hasta que despuntara el sol, aunque pude comprobar cómo los infectados se marchaban ya de madrugada. Iban en dirección al pueblo y se llevaban trozos de sus víctimas a cuestas.

Jorge se puso en pie, escuchando atentamente lo que le decía el hombre. Cada vez estaba más confuso y asustado.

—Pero, si todos esos infectados parecen dirigirse al pueblo, ¿no sería más seguro huir en dirección contraria, hacia las montañas? —preguntó entonces, ofuscado.

—La verdad es que yo no huyo, amigo mío. Necesito saber cuanto antes qué es lo que está pasando aquí. Tal vez se trate de una plaga que esté haciendo verdaderos estragos entre las gentes del lugar, pero cabe también la posibilidad, y así espero que sea, de que en el pueblo hayan podido contener esta extraña epidemia. De todas formas, iremos siempre por caminos aleja dos de la carretera, y como puedes ver, voy bien armado. No os obligo a venir conmigo sino que os lo permito, que es algo muy distinto. Y que quede claro que no me hago responsable de lo que os pueda suceder —puntualizó con gesto muy serio.

Jorge sopesó durante unos segundos las alternativas que tenían. Sin embargo, cansado y hambriento como estaba, y con la pobre niña a cuestas, sería una locura huir hacia la cima de las montañas. Y por si fuera poco, la ropa que llevaban no era precisamente la más adecuada para semejante cometido. También estaba el hecho de que sentía la misma necesidad que su interlocutor de conocer cuanto antes el estado de la situación allá abajo, en Villa Nova.

Caminar nuevamente bajo la luz del día le devolvió a Jorge un poco la confianza. Hacía bastante calor, pero el camino discurría en muchas partes bajo la agradable sombra de los árboles que lo flanqueaban. No tardaron en oír el sonido de las aguas del río, cuyo cauce volvía a cruzarse con la senda que seguían. En aquellos momentos descendían una abrupta pendiente, y allí el terreno que pisaban estaba reforzado con grandes adoquines. Metros más abajo se podía ver ya, tras una pronunciada curva, el puente rudimentario que atravesaba las aguas. Jorge no podía evitar sentir que el peligro acechaba tras cada recodo, agazapado quizás al cobijo de los matojos que bordeaban la senda u oculto tras los árboles de las zonas boscosas. Avanzaba con nerviosismo detrás del hombre de la escopeta, aferrando la mano de su prima, quien apretaba la suya con notable intranquilidad.

Jorge se preguntaba qué iba a ser de ellos cuando por fin encontraran mundo civilizado, si es que así lo hacían, claro. Aún no habían tenido tiempo de llorar a sus propios muertos. Por el momento, el pánico y el instinto de supervivencia les mantenían un tanto apartados de esa realidad. Sin embargo, si lograban salir de aquella ilesos, de seguro necesitarían ayuda psicológica.

—¿Cómo es que decidiste mirar justamente allí dentro, donde nosotros estábamos escondidos? —se interesó entonces, más por romper un poco el incómodo silencio que por pura curiosidad. Eso sí, cada vez que hablaba, procuraba hacerlo en el tono de voz más bajo posible.

—Esa cuadra era antes de mi padre —comenzó a explicar el hombre sin ni siquiera mirar hacia ellos, pues seguía avanzando atento a lo que pudiera surgir por delante—.

Cuando decidí seguir la ruta de los caminos de este lado sabía que iba a pasar junto a ella. No sé, supongo que algún ruido delató vuestra presencia al cruzar por ese lugar. A decir verdad, fue todo fruto más bien de la pura casualidad.

—De todas formas —puntualizó Jorge—, lo cierto es que me alegro de que así fuera. Tengo que admitir que me aporta un poco de seguridad caminar con otro adulto al lado. Por cierto, yo me llamo Jorge —se presentó luego el joven, dándose cuenta entonces de que ni siquiera lo habían hecho antes, pues todo era tan extraño que la normalidad había sido completamente alterada junto con sus circunstancias más cotidianas.

Fue justo en el mismo momento en que el hombre iba a hablar cuando un alboroto se levantó de forma inconfundible a su izquierda. Alguien descendía corriendo por entre la maleza de ese lado. Jorge se posicionó frente a su prima con instinto protector, en tanto que su compañero encañonaba hacia aquel lugar con mirada torva. No había tiempo de esconderse. Quien quiera que se aproximara por aquel lugar los encontraría en pleno camino.

Jorge se dio cuenta de que su prima se ponía cada vez más nerviosa, así que optó por resguardar a la niña frente a él, tapándole suavemente la boca con la mano. Cruzó los dedos para que no empezara a gritar presa del terror.

La tensión crecía en el ambiente. Los sonidos se escuchaban con mayor claridad a cada segundo y el corazón de los tres se aceleraba al mismo ritmo. Sin embargo, algo hizo que respiraran con cierto alivio, al llegar esos ruidos entremezclados ahora con las voces de unos jóvenes. Aquellos que se acercaban no parecían estar infectados por la extraña enfermedad.

—¿Quién vive? —se aventuró a preguntar al fin el hombre de la escopeta.

—Hay alguien allí abajo, en el camino —escucharon decir entonces—. Tiene que ser alguien sano, los locos esos no hablan mucho precisamente.

Al poco vieron surgir a tres jóvenes de entre la maleza para luego saltar sobre el camino. Sus ropas presentaban un aspecto un tanto deteriorado y sucio, pues al parecer habían estado deambulando por las zonas más intransitables de los bosques. Uno de ellos iba armado con un bate de béisbol y llevaba una gorra con la visera hacia atrás sobre la cabeza. El que parecía un poco mayor portaba unas pesadas cadenas en su mano, y el otro, un simple garrote de madera.

—¿Enrique? —preguntó el hombre de la escopeta, dirigiéndose al joven que llevaba las cadenas. Aún seguía apuntando hacia el lugar por donde habían aparecido los muchachos—. No te acerques todavía. Primero necesito saber si estáis todos limpios.

—Eh, tranquilízate, Leo —replicó el joven, alzando las manos con gesto amistoso, aunque sin soltar en ningún momento la improvisada arma que llevaba—. No te alteres, que llevamos toda la jodida mañana vagando como locos por el bosque.

Claro que estamos limpios. ¿Te parece acaso que alguno de nosotros tiene intención de arrancarte la yugular a mordiscos?

Verdaderamente, los tres jóvenes no mostraban signo alguno de estar contagiados. Al margen de que sus ropas estuvieran sucias y un poco deterioradas, presentaban un aspecto saludable.

—A mí nada me parece ni me deja de parecer ya —espetó Leo, bajando lentamente el cañón de su escopeta—. Aquí están pasando cosas muy extrañas, y no estoy dispuesto a arriesgar mi vida estúpidamente.

—Pues entonces más te vale que nos sigas cuanto antes —aseguró el tal Enrique—. Un poco más arriba de donde estamos ahora hay un pequeño grupo de personajillos que estarían encantados de saborear tus intestinos. Si queréis poneros a salvo de ellos, más os vale a ti y a los otros dos que nos sigáis.

Justo cuando dijo aquello, la niña comenzó a gimotear al fin, no pudiendo contener ya más su nerviosismo.

—No, por favor, Noelia. No tengas miedo. Estos muchachos nos van a llevar hasta un lugar seguro. Esos hombres malos están muy lejos y no pueden atraparnos —dijo Jorge.

—Vayámonos de aquí cuanto antes —concluyó Leo, mirando a los otros con gesto imperativo—. Llevadnos ahora mismo hasta ese lugar que habéis dicho. Tú, Jorge, procura que la niña no delate nuestra posición... aunque creo que bastante escándalo montamos ya nosotros.

Pocos minutos después, los seis se encontraban al resguardo de las paredes de una casa, al otro lado del río. El edificio estaba ubicado cerca de la carretera y desde sus ventanas se dominaba una buena vista. Al estar posicionado sobre un lugar elevado, muchos de los caminos que cruzaban por esa vertiente, y por la opuesta a donde estaban, se podían ver perfectamente desde allí. Ahora se encontraban en el piso de arriba, que era el de las habitaciones. Abajo estaban la cocina amplia, un baño y una habitación donde sólo había un montón de inodoros sobre el suelo.

—Yo soy Enrique —se presentó a Jorge el muchacho que antes iba armado con las cadenas—. Estos son mis amigos, Diego y Mario.

El otro asintió, observando a los dos chicos, quienes no parecían muy habladores. El primero era el que portaba una gorra y el segundo, el que llevaba el garrote de madera.

—Yo me llamo Jorge. En realidad, no vivo aquí, aunque quizás conozcáis a mi padre, quien sí se crio en el lugar. Bueno, él ahora... ahora está...

—Está muerto, sí. Dilo sin miedo —concluyó Leo por él—. Todos hemos perdido seguramente a muchos de nuestros familiares y amigos en el transcurso de esta maldita noche. Cuanto primero comencemos a hacernos a la idea, primero podremos

superarlo. Además, ahora lo que importa es que nosotros seamos capaces de sobrevivir a esa jodida plaga que infesta nuestro pueblo.

Afortunadamente, la niña ahora estaba en otra habitación contigua y tal vez no hubiera oído tan duros comentarios. Era atendida por una joven que estaba también dentro de la casa, pues cuando llegaron, ella y otro chico más fueron quienes abrieron la puerta a los recién llegados.

—Siento ser tan duro —se disculpó luego Leo, en un tono un poco más calmado—. Es que, verás, antes no quise decir nada porque la niña estaba delante, pero yo he tenido que ver con mis propios ojos cómo esas malditas cosas del diablo atacaban a mi anciana madre, cuando esta había salido un momento a recoger la ropa que tenía tendida fuera. Dios santo, cada vez que recuerdo cómo la mataron sin ningún tipo de... sin ningún rasgo de humanidad. Aquello ya no eran personas, eran bestias sedientas de sangre. —Luego miró nuevamente a Jorge, con los ojos un poco humedecidos por las lágrimas que trataba de contener—. ¿Quién dices que era tu padre, amigo mío?

—Él era Agustín Arrieta Núñez, y su mujer, Begoña Fernández Quesada. Y mi prometida... mi pobre Claudia... —Al formular aquellas palabras, al dejar al fin escapar entre sus labios los nombres de sus seres queridos, algo hizo que el precario dique que hasta entonces había contenido sus emociones desbordara por completo hasta reventar, dando paso a un torrente de lágrimas—. Dios mío, Dios mío, pero ¿qué es lo que está pasando aquí? ¿Por qué toda esta locura?

El joven se derrumbó por completo, dejándose caer sobre el colchón de la cama que tenía detrás. Sin embargo, a pesar de ello, sentía también al mismo tiempo un cierto alivio, pues al fin podía llorar a sus muertos. En aquellos momentos agradeció la compañía de aquel otro hombre, quien al verle tan abatido, se sentó junto a él para mostrarle su apoyo. Mientras tanto, los otros tres chicos observaban la escena sin saber muy bien qué hacer, aún de pie junto a la entrada de la habitación.

Una vez desahogados, los allí reunidos intentaron hacer balance de la situación. En el edificio había un total de ocho personas. Estaban Jorge y su prima, Leo, los tres jóvenes que se habían encontrado en el camino, y una pareja más, que era la que les había recibido al llegar a la casa. Todos, menos la niña y la joven que ahora cuidaba de ella, bajaron a la amplia cocina, sentándose en torno a la mesa que había en medio. Jorge se dio cuenta de inmediato de que aquella era una casa bastante vieja. No disponía de ningún tipo de calefacción y aún estaba provista de una antigua cocina de carbón. Las ventanas estaban tapiadas con planchas de madera, que al parecer los chicos habían extraído de varios armarios y de algunas de las puertas del interior que habían desencajado de sus umbrales. La gruesa hoja de madera que protegía la entrada principal era de por sí una excelente barrera protectora.

—Nosotros llegamos aquí ayer por la mañana. Teníamos intención de pasar el fin de semana en esta vieja casa, que pertenece a mi padre, para salir un poco de nuestra rutina en la ciudad —comenzó a explicar Enrique, mientras los otros escuchaban atentos—. Al igual que a vosotros, la situación nos cogió desprevenidos. Estábamos un poco borrachos ya por entonces y hacíamos el tonto ahí afuera, en el pequeño terreno que hay ante la acera de la casa. Al principio pensamos que los individuos que se acercaban tambaleantes eran personas también borrachas o drogadas. Sin embargo, se trataba de ancianos en su mayoría y no supimos qué podía estar pasando. Dos de ellos comenzaron a correr por la carretera como si estuvieran rabiosos y penetraron en el césped donde estábamos. Atacaron ferozmente a algunos de nosotros, pero el resto les ayudamos enseguida.

Al oír eso último, Leo se revolvió nervioso sobre su silla, mirando con preocupación a Jorge.

—¿Dices que atacaron a algunos de vosotros? —preguntó al momento—. Chico, yo he visto con mis propios ojos cómo esa locura se contagia a base de mordiscos y arañazos. Si alguno de vosotros ha resultado herido, será mejor que el resto lo sepamos cuanto antes.

Ante la pregunta Enrique agachó la cabeza, guardando silencio como si escondiera algo. Justo entonces, y como si para responder a la pregunta de Leo fuera, unos potentes golpes surgieron de algún lugar de la casa, entremezclados con los gruñidos de una persona fuera de sí.

—Es mi hermano. Parece que se ha vuelto a despertar —aclaró al fin uno de los jóvenes con mirada desafiante y ojos lacrimosos. Se trataba del muchacho que les había abierto la puerta minutos antes junto con su novia. Era alto, de constitución atlética y bastante guapo. Sus cabellos estaban teñidos de rubio y vestía con ropa deportiva—. Esos hijos de puta le mordieron en un brazo y pocos minutos después mostraba ya los mismos síntomas de esa maldita enfermedad.

—¿Me estás diciendo que compartimos refugio con una de esas criaturas, insensato? —espetó Leo, poniéndose en pie de improviso y alzando la voz de forma alarmante.

—¡Estás hablando de mi propio hermano, maldita sea! —replicó el joven rubio, poniéndose en pie a su vez. La tensión se mascaba en el ambiente—. Tan sólo está enfermo y no pienso dejarle ahí fuera, jodido por completo. En cuanto me sea posible, le llevaré a un hospital para que le curen y vuelva a ser el de antes.

Jorge, por su parte, pensó alarmado en la niña. Si allí dentro había un infectado, no iba a permitir que se acercara a su prima por nada del mundo.

—Tranquilos, muchachos. No corremos peligro —se apresuró a explicar Enrique, levantándose también, para intentar poner un poco de calma. Extendía sus brazos como si quisiera evitar una trifulca entre los que discutían tan acaloradamente a ambos lados de él—. El hermano de Andoni está en el sótano de la casa. La única

entrada está en la habitación contigua y es una trampilla bien protegida con el peso de varios inodoros y cerrada con llave.

—Entre todos conseguimos reducirle —prosiguió luego Andoni, un poco más tranquilo aunque visiblemente afectado—. Es vergonzoso tener que mantenerle encerrado ahí abajo. Pero no nos queda otra opción.

—Escucha, Andoni —explicó Leo, ahora ya casi con gesto paternal—. Tienes que hacerte a la idea de que ese que hay ahí abajo encerrado ya no es tu hermano en absoluto.

—¿Y tú qué cojones sabes? ¿Acaso eres médico para conocer los efectos de esta puñetera enfermedad? —le espetó el otro, volviendo a perder los estribos por un momento—. Estáis en una casa que pertenece al padre de Enrique, y él está de acuerdo en mantenerlo aquí dentro hasta que podamos encontrar ayuda.

—Está bien. Así lo haremos —concedió Leo, procurando que el chico se relajara de nuevo—. Pero tenéis que prometerme que, pase lo que pase, nadie lo dejará libre hasta que todo haya sido aclarado definitivamente. También sería conveniente saber si alguno de vosotros ha sido herido por él cuando le redujisteis.

—Ya hemos pasado por eso. Está claro que estamos todos limpios —intervino Enrique convencido de lo que decía—. Además, esa cosa tarda muy pocos minutos en hacer efecto y nosotros llevamos varias horas sin mostrar síntomas de ningún tipo.

Tras la pequeña discusión, Leo quiso que le acompañaran hasta la habitación donde estaba la trampilla del sótano. Prefería asegurarse personalmente de que el joven infectado no pudiera salir para llegar hasta donde ellos estaban. Los demás accedieron, pero con la condición de que el hombre no llevara encima su arma.

—¿De dónde narices habéis sacado todos estos inodoros? —preguntó extrañado al ver los pesados artilugios que había dispuestos sobre la trampilla. Había aún unos cuantos más, colocados contra una de las paredes de la habitación.

—Mi padre es comerciante de sanitarios. Hace algunos años que dejó esto aquí, pues por lo visto ya no consigue dar salida a algunas cosas un tanto obsoletas —explicó Enrique casi de forma automática, como si estuviera acostumbrado a aclarar tan curiosa circunstancia.

—Bueno, muchachos, pues ahora tenemos que pensar en cómo salir de esta situación. Hay que buscar la forma de encontrar ayuda, información y todo eso. Ni siquiera sabemos si esa enfermedad afecta únicamente a esta zona o se ha propagado a más lugares —prosiguió Leo, mientras aún miraba distraído aquellos objetos de cerámica. Desde allí abajo surgían, a intervalos de tiempo distintos, los gritos histéricos del hermano de Andoni, en tanto que la trampilla mostraba los envites a que este la sometía con fiereza—. En mi casa tenía un televisor, pero las noticias no reflejaban todavía nada de lo ocurrido cuando salí por la mañana. La radio tampoco parecía hacerse eco de todo lo que está pasando aquí. Es como si el mundo nos

hubiera olvidado por completo. Como si estuviéramos encerrados en una especie de burbuja gigantesca, al margen de lo que pasa fuera.

Cuando dijo aquello, los jóvenes se miraron entre sí preocupados.

—Nosotros intentamos explorar los alrededores —empezó diciendo Enrique—. Decidimos salir por la mañana, armados con lo que pudimos. En lugar de seguir carretera abajo, pues había un coche detenido a unos pocos metros, rodeado por varios infectados, cruzamos el río para ir por los caminos. Al momento pensamos que sería mejor cruzar bosque a través para intentar llegar a la cima de la colina y desde allí observar gran parte del valle. Fue entonces cuando, en mitad del ascenso, unos disparos empezaron a sonar muy cerca de nosotros. Una voz surgió de algún megáfono advirtiéndonos de que no cruzásemos no sé qué línea de seguridad. Al parecer, todo el valle se encuentra en cuarentena o algo así. Por eso regresamos corriendo hacia el río. Fue entonces cuando os encontramos, cerca de otro grupo de infectados que había merodeando por el bosque.

—Todo esto resulta de lo más extraño —intervino Jorge, confundido—. ¿Cómo pueden estar ocultando algo así? Tiene que haber personas ahí fuera que se estén haciendo preguntas sobre los que aquí nos encontramos. Sin ir más lejos, la niña que viene conmigo tiene un padre que tiene que estar preocupado por ella.

—¿Y vosotros no tenéis ninguna radio o televisión en esta casa? —insistió Leo por su parte.

—Ninguna en absoluto —contestó tajante Andoni, quien se mostraba un tanto hosco casi todo el tiempo—. Vinimos aquí con la sencilla intención de pillarnos un pedo descomunal y poco más —concluyó luego, sonriendo con desgana.

En ese momento oyeron cómo la novia de Andoni les reclamaba un tanto alterada desde el piso de arriba. Subieron todos, intrigados por lo que pudiera estar sucediendo, casi entorpeciéndose el paso entre ellos.

—Ya están aquí otra vez —les informó la chica mientras cobijaba entre sus brazos a la niña, quien lloraba de nuevo desconsolada ante el terrorífico panorama.

Todos se asomaron a la ventana de la habitación, estorbándose entre ellos. Los cristales no estaban protegidos con nada más, puesto que no habían considerado necesario hacerlo debido a que la altura de ese piso les separaba considerablemente del suelo.

Allí abajo, en las márgenes del río, varios infectados avanzaban a trompicones, cayéndose constantemente sobre las aguas o tropezando con los arbustos que crecían en los alrededores. Varios de ellos parecían dirigirse monte arriba, justo en dirección hacia la casa. Sus rostros reflejaban la palidez de la muerte y tenían las ropas hechas jirones. Algunos corrían frenéticamente, mientras que otros caminaban con torpeza.

—¡Dios mío! Su aspecto es horrible —musitó Jorge sobrecogido por el miedo.

—Esperemos que la puerta consiga aguantar si finalmente deciden atacar la casa. Hasta ahora no han mostrado interés por los edificios. Tan sólo han ido a por las personas que había fuera desprevenidas —reflexionó el muchacho de la gorra, el tal Diego.

—Tal vez su mermado intelecto no les lleve al razonamiento de que tras estos muros puede haber gente escondida —conjeturó Leo por su parte.

El hombre acariciaba el cañón de su escopeta como si en aquellos momentos esta fuera su más leal compañera de fatigas.

Los infectados se dispersaban pradera arriba, desperdigándose entre las zarzas y gritando poseídos por la sed de sangre. Algunos habían llegado ya hasta la valla de madera que delimitaba la zona verde frente a la casa. La franquearon cayéndose con torpeza, pero luego siguieron hacia los lados, sorprendentemente esquivando el edificio. Los que había dentro suspiraron aliviados.

—Será mejor que nos alejemos de las ventanas cuanto antes —dictaminó Leo de inmediato—. Si no nos dejamos ver, tal vez nunca intenten penetrar aquí dentro.

Se retiraron hacia atrás, dejando caer las gruesas cortinas sobre el cristal con cuidado de no llamar la atención de los de afuera. Luego Enrique intentó escrutar algo entre los huecos que dejaban las florituras de la tela. Al momento se mostró otra vez alterado.

—Tal vez ellos no puedan razonar el que haya personas dentro de los edificios —dijo a continuación apresuradamente, con tono de preocupación—. Pero si alguien sano les condujera hasta aquí, eso ya sería algo muy distinto. Por desgracia, creo que eso mismo está sucediendo ahí fuera.

Cuando todos se acercaron nuevamente, comprobaron con sus propios ojos cómo una chica huía desesperada pendiente arriba, perseguida muy de cerca por varios de los infectados. Por si ello fuera poco, los gruñidos del hermano de Andoni se desataron con más fuerza que nunca allá abajo, en el sótano.

—¡Maldita sea! Tener a un infectado entre nosotros sólo nos puede traer más problemas. Va a conseguir que todos los de fuera se dirijan a este lugar —farfulló Leo malhumorado.

—Es igual. De todas formas, esa idiota ya los está trayendo hacia nuestra puerta —espetó Andoni a la defensiva.

Noelia lloraba otra vez aterrorizada y los esfuerzos de la chica por tranquilizarla eran totalmente infructuosos.

—¡Haz el favor de callar a esa jodida niña! —ordenó luego Andoni fuera de sí—. Si es que parecemos una jodida ONG, acogiendo a todos los idiotas que se pasan por aquí cerca.

—La niña no tiene la culpa de que estés acojonado —se enfrentó a él Jorge con expresión desafiante. No estaba dispuesto a permitir semejantes ataques a su pequeña

prima.

—¡Chicos, calmaos, por favor! —intercedió Enrique una vez más—. Peleándonos entre nosotros no vamos a conseguir nada bueno. Tenemos que conservar la calma a toda costa.

El silencio se hizo entre ellos durante unos segundos, casi podía oírse el latido de sus corazones entre los sollozos apenas contenidos de la niña.

—¿Qué es lo que haremos con la chica de ahí afuera? —preguntó a continuación Diego muy nervioso, pues los gritos de socorro ya llegaban desde el exterior. Por alguna razón, la mujer parecía saber de su presencia dentro de la casa. Lo más seguro es que les hubiera visto antes, cuando tenían las cortinas retiradas y estaban asomados al cristal.

Los otros se miraron con la vergüenza ardiendo en sus mejillas. Ahora había infectados por todas partes y ya estaban a punto de dar alcance a la chica.

—No podemos dejarla ahí afuera a merced de esas bestias —determinó Leo, casi enojado ante la escasa muestra de valor de la que hacían gala todos.

Sin más comentarios, salió de la estancia aferrando su arma con determinación. Jorge le siguió, pero no sin antes asegurarse de que la niña quedaba protegida por los otros.

—Si alguno de nosotros dos resultara herido, preferiría que nos dejaseis ahí fuera —le indicó luego en voz baja a Enrique, quien iba tras ellos a la retaguardia mientras bajaban ya por las escaleras.

Los gritos de desesperación que llegaban desde el exterior eran ya insoportables. La mujer aporreaba la puerta víctima de su propia histeria. Enrique no acertaba a meter la llave en la enorme cerradura y las manos de Leo temblaban aferrando la escopeta, que era su única arma efectiva en aquella situación.

—¡Abrid la puerta, por Dios! —pedía la mujer a gritos desde afuera—. Sé que estáis ahí dentro, os he visto antes. No me dejéis morir, malditos miserables. No me dejéis morir de esta forma tan horrible. Mi novio... yo... yo pude ver lo que uno de esos posesos hacía con él... Tuve que correr y dejarle solo allí en la piscina... ¡Abridme, por Dios, o me harán lo mismo!

Los gruesos pasadores estaban ya siendo retirados al accionar Enrique la cerradura. Los nervios bullían a flor de piel y las manos de los tres se mostraban trémulas por el pavor.

—¡Apartaos de la puerta! —exclamó Leo, encañonando el umbral con su escopeta—. En cuanto Enrique la abra, yo dispararé al que haya más cerca. Vosotros intentad luego ayudar a la chica.

Pero cuando la gruesa hoja de madera fue al fin retirada, ante sus ojos apareció la imagen de una mujer de cabellos negros cuyo delgado cuerpo se convulsionaba violentamente, víctima de unos espasmos que delataban el mal que ya corría por sus

venas. Leo tan sólo se lo pensó durante una fracción de segundo. Nada podían ya hacer y otros infectados se aproximaban enloquecidos a la puerta. Descerrajó un potente disparo sobre la cabeza de la joven, que de inmediato se deshizo en un amasijo de carne. La sangre salpicó en derredor suyo mientras los otros infectados retrocedían, asombrados por el inesperado ataque. Todavía razonaban con algunos mecanismos mentales básicos, sobre todo ante ciertos peligros.

—¡Cierra la puerta, Enrique! —ordenó Leo jadeando, alterado por completo—. ¡Esto ha sido una puta cagada!

Una hora después, Leo aún permanecía abatido sobre una de las camas, con el rostro demudado por la culpabilidad y la ofuscación. Nadie le había echado en cara hasta entonces lo que había hecho, pues todos consideraban que el hombre no tuvo otra alternativa. Sin embargo, Andoni le lanzaba de vez en cuando miradas un tanto despreciativas.

El atardecer alargaba ya las sombras de los montes sobre el lugar. Los infectados rodeaban la casa, aporreando de cuando en cuando las paredes, las persianas bajadas de los ventanales y la gruesa hoja de madera de la puerta.

Los allí dentro refugiados procuraban no comer demasiado, aunque lo cierto es que tampoco sentían gran apetito. Las provisiones de que disponían apenas alcanzaban para un fin de semana, pues para eso habían sido pensadas.

—Ahora ya no se marcharán jamás de aquí —se lamentó Mario con desesperación, mientras escrutaba a las criaturas desde la ventana de la habitación—. Y lo más extraño de todo es que llevan vomitando un buen rato.

—Quizás su enfermedad les esté matando definitivamente —opinó Enrique con un poco de esperanza. Sin embargo, a Andoni aquello no le causaba tanto entusiasmo, pues temía por la vida de su hermano, quien también había sido contagiado.

Desde hacía más de media hora, algunos de los infectados eran víctimas de nuevos espasmos. De sus bocas resacas brotaban auténticas lluvias de vómito, bañando la tierra que pisaban con un líquido viscoso de apariencia sumamente desagradable. Aun así, seguían dando vueltas como si nada les hubiera ocurrido.

Los restos mortales de la chica abatida junto a la entrada ya habían sido retirados por varios infectados. Con uñas y dientes habían desmembrado su cuerpo de forma atroz para luego llevárselo en dirección hacia al pueblo, según especularon los refugiados.

II

VILLA SANGRIENTA

Cruzar los pasillos y descender hasta el piso de abajo había resultado una experiencia de lo más espantosa, pero las personas que habían permanecido esa noche tantas horas atrapadas en el cine no hubieran podido aguantar un minuto más allí encerradas. Además, quizás aquella fuera la única oportunidad que tuvieran de escapar, pues los afectados por la enfermedad se habían retirado, al menos de momento, hacia algún lugar desconocido.

Jaime era un hombre valiente y decidido, hecho que además acentuaba su aspecto imponente. Avanzó sin mostrar signos de duda, sin arredrarse ante lo que sus ojos veían. Había varios cadáveres esparcidos por el suelo del pasillo de abajo. Sus cuerpos estaban destrozados y el olor a sangre impregnaba el ambiente de forma opresiva. Las vísceras habían sido desparramadas por las esquinas con la demencial torpeza de una desatada violencia. Aquello parecía el fruto de una grotesca obra donde la locura era la mano que daba las pinceladas de horrendos trazos. Los infectados que aún permanecían allí, unos tres aproximadamente, se afanaban en descoyuntar aquellos desfigurados cuerpos e hicieron caso omiso del motero. Uno de ellos ya estaba junto a la puerta principal. Sostenía una cabeza en su mano derecha, aferrándola por los cabellos, mientras permanecía ligeramente encorvado hacia delante. Estaba aparentemente desconcertado ante el armario que impedía su avance y allí seguía, víctima de unos razonamientos arcaicos que le impedían proseguir más allá.

Jaime dejó la butaca que llevaba sobre el suelo. Al parecer ya no iba a necesitar la improvisada arma arrojadiza.

—Hace una noche estupenda, ¿verdad? —bromeó, asqueado por la apariencia del infectado, quien le miró como sorprendido, gruñendo con los cabellos desgredados sobre la frente. Sus ojos rezumaban locura y estaban inyectados en sangre—. Seguro que estás deseando salir de aquí, al igual que yo.

En realidad, el corazón de Jaime latía a una velocidad desenfrenada por el nerviosismo. Sin embargo, todo parecía indicar que en aquellos momentos ya no serían atacados por los enfermos y el hombre había aprendido a vencer sus temores y a esconderlos lo mejor posible. Ernesto y Silvia, junto con el cura y el joven de gafas, no tardaron en unirse a él. Minutos después deambulaban por las calles, sobrecogidos por cuanto veían ante ellos.

Allí afuera el mismo Apocalipsis parecía haber sobrevenido de forma repentina. El caos se cernía como una garra oscura sobre las calles de la villa. Había trozos de

cadáveres, rastros de sangre y vísceras por todas partes. Desde algún lugar cercano llegaba el resplandor de un fuego que se había desatado accidentalmente, rielando de forma siniestra sobre los muros de las casas y los callejones. Gritos preñados de angustia reverberaban en las paredes montañosas del valle mientras el aullido de un perro se alzaba en la noche, acompañando aquella sinfonía infernal de lamentos. Conforme se acercaban al centro de la villa, había cada vez más coches empotrados a los lados de la carretera. Los cuerpos que yacían en su interior estaban todos descabezados y sin alguno de sus brazos. Seguramente no había sido tarea fácil llevarse otras partes, pues los infectados no hacían gala de un raciocinio muy espléndido.

Pero uno de los momentos más dramáticos fue, sin duda, aquel en el que los miembros de la peculiar compañía divisaron a dos personas que estaban junto al umbral de una casa. Ernesto se dio cuenta, sobrecogido, de que quién arrastraba un cuerpo allí sobre los suelos era ni más ni menos que el padre de la misma Silvia.

La chica sufrió un arrebató de histeria y nadie pudo entonces contenerla. Corrió hacia el lugar con el pecho a punto de estallar por el dolor. El cuerpo que arrastraba su propio padre era el de su madre. Los débiles músculos del hombre apenas hubieran podido cargar con un peso como el de la mujer, en cuyo semblante había quedado grabada la expresión de un horror inenarrable, pero aquella enfermedad parecía darles una fuerza extraordinaria en algunos momentos.

—¡Dios mío, papá! —gritó la chica, lanzando enloquecidos puñetazos sobre el rostro del impasible hombre—. ¡Dios santo! ¿Qué es lo que le has hecho? ¿Qué cojones es lo que le está pasando a todo el mundo?

Un peligroso ataque de ansiedad amenazaba con llevar al colapso a la joven. A pesar de que los otros, especialmente Ernesto, trataban desesperadamente de alejarla del lugar, Silvia hacía gala de una fuerza sobrenatural, fruto sin duda de la locura más profunda.

—Silvia, cariño, tenemos que marcharnos de aquí. Ya no hay nada que puedas hacer por ellos. Ese que tienes ante ti no es tu padre —le suplicaba su novio, sollozando de dolor. La muchacha se abalanzó sobre él, arañándole la cara y con la mirada velada por la demencia.

Todos insistían en hacer que entrara en razón. Pero aquello parecía ya imposible por completo.

—Hija mía, no permitas que el demonio sea más fuerte que tú en esta dura hora —gritaba el cura, enardecido por la fe que ardía en su interior y que en el fragor de la batalla contra aquel mal se hacía más patente a cada instante—. Tus padres han sido personas virtuosas en este mundo. Su buena voluntad acompañó durante todas sus vidas cada uno de sus actos y ahora ellos serán recompensados por nuestro Señor, allá

en el reino de los cielos. Tienes que alejar el tormento de tus pensamientos. Ahora hay otras personas en este mundo que aún te necesitan.

—¡Esto es una jodida mierda, y yo no creo que haya ningún Dios en ninguna parte! —gritó la chica aún fuera de sí—. ¿Cómo podría si no consentir esta crueldad sin límites?

—Lo siento mucho, Ernesto —dijo Jaime por su parte, alzando la voz para hacerse oír entre los gritos—. Me gustaría poder ayudaros, pero mi familia me necesita.

El hombretón les dio la espalda y siguió avanzando carretera arriba entre algunos de los infectados, quienes aún caminaban rezagados hacia algún punto de la villa.

Entre tanto, varias personas gimoteaban angustiadas por lo que veían ante sus ojos. Los que habían salido del cine se habían desperdigado y vagaban casi sin rumbo, víctimas del desconsuelo y la confusión. Todos buscaban a sus seres queridos, pero muy pocos podían encontrarlos en el estado en que deseaban.

—¡Jaime! —gritó Ernesto aún con la voz distorsionada por el llanto—. Si quieres, en una hora nos reuniremos todos junto a la iglesia para decidir qué haremos.

—Si no estoy allí a la hora convenida, no esperéis por mí ni un solo segundo —contestó el hombre, sin apenas detenerse o mirar hacia él.

Los escasos supervivientes actuaban de forma desordenada, víctimas de la confusión. No parecía que hubiera ninguna familia cuyos miembros estuvieran todos vivos. Algunos intentaban llevarse consigo el mayor número de pertenencias posible; otros cargaban sus coches sólo con víveres y mantas. Unos pocos se atrincheraban tras los muros de sus casas. Corrían rumores de que el valle entero había sido puesto en cuarentena. Según esa teoría, una línea divisoria había sido establecida en un amplio perímetro que abarcaba varios kilómetros a la redonda. Quienes aseguraban esto afirmaban haber presenciado cómo miembros de una unidad especial del ejército advertían, a veces incluso con disparos, sobre el riesgo que podría entrañar para los que permanecían en la zona afectada acercarse a la línea límite. La simple explicación que habían recibido, gritada con voz casi amenazante a través de unos megáfonos, era la de que todo estaría pronto bajo control. Sencillamente aconsejaban a la gente refugiarse bien en sus casas, pues en unos días llegaría la ayuda. Tendrían que cooperar para que la plaga no se extendiera de forma catastrófica y facilitarles a los miembros de las brigadas el trabajo de exterminio de los afectados.

Las carreteras eran prácticamente intransitables debido al gran número de coches accidentados. El fuego de varios incendios se extendía de forma preocupante en numerosos focos incontrolados. Todo parecía haber sobrevenido de forma arrolladora, como si un huracán de violencia estremeciera los cimientos de todo el valle, pues Villa Nova no era ni mucho menos la única afectada por la plaga.

En realidad, muy pocos fueron los que se atrevieron a salir en un primer momento, cuando los afectados comenzaron a dar muestras de pasividad. Sin embargo, conforme las calles fueron despejándose de infectados, las personas surgieron de sus casas como a cuentagotas. Actuaban con la torpeza fruto de su nerviosismo y nadie tenía muy claro de qué forma proceder, aunque sí había quienes creían que lo más seguro era huir del valle mientras pudieran. Otros intentaban pedir ayuda a la policía por teléfono, pero las líneas estaban colapsadas. Incluso había quienes se atrevieron a seguir a la espeluznante procesión de enfermos. Debido a ello empezó a difundirse una de las noticias quizá más desconcertantes. Al parecer, los afectados cargaban con los trozos de sus víctimas hacia una de las partes más elevadas de la villa. En un lugar muy concreto, cuyos suelos estaban marcados con el estigma de negras leyendas, la horda de poseídos llegaba como en procesión para luego ir arrojando los trozos que portaban sobre la tierra de un antiguo y abandonado jardín. Luego ingerían una especie de viandas que extraían de unas sinuosas ramas que parecían como tentáculos oscuros de zarzas gigantescas. Aquellas plantas parecían haber crecido de forma asombrosamente rápida sobre el lugar, o quizás nunca nadie se había percatado hasta ahora de su existencia.

Menos de una hora después, varias personas se encontraban congregadas cerca del altar de la única iglesia de la zona. Debatían sobre qué se iba a hacer ante semejante situación. Al menos allí nadie se atrevía a alzar la voz de manera extremada. El Cristo que pendía frente a ellos parecía inspirarles algún tipo de mística confianza. No era una iglesia muy convencional, pues su planta era simplemente alargada y sus muros estaban pintados de blanco. Dentro olía, eso sí, como era de esperar, a esa mezcla de cera quemada y polvo añejo que suele impregnar el ambiente de ese tipo de lugares. Las luces estaban apagadas por simple discreción y los rostros de las personas quedaban velados por las sombras.

Ernesto pudo llevar a su novia a duras penas hasta allí. Pero desde que habían llegado, Silvia se había tirado en un rincón apartado y permanecía con la mirada perdida en ninguna parte.

—¿Y cuál es nuestro plan exactamente? —preguntó casi con sorna el orondo presidente de la asociación de vecinos. Era uno de los pocos que podía consolarse con el hecho de no tener ese día a nadie muy cercano que hubiera perecido o sido contagiado. Los miembros de su familia estaban justamente de vacaciones lejos del valle. Sin embargo, se mostraba impaciente por salir de aquel infierno.

—Yo pienso que de momento deberíamos intentar entrar en el antiguo economato. Ese que ahora sirve de salón de fiestas —expuso Ernesto con apenas un hilo de voz. Aún estaba muy preocupado por su novia—. Es lo suficientemente

grande como para que los que estamos aquí podamos preparar una huida debidamente razonada mientras nos pertrechamos con algunos alimentos y ropas.

—¿Y quién va a tener el valor de entrar en su casa a por ropa y comida? —replicó el chico de gafas, aquel que ya estuviera con ellos en el cine, con un deje visiblemente histérico en su tono de voz—. En el salón de fiestas ahora sólo hay bebidas, en su mayoría alcohólicas, y algunas golosinas. Por otro lado, ninguno de los que estamos aquí creo que tenga el ánimo de volver una vez más a su casa, pues ahora para muchos se ha convertido en la tumba de sus seres más queridos.

—Hagamos lo que hagamos, es mejor que lo pensemos cuanto antes. El pueblo sigue repleto de infectados y no sabemos cuándo pueden volver a atacarnos —intervino alguien de los pocos que se habían unido al grupo recientemente.

—También podríamos aprovechar esta tregua que los tarados parecen concedernos para eliminar al mayor número posible de ellos —la voz surgió del fondo de la iglesia. Todos miraron hacia allí sorprendidos ante la inesperada interrupción.

Una figura alta se acercaba por el pasillo central portando sobre sus hombros lo que parecía, por extraño que se les antojara a todos, una larga espada.

—Era de mi hermano pequeño —aclaró el hombretón al momento. Todos advirtieron entonces que su voz trataba de disimular un quebrado deje de tristeza—. Le gustaban las armas medievales, y era el trofeo máspreciado que decoraba su habitación. Pienso afilarla con una piedra de esmeril que cogí de nuestro garaje y utilizarla hasta el límite de mis fuerzas para dar muerte a esos malditos tarados. Por cierto, este no es lugar apropiado para trazar ningún plan. La puerta no me ha supuesto ningún obstáculo, pues su cerradura es de lo más sencillo, incluso para una persona honrada como yo. De todas formas, unos cuantos empujones también habrían bastado.

—Al final te has decidido a venir, Jaime —confirmó Ernesto, casi esperanzado por la noticia.

—Así es. Sin embargo, mi propósito es mucho más claro y sencillo que el vuestro. Tan sólo quiero prepararme para dar muerte, una tras otra, a esas malditas bestias que acabaron con mi familia de una forma tan inhumana.

—Pero sólo son enfermos que ya no son dueños de sus actos —se atrevió a replicar alguien de entre los congregados—. Quizás cuando llegue la ayuda descubramos que aún hay cura para ellos. Matarles sería tal vez cometer un lamentable crimen.

—Nadie va a venir en nuestra ayuda. Eso que se arrastra por las calles con forma de ser humano, entre nuestras casas mancilladas por la sombra del crimen más atroz, no es sino un vestigio desalmado de lo que un día fueron hombres. Estamos condenados tanto por los de adentro como por los de afuera. Somos un incómodo

obstáculo para las autoridades de nuestro país, un dilema viviente que impide que puedan actuar con rotunda eficacia, pues un resquicio de moral pesa todavía en sus conciencias. Sin embargo, pronto se verán en la incómoda tesitura de tener que exterminar el problema de raíz, pues sentirán sus propias existencias amenazadas por lo que aquí adentro se está gestando con abrumadora rapidez.

Todos escuchaban las palabras de Jaime, un tanto sorprendidos por la elegante dialéctica que mostraba un tipo de apariencia tan ruda como él.

—Ahora, amigos míos, nuestro enemigo es, por un lado, el propio diablo, y por el otro, el mismo Dios. Lo sé, padre, sé que no debería hablar así, y menos estando en un lugar como este, pues a usted lo único que le queda es la fe. Pero ha de comprender que para mí el motor que me resta es nada más que el de la pura venganza. Y ahora debo advertiros de que más nos vale buscar un lugar más seguro, como así lo ha propuesto el inteligente Ernesto. Esos malditos tarados vuelven a mostrarse agresivos otra vez, según he podido comprobar cuando venía para aquí —concluyó luego, haciendo gala una vez más de aquella integridad que tanto desconcertaba a la mayoría de los que le escuchaban.

Aquellas no eran simples palabras con las que el hombre tratara de enfatizar su improvisada arenga. Lo cierto es que la horda de infectados había roto aquella efímera tregua que les había brindado desde hacía apenas un par de horas. Tras haber quedado extenuados por el primer festín de sangre, regresaban ahora nuevamente del jardín, enardecidos y sedientos de vidas humanas.

Aquellos que habían intentado prepararse tardíamente para la huida fueron sorprendidos mientras pertrechaban sus coches con alimentos, mantas y alguna arma improvisada. Algunos intentaron hacerse paso entre la marea de infectados que de improviso inundó las calles. Se dieron cuenta tarde de que habían quedado expuestos por completo ante el peligro que se les venía encima. Había coches repletos de personas que gritaban desesperadas mientras eran atacadas con violencia desde afuera. Las esperanzas que habían comenzado a germinar en el corazón de algunos se trucaron de inmediato, como si de un fuego bruscamente sofocado se tratara. Todo estaba sumido ahora nuevamente bajo el halo de un infierno que antes se les hubiera antojado inimaginable.

Había varias personas disparando con armas de fuego desde las ventanas de sus casas, pues no eran pocos los que practicaban la caza en aquel pueblo. Pero aquello era como intentar contener el cauce de un río desbordado con apenas unas cuantas piedras. Lo único que conseguían de esa forma era atraer la atención de sus atacantes, llevándoles directamente hasta las puertas de sus casas. No tardarían en romper las débiles barreras que resguardaban tras ellas a la gente aún sana. Por si eso fuera poco, muy pronto advirtieron los que disparaban que, para abatir a uno solo de los infectados, eran necesarios varios disparos, pues los cuerpos de las criaturas ya no

eran regidos por las leyes de la vida que ellos conocían. Lo único cien por cien efectivo era apuntar directamente a sus cabezas, y aun de esta forma, algunos continuaban erguidos durante algunos segundos más, causando estragos entre las personas que habían quedado expuestas allí afuera.

El reducido grupo, de unas quince personas aproximadamente, que se había reunido dentro de la iglesia, fue sorprendido también, justamente cuando cruzaban por en medio de la plaza, allí cerca de donde se encontraba la cancha de futbito. Al otro lado, apenas separado por unos metros de la iglesia, se encontraba el amplio salón de fiestas al que pretendían llegar. La plaga se les vino encima tras descender a la carrera por la empinada pista de hormigón que conducía a la zona alta del pueblo, allí donde se encontraba la casa cuyo malhadado jardín había gestado el mal que ahora corría por sus venas.

Muchos de los que formaban el grupo perecieron entonces, agonizando entre mordiscos y arañazos, e incluso cayendo al suelo de una forma fatídica al ser golpeados por aquellas bestias que se mostraban tan desmesuradamente agresivas. Jaime se valió del arma que antes perteneciera a su difunto hermano. Golpeando con la parte plana de la hoja las testas de sus atacantes, mientras profería gritos de rabia que dotaban de mayor fuerza a sus brazos musculosos, se abría paso en aquel mar de muerte. Ernesto le seguía muy de cerca, protegiendo como podía a su novia, quien seguía mostrándose como desconectada del mundo. La mirada de la joven estaba perdida en el infinito y era como si ya nada para ella tuviera sentido. Ernesto se hizo con un grueso garrote de madera que había en el suelo. Segura mente había llegado hasta allí en las manos de algún ciudadano que habría luchado hasta la muerte por salvarse. El minero dejó a la chica a sus espaldas, resguardada en el umbral de la puerta que intentaban franquear, mientras él abatía uno tras otro a aquellos infectados que habían formado en torno a ellos un cerco que se iba estrechando a cada segundo. Entre él y Jaime redujeron a más de una decena allí afuera, en tanto que el orondo presidente buscaba la llave que abría aquella puerta y que él tenía en su poder debido al cargo que ostentaba. Pero la desesperación hizo presa en sus estómagos cuando tres de los atacantes se deslizaron por un flanco, aferrando con fuerza sobrehumana al individuo para arrastrarlo unos metros más allá. El hombre fue abatido en cuestión de segundos, y los demás contemplaron con horror cómo le extraían las entrañas a mordiscos.

Y fue entonces cuando de alguna parte surgió el padre Adolfo, quien para sorpresa de todos aferraba una gruesa Biblia con ambas manos. El hombre se mostraba envalentonado por alguna mística motivación de carácter religioso.

—¡Dejad paso a un humilde portador de la palabra del Señor, criaturas del diablo!
—rezaba el hombre a gritos, mientras propinaba poderosos golpes con el grueso libro

sobre las cabezas de los posesos atacantes—. ¡Regresad al infierno del que procedéis y dejad tranquilos los cuerpos de estas buenas gentes que tan vilmente habéis profanado!

—¡Así es, padre! —lo animó Jaime a gritos, casi disfrutando del valor que mostraba su compañero—. Enséñeles a estos herejes la palabra del Señor.

Entre tanto, el cura ya había abierto una considerable brecha allí donde los infectados habían tumbado al obeso presidente.

—¡Ve y hazte con las llaves! —le gritó el minero al chico de gafas, quien había permanecido todo el tiempo junto a Silvia, al amparo de los atacantes.

El chico negó aterrizado con la cabeza al mirar con desagrado aquel cadáver que yacía en el suelo con las tripas desparramadas a su alrededor.

—¡Haz lo que se te dice, chico, no tenemos mucho tiempo! —le gritó Jaime, casi ya al límite de sus fuerzas. No podrían evitar durante mucho más tiempo ser heridos por alguno de los infectados.

El joven accedió al fin, desplazándose con aire dubitativo hacia el cuerpo del caído. Reaccionaba con los miembros atenazados por el miedo y sus movimientos eran desesperadamente lentos. Todos estaban ya al borde de la rendición cuando unos gritos de pura rabia inundaron la noche con su enérgica esencia. Silvia apartó llena de odio al joven, profiriendo aquellos gritos de ira, para luego agacharse con presteza sobre el cuerpo y coger el llavero que aún aferraba en una de sus manos. Sin más dilación, arrojó el manojo de llaves al joven, que aún estaba tras ella. Afortunadamente, este dio con la llave precisa al segundo intento y el paso quedó al fin libre, pudiendo penetrar los pocos supervivientes del grupo en las entrañas del gran salón. No fue fácil asegurar la puerta de doble hoja, cuyos cristales al menos estaban protegidos con rejas de hierro. Mientras el cura y otros tres protegían la entrada con sus cuerpos para que los infectados no pudieran abatirla desde fuera, Jaime y el minero arrastraron una pesada máquina expendedora de tabaco que había a uno de los lados. Consiguieron tumbarla de forma horizontal sobre el suelo, asegurando de esta forma un poco más la entrada. Al menos las ventanas del local estaban posicionadas en una zona demasiado alta para suponer una posible vía de entrada y sus vidrios difuminados eran bastante gruesos.

Los presentes contuvieron el aliento durante un par de minutos que se les antojaron una verdadera eternidad, sin atreverse a dejar la zona de la entrada. Desde afuera los gruñidos y puñetazos llegaban un tanto atenuados por las gruesas hojas de madera y por las paredes que les protegían. Las respiraciones jadeantes de los refugiados llenaron la atmósfera del gran salón con un eco fantasmal. Sin embargo, para su alivio, comprobaron cómo los de afuera perdían interés paulatinamente por ellos para ir en busca de víctimas mucho menos complicadas de atrapar.

El sol estaba a punto de despuntar ya, pues aquella madrugada había transcurrido de forma frenética. El tiempo ya no era un concepto que se pudiera medir de igual manera que antes de aquel holocausto. A los supervivientes que se refugiaban en el antiguo economato, cuyo recinto de planta rectangular era ahora utilizado como salón de fiestas de la villa, todo se les había antojado muy largo y corto a la vez. Era como si ya no recordaran la normalidad de antes de aquella tragedia y, al mismo tiempo, como si todo sucediera con una rapidez desconcertante. Casi ni habían tenido ocasión de sentarse a reflexionar con calma.

Silvia se despertó con el corazón acelerado tras haber dormido apenas un par de horas. Una desazón insoportable agitaba su pecho. Ahora que había vuelto a plantearse seguir adelante, tras superar de forma acelerada la tragedia de sus padres, una angustia constante le oprimía los nervios. Era la incertidumbre de no saber si aquellos con quienes compartía refugio se alzarían de un momento a otro, dominados por aquella enfermedad, para devorar al resto mientras dormían. Pensó para sus adentros que ya no volvería a ser capaz de cerrar los ojos pudiendo entregarse por completo a los dulces brazos de Morfeo.

El sonido de metal rozando contra piedra llamó al momento su atención. Se dio cuenta enseguida de que Jaime estaba sentado sobre una silla de madera plegable que había cogido de las muchas que se apilaban a un lado del salón. Afilaba con aire meditabundo aquella arma que había traído de su casa.

—¿Tú tampoco has conseguido pegar ojo? —oyó que le preguntaba el padre Adolfo a Jaime, acercándose lentamente hasta el hombretón. Ambos estaban cerca de la barra que había a uno de los extremos del recinto y eran iluminados vagamente por la luz crepuscular, que ahora se colaba por las ventanas del ala este.

—Apenas un par de horas, más o menos. Y lo cierto es que tampoco se podría considerar dormir, puesto que era un sueño inquieto, plagado de pesadillas, y constantemente me despertaba sudoroso —contestó Jaime, sin dejar de mirar el filo de la espada que trataba de afilar con escaso éxito. El otro permanecía de pie frente a él—. Y eso que estoy exhausto. Pero ya ve, padre, a pesar de mi aspecto rudo e insensible, yo también me dejo influir por esta sensación que crispa nuestros nervios y nos impide descansar —concluyó luego, ahora sí, mirando al hombre que tenía ante él.

—Te entiendo..., hijo. Aunque no lo creas, soy un hombre con ciertas dotes de psicología. A menudo puedo leer en los corazones de la gente —prosiguió el cura—. ¿Sabes? He podido observar cómo escondes tus sentimientos bajo una coraza de aparente rudeza. En el fondo, eres mucho más sensible de lo que quieres dar a ver.

Jaime reflejó su sorpresa de forma evidente a través de su mirada. Aquel hombre religioso en verdad era un tipo avisado, además de valiente, como ya demostrara apenas horas antes.

—Cuando era apenas un muchacho —comenzó entonces a sincerarse el motero, posando su mirada en el infinito—, mi carácter introvertido me hacía una persona esquiva, temerosa de la gente. Siempre tuve muy buenos amigos, de eso no me quejo, pero, por ejemplo, mi trato con las chicas era escaso y muy poco gratificante. Pero, padre, hay algo que me pasó durante aquellos años que aún no he podido contar a nadie y que se está enquistado aquí, dentro del pecho, de una forma muy peligrosa para mi salud.

Sin mediar palabra, el padre Adolfo cogió otra de las sillas que había apiladas contra la pared. Tomó asiento junto al hombre sin dudarle. Aquel joven necesitaba ser escuchado.

—Durante todos estos años he intentado sepultar aquellos hechos lo más profundamente posible, en lo más alejado de mi mente. Simplemente aquello no podía ser real, no era capaz de asimilar que algo semejante me hubiera pasado a mí. Es esa casa de ahí arriba, padre. Es ese jardín diabólico —espetó repentinamente, clavando la mirada en su interlocutor. Por primera vez el cura pudo leer el miedo en sus ojos—. Sus plantas atraen el mal, susurran tentadoras palabras que sólo los corazones corruptos parecen oír con nitidez. Yo me sentí magnetizado también, pero le juro que nunca he albergado oscuras intenciones dentro de mi pecho. Me sentí atraído por algo que creía... vivo, y no era sino pura muerte. Padre, yo sabía que allí estaba pasando algo terrible y jamás me atreví a confesarlo. Cielo santo, quizás de haberlo hecho, de haberme atrevido a hablar, esto no estuviera pasando. Allí había alguien que mataba, que arrebatava vidas corrompidas, para alimentar las raíces de ese mal. Ese alguien dejó por alguna razón de cumplir con su aberrante tarea, y ahora las plantas oscuras que allí crecen parecen estar buscándose el sustento por sí solas.

Silvia no daba crédito a lo que estaba escuchando. Sin embargo, se sorprendió admirando la escondida belleza que había en las facciones de aquel hombre. Bajo aquellas barbas se ocultaba un rostro juvenil de ojos claros y sinceros. Pudo entrever la luz de un espíritu sensible asomando tímidamente a las pupilas de esa mirada fascinante.

—Hijo mío, eso que me cuentas puede ser muy importante. Esa persona de la que hablas quizás tenga ciertas claves que podrían ayudarnos a terminar con esta maldición —le indicó el cura con seriedad—. Yo ni tan siquiera tenía constancia de que alguien hubiera vivido en esa casa. ¿Tienes noticias del paradero actual de quien me hablas?

—Se trataba de una familia esquiva y discreta —aclaró Jaime con gesto apesadumbrado—. La verdad es que fui escribiendo durante años un pequeño diario

donde narro todo lo que me sucedió, de forma un tanto velada. Quien lo hubiera leído hace apenas un día sin duda habría pensado que se trataba de algún relato fantasioso. Ese hombre creo que aún sigue viviendo entre nosotros, en este mismo valle. Sin embargo, se retiró a una zona más apartada, allí arriba en las montañas.

Silvia no pudo escuchar lo que Jaime decía a continuación, pues Ernesto acababa de despertar de su sueño incómodo. La joven se acercó a él con gesto tierno y un poco avergonzada.

—Mi amor... perdóname —le pidió con sinceridad—. Tú no merecías que descargara sobre ti toda mi ira, toda la frustración y el dolor.

Ambos se abrazaron allí de pie, dándose calor humano. Ella posó su frente sobre el hombro fornido del minero mientras daba rienda suelta a un llanto desconsolado. Al menos ahora lloraba dignamente a sus padres, mientras los brazos de su amado le proporcionaban un refugio.

Los otros tres que aún dormían fueron bruscamente despertados por las voces del chico de gafas. Se había encaramado sobre un enorme bafle que había muy cerca del escenario del fondo y desde allí escrutaba el exterior, a través de la rendija abierta en una de las ventanas.

—¿Qué es lo que están haciendo esos jodidos tarados? —gritó de pronto, llamando la atención de los demás—. Parece como si se estuvieran pudriendo por dentro a una rapidez acojonante.

Ernesto y Jaime corrieron hasta allí desde el otro lado del salón, acompañados muy de cerca por el padre Adolfo. Las luces seguían apagadas y había que mirar muy bien por dónde iban. Ernesto se subió con agilidad sobre el armario acústico donde estaba el otro, escudriñando con sus propios ojos lo que estaba sucediendo afuera.

—Es espantoso. Están todos vomitando sobre las calles —anunció al momento, con el ceño fruncido en un gesto de desagrado.

Ahora el sol había asomado ya tras los picos de las montañas e iluminaba aquella apocalíptica escena que se dibujaba a lo largo del valle. Había cadáveres destrozados por todas partes, bultos informes tendidos sobre el suelo de las zonas ajardinadas, de las calles y de la carretera. Rastros de sangre ensuciaban las paredes y el asfalto, y podían verse viscosos montoncitos de intestinos y otras vísceras. Algunos infectados aún seguían inclinados sobre los cuerpos, extrayendo de forma mecánica sus órganos para luego masticarlos con avidez. Su mirada era completamente neutra, vacía de cualquier rastro de sentimiento, y de sus bocas resbalaban oscuros regueros de sangre. Otros cargaban, como de costumbre, con algún miembro arrancado en sus manos, en dirección a la barriada alta de la escombrera, que ascendía unos metros a la derecha de donde estaban ahora los refugiados. La carretera que corría paralela al salón, allí al otro lado de la cancha, estaba completamente obstruida por coches accidentados, cuyos arrugados morros habían quedado estampados contra otros

vehículos sobre el muro que delimitaba la zona del pozo minero o junto a una de las cunetas. Sin embargo, lo más llamativo ahora era justamente lo que les había anunciado el joven de gafas. Varios de los infectados se arrastraban inclinados hacia delante, con avance errático y confuso. De sus bocas manaban auténticos regueros de lo que parecía un vómito verdoso y espeso.

—Quizá se estén descomponiendo por completo —musitó Ernesto, un tanto esperanzado ante aquella expectativa—. Tal vez sólo tengamos que esperar unas horas hasta que ellos solos vayan cayendo uno tras otro.

EL SONIDO DE LA ESPERANZA

Ya casi había llegado la hora del ocaso y los refugiados en la casa de campo, allí arriba en la zona habitada que se alzaba un poco sobre el valle, todavía debatían entre ellos cuáles eran las alternativas que tenían.

—Yo pienso que quizás sería más prudente esperar a que caiga la noche —decía Jorge, sentado sobre el colchón de la cama que ocupaba gran parte de la habitación donde estaban—. Ayer llegó un momento de la misma en que todos los infectados se retiraron a alguna parte. Da la sensación de que quisieran limpiar la zona que han plagado de cadáveres. Como si intentaran llevarse la mayor parte posible de sus restos.

—Es cierto —corroboró Leo, quien escrutaba el exterior con aire pensativo—. Parece como si estuvieran aprovisionándose en alguna parte, almacenando el mayor número posible de reservas. No sé, quizás sean como hormigas gigantes y su sustento seamos nosotros. Yo también pude observar ayer este comportamiento de los infectados. Justo unas horas después de que hubieran lanzado su ataque sobre la zona donde estaba, me di cuenta de que dejaban de alimentarse de sus víctimas para empezar a desmembrarlas horriblemente. Dios santo, fue uno de los momentos más duros de mi vida. Jamás podré olvidar cómo despedazaban a mordiscos el cadáver de mi difunta madre —al decir aquello se dibujó en su rostro una expresión que era una mezcla entre el más profundo desprecio y la tristeza más insoportable.

Leo se permitía hacer aquel tipo de conjeturas en un tono comedido, pues la niña había caído rendida y dormía ahora para alivio de todos en aquella cama, en torno a la cual permanecían.

—¿Quién sabe? Pero toda colonia de hormigas tiene a sus propias reinas —barajó Enrique con gesto pensativo mientras un escalofrío convulsionaba todo su cuerpo—. Estos seres se alimentan directamente tras abatir a sus pobres víctimas. El que se lleven los restos a algún lugar tal vez obedezca a un ritual tributario o algo así.

—¿Qué pasa, que ahora sois todos expertos biólogos? —espetó Andoni con sorna—. Llevamos aquí metidos perdiendo el tiempo demasiadas horas. Mientras tanto, mi hermano sigue contaminado ahí abajo. Todas esas tonterías que decís no van a serle de mucha ayuda si no actuamos pronto.

Su novia le miró compungida, pero sin atreverse a contradecirle. Estaba preocupada por el estado de ánimo del chico. El resto guardó silencio durante un rato. Todos menos él pensaban que cuando la infección calaba en las venas ya nada podía hacerse para remediarlo. De hecho, consideraban que su hermano no era una persona

en aquellos momentos, sino un ser cuyo cuerpo estaba dominado por una enfermedad con entidad propia. Era igual que si estuviera poseído por la rabia que encarnaba su cuerpo vacío de humanidad.

—¿Y qué es lo que propones tú entonces? —le desafió Leo, dirigiendo su mirada hacia el lugar donde permanecía el joven, quien estaba sentado sobre el suelo en una esquina de la habitación.

Los demás bullían por dentro de puro nerviosismo. Aquellas acaloradas situaciones tensaban de forma preocupante el ambiente que se respiraba. Por si fuera poco el peligro que afuera les acechaba, cerrando de manera angustiosa el cerco sobre su refugio, dentro se gestaba una lucha de poderes. Leo no estaba dispuesto a permitir que aquel joven insensato pusiera en peligro sus vidas, y Andoni estaba por su parte muy alterado por una situación que le superaba con creces. Guardó silencio ante aquella última pregunta con que Leo le había desafiado. En realidad, el joven tenía las cosas tan confusas como los demás. Lo que ocurría es que simplemente estaba tan furioso por aquella ofuscación que dominaba sus pensamientos que necesitaba culpar a alguien por todo, para así poder focalizar su ira, purgándola de sus entrañas.

—No sé, chicos —intervino entonces Diego, aquel joven que aún no se había quitado la gorra que cubría su cabeza, y quién procuraba tener cerca también en todo momento el bate de béisbol que usaba como arma—. Eso que habéis dicho sobre llevarse los restos a alguna parte quizás esté cambiando. Miradles, veréis a qué me refiero —su tono de voz sonaba preocupado.

Leo supo al momento qué era lo que el chico intentaba decirles, en tanto que Jorge se acercaba también a la ventana. Ahora los infectados habían dejado de vomitar sobre los terrenos de la abrupta pendiente que bajaba hasta el río. Sin embargo, adoptaban una nueva conducta, no menos intrigante que la anterior. Varios de ellos se habían agachado sobre el suelo para luego excavar con sus propias manos un tosco agujero en la tierra. Levantaban grandes terrones de la misma, tirando torpemente de la hierba, sin saber mantener muy bien el equilibrio tras aquellos esfuerzos. Aquella visión resultaba de lo más grotesca, pues el aspecto de los infectados era ya verdaderamente desagradable. Su piel había adquirido una mezcla enfermiza de tonos amarillos y cetrinos, y en varios puntos estaba como en estado de putrefacción. Sus miradas destilaban esa rabia visceral que es fruto del instinto puro cuyos mecanismos de razonamiento han sido despojados de toda humanidad. Los cabellos semejabán simples penachos marchitos y enmarañados sobre sus cabezas, y las bocas estaban sucias por la sangre de sus víctimas y con los labios resquebrajados.

Una vez practicado aquel hoyo en el suelo de la abrupta pendiente, otros cuatro infectados se acercaron tambaleándose hasta el lugar. Uno de ellos portaba algo oscuro e informe en su mano derecha. Lo zarandeaba sin miramientos, intentando mantener el equilibrio.

—Fijaos —susurró Leo sorprendido—. Se trata, si no me equivoco, de una cabeza humana.

—Sí —confirmó Jorge asqueado—. Y aquellos otros dos llevan un brazo y una pierna. Muchachos, está claro que se disponen a enterrar los restos mortales de la chica que cayó muerta junto a la entrada, hace apenas unas horas.

—Esto da al traste con todas nuestras expectativas —conjeturó Leo preocupado—. Ya no se llevan a ninguna parte los restos de sus víctimas, sino que las entierran allí mismo donde las atacan. Pero ¿por qué razón lo hacen? ¿Quizás algún proceso mental les haga recordar aquella costumbre que siempre ha llevado a la humanidad a enterrar a sus muertos?

—Veo que seguís empeñados en jugar a los científicos —escupió Andoni con sarcasmo. El chico se levantó de donde estaba, reflejando en su mirada un profundo desprecio por aquello que escuchaba—. Dime, Leo, ¿a qué te dedicabas tú antes de que esta mierda nos jodiera a todos? Quizás eras doctorado en Biología o Antropología, ¿no?

—Yo soy albañil —aclaró el otro, no dejándose arredrar en ningún momento por los incisivos comentarios del muchacho—. Pero al menos he tenido la fortuna de recibir una educación bastante decente cuando era niño.

—Ah, ya veo, albañil. Pues te diré una cosa, señor sabelotodo. Por mucho que esos de ahí fuera aún siguieran adoptando su anterior conducta, aquella que los impulsaba a llevarse los pedazos de la gente que matan a mordiscos hacia algún lugar desconocido, tampoco nos hubiera sido de gran ayuda. ¿Acaso nadie se ha dado cuenta de que ahí afuera ya no tienen más víctimas a las que atacar? ¿Qué diablos se iban a llevar entonces?

Esta vez Leo no dijo nada, pues el chico llevaba razón. Estaban tan ofuscados que no se habían dado cuenta de tan evidente circunstancia. El joven salió de la habitación tranquilamente, mientras se deleitaba al sentir cómo sus palabras hacían efecto sobre el resto. Acababa de propinarles un golpe muy bajo y quería disfrutar de ello a solas.

—¿No creéis que sería conveniente vigilarle? —preguntó entonces Enrique preocupado, bajando la voz todo lo posible, pues la novia del otro aún seguía en la habitación, recostada sobre la cama donde dormía la niña y con una expresión desangelada que ensombrecía su faz—. Tal vez le dé por cometer algún tipo de locura.

—No te preocupes, Enrique —lo tranquilizó Leo al momento—. Tan sólo intenta descargar toda su frustración sobre nosotros. En el fondo sabe que no podemos actuar a la ligera, sin meditar bien las cosas antes de correr riesgos innecesarios. De todas formas, hemos de admitir que en esto último que ha dicho lleva toda la razón. Ya no sólo hay que pensar que los infectados han decidido dar sepultura a sus víctimas allí

mismo donde las matan, sino que también hay que darse cuenta de lo confusos que estamos. ¿Qué restos nos creíamos que se iban a llevar si ya no hay más víctimas por los alrededores, a no ser, claro, las que nosotros mismos significamos?

Los repentinos gritos del enfermo que tenían encerrado en el sótano sobresaltaban a menudo a los allí refugiados. Pero cuando había caído ya la noche, la cosa se agravó considerablemente. Aquello ya no eran simples gruñidos furiosos, algo había alterado a la criatura hasta hacerla vociferar de forma insoportable. Todos se alarmaron al oír los potentes golpes que propinaba el infectado contra la trampilla que le impedía salir. Era un estruendo ensordecedor que crispó los nervios de los presentes. La niña, quien ya estaba despierta, buscó el regazo de la joven que tenía cerca casi en todo momento. Su mirada reflejaba aquel terror que la había acompañado desde hacía más de un día.

—No temas, cariño, no te pasará nada, es sólo el hermano de Andoni, que está un poco enfermo y no es capaz de contener los gritos que le producen su dolor. Pero él no puede hacernos daño, porque lo tenemos... encerrado. —La joven no sabía ya qué decir para tranquilizar a Noelia, y tampoco estaba muy segura de que sus palabras producían en ella el efecto deseado o todo lo contrario.

—Pero él es ahora como los demás y seguro que también quiere comernos —musitó la niña, con el llanto apenas contenido.

Los demás habían salido casi todos de la habitación y estaban en el piso de abajo, intentando averiguar a qué se debía el repentino cambio en la actitud del enfermo. Tan sólo Jorge y Enrique se habían quedado junto a ellas, observando también a los que rodeaban la casa. Fuera, la densa oscuridad engullía casi todo con su manto y tan sólo un pequeño perímetro era visible en torno a su posición, justo allí donde llegaba la luz de las farolas cercanas. Procuraban mantener apagadas las lámparas del piso superior el mayor tiempo posible, para no atraer demasiado a las criaturas.

—Es una locura tenerle aquí dentro con nosotros —murmuró Jorge en voz muy baja, con la preocupación marcada en el rostro—. Una locura absurda y peligrosa.

—Tienes toda la razón. Sin embargo, debemos ponernos en su lugar —contestó Enrique—. Cualquiera de nosotros habría hecho lo mismo por alguien tan querido.

Jorge guardó silencio un tanto avergonzado. Recordó que la tarde anterior había huido dejando a tres niños solos ante el peligro, y todo para salvar una vida que ya no tendría sentido de no ser porque ahora tenía a alguien a quien proteger. Noelia era la única superviviente, junto a él, de aquella masacre que había azotado a casi toda su familia en aquella malhadada merienda. Sus padres, sus primos, su propia prometida. Allí había perdido una parte sustancial de lo que significaba su existencia, y sin embargo, el maldito instinto de supervivencia le había hecho huir de aquella forma tan vergonzosa.

Las cosas parecían ir de mal en peor allí abajo. Una acalorada discusión cobró vida en pocos segundos y las voces aumentaron la preocupación de los de arriba. La cosa se ponía fea de verdad.

—Parece que Andoni les está dando problemas —intuyó Enrique descorazonado.

El joven estaba en lo cierto, como así corroboraron las palabras que luego pudieron escuchar. El muchacho de cabellos teñidos pretendía sacar a su hermano, pues el dolor que sentía por este había nublado absolutamente su cordura.

—¡Dejadme pasar ahí dentro! Tengo que sacar a mi pobre hermano de ese jodido sótano. Él me necesita —gritaba fuera de sí.

—Vas a conseguir que nos mate a todos, maldito estúpido —replicó Leo con tono enfurecido—. ¿Cuándo asimilarás por fin que él ya no es un ser humano?

A continuación oyeron sonidos de forcejeo, golpes bruscos contra puertas y muebles y alguna cosa que se caía al suelo. Estaba claro que habían pasado a las manos ya. También pudieron distinguir las voces de los otros dos jóvenes, quienes intentaban sofocar aquella gresca.

—La cosa se pone tensa, amigo —indicó Enrique, abrumado por la situación—. Aunque sean más los que intentan persuadirle, tal vez deberíamos intervenir.

—Dios mío —lamentó la joven que permanecía recostada sobre la cama, justo detrás de ellos—. Tenéis que hacer que mi pobre Andoni entre en razón. Pero, por favor, no dejéis que le hagan daño. No es un chico malo, tan sólo que esto es demasiado para él.

Jorge también pensaba que debían hacer algo cuanto antes. Lo único que le impedía actuar era el hecho de tener que dejar allí arriba a la niña otra vez. Aunque junto a aquella joven estaría protegida dentro de lo que cabía. Ya se disponía a actuar cuando dos cosas rompieron nuevamente sus esquemas. Una de ellas era la actitud que de pronto mostraron los infectados de allí fuera. Todos los que deambulaban dando tumbos en derredor de la casa se llevaron las manos a la cabeza, como si algo estuviera a punto de explotarles allí dentro. De un momento a otro enloquecieron, víctimas de algún nuevo mal que les torturaba de manera evidente. La otra circunstancia que sorprendió a Jorge fue el potente haz de luz que penetró por una de las ventanas traseras, aquellas que iban a dar justo a la carretera, iluminando el pasillo y algunas de las habitaciones.

—¡Joder! —exclamó Enrique desconcertado—. Parece que hay un coche ahí afuera, descendiendo por la carretera.

—Tú ve a comprobar lo que dices, y enciende alguna luz si es necesario —indicó Jorge al otro—. Tenemos que llamar la atención de quien quiera que conduzca ese vehículo. Yo mientras iré abajo a ver si consigo ayudar a nuestros amigos e impedir que todo acabe en tragedia nuevamente.

—Jorge, no te vayas, por favor —le suplicó la niña, arrugando los labios con una mueca de desesperación—. No quiero que te hagan daño.

—No te preocupes, cielo. Todo saldrá bien, ya lo verás. Es sólo que Andoni está muy nervioso y tenemos que calmarle —respondió el muchacho, adoptando un gesto compasivo.

Enrique comprobó que el vehículo era un Land Rover Discovery de color negro. Descendía efectivamente por la carretera que pasaba junto a la parte trasera de la casa, a una velocidad bastante moderada. Encendió las luces de la habitación con premura, asomándose luego a la ventana. No pudo distinguir al conductor del todoterreno, sin embargo, se dio cuenta de que este había advertido su presencia allí dentro, pues redujo aún más la velocidad hasta casi detener el coche por completo. Allí no había rastro alguno de infectados ahora.

Entre tanto, Jorge se disponía ya a bajar corriendo por las escaleras cuando de pronto los violentos ruidos de abajo se intensificaron hasta límites alarmantes. Antes de que hubiera podido recorrer la mitad de los peldaños, el muchacho de la gorra, quien subía aterrorizado, le instó a retroceder de inmediato.

—¡Corramos a la habitación! —gritó Diego alterado por completo—. Tenemos que protegernos allí. Andoni ha soltado a su hermano y ahora todos ellos han resultado heridos.

Jorge no tuvo alternativa. Tenía que proteger a la niña por encima de todo. Aun así, todavía le costó reaccionar y casi fue arrollado por el otro. Sintió lástima sobre todo por Leo, pero si era verdad que había sido herido por el infectado, el hombre ya estaría sentenciado.

—¡Corred todos y protegeos arriba! —le oyó gritar, pues el hombre se había acercado hasta el primer peldaño. Estaba herido en el cuello, por donde sangraba profusamente—. Intentaré abrir la puerta y arrastrar afuera a los demás, pues nosotros ya estamos perdidos. No me será difícil sacarlos. El hermano de Andoni está completamente aturdido por algún mal, y él se ha vuelto loco e intenta a toda costa abrazarle. He dejado mi escopeta en la habitación, seguro que la necesitaréis en algún momento. También hay cartuchos dentro del chaleco que está junto al arma.

Jorge tragó saliva con fuerza, sintiendo cómo el amargo dolor se deslizaba laringe abajo. Luego dio la vuelta y, tras avisar a Enrique, todos se refugiaron en la habitación, cerrando bien la puerta y asegurándola como pudieron, arrastrando la pesada cama hasta el umbral.

Mientras la niña lloraba, pudieron oír cómo abajo los otros peleaban entre gruñidos, golpes bruscos y lamentos ahogados. De pronto oyeron cómo se abría la puerta principal, pues la llave había quedado puesta en la misma cerradura, para que así no la tuviera en su poder ninguno de ellos que pudiera caer infectado. Mientras Enrique

y Diego vigilaban cerca de la puerta, Jorge corrió hasta la ventana para ver qué ocurría fuera. Lo primero que vio fue al que, sin duda, era el hermano de Andoni. Salió corriendo como una exhalación, tapándose los oídos con ambas manos, mientras sus lamentos quebraban el silencio que antes reinara afuera. Su aspecto era ya cadavérico, pues durante aquellas horas el mal que corría por sus venas le había consumido casi por completo. Sus ropas estaban tan rasgadas que prácticamente iba desnudo, y su piel estaba cubierta de heridas y feas pústulas. Su cuerpo se perdió en la noche, pendiente abajo, engullido por aquella densa oscuridad que nacía donde la luz de las farolas ya no llegaba. A los pocos segundos salió Andoni corriendo tras él, llamándole a gritos con la voz quebrada por el llanto. Su cuerpo se convulsionaba en mitad de la carrera, pues el mal de aquella peste ya corría por sus venas.

—¡Dios mío, Andoni, no! —gemía desesperada su novia, quien se había acercado hasta la ventana a ver qué era lo que sucedía fuera. Luego se dirigió poseída por la histeria hasta la puerta de la habitación. Diego y Enrique intentaron calmarla, pero ella arañaba su superficie y la aporreaba gritando el nombre de su novio.

Casi un par de minutos después, Jorge observó desolado cómo Leo salía de allí también aturdido por aquel mal. Lo más terrorífico de todo era que el hombre llevaba en una de sus manos la cabeza decapitada de Mario, el otro muchacho que había sido contagiado. Al momento el infectado arrojó la testa a un lado sin miramientos, para luego salir corriendo también pendiente abajo. ¿Qué clase de fuerza sobrehumana adquirirían aquellas criaturas para ser capaces de descabezar con tanta facilidad a un hombre?

—Hasta nunca, viejo amigo —musitó Jorge, sobrecogido por la pena.

La niña se había abalanzado junto a él y se aferraba a sus piernas con todas sus fuerzas. Ahora todo parecía ya completamente fuera de control. Sin embargo, algo le hizo conservar cierto resquicio de esperanza. Un hombre apareció allí afuera, recorriendo el pequeño tramo ajardinado que había frente a la casa. Sus pasos delataban seguridad en sí mismo, y por increíble que pareciera, no mostraba signo alguno de miedo en su mirada, aunque esta surgía de un único ojo, pues el otro estaba oculto bajo un parche. Una barba poblada y gris ocultaba gran parte de su rostro y era bastante ancho de espaldas, aunque no muy alto. En sus manos llevaba una escopeta de repetición.

—Bajad sin miedo —gritó al momento, dirigiéndose a ellos sin duda—. El camino está despejado.

—¿Qué hacemos, Jorge? —preguntó Enrique desconcertado, mientras él y Diego aún intentaban calmar a la chica.

—No tenemos alternativa. Nos vamos con él ahora mismo —contestó el joven, mientras tomaba ya el chaleco y la escopeta que Leo había dejado en la habitación. Luego se acercó a la muchacha con lentitud—. Te entiendo mejor de lo que piensas

—le susurró con ternura, en tanto que alzaba ligeramente su rostro, sosteniendo delicadamente su mentón con la mano—. Pero ahora todos te necesitamos. La niña sobre todo. Tienes que ser fuerte, amiga mía. Tienes que intentar sobreponerte a esto. Te prometo que luego lloraremos todos juntos a tu novio y a todos los demás caídos.

La chica se enjugó el llanto con el dorso de la manga mientras su pecho aún se agitaba vivamente. Sin embargo, las palabras de Jorge hicieron efecto en su maltrecha voluntad y al poco ya bajaban todas las escaleras con el corazón palpitando de terror. Jorge encabezaba el grupo, con la escopeta a la espalda, para así mostrar al hombre de afuera que iban en son de paz.

—Daos prisa, no tenemos mucho tiempo —fue todo lo que dijo el desconocido, quien daba media vuelta sin más en dirección a la carretera, que estaba unos metros más allá—. Meteos todos en mi coche, hay sitio de sobra.

Los cinco supervivientes hicieron lo que el hombre les decía sin plantear ningún tipo de pregunta. Ya tendrían tiempo más tarde para las presentaciones. El vehículo era bastante espacioso, aun así cuatro de ellos tuvieron que apretarse como pudieron en los asientos de atrás, en tanto que Jorge montaba en el asiento del copiloto. El hombre se sentó por fin al volante, dejando la escopeta en el hueco que había entre los dos asientos y apuntando hacia arriba. Sin más dilación, puso el vehículo en marcha, con dirección al valle.

—Eso que tienes ante ti es un aparato emisor de ultrasonidos —aclaró al momento, al ver la expresión de desconcierto que se dibujaba en el rostro de Jorge, quien tenía delante, justo en el lugar en que debería estar la guantera del todoterreno, una compleja botonera con displays luminosos y algunos mandos circulares. En la pantalla se mostraban unos números que hacían referencia a frecuencias sonoras—. Desde ahí puedo controlar una señal acústica cuya frecuencia les resulta insoportable a esos desgraciados. Sin embargo, cada media hora debo variar ligeramente la onda que mis emisores lanzan a un área de unos doscientos setenta metros alrededor del coche, pues de lo contrario llegarían a acostumbrarse a esa molestia.

Jorge no supo qué decir entonces. Tantas preguntas e incertidumbres saturaban su mente que se quedó bloqueado por completo durante largos minutos. La carretera por la que avanzaban presentaba un estado bastante lamentable y tenía muchas curvas. La luz de los faros iluminaba aquella siniestra espesura de los bosques que flanqueaban el asfalto. De cuando en cuando, la espeluznante figura de un infectado cobraba forma ante ellos y sus ojos reflejaban la luz de forma tétrica. Sin embargo, al momento se apartaba del vehículo, debido a aquella señal acústica que este iba emitiendo a su paso.

—¿Cómo es que sabe usted todo eso sobre las frecuencias sonoras que pueden alterar a los infectados de esta forma? —se atrevió a preguntar Enrique desde allí atrás, tratando siempre de que su voz sonara lo más amable posible.

Jorge observó intrigado el rostro del hombre, quien no parecía que fuera a contestar, al menos de forma inmediata, a la pregunta del otro. Entonces se dio cuenta de que no sólo carecía de un ojo, sino que también mostraba un montón de feas cicatrices que ahora estaban semiocultas por la espesa barba. Era una persona de lo más misteriosa.

—Todo eso es muy largo de explicar, muchacho —contestó al fin, sin poner mucho énfasis en sus palabras. Era como si su mente estuviera entregada a algún tipo de divagaciones que le hacían mostrarse un tanto ausente. Pero su gesto serio y decidido hacía que los otros sintieran cierto respeto, y decidieron no atosigarle con demasiadas preguntas.

—Sólo una cosa más —se atrevió a decir Jorge, con un nudo en la garganta—. ¿Por qué nos dirigimos hacia el pueblo? ¿No sería más seguro intentar salir del valle, subiendo hacia las montañas para luego descender por la otra cara?

—No hay salida posible, amigo —respondió el hombre con parsimonia—. Estamos condenados para siempre, pues esto se ha ido de madre. Lo que me extraña es que aún no hayan decidido cortar el problema de raíz.

Aquellas palabras fueron recibidas por los otros como si de un mazazo en pleno estómago se tratase. ¿Cómo era posible que el mundo exterior, su propio gobierno y las demás personas les dieran la espalda de esa forma? ¿Hasta qué punto era consciente el pueblo de lo que realmente había sucedido allí dentro, en aquel valle? Todo aquello parecía una terrible pesadilla sin final.

Mientras aquellas preguntas atormentaban la mente de los supervivientes, el vehículo avanzaba con mucha lentitud carretera abajo, hacia un destino incierto.

En la parte trasera del todoterreno, Noelia observaba aturdida el paisaje nocturno que desfilaba ante ellos, sentada sobre el regazo de la chica. Enrique iba encajado en el medio, entre ellas dos y Diego, quien parecía muy soñoliento por entonces. No se había quitado la gorra en todo el tiempo y aún portaba el bate entre sus manos.

Llegaron por fin a la entrada de la villa. Un cartel anunciaba el nombre a la derecha, semioculto por los tentáculos de unas zarzas que crecían desde la pared pedregosa que flanqueaba ese lado de la carretera. Una enorme furgoneta había quedado volcada justo en mitad del asfalto, impidiendo el avance de cualquier otro vehículo. Las luces del todoterreno iluminaron la desagradable escena que tenía lugar allí mismo. Unos cinco infectados permanecían agachados como hienas hambrientas sobre dos cadáveres que estaban tendidos en el suelo. Habían abierto sus vientres y ahora extraían a puñados las entrañas para llevárselas a la boca con avidez.

Cuando el vehículo se aproximó a los infectados, reduciendo la velocidad hasta detenerse, estos dirigieron sus miradas hacia el mismo. Sus ojos reflejaron la luz de

los faros de forma tétrica mientras se levantaban como depredadores en estado de alerta.

—¿Por qué no se alejan? —preguntó alarmado Jorge, apenas pudiendo disimular su turbación—. ¿Es que ya no les afecta el sonido?

—Sus mentes son un enigma —respondió el hombre que estaba al volante con asombrosa tranquilidad—. No todos resultan alterados por la misma frecuencia ultrasónica. Hay una amplia gama de frecuencias no perceptibles por el oído humano que les altera. Sin embargo, algunos de ellos son alterados por una frecuencia, mientras que otros lo son por otra ligeramente distinta. Si tenemos en cuenta que también pueden llegar a acostumbrarse al ultrasonido que les afecta, comprenderéis que esta no es un arma ideal ni muchísimo menos. —Los infectados se acercaban peligrosamente, mientras el hombre proseguía con su explicación de manera desquiciantemente lenta—: La única forma de usar esto de manera un tanto segura es variando la frecuencia con sutileza una vez estás rodeado de estas malditas criaturas.

Una vez dicho esto, el hombre extendió su mano hasta uno de los mandos circulares. Giró con lentitud la rueda mientras el display luminoso mostraba los cambios en la frecuencia sonora. Todos comprobaron un tanto aliviados cómo dos de los infectados se echaban las manos a la cabeza, enloquecidos por el ultrasonido. Luego, el hombre invirtió el sentido de giro y otras frecuencias más altas fueron plasmadas en la pantalla, hasta que por fin los otros tres enfermos comenzaron a dar muestras de aturdimiento. A los pocos segundos ya habían emprendido la huida los cinco, rodeando la furgoneta caída, para internarse en la villa.

Todo había pillado absolutamente por sorpresa a los integrantes del actual gobierno del país. Nadie sabía exactamente qué era lo que estaba sucediendo en aquella apartada villa del norte de la península. Las autoridades sanitarias no habían sido capaces de desentrañar la naturaleza de la plaga, y ni tan siquiera se tenía constancia de los patrones de propagación que esta seguía. La primera noticia del desastre fue recibida en la comisaría de policía del concejo, cuando dos agentes informaron alarmados de lo que acababa de suceder en un pueblo llamado Villa Nova. A partir de ahí, la voz de alarma se desató de manera preocupante cuando un montón de llamadas saturaron las líneas. Todas ellas hacían referencia a lo mismo: algo maligno se estaba extendiendo rápidamente por aquel valle. Ante la posibilidad de que la extraña enfermedad se les fuera de las manos, el gobierno dio la difícil orden de que se estableciera una agresiva cuarentena en la zona afectada. En torno al enorme valle se demarcó una línea divisoria, cuyos puntos más susceptibles de ser alcanzados por los habitantes del lugar, con clara intención de huida, fueron enseguida asegurados por la presencia de unidades especiales del ejército. Tenían órdenes muy concretas de impedir el paso a todo aquel que quisiera entrar o salir del valle. En primer lugar, el protocolo de emergencia les ordenaba advertir a los posibles intrusos para que se alejaran de allí inmediatamente. En segundo lugar, se les exigía que dispararan a modo también de advertencia, sin necesidad de abatir objetivo alguno. Por último, si esto no amedrentaba lo suficiente a aquellos invasores, los miembros de las unidades de defensa tendrían que neutralizar a los intrusos, dándoles muerte si ello era necesario. Había que salvaguardar al resto del mundo a toda costa. Lo principal en aquellas circunstancias era evitar una catástrofe de dimensiones mucho mayores, aunque ello supusiera el sacrificio de unas cuantas vidas civiles.

Había dos principales vías de acceso al valle, una a cada extremo del mismo, allí donde las dos grandes cordilleras que flanqueaban la zona estrangulaban la carretera comarcal que recorría todos los pueblos del interior. Uno de esos dos puntos estaba situado justo al lado del río, en una zona ya bastante baja. El otro se encontraba ubicado en la cima de una colina que se interponía casi en mitad de las dos cordilleras. Ambos emplazamientos eran relativamente fáciles de vigilar. En el punto más elevado habían sido situadas tropas de refuerzo, a los lados de las crestas montañosas, para así dar cobertura a la unidad que defendía la carretera comarcal.

Aquella había sido una decisión de emergencia. Ahora las autoridades tendrían que evaluar la situación con mucha delicadeza. Había mucho en juego, y los

ciudadanos de todo el país exigían respuestas satisfactorias lo más rápidamente posible. Pero los mandatarios no querían que se supiera cuáles eran las órdenes exactas que habían dado, y por ello, apenas horas después de que se desatara aquella catástrofe, ordenaron también inutilizar todos los posibles de medios comunicación entre el interior del valle y el resto del mundo. Para ello fueron destruidas antenas de telefonía móvil, tendidos de teléfono ordinario, repetidores de señales de radio o televisión, e incluso líneas de internet. Había que silenciar la voz de aquella gente a toda costa. Ya habría tiempo más tarde de confeccionar una explicación satisfactoria, si es que la verdad al final resultaba demasiado incómoda como para ser divulgada sin cortapisas.

La única medida que se tomó entonces para ayudar a los que habían quedado atrapados dentro de la zona afectada fue la de sofocar algunos incendios que se habían propagado por las laderas de los montes. Varias unidades aéreas se encargaron de ello, vertiendo sobre el fuego toneladas de agua. Aunque cabe resaltar que también aquello fue decidido bajo la expectativa de que el fuego no fuera a más, amenazando también las zonas cercanas al valle.

La siguiente precaución había sido puesta en marcha apenas veinticuatro horas después del inicio de la plaga. Consistía en evacuar todas aquellas zonas habitadas que colindaban con el valle, para luego dejar que el ejército estableciera allí sus bases militares. Aquella decisión provocó más de una revuelta, donde varios ciudadanos resultaron heridos e incluso muertos. Algunos no daban crédito a lo que se les estaba contando y más bien creían que eran patrañas para encubrir de forma rocambolesca algún tipo de alzamiento militar. También comenzaron a eclosionar de forma abrumadora todo tipo de teorías conspiranoicas, pues los sucesos acaecidos durante aquellas cuarenta y ocho horas eran el campo perfecto para hacer fértiles semejantes historias. Las más extendidas hacían referencia a la supuesta intervención de potencias mundiales, quienes subrepticamente habrían estado experimentando con la población civil del país afectado, provocando de forma accidental el posterior cataclismo. Otros barajaban incluso la hipótesis de probables contactos establecidos con civilizaciones extraterrestres, cuyos resultados habían sido de lo más nefasto, debido a la incompatible naturaleza entre ambas formas de vida.

Todo había sucedido tan rápido que ni siquiera se pudo sellar el perímetro de seguridad en su totalidad con unidades especializadas pertenecientes al ejército. Aquellos puntos del mismo que fueron considerados un poco menos vulnerables, pero por donde quizás pudiera haber fugas, fueron asegurados con unidades antidisturbios del Cuerpo Nacional de Policía.

Uno de los episodios más dramáticos en aquel conflicto tuvo lugar precisamente en uno de los pasos vigilados por una de estas unidades. En la cima de una colina al sur del valle, allí donde una de las dos cordilleras principales delimitaba la gran

depresión geográfica, había un acceso cruzado por una vieja pista de arena que en aquellos años había caído prácticamente en desuso. Antiguamente daba paso a camiones y demás vehículos pesados hasta una mina de cemento a cielo abierto que había cercana al lugar. Ahora ya nadie pensaba que pudiera considerarse una posible vía de fuga a nivel masivo, y por eso no pusieron especial cuidado a la hora de proteger el acceso. Sin embargo, no lejos de allí había ubicada una pequeña aldea no muy poblada. La gente que residía en ella se vio pronto atrapada dentro de los confines del valle y las demás zonas aledañas que habían sido puestas en cuarentena. Durante las primeras noches de aquel holocausto no tuvieron que hacer frente a ninguno de los infectados, pero sí advirtieron pronto cómo algo extraño estaba pasando. La escasa comunicación que tenían con el resto del mundo se cortó de forma repentina. No había señal de radio ni televisión, así como tampoco línea telefónica. Los furgones que solían acceder al lugar con el pan y la leche también dejaron de llegar a la villa, y todos comenzaron entonces a sentirse alarmados. Muchos cogieron sus coches con intención de bajar a las zonas más pobladas, pero ninguno de ellos regresó nunca, y los que seguían dentro de la aldea estaban cada vez más preocupados. Era como si el resto del mundo hubiera dejado de existir para ellos.

Al tercer día recibieron por fin noticias del exterior, pues una señal de radio fue emitida de manera especial para la gente atrapada dentro del perímetro de seguridad. Una voz les anunciaba que pronto recibirían ayuda de mano del propio ejército del país, y les instaba a mantener la calma. Aquella voz también les pedía que se refugiaran en sus casas, asegurando puertas y ventanas con elementos sólidos, y que no salieran bajo ningún concepto de las mismas. Pero las provisiones escaseaban en la aldea y pronto se verían en una situación de lo más peliaguda.

Fue entonces cuando llegó hasta el lugar un joven, cuya apariencia cansada, junto con el terror que tenía grabado en sus ojos, les hizo a todos estremecer. El muchacho aseguraba que una espantosa plaga se había desatado por todos los pueblos del valle, y que varios miles de infectados deambulaban por la zona atacando de forma feroz a las personas aún sanas. Todo aquello hubiera resultado absolutamente increíble de no ser por el resto de extrañas circunstancias que estaban acaeciendo.

Los que ahora permanecían en la aldea no llegarían a un total de cien personas, veinte de las cuales eran mineros retirados. Tan sólo una docena de vehículos quedaban en la zona. Decidieron de forma unánime enviar tres de ellos, conducidos por las personas más jóvenes que aún había en el pueblo, en direcciones distintas, con la intención de explorar principalmente las zonas altas. Querían encontrar una vía de escape lo suficientemente accesible y desprotegida. Uno de ellos no regresó jamás, mientras que otro lo hizo exhibiendo en su carrocería más de media docena de orificios, provocados por los disparos de una de las unidades especiales que vigilaban las salidas del territorio infectado. El tercer coche llegó intacto y sus ocupantes

informaron a los aldeanos sobre el paso de la pista de tierra, cuya vigilancia parecía mucho menos recia que en otras zonas.

Se comenzaron a fraguar entonces una docena de distintos planes de huida. La mayoría de las personas no podrían hacer frente ni siquiera a esa más endeble unidad de defensa, pues casi todos superaban la edad de sesenta años. Por si todo ello fuera poco, uno de los pocos jóvenes que había en el lugar informó, al amanecer del quinto día tras el inicio del holocausto, de la llegada de una especie de contingente de infectados por el norte. Subían la ladera de la colina, atravesando un espeso bosque, y aunque lo hacían de forma lenta, no parecía que fueran a detener su avance en ningún momento. Pronto invadirían las calles de la apartada aldea. El pánico cundió entre la gente de forma preocupante, pero fue entonces cuando se decidió tomar una medida desesperada con la que aliviar una situación también desesperada. Fueron unos cuantos mineros retirados quienes idearon la estrategia. Todo era cuestión de pura física. Ellos estaban justo entre la espada y la pared. Eran como la pólvora que hay concentrada entre dos elementos férreos, y si estos decidían presionar sobre ella de forma asfixiante, no tendrían más remedio que explotar, reventando los diques que los oprimían, aunque para ello tuvieran que pulverizarse en el intento.

El planteamiento era bien sencillo: Por el norte llegaba una rabiosa horda de infectados, cuyo número debía superar con creces el millar de individuos, mientras que por el sur estaban completamente cercados por unidades del ejército y de la policía nacional. Ellos sólo tendrían que dejar que la marea siguiera su curso, aunque lo cierto es que pretendían variar ligeramente la trayectoria del mismo. No estaban dispuestos a morir de aquella forma tan horrible, allí atrapados, bajo el yugo opresor de su propio gobierno y el zarpazo fiero de una desatada horda de posesos. Su intención era la de refugiarse lo mejor posible dentro de sus casas, pertrechados con las escasas armas de caza de que disponían, mientras otros tres vehículos llamaban la atención de sus atacantes. Luego esos coches tendrían que conducir al contingente de infectados, llevándolos justo por el camino que conducía a la pista de arena. Allí mismo, harían entrar en conflicto a las dos fuerzas que les mantenían constreñidos en aquella difícil situación.

Aquel plan dejaba un montón de dilemas éticos y morales. Lo que se pretendía era arrojar a las fieras que les amenazaban contra otros seres humanos, quienes después de todo tan sólo seguían órdenes en el cumplimiento de sus trabajos. Además, muchos consideraban que aquellas medidas drásticas habían sido tomadas con la intención de impedir que aquel mal se propagara más allá de una forma desastrosa. No les habían dejado tirados por nada, sino por el bien de la propia humanidad. Dar sus vidas de aquella forma era un mal mucho menor del que podría sobrevenir si permitían que los infectados cruzaran la línea de seguridad. Por lo tanto, muchos se

opusieron a aquel plan, alegando que mejor harían dando sus ancianas vidas para así salvaguardar las de los hijos y los nietos que afuera aún no sufrían las consecuencias del desastre. Pero estos eran una minoría en comparación con los que deseaban huir, justamente para poder comprobar por sí mismos que estos seres queridos de quienes se hablaba aún seguían con vida allí afuera.

El primer capítulo de aquella tragedia tuvo lugar entonces, cuando en la propia aldea se enfrentaron de forma encarnizada los defensores de estas dos posturas opuestas. Los que preferían sacrificar su propia vida en pos de las de los que afuera aún no estaban directamente expuestos a la plaga amenazaron con dar la voz de alarma a las unidades de defensa, informando sobre lo que allí se estaba gestando. Los otros, que como se ha dicho ya eran absoluta mayoría, no permitieron semejante traición, y entonces nadie pudo evitar que corriera la sangre. Hubo disparos, muertes por armas blancas tales como un hacha o un machete, discusiones enconadas que terminaban en peleas terribles, y todo ello guiado por la batuta invisible del pánico. Ya casi nadie se daba cuenta de lo que hacía, y sus mentes actuaban guiadas por el piloto automático del instinto de supervivencia.

Finalmente, quienes apoyaban el desesperado plan tomaron nuevamente el control de la aldea. Apenas les quedaban unas pocas horas para prepararse, pues ya se podía oír el tumultuoso murmullo de gruñidos que se aproximaba de forma inexorable por el norte. El crepúsculo enrojecía ya los cielos casi por completo despejados, y las sombras se alargaban sobre las solitarias calles. Dentro de las casas la gente contenía el aliento, vigilando entre las rendijas de los tablones de madera que protegían sus ventanas. Al otro lado de los muros de piedra, aquellos que delimitaban los confines de la aldea, comenzaron a surgir las siniestras figuras de varios individuos. Su avance era errático, algunos incluso parecía que cojeaban torpemente, inclinándose hacia alguno de los lados o hacia delante, como si su cabeza representara una carga difícil de llevar. Mostraban unos rostros demacrados y cadavéricos, y en las miradas vacías de sentimientos ardía una sed aterradora de sangre. Sus ropas eran ya apenas unos harapos que colgaban sobre aquellos cuerpos escuálidos y de color enfermizo. De entre los árboles que había en el bosque surgían por docenas para luego atravesar el muro, casi a empujones entre ellos, con torpes movimientos. Pronto invadieron las estrechas calles de suelos adoquinados, llenando con su ensordecedor zumbido de gruñidos la atmósfera del lugar. Se hacía realmente duro y difícil contemplar aquella pavorosa escena sin que el corazón se le desbocara a uno dentro del pecho.

Afortunadamente no hacían gala de una inteligencia muy aguda los miembros de aquella oscura horda. Sus razonamientos seguían unos procesos de lo más elemental, e incluso algunas veces funcionaban a un nivel inferior. Olisqueaban el aire, como percibiendo el aroma a ser humano, pero la mayoría no eran capaces de determinar que tras aquellas paredes de piedra pudieran estar protegidas sus anheladas presas. No

obstante, esta circunstancia no duró demasiado, pues varios de ellos pronto se abalanzaron sobre las selladas puertas y las persianas de las ventanas más bajas. El pánico apretó su presa sobre los corazones de quienes presenciaban la escena desde el otro lado de los ventanales de los pisos altos. La puerta de una de las casas más cercanas al bosque fue abatida ante la mirada de espanto de muchos. Pronto unos gritos preñados de angustia surgieron del interior de la casa, cuando una pequeña facción inundó sus entrañas, acelerando de forma asombrosa sus movimientos bajo la expectativa de un bocado fresco que al fin saciara su hambre. Al poco, varios de los atacantes surgieron de la casa, mostrando en sus manos los trozos desmembrados que acababan de arrancar a sus víctimas.

Varios hombres surgieron de balcones, azoteas y buhardillas para posicionarse lo más alto posible sobre el nivel de las calles. Se convirtieron de inmediato en blancos perfectamente visibles, pero al mismo tiempo completamente imposibles de alcanzar para los infectados. Entonces comenzaron a ondear unos voluminosos trapos y al momento consiguieron atraer la atención de la mayoría de aquellos que se arrastraban por sus calles. Una vez que el grueso de aquella tropa infecta se dirigía en dirección a los hombres, estos volvían a ocultarse en sus desvanes, dejando que otros les dieran el relevo atrayendo a los infectados hacia un punto más lejano. Estaban conduciéndoles en una trayectoria muy concreta, para que al fin atravesaran toda la aldea en dirección sur. Cuando un considerable número de ellos había sido al fin conducido hasta dicho punto, repetían una vez más aquella operación, y de esta forma, poco a poco, los infectados eran dirigidos como marionetas. Muchos de los aldeanos eran experimentados pastores y no se sentían demasiado desubicados manejando un rebaño como aquel.

Los vehículos todoterreno estaban unos doscientos metros más arriba, sobre una loma que dominaba el lugar, a la espera de una señal convenida para al fin poner sus motores en marcha y encender sus potentes faros. Sus conductores tendrían que ser pacientes, pues cuanto mayor fuera el número de infectados reconducidos por sus camaradas, mayor impacto tendría el golpe asestado contra la barrera que les impedía ser libres.

A unos cinco kilómetros de allí, colina arriba, la unidad policial vigilaba el paso que atravesaba la pista de arena, completamente ajena al mal que se les venía encima. Varios dispositivos detectores de presencia, tales como radares y sensores de movimiento, controlaban la zona que habían de proteger. Habían dispuesto unos potentes faros a ambos lados de la pista, encaramados sobre la propia ladera que flanqueaba el paso y un gran risco situado en la margen opuesta. En su momento servirían para cegar por completo a quien quiera que se acercara desde el interior, a la vez que para iluminar esos posibles objetivos. Ahora permanecían apagados y la

única luz que bañaba las cimas de los montes, y los bosques tupidos que se desplegaban ladera abajo, era la de las rutilantes estrellas.

Había dos furgones blindados tras unas barricadas de acero y alambre de espino, pues aún no habían tenido tiempo de levantar ninguna barrera más sofisticada, en medio de la pista. Un poco más arriba, tras la línea de seguridad, había una árida explanada donde la unidad había situado su base. En el lugar había un total de cien agentes antidisturbios, y por las noches se iban turnando para que al menos diez de ellos permanecieran despiertos, vigilando en todo momento las pantallas de los radares y demás sensores. Tenían órdenes de llevar caretas en todo momento mientras permanecieran junto a la línea divisoria, aunque la mayoría de ellos consideraba aquella medida algo completamente absurdo, pues ni siquiera se sabía si la enfermedad podía propagarse por vía aérea. Además, de ser así, los filtros de las mascarillas protegían tan sólo de ciertos gases comunes, y eran más un elemento puramente aleatorio que el gobierno había impuesto como para lavarse las manos en cierta medida. Muchas veces había que procurar aparentar, aunque ello conllevara el riesgo de hacer el ridículo ante potencias mucho más avanzadas.

Mike y Raúl eran dos agentes que estaban de guardia aquella fatídica noche de abril dentro de uno de los furgones. Jugaban a las cartas con gesto soñoliento, mientras de vez en cuando lanzaban miradas a las pantallas luminosas de los radares. Nada hacía pensar hasta el momento que aquella noche fuera a ser distinta a las anteriores.

—La verdad es que a veces siento curiosidad por saber cómo son esos infectados —musitó Mike con tonto aburrido. Aún no habían tenido ocasión de presenciar el horror de aquella plaga con sus propios ojos. Tan sólo conocían las truculentas historias que habían llegado hasta sus oídos.

—No estaría mal poder disparar de una vez a algo que no sean pobres personas asustadas metidas en sus vehículos todoterreno —corroboró Raúl, reprimiendo un hondo bostezo, bajo aquella máscara que estrangulaba parcialmente su voz.

—¿Crees que verdaderamente esas cosas son tan horribles como las pintan? —aventuró Mike con aire dubitativo. No acababa de tragarse por completo aquellos relatos que había podido escuchar, casi de forma subrepticia, entre varios miembros de otras unidades cercanas. La información proporcionada por los mandos no era, ni tan siquiera para alguien como ellos dos, lo bastante explícita como para hacerse una idea nítida de lo que realmente sucedía.

—Si quieres que te diga la verdad, espero que sí —aseguró el otro, mientras del interior de su careta surgía el sonido distorsionado de lo que debía de ser una risa maliciosa—. De no ser así, creo que no valdría la pena estar aquí encaramados día y noche, chupándonos todas estas horas de puro sopor.

En aquellos momentos no eran completamente conscientes de lo mucho que, horas más tarde, desearían haber sido víctimas tan sólo de aquel tedio adormecedor. Pero al poco todo cambió de forma drástica. Primero fue el rugido lejano de unos motores. Luego, varios de los sensores de movimiento situados más lejos comenzaron a zumbear, delatando la presencia de remotos intrusos. La unidad al completo tomó posiciones, interrumpiendo rápidamente su descanso, pues así lo marcaba el protocolo especialmente diseñado para su misión. Todos se mostraban bastante furiosos, ya que, al principio, nadie imaginaba que pudiera tratarse de algo más que simples ciudadanos desesperados con ansias de libertad. Pero los dos vehículos que veían aproximarse no continuaron avanzando hacia la frontera, sino que a unos quinientos metros se detuvieron, apartándose a ambos lados de la pista. Allí permanecieron durante algunos segundos, con los faros encendidos de cara a los hombres que vigilaban el paso.

—¿Qué es lo que están haciendo esos imbéciles? —musitó el teniente Nogal, quien observaba toda la operación desde su elevada posición, allí sobre la inclinada pared montañosa que flanqueaba por un lado la pista—. Espero, por su propio bien, que no intenten jugar con nosotros.

A continuación, dio orden de advertir por megafonía a los intrusos para que se retirasen del lugar lo antes posible. Los potentes focos habían sido encendidos e iluminaban las suaves lomas y depresiones yermas que descendían ante ellos en suave declive.

Los vehículos permanecían quietos sobre sus posiciones, con los motores aún encendidos. Entonces llegó un tercer todoterreno y los otros dos apagaron sus luces. Ante el desconcierto de los agentes, quienes formaban una barrera humana junto a la frontera, el tercer vehículo dio media vuelta, casi con un trompo sobre la arena, y los otros dos le siguieron de inmediato. Los tres se retiraban lentamente, pendiente abajo, pero ahora habían tomado otra pista diferente.

—¿Qué es lo que están haciendo esos jodidos tarados? —se preguntó irritado el teniente Nogal—. Esto no tiene sentido. Ahora se van colina abajo, por otra pista distinta. Estos idiotas pretenden jugar con nosotros.

Pero alguien le indicó entonces lo que marcaban varios sensores de movimiento, cuya lectura corroboraba lo que ahora mostraban también los radares. Algo realmente inmenso, del tamaño de un ejército, se dirigía directamente hacia ellos. Al poco, los potentes focos iluminaron una masa informe que se arrastraba pendiente arriba, de manera lenta pero inexorable. Centenares de rostros demacrados y cetrinos tomaron forma bajo las luces, en tanto que un clamoroso eco se alzaba en el aire fresco de la noche. Aquellos gruñidos rabiosos helaron la sangre de todos los miembros de la unidad. Eran hombres aguerridos y entrenados los que allí formaban en defensa de la frontera, pero nada les había preparado para aquello.

El siniestro contingente se les venía encima como una marea de fieras rabiosas. La sangre se les heló en las venas, pues ni siquiera sus focos alcanzaban a iluminar todo el frente de aquella horda que ascendía de forma desordenada, pero casi compacta por su elevado número. La unidad policial contaba con armas de fuego, escudos, gruesos chalecos antibala y todo tipo de protecciones, pero su número era infinitamente inferior al de los atacantes. La única baza con la que jugaban a favor por el momento era la de que el paso se estrechaba allí donde estaban, y era muy difícil cruzar el acceso por cualquier otro lado sin despeñarse colina abajo.

No tardaron en abrir fuego de manera casi desesperada, procurando no romper la línea que formaban como una barrera, mientras los agentes apostados en las zonas que flaqueaban el paso disparaban también a modo de cobertura. Los escudos los tenían dispuestos sobre sus pies en aquellos momentos, pero todos rezaron porque no llegara el momento de tener que usarlos.

La desesperación crecía a cada segundo al ver cómo los fusiles de asalto G36E que el gobierno les había proporcionado apenas ralentizaban un poco el avance inexorable de los infectados. Muy pronto, la mayoría de los hombres cambiaron las palancas selectoras del fusil, pasando de modo semiautomático a ráfagas. Algo extraño les pasaba a aquellas criaturas, pues los disparos recibidos, aun siendo mortales en muchos de los casos, apenas les hacían desestabilizarse momentáneamente. Sus heridas casi no sangraban. Era como si ya no corriera flujo por sus venas, cosa que hizo pensar a más de uno que, en realidad, se enfrentaban a muertos vivientes más que a vivos enfermos. Los miembros de la unidad tenían que hacer verdaderos esfuerzos para mantener sus posiciones, pues nada ni nadie les había preparado para una misión como aquella. Esa era una operación suicida, pues tan sólo aquellos blancos que eran alcanzados en plena testa caían abatidos sobre el suelo, y en ocasiones incluso tras unos segundos. Aquello era muy distinto que contener una marea enfebrecida de manifestantes o aporrear a unos jóvenes radicales toscamente armados con sencillos artilugios arrojadizos.

Ni tan siquiera habían sido previstos planes alternativos ante una situación como aquella. Las autoridades apenas habían dispuesto de tiempo para cercar la zona afectada, y el paso que vigilaba esta división no había sido estimado en un primer momento como un punto crítico.

Varios hombres empezaron a considerar la retirada como una alternativa más sensata. Aún estaban a tiempo de escapar con vida de aquel infierno. De todas formas, ya no iban a ser capaces de frenar el empuje de aquella horda infernal. Quizás lo mejor sería informar a otras unidades, con el fin de evitar que la fuga de infectados continuara su curso hacia zonas habitadas. Había de tenerse también en cuenta que la

evacuación de los alrededores ya se había puesto en marcha y el ejército tenía el control de un amplio perímetro de la región.

La cosa se puso aún peor cuando un elevado número de infectados comenzó a experimentar un cambio en su conducta. En lugar de ascender como una masa homogénea de personas medio aturdidas, algunos de ellos parecieron ser víctimas de ataques de ira incontenible. Entonces se separaron del grueso de la horda, corriendo de manera desatada hacia la línea de agentes. Parecían presos de algún tipo de rabia, pues sus gruñidos eran como alaridos que desgarraban sus gargantas, mientras que sus miradas inyectadas en sangre reflejaban una demencia inimaginable.

—¡No retrocedáis! —ordenó el teniente Nogal, aún encaramado sobre uno de los puntos elevados que flanqueaban el paso—. Lo estrecho del acceso anulará su superioridad numérica. Tan sólo tenemos que aguantar hasta el final. Ellos no pueden hacernos daño a distancia.

Era cierto que muchos de los infectados se despeñaban colina abajo y que tan sólo un rosario de enemigos, un alargado frente, podía avanzar directamente sobre la línea divisoria. Sin embargo, no disponían de tanta munición como para terminar con semejante ejército. Por si ello fuera poco, tan sólo los blancos alcanzados en plena cabeza eran efectivamente neutralizados.

Finalmente, el grueso de aquella oscura hueste se echó encima de los agentes que aún mantenían sus posiciones, protegiendo con sus propias vidas el acceso de aquella pista. Allí ya daba igual poner o no en práctica todas las estrategias aprendidas por los miembros de la brigada. Jamás estas habían sido diseñadas para frenar el avance de tan nutrido contingente de seres que ni tan siquiera reparaban en perder sus vidas. Debido a ello, muchos agentes empezaron a alejarse de la formación, quedando al momento rodeados por decenas de infectados, y de poco les sirvieron entonces sus escudos y demás protecciones, así como las enormes porras que esgrimían en sus manos. Los agentes que aún permanecían estoicamente vigilando el paso también eran abatidos de forma espantosamente rápida. Muy pronto se fueron abriendo enormes brechas en aquel dique humano, y la marea de infectados comenzó a calar por fin más allá de las líneas divisorias.

UNA NUEVA PLAGA SE CIERNE SOBRE LA VILLA

Hacía ya varias horas que se podía ver a las ratas por todas partes. Habían surgido de las alcantarillas y la parte subterránea del río, allí donde el mismo cruzaba bajo el pueblo, atravesando una zona abovedada de casi un kilómetro de largo. Ahora invadían las calles como una plaga que rivalizaba con aquella otra que ya se adueñara horas antes de las mismas. Había algo alarmante en la forma en que se desplazaban frenéticamente de un lado a otro, lanzando unos chillidos excepcionalmente repugnantes. Algo estaba alterando su comportamiento de forma notable. Jaime y los demás refugiados advirtieron pronto aquella circunstancia. Algunos barajaron llenos de horror la hipótesis de que también ellas pudieran haber desarrollado la infernal enfermedad. De ser esto así, resultaría verdaderamente difícil poder mantenerse a salvo de tan escurridizas y pequeñas amenazas. Pronto las miradas de muchos comenzaron a escrutar cada rincón y recoveco de la enorme sala, sumida ahora en una oscuridad angustiosa. ¿Por cuántos de aquellos sombríos huecos podrían colarse tan silenciosas enemigas?

—Esto no me gusta nada, amigos —aventuró Ernesto preocupado, mientras se bajaba del enorme bafle que había a uno de los lados del escenario. Acababa de constatar por sí mismo lo que ya le había asegurado el joven de gafas, quien con frecuencia se subía allí para controlar los movimientos de los infectados a través del estrecho ventanuco—. Si las ratas también han desarrollado ese mal, será un nuevo enemigo muy complicado de mantener a raya. Sin embargo, hay algo que no me cuadra en esta última hipótesis.

—¿De qué se trata, Ernesto? ¿Cuáles son tus dudas? —conminó Jaime a su compañero. Sabía que el joven minero razonaba con bastante coherencia, y nunca desdeñaba sus teorías.

—Pues verás, Jaime —comenzó a explicar, con cierto resquemor ante la forma en que el otro se había dirigido esta vez a él, pues casi daba la sensación de que le había exigido una explicación más que pedírsela—. Todavía no he visto a un solo infectado huir de otro de los suyos, ni tampoco que se atacaran entre sí. Incluso cuando despedazan a una misma víctima, lo hacen más como colaborando entre sí que como rivales. Sin embargo, está claro que los infectados ven a las ratas como una amenaza de la que huir despavoridos, cosa totalmente asombrosa, pues ante los humanos no

sienten el menor atisbo de miedo. Y yo acabo de ver a varios de esos tarados correr acongojados huyendo de unas simples ratas.

—Si lo que dices es cierto —intervino el cura con voz sosegada—, parece ser que, después de todo, Dios todopoderoso nos ha enviado un inesperado aliado.

—Un aliado que más bien sería digno del mismo diablo —apostilló Jaime, mostrando una sonrisa socarrona—. Sin embargo, es una ayuda de cualquier forma y no deberíamos desdeñarla bajo ningún concepto.

—¿Qué es lo que estáis pensando? —preguntó alarmado el joven de gafas—. Ahí fuera está repleto de tarados deseosos de abrimos en canal para hacer malabarismos con nuestras entrañas y vosotros planeáis aliaros con las ratas para... ¿Para qué exactamente? ¿No estaréis pensando ya en abandonar la relativa protección de estas paredes?

—Nadie ha sido tan tajante —se apresuró a aclarar el minero—. Sin embargo, quizás esa idea no sea tan descabellada. Después de todo, si lo que hemos dicho es cierto, tal vez no tengamos una oportunidad como esta más adelante. Ahora las ratas están haciendo retroceder a muchos de los infectados, y aunque aquí por el momento estamos bastante seguros, no disponemos de buenas provisiones para demasiado tiempo.

—Tenemos latas de frutos secos de sobra —puntualizó el joven de gafas, señalando la máquina expendedora de golosinas que había junto a la puerta principal—. Creo que tenemos algunas monedas, y si no, también podríamos forzarla sin demasiadas dificultades. Por otra parte, hay chocolatinas y refrescos a nuestro alcance, y también contamos con el agua corriente del lavabo. Tenemos recursos de sobra como para aguantar hasta que alguien venga en nuestra ayuda.

—¿Pero es que todavía no te has dado cuenta de que nadie va a venir a rescatar tu jodido y escuálido trasero? —lo increpó el rudo motero, mirándole con aire acusador—. Nos han abandonado por completo en este maldito infierno, y si no hacemos algo por salir de aquí, nadie lo hará en nuestro lugar.

—Chicos, será mejor que no discutamos entre nosotros —medió entonces Silvia, situándose justo en medio de ambos interlocutores. Posó una mano de manera amistosa sobre el amplio pecho del roquero, impidiendo, casi de manera simbólica, que el hombretón se acercara más al joven de gafas. Luego dirigió una mirada conciliadora que pareció calmar a aquel—. Jaime, en parte tienes razón con lo que dices. Pero también convendría no precipitarse a la hora de tomar decisiones. Esto a lo que nos enfrentamos es algo completamente nuevo para todos y cada uno de nosotros. No debemos dejarnos llevar por el ímpetu... aunque tampoco por la cobardía extrema —puntualizó luego, dirigiendo esta vez su mirada hacia el joven de gafas, quien sintió cómo un ardiente rubor teñía al momento sus mejillas.

Al padre Adolfo no le pasó entonces desapercibido el brillo de indignación que por un momento cobró vida en los ojos de Ernesto. Quizás fuera fruto de su imaginación, pero parecía como si algún extraño vínculo hubiera comenzado a establecerse entre el rudo roquero y la joven. No acertaba a desentrañar la naturaleza de tan llamativa sincronía, pero lo cierto es que temía que a Ernesto aquella circunstancia tampoco se le había escapado, y quizás él sí comenzaba a hilvanar incómodas conjeturas. Aquello no traería nada bueno para el reducido grupo de supervivientes, y menos en semejantes circunstancias.

—Silvia lleva razón —intervino el párroco de forma oportuna—. Por una parte, no debemos tomar decisiones demasiado precipitadas, y por la otra, tampoco podemos pensar en quedarnos aquí agazapados, en espera de una ayuda que quizás nunca vendrá.

Los otros tres jóvenes que formaban parte del grupo se acercaron a ellos, prestando atención a lo que allí se debatía. Se trataba de tres adolescentes un tanto confusos que apenas aportaban ideas. Uno de ellos, sin embargo, parecía un poco más avisado que los otros dos, aunque su apariencia quizás pudiera reflejar todo lo contrario, pues su rostro estaba repleto de acné y era un tanto obeso.

—¿Y qué es lo que proponéis vosotros? —preguntó el chico, dirigiéndose expresamente al cura.

—Tenemos que observar con más detenimiento la forma de comportarse de los infectados ante las ratas —contestó Ernesto en su lugar—. Debemos asegurarnos de que lo que antes dije se cumpla de forma estricta y continuada. También convendría observar hasta dónde abarca la influencia de los pequeños roedores, en qué medida son capaces de hacer que nuestros enemigos se dispersen y a qué distancia no se atreven a acercárseles. Por supuesto, también convendría averiguar cuanto antes si las ratas pueden o no transmitir la enfermedad.

—Continúa —le pidió Jaime, esta vez de forma mucho más amable. Había adivinado por la expresión del minero que este estaba comenzando a gestar algún tipo de plan y quería conocerlo cuanto antes al completo.

—Tal vez las ratas no sean un aliado nuestro como antes dijisteis. Sin embargo, quizás si puedan prestarnos una valiosa cobertura, un cinturón de seguridad que haga más cómoda nuestra huida. Estamos justo encima del túnel abovedado que conduce las aguas del río bajo gran parte del pueblo. Tal vez pudiéramos hacer uso de él para desplazarnos a otros lugares, siempre bajo la agradable compañía de nuestras amigas las ratas.

—¡Dios mío! —exclamó el joven de gafas horrorizado—. Es la locura más grande que he oído nunca. Aunque esos repugnantes bichos tuvieran el efecto que decís sobre los infectados, ¿no creéis que ya han debido de salir todas de las

alcantarillas y demás subterráneos? El pueblo está infestado ahora mismo de ellas, no creo que pueda haber ninguna más bajo estos suelos. Algo las está haciendo salir.

—Debo admitir que el planteamiento de Ernesto tiene su sentido —inquirió Jaime con gesto meditabundo—. Sin embargo, también hay que admitir que esta rata lleva su parte de razón. Después de todo, corre por sus venas la misma sangre que la de esas alimañas que se arrastran por las cloacas.

Las siguientes horas parecieron transcurrir con una abrumadora rapidez. Era como si las sombras estuvieran ansiosas por inundar las calles desoladas de la villa, pero en esta ocasión con inusitada premura. La noche pronto extendería su cegador manto, dejando completamente huérfanos de luz a los escasos supervivientes de aquella tragedia. Por mucho que intentaran aclararse sobre lo que harían a continuación, aún no habían llegado a una conclusión lo suficientemente meditada. Había quien se sentía prisionero de aquellas paredes, más que protegido por las mismas, como era el caso de Jaime, cuyo corazón suplicaba a gritos por un poco de libertad, aunque la misma pudiera tener como precio su propia vida. Otros, sin embargo, sentían verdadero pánico ante la simple idea de abandonar el abrigo de aquel salón. Aunque la mayoría pensaba que había que valerse de la cobertura del lugar para así poder gestar un plan de huida bien razonado.

Pero ni tan siquiera conseguían llegar a un acuerdo sobre la forma de iluminarse para al menos hacer algo de vida con una mínima decencia. Por una parte, Ernesto aconsejaba no activar las potentes luces halógenas que pendían de las vigas del techo, entre los pequeños banderines que formaban una red sobre sus cabezas y que en otros tiempos habían servido como adorno para alguna de las fiestas del lugar. Por otro lado, algunos aseguraban que la luz no parecía atraer especialmente a los infectados, de modo que, en mitad ya de la noche, llegaron a encender un sector de la sala durante algunos minutos.

—¡Dios mío! Fijaos, muchachos, esos malditos parecen haberse dado cuenta de que estamos aquí debido a nuestra luz —advirtió unos de los jóvenes sin embargo, no mucho después de que todos tomaran la decisión de iluminar parte de la sala.

Y efectivamente, cuando Ernesto y Jaime se encaramaron sobre el bafle junto al muchacho, pudieron contemplar horrorizados y enfurecidos cómo un ejército de sombras avanzaba con paso torpe y lento hacia el edificio, lanzando al aire viciado de la noche su particular cacofonía de agonizantes murmullos. Se empujaban entre sí, apretujados por lo elevado del número.

—No puede ser —masculló Ernesto, preocupado—. Por la tarde parecía que se habían dispersado considerablemente, dejando grandes zonas de la plaza despejadas, y ahora es como si se hubieran vuelto a multiplicar por millones.

—Parece que al final nuestras nuevas amigas, las ratas, nos han dejado también tirados —bromeó Jaime con cierto fastidio marcado en el semblante.

Después de aquello decidieron iluminarse tan sólo con la escasa luz que les proporcionaba la lámpara del baño, dejando que esta se colara por el umbral del mismo, junto al lado de la barra más alejado de la puerta de entrada. Tan sólo la accionaban cuando era estrictamente necesario y enseguida la apagaban para no correr riesgos de más.

A la mañana siguiente, apenas hubo despuntado el sol, Jaime despertó a Ernesto con cuidado de que ningún otro le escuchara.

—Ven conmigo —le dijo en voz muy baja, mientras el otro abría los ojos un tanto extrañado al ver al hombretón inclinado sobre su cuerpo, zarandeándole con suave insistencia.

Sin más, el roquero se incorporó, dirigiéndose hacia la barra que había a un extremo del salón. Pasó al otro lado a través del hueco que quedaba cerca de la pared que estaba más próxima a los baños y alejada de la entrada. Luego se paró junto a una recia puerta de doble hoja y Ernesto pudo ver cómo posaba una de sus orejas sobre la superficie de madera. Parecía que intentaba escuchar lo que pudiera haber al otro lado.

—¿A dónde conduce esa puerta? —le preguntó en voz baja, una vez hubo llegado hasta donde él estaba—. ¿Acaso piensas que pueda haber infectados al otro lado?

—No lo creo, pero no está de más asegurarse un poquito —respondió Jaime con tranquilidad mientras se acercaba al enorme refrigerador que había tras el mostrador. Hizo deslizar con su mano la tapa metálica y extrajo de su interior una cerveza bien fría—. Tan sólo pensé que, ya que aún no tenemos decidido muy bien lo que haremos en las próximas horas, no estaría de más que al menos ampliáramos un poco los horizontes de nuestro territorio —explicó a continuación, mientras quitaba la chapa de la botella con sus propios dientes para luego propinar un largo y reconfortante trago a la bebida—. ¿Quieres un poco?

Ernesto declinó con un gesto silencioso la invitación de su compañero en espera de una aclaración más detallada por parte del hombretón.

—¿Tienes alguna idea de adónde puede conducir ese acceso? —se limitó a preguntar el minero, señalando hacia aquella puerta.

—Sé lo que hay al otro lado, y también más allá. Cuando era apenas un adolescente, mis amigos y yo solíamos aventurarnos a explorar todos y cada uno de los lugares de este edificio. En principio, teníamos acceso a un pequeño local que la asociación de vecinos nos cedía a cambio de ciertas labores que realizábamos para ellos. Durante un tiempo, yo también tuve el control de la biblioteca contigua al mismo; para el resto, simplemente fue cuestión de forzar algunas puertas —explicó el

hombretón, adornando sus palabras con gestos de complicidad, mientras aún se terminaba la cerveza que tenía en la mano—. Al otro lado de esta puerta hay una pequeña cocina, y luego una puerta que conduce a la biblioteca que antes he mencionado. Más allá están el local de la asociación de mujeres y el que nosotros usábamos, como ya te dije.

Mientras Jaime exponía todo aquello con asombrosa calma, los gemidos de los infectados no paraban de llegar desde el exterior, encrespando el vello sobre los fuertes brazos del minero. Aquel hombre que tenía ante sí era una caja de sorpresas que nunca sabías por dónde te saldría. Sin embargo, a pesar del empeño que mostraba por aparentar continuamente una actitud inquebrantable frente a tan acuciante situación como la que vivían, un brillo ligeramente lacrimoso y abatido se escapaba de vez en cuando de sus ojos claros. Quizás era el reflejo de un dolor contenido que por dentro atormentaba al hombre de forma constante. Después de todo, acababa de perder hacía escasas horas a toda su familia en aquella delirante tragedia que estaban sufriendo.

—Bueno, amigo —prosiguió Jaime, esta vez con un tono un poco más decidido, como quien al fin decide poner manos a la obra para comenzar algo que ha estado planeando momentos antes—. Ve a por ese garrote que ayer te encontraste allí afuera. Voy a forzar esta puerta para que podamos pasar a la cocina que hay al otro lado y necesito que alguien cubra un poquito mis espaldas.

Mientras los demás aún permanecían entregados a un frágil letargo plagado de pesadillas, pues realmente habían dormido muy poco desde que se desatara aquella plaga, Jaime franqueó el paso de aquella entrada haciendo uso de todo su pesado cuerpo, embistiendo la puerta de doble hoja con su poderoso hombro mientras el otro permanecía alerta, garrote en mano. Allí dentro estaba algo más oscuro, pues la luz apenas penetraba en la estancia a través de un ventanuco enrejado que había a la derecha según se entraba. Era una cocina pequeña y muy sencilla, bastante llena de polvo y con muy pocos enseres y armarios. El salón tan sólo abría sus puertas algunos días al año, y más que para comidas, estaba destinado a hacer las veces de enorme bar para satisfacer las necesidades étlicas de los parroquianos, que acudían para deleitarse con los artistas de tonada que competían en los concursos que allí tenían lugar.

Lo que sí encontraron fue una pequeña linterna a pilas que había posada sobre una repisa metálica y que a partir de entonces les fue de gran ayuda.

—Al menos ahora podremos seguir explorando con un poco más de luz, pero manteniendo la discreción —se dijo el hombretón en voz alta, mientras tomaba el pequeño artilugio y lo encendía apuntando hacia el suelo.

Luego dirigió el pequeño haz de luz hacia una puerta, también de doble hoja, que había al fondo de la cocina.

—Tras esa otra puerta está la biblioteca que antes mencioné. Habremos de ir con más cautela ahora, pues tiene acceso al exterior y no sabemos si su entrada puede haber sido derribada por los infectados.

El roquero le pasó la linterna a su compañero para luego acercarse con sigilo a este nuevo acceso, cuyas hojas de madera estaban pintadas de un fuerte color rojo.

—Siempre me ha hecho mucha gracia la forma con que mantenían sellada esta puerta —comenzó a explicar a continuación, mientras retiraba una tosca percha alargada que habían colocado a modo de travesaño para así mantener cerrada por ese lado la entrada—. Se ve que en algún momento la cerradura se les jodió o algo así y no quisieron gastarse dinero en poner una nueva. Nosotros lo sabíamos, y para poder franquearnos el paso, tan sólo teníamos que deslizar un alambre rígido a través del vano superior de la puerta y luego enganchar esta percha para tirar de ella. Si te fijas, aún pueden verse varios desconchones en la pintura sobre los bordes de la puerta —concluyó con una sonrisa nostálgica, mientras señalaba con su dedo los mencionados surcos que había sobre la madera.

Una vez retirado el improvisado travesaño, el hombretón indicó con un gesto silencioso al otro que se retirara un poco hacia atrás y permaneciera alerta, con su garrote bien a mano. Pero al otro lado tampoco había señales de presencia enemiga. La biblioteca permanecía oscura y silenciosa, con sus estanterías repletas de volúmenes a ambos lados, algunas de ellas criando polvo y telarañas, pues en aquel pueblo no eran demasiado dados a la lectura. Justo frente a ellos, se encontraron con una pesada mesa de superficie metálica y cajoneras de madera, que hacía las veces de humilde escritorio para el encargado del lugar. Había algunas tarjetas con los datos y las fotos de varios socios desparramadas sobre ella, y algunos bolígrafos en un cubilete de plástico. En mitad de la estancia, una mesa larga y ovalada ocupaba gran parte de la misma, con sillas tapizadas algo antiguas a su alrededor.

—Una biblioteca un tanto peculiar —observó Ernesto con un gesto casi divertido. Siempre le había hecho gracia la forma cómica con que los habitantes del lugar parecían estar queriendo imitar, a su estilo, la forma de vida de ciudades un poco más modernas.

Pero entonces algo le hizo sobresaltar, justo cuando el haz de la linterna recorría la superficie de aquella mesa. La tímida sonrisa que había esbozado se borró de un plumazo y retrocedió instintivamente, alarmado por algo que sus ojos captaron y su cerebro procesó apenas de forma inconsciente.

—No temas —lo calmó Jaime al instante—. Se trata tan sólo de una rata.

El roedor permanecía como si nada, alzando su cuerpo sobre las patas traseras mientras olisqueaba el lugar con su hocico peludo, dirigiendo ahora su mirada de ojos

negros y diminutos hacia donde estaban ellos. Sin embargo, pronto huyó, saltando sobre una de las sillas para deslizarse luego bajo la estantería que los hombres tenían a su derecha.

—Quizás se trate sólo de una rata, Jaime —explicó Ernesto, ya un poco más relajado—. Pero lo cierto es que todavía no sabemos si estas criaturas han podido desarrollar también esa maldita enfermedad. Un bicho así, de estar infectado, podría suponer un serio peligro para nosotros.

—Yo pienso que si hubieran desarrollado la enfermedad, lo más normal es que nos hubiera atacado en lugar de huir —razonó Jaime con sosiego—. Parece que odian mucho más a nuestros enemigos que a nosotros, o que nos temen más que a ellos. De cualquier forma, pienso que no es precisamente a ellas a quien debemos vigilar especialmente. Aunque si te digo la verdad, no estaría mal hacerse con una cuanto antes. Si en verdad producen un efecto repelente sobre nuestros indeseados compañeros de ahí afuera, eso podría suponer, como tú bien dijiste ya, una baza muy importante a nuestro favor.

Ernesto asintió en silencio. Una vez más, su compañero llevaba razón.

—Ahora —prosiguió el roquero— ayúdame a empujar esa enorme mesa contra la puerta de entrada. Hemos de procurar sellar todos los accesos lo mejor posible.

Los siguientes minutos de aquel amanecer los dedicaron a explorar todas las salas del enorme edificio de planta rectangular y alargada. Estas se dividían en bloques paralelos, siendo el salón de fiesta el que más espacio abarcaba. Más allá del mismo estaba el local que hacía las veces de consulta para el médico del lugar, pero allí no podían acceder a no ser que salieran fuera, donde la alargada franja alquitranada que recorría el espacio entre los muros de la cancha y las paredes del edificio permanecía atestada de infectados. Al otro lado del salón estaban la cocina y la biblioteca, formando ambas un bloque más reducido que colindaba con la sala de manualidades de la asociación de mujeres, con una puerta que daba a un pasillo al fondo del cual estaba el local antes mencionado por Jaime. Había por tanto tres entradas principales y todas miraban hacia la pista alquitranada: una daba acceso al salón, otra a la biblioteca, y la última al bloque que formaban el aula de manualidades, la pequeña oficina y, al fondo del todo, el antiguo local juvenil, aún con su televisor obsoleto de tubo de rayos catódicos y su minicadena Grundig. El único lugar por donde podrían penetrar con más facilidad los infectados hubieran sido las dos grandes ventanas que había en esta estancia, pero afortunadamente estaban provistas de gruesos barrotes por la parte de afuera, y los enfermos tan sólo podían lanzar gruñidos desde el otro lado, aporreando de vez en cuando la protección metálica.

—Este pasillo me está dando una idea, Jaime —musitó Ernesto, mientras permanecían en el estrecho acceso al fondo del cual estaba el local juvenil. Mirando al frente, podían ver la puerta al exterior de ese bloque, mientras que la que quedaba a

su izquierda conducía al aula de manualidades, y la de la derecha a la pequeña oficina —. Si abriéramos esta puerta, siempre con la seguridad de poder huir en caso de necesidad, regresando por el aula de manualidades camino de nuestro gran refugio, podríamos hacer frente a unos cuantos de esos malditos tarados, pues lo estrecho de la puerta y el pasillo, junto con el escaso intelecto del que hacen gala, anularía por completo su ventaja numérica, permitiéndonos ir mermando su número un poco cada día.

—No es mala idea en absoluto —admitió Jaime meditabundo—. Sin embargo, tardaríamos una eternidad en poder conseguir algo realmente efectivo. Además, correr el mismo riesgo un día tras otro haría que las probabilidades de tener un descuido aumentaran considerablemente. Pero si unimos esa estratagema a lo que yo ya llevo algunos minutos barruntando, quizás podríamos lograr algo positivo. Verás, Ernesto, si consiguiéramos dar caza a ese roedor que hemos visto antes en la biblioteca, algunos de nosotros podrían usarlo como salvoconducto para salir por la puerta del salón, camino de la arqueta que hay a unos metros, justo en la pista que hay frente a nosotros. Mientras tanto, algunos otros podemos llamar la atención del mayor número de infectados posible, conduciéndolos como dices a esta trampa que anularía en parte su superioridad numérica. Sería una buena forma de ir llegando poco a poco hasta la entrada más cercana a la bóveda subterránea. Es muy probable que sea nuestro mejor camino de huida, pues pienso que allí abajo no debe de haber infectados, como ya dijiste antes también. Sin embargo, es una idea que debemos ir fraguando con la mayor calma posible, como ayer mencionó tu novia.

Dicho esto, el hombretón encendió un cigarrillo que extrajo de una de las cajetillas que se habían encontrado en el aula de mujeres, haciendo uso de un encendedor que allí se toparon también. Era tabaco bajo en nicotina, pero no podían pedir otra cosa, pues la máquina del salón hacía años que se había quedado vacía sin que nadie se preocupara por llenarla.

—Este es un buen momento para volver a fumar —afirmó con cierta ironía el grandullón entre toses.

Sin embargo, Ernesto ya no prestó mucha atención a esas palabras, pues su mente permanecía entregada a un pensamiento que perturbaba en cierta medida sus razonamientos. Se esforzaba por no dejarse llevar por aquel ligero zumbido de alarma que su inconsciente emitía desde hacía algunas horas, pero era imposible ignorarlo por completo. Cuando Jaime mencionó a su novia con aquella familiaridad tan molesta para él, algo volvió a activar esa voz de alarma en su cerebro. ¿Era posible que hubiera advertido un brillo especial en la mirada de Silvia cuando esta se había dirigido la última vez a Jaime? No podía ser, tenía que tratarse de alguna estúpida impresión, fruto del cansancio y el aturdimiento que padecía debido a lo excepcional

de todas aquellas vivencias. Silvia jamás sería capaz de traicionar su amor, aunque fuera con una simple mirada.

Aquella tarde, todos y cada uno de los allí refugiados continuaron debatiendo sus posibles acciones en un futuro no demasiado lejano. Pronto la mayoría comenzó a sentirse más inclinada por esperar al menos unos días allí adentro. No parecía que los infectados pudieran invadir su refugio, y después de todo, aún conservaban algunos alimentos para sobrevivir unas cuantas jornadas, así como agua potable y otras bebidas. No es que fueran precisamente a alimentarse como reyes, pero tampoco morirían de hambre.

—Pienso que aún cabe la posibilidad de que vengan a por nosotros cuando todo se calme un poco —insistía una y otra vez el muchacho de gafas.

Si bien los otros no apoyaban tajantemente esta opinión, casi todos se mostraban cada vez más proclives a la cautela. Habría que salir tarde o temprano de aquella prisión, pero más valía asegurarse de que trazaban un buen plan para ello, y por el momento mejor sería no andarse con prisas.

Aun así, todavía estaban aquellos que no soportaban verse allí encerrados durante tantas horas. Pero ahora tan sólo Jaime y Silvia mostraban cierta impaciencia por hacer algo que no fuera esconderse allí dentro, dando vueltas y vueltas como leones enjaulados.

—Yo pienso que el número de infectados no ha disminuido un solo ápice desde que estamos aquí dentro —argüía el roquero, un tanto desesperado ante la pasividad de sus compañeros—. Pienso que, en lugar de disminuir, lo que harán serán multiplicarse, cerrando cada vez más su cerco en torno a nosotros. Por otro lado, no me cansaré de repetir que nadie vendrá ya en nuestra ayuda. No lo han hecho hasta ahora y no lo harán nunca. Ni tan siquiera sabemos las proporciones reales de este desastre y puede que todo esté fuera de control también ahí afuera, en otras ciudades, en todo el país quizás.

—Llevas razón en lo que dices, Jaime —intentaba tranquilizarlo Ernesto—, pero has de pensar que no podemos actuar con demasiada presteza. No podemos dejarnos llevar por el ansia.

—¿Tú también prefieres ahora quedarte aquí escondido hasta que sea demasiado tarde y ya no haya un solo rincón por donde podamos deslizarnos silenciosamente? —lo increpó el roquero decepcionado—. Ya os he contado mi plan, no sé qué otra cosa estáis esperando. Por otro lado, me inquietan demasiado esos cambios de actitud en los infectados. Aquella primera noche, tras el brote inicial de cólera que sufrieron los afectados, todos pudimos ver cómo al caer la madrugada se retiraban hacia algún lugar concreto de la villa, dejándonos al menos unas horas de tregua. Estoy completamente convencido de que ese punto al que dirigieron entonces sus pasos no

es otro que ese jardín marchito que hay en la zona alta del pueblo. Cargaron entonces con un montón de pedazos de las víctimas que habían abatido esa misma tarde. Hay algo maligno bajo la tierra allí arriba, muchachos, algo que están alimentando con la carne de nuestros propios hermanos y vecinos, y regando con su sangre.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —se atrevió a preguntar el joven de gafas, casi con gesto desafiante. Prefería hacer frente al inmenso roquero antes que admitir sus razonamientos y tener que ceder ante sus planes.

Entonces Silvia intercambió una mirada de complicidad con el padre Adolfo. Ella había escuchado la conversación que habían mantenido hacía aproximadamente un día. Jaime sabía bastante más de lo que decía, pero algo le impedía sincerarse por completo.

—Todos hemos podido escuchar rumores —se limitó a contestar el roquero—. Muchos fueron los que se atrevieron a perseguir a los infectados durante las primeras horas de crisis, y algunos de ellos presenciaron tan inquietante comportamiento. Por otro lado, tan sólo hemos de observar ahora lo que hacen, maldita sea. ¿Acaso no hemos visto todos con nuestros propios ojos cómo ahora ya no regresan al jardín, pero van sin embargo regando el resto de la villa con sus sucios vómitos? ¿Acaso no hemos contemplado hace apenas unos minutos cómo han comenzado a enterrar los restos allí mismo donde los recogen?

El hombretón se refería a un hecho que habían podido observar hacía muy poco. Varios de los infectados se afanaban en practicar hondos agujeros con sus propias manos descarnadas, allí donde había algún rincón terroso, para luego introducir los trozos de aquellos cadáveres que aún tenían cerca. Uno de los puntos más horadados había sido la parte ajardinada que había frente a la cancha de futbito, junto a la zona de los columpios que lindaba con la carretera comarcal.

—Jaime lleva razón —apostilló el joven cura—. Es como si estos poseídos estuvieran haciendo germinar la semilla de ese malhadado jardín allí por donde van. Como si llevaran en sus entrañas la esencia de ese impío pedazo de tierra, vomitándola luego sobre el suelo que pisan y alimentándola con la sangre y los pedazos de sus víctimas. El mal que anida allí arriba está expandiéndose en torno a nosotros.

—Así es, padre —enfaticó Jaime, viendo al fin que captaban sus ideas—. Están cerrando el cerco a nuestro alrededor, como ya antes mencioné, y yo no estoy dispuesto a quedarme aquí dentro de brazos cruzados mientras el mal aprieta su mano sobre nuestros cuellos.

Dicho esto, el hombretón dio media vuelta, dirigiéndose hacia el lugar donde estaban las sillas plegables que habían dispuesto a modo de campamento, casi justo en mitad de la sala. Allí se sentó en silencio mientras seguía con la difícil tarea de afilar el arma que había traído consigo y que antes perteneciera a su difunto hermano.

Ernesto lo miró sin decir nada. Su mente era ahora un mar de dudas y pensamientos enfrentados. Por una parte, sentía un gran respeto por aquel joven coloso. Admiraba su entereza en la adversidad, su valor y determinación. Sin embargo, en ocasiones también pensaba que se dejaba arrastrar por un ímpetu y una premura desmedidos. Pero lo que más le atormentaba era el hecho de que entre el roquero y su propia novia parecía haber surgido algún tipo de conexión que iba más allá del mero compañerismo en una situación tan crítica como aquella. Le irritaba sobremanera el simple hecho de tener que presenciar cómo la joven se había mostrado en más de una ocasión totalmente de acuerdo con las ideas del hombretón, incluso oponiéndose a la postura de quien era su novio. Pero aún se negaba a admitir que aquella incipiente sospecha fuera algo más que una simple obsesión, fruto de la tensión vivida durante tan confusas y dramáticas horas. Sacudió entonces su cabeza, como tratando de despejarla de aquellas ideas que intentaban volverlo loco.

Por su parte, el padre Adolfo era testigo mudo de aquella tensión que empezaba a germinar dentro de su propio grupo, paralelamente a la crisis principal que estaban sufriendo. Estaba convencido de que todo era cosa del mismo diablo, quien, como de costumbre, intentaba minar la voluntad de aquellos pocos hombres que aún hacían frente a sus tropas corruptas. Se dijo a sí mismo que no estaba dispuesto a ceder ante las artimañas del mal y que haría todo cuanto estuviera en su mano para impedir que al final triunfara la perfidia sobre la virtud.

Pero la esencia maligna que se propagaba sobre la piel de aquella apartada villa extendía sus tentáculos de forma inexorable, completamente ajena a los problemas que pudieran afligir las mentes de quienes para ella tan sólo eran simples sustentos alimenticios. Sus almas representaban el humus que la haría medrar con fastuosa decrepitud, mientras que la sangre que corría por sus venas haría palpar nuevos retoños, que ahora comenzaban a surgir cual negras zarzas por todas partes.

Aquellos pocos supervivientes, que como apátridas desahuciados se refugiaban al abrigo de aquellas paredes, aún no se habían percatado de las considerables grietas que habían comenzado a surgir sobre los suelos de la villa. Como bien dijera Jaime, los infectados ya se dedicaban a esparcir la semilla corrupta del jardín allí por donde caminaban con tétrica torpeza.

Las ratas, si bien con mucha menor frecuencia y número que hacía algunas horas, todavía surgían en grupos por entre algunas grietas y pequeños accesos. Ante la presencia de los infectados se mostraban agresivas y nerviosas, no dudando en abalanzarse sobre ellos para hundir sus dientes alargados en aquella carne marchita y amarillenta. Por su parte, los enfermos se mostraban temerosos de ellas y huían despavoridos cuando las veían.

Lo más tétrico de todo era contemplar el estado del lugar. En apenas unos pocos días Villa Nova se había transformado en un pueblo fantasma. Sus calles y barriadas estaban atestadas de trozos de cadáveres, vehículos accidentados, edificios incendiados y hogares vacíos o convertidos en improvisados mausoleos. La luz radiante de un sol primaveral bañaba aquel cuadro decadente, haciendo cobrar vida a una masa ingente de enfermos que se arrastraban como una horda de muertos resucitados. Unas extrañas fisuras agrietaban ya los suelos de las calles, y entre aquellas brechas podían verse surgir las formas retorcidas de lo que parecían las ramas de algún tipo de arbusto oscuro.

Desde algún lugar no muy lejano al salón, el llanto de un bebé se alzó en medio de la tarde calurosa. Pero aquel sollozo venía preñado de un enfermizo deje con sabor a histérico alarido. No podía tratarse simplemente del descorazonado reclamo de una criatura humana que pidiera auxilio a una madre ausente o desaparecida. Aquellos gemidos llevaban el sello inconfundible de tan maldita enfermedad.

—El diablo no quiere dejar al margen de esta despiadada locura ni siquiera a los más inocentes —musitó el padre Adolfo sobrecogido por lo que oía, pero lleno de ira al mismo tiempo—. Me pregunto si Dios estará tan cansado ya de nuestro pecaminoso proceder que ahora haya decidido hacerse a un lado, mientras deja que el diablo arrase todo cuanto se ha ido torciendo dentro de su creación, por culpa de la torpe y negligente naturaleza de un ser humano que no ha sabido vivir sin dejarse arrastrar por impías tentaciones. ¿En qué miserable espiral de vicio y corrupción hemos caído, donde ya el hermano no conoce a su propio hermano, y donde lo que prima es medrar siempre a toda costa, aunque sea plantando tus rodillas sobre las indefensas espaldas de aquellos que son hijos de tu mismo padre? Hemos construido los cimientos de una sociedad feroz sobre los cuerpos hambrientos de unos hermanos que ya no reconocemos en nuestra ceguera consumista. Nos hemos vuelto vanidosos. La codicia recorre nuestras venas, corrompiendo el corazón que palpita en nuestro pecho. ¿En qué nos hemos convertido? Despreciamos los signos de la madurez, adoramos lo material y repudiamos cualquier tipo de espiritualidad, y corremos como simples hormigas para abastecer unas emponzoñadas arcas, preñadas de objetos marcados con el marchamo del Maligno. Dios debe de estar tan decepcionado y dolido que al fin ha decidido hacerse a un lado, para contemplar entre lágrimas amargas cómo el diablo hace ahora el trabajo más sucio.

—No se ofenda, padre —apostilló Jaime, mientras aún seguía sentado frente a aquella espada que con tan escasos resultados trataba de afilar—, pero no pienso que toda la culpa sea de un ser humano torpe y corrupto. El Dios del que usted y tantos otros nos han hablado durante siglos siempre parece querer vanagloriarse con la grandeza de todo cuanto supone un triunfo para la humanidad, haciendo suyos los logros de un devenir plagado de agridulces sucesos. Sin embargo, a la hora de dar la

cara cuando las cosas se tuercen, de admitir los errores más vergonzosos de su propia creación, se limita siempre a hacerse a un lado, culpando de todo a esos hijos fruto de su propia inspiración y mano escultora. Cuando ve con ojos lacrimosos el fruto de los errores que arrastra como un lastre su propia creación, tan sólo se limita a borrar todo de un plumazo, haciendo gala de aquello que luego a nosotros nos reprocha, como es la ira ciega y la sed de venganza más visceral. En su nombre hemos teñido durante toda nuestra existencia de rojo el verde de los campos, profanado la inocencia de nuestros seres más queridos y segado la vida de otras civilizaciones que no mostraban la misma forma de adorarle que la nuestra.

—Los caminos del Señor son inescrutables, hijo mío —se limitó a contestar el párroco. Aunque sus puntos de vista sobre la humanidad eran tan terriblemente opuestos a los del joven roquero, sentía una extraña afinidad con él que le impedía odiarle.

—Jodidos idiotas —murmuró el joven de gafas, tras escuchar indignado la diatriba de ambos personajes—. Se creen muy sabios los dos, y no son más que un par de locos que nos terminarán arrastrando a la muerte más estúpida.

Tan sólo uno de los otros tres jóvenes que se habían unido al grupo cuando entraron allí dentro pudo escuchar, un tanto sorprendido, las palabras del muchacho.

Sentado tristemente sobre aquel ajado butacón, el hombre lamentaba su torpeza. Tanta amargura se había enquistado dentro de su cuerpo que ya era una carga casi por completo insoportable. Había pedido que le dejaran a solas unos instantes, para poder debatirse con sus propios tormentos. Los demás miembros del pequeño grupo de supervivientes estaban vigilando las ventanas de la parte frontal de la casa, aquella que iba a dar justo a la carretera comarcal, donde aún yacía tumbada la furgoneta que les había impedido seguir más allá con su todoterreno. Sin embargo, ahora, gracias a aquel artilugio que el hombre les había enseñado a manejar, resultaba relativamente fácil mantener alejados a los infectados de la casa donde se refugiaban. Pues el aparato podía transportarse fácilmente, ya que había sido diseñado también para ser portátil.

—Todo esto jamás habría sucedido si no te hubiera abandonado a la más amarga de las soledades —musitaba apesadumbrado el hombre, mientras rogaba para sus adentros para que el misericordioso bálsamo de un llanto acudiera a su único ojo. Pero sabía que todo aquello era inútil, pues sus lágrimas se habían congelado para siempre dentro de su alma y nunca más podría derramarlas para purgar su angustia y su tristeza—. Tantos años entregando mi vida entera a la ciencia, mientras derrochaba minuto a minuto, segundo a segundo, una larga felicidad a tu lado. ¿Cómo diablos pude estar tan ciego? ¿Cómo es que ahora que ya he perdido mi oportunidad de saborear toda esa dicha es cuando realmente me doy cuenta de lo torpe que fui? Tuve en mis manos la posibilidad de rescatarte de esa locura a la que te entregaste en cuerpo y alma, pues tan sólo habría bastado con que te quisiera como mereciste. Pero ahora es tarde ya, y mi ceguera no sólo te ha entregado a ti a los brazos de la muerte más atroz, sino que el infierno mismo se ha materializado sobre las calles de este mundo que ahora se ha convertido en la prisión más insoportable para mí.

El hombre dejó que su cuerpo se hundiera por completo sobre la mugrienta superficie de aquel asiento, mientras dejaba que sus brazos colgaran sin fuerza más allá de los reposaderos. Su mano derecha se abrió con languidez, dejando caer una nota arrugada y vieja sobre el suelo de la estancia. Era una carta de amor que él mismo había escrito muchos años atrás a su, por entonces, prometida Rosa. Ella la había guardado en la parte más íntima de su diario, entre las páginas más acogedoras y personales, allí donde había plasmado en forma de palabras los momentos más felices de su vida, aquellos tan lejanos y cubiertos por el polvo del tiempo y el olvido. Era como el último resquicio de cordura que había conservado la joven hasta sus últimas horas.

Era un triste legajo de papel cuyo texto apenas podía leerse todavía, pues su tinta estaba emborronada por las lágrimas que la joven había derramado en sus horas de soledad. Pero para ella había significado mucho más. Aquel papel amarillento representaba la prueba física de que en otro tiempo había sido feliz de verdad, y de que el hombre a quien había amado había encontrado en ella en algún tiempo su principal y más importante motivación para sentir la vida en toda su plenitud.

—Yo jamás he creído en dioses ni venganzas divinas —continuó el apesadumbrado hombre entre débiles murmullos—. Toda mi vida he entregado cada uno de mis razonamientos al mundo de la ciencia. Yo pensaba que en ella se podrían encontrar las respuestas a todo. Pero esto... esto no puede ser fruto de simples procesos químicos, ni el resultado caprichoso de la física o de la infalible musicalidad de la matemática. Si existe el infierno, si de verdad el mal es algo tangible que puede afectar nuestras existencias a un nivel mucho más palpable que en el abstracto mundo de la filosofía, la prueba de ello ha tomado forma de humano y en estos momentos se arrastra por las calles, hambrienta y enardecida por un sentimiento mucho más irracional que el odio. Lo que jamás podré llegar a comprender, ya bien sea con la pretendida lógica infalible de la ciencia o mediante un proceso racional mucho más cercano a lo divino, es el maldito motivo por el cual los fatídicos compases del destino han decidido hacer uso de la locura a la que dejé que mi mujer se entregara para poder desatar la ira de su venganza. Si al menos... si al menos pudiera recobrar la bendita capacidad de convertir mi amargura en ardiente llanto. Si por lo menos pudiera abandonarme, aunque fuera unos dichosos segundos, al misericordioso bálsamo de un sollozo, y parte de esta pena que me gangrena el corazón desbordara por mis mejillas destrozadas... Pero no, para mí ya no hay perdón ni compasión alguna, pues he cometido uno de los mayores pecados que pueda cometer un ser humano: el de despreciar el milagro de la felicidad y dejar que se pudra y se marchite el amor de un ser tan divino como era mi amada Rosa.

En esos momentos, el hombre advirtió la presencia de alguien más allí cerca, justo en el umbral de la habitación. Al momento distinguió dos siluetas perfilándose contra la tenue luz de una lámpara portátil que habían dejado allí en el salón, donde el resto aún permanecían congregados, vigilando entre las rendijas de las ventanas que habían tapiado ya con puertas interiores y cosas parecidas. Quiso enfurecerse ante aquella intromisión, pero ya no tenía en sus entrañas la dosis emocional suficiente para ello. Estaba completamente muerto en vida.

—Siento haber interrumpido de esta forma sus cábalas, amigo —comenzó disculpándose Jorge con torpeza mientras protegía entre sus brazos a su atemorizada prima, quien permanecía ante él completamente silenciosa—. Pero todo esto hace tiempo que me supera ya, y usted parece saber mucho al respecto.

—Entiendo que quiera usted encontrar algún resquicio, un vestigio huido de explicación a todo este infierno —comenzó explicando el hombre del parche—. De todas maneras, creo que ya va siendo hora de que me libre de esta carga que llevo tantos años arrastrando en absoluta soledad. Pues aunque no soy el único que conoce la verdad, creo que tan sólo yo soy portador de ella en su totalidad. Tome usted asiento si lo desea. Lo que va a oír no le dará ninguna esperanza probablemente, pero puede que sí aporte algo de luz ante tantas incógnitas como nublan su mente ahora mismo.

Jorge tomó entonces asiento junto al hombre sobre otro ajado butacón en aquella húmeda estancia. Prefirió dejar que su prima continuara cerca de él, pues no estaba dispuesto a dejarla nuevamente lejos de su vista, aunque ello supusiera que la niña tuviera que escuchar cosas verdaderamente horribles.

—Todo comenzó hace mucho tiempo atrás —empezó a narrar el hombre sin más, con la mirada perdida en alguna parte indefinida—. Hace años, yo estaba felizmente casado con la mujer más adorable que se pueda uno imaginar. Era un idilio que prometía no encontrar límites ni final alguno. Una historia repleta de amor y ternura, de felicidad y colorido. Eso ahora pertenece a un mundo que ha quedado sepultado por el polvo de errores imperdonables y decisiones aberrantes. Mis sentimientos acabaron enterrados bajo toneladas de insensatez, y lo peor de todo es que no me di cuenta de ello hasta que ya era demasiado tarde. Me dejé arrastrar por el cautivador magnetismo de la ambición, desatendiendo lo más importante en mi vida, que no era otra cosa sino el profundo romance que compartía con Rosa. Mi propia profesión, el trabajo que desempeñaba, hizo que mi mente se nublara por completo. Tan entregado estaba a ese proyecto de dimensiones faraónicas cuya dirección estaba en mis manos, que jamás noté cómo la locura se adueñaba lentamente de mi esposa. La soledad puede ser muy mala compañera, y más cuando se apodera de las horas de una persona tan cariñosa y afable como Rosa. Enseguida se vio en la necesidad de llenar ese inmenso vacío que mi egoísmo había dejado en su vida. Decidió volcar todo su amor en algo terrenal y al mismo tiempo divino, pero también perverso. Su jardín, aquel que desplegaba su fastuosidad ante las puertas de nuestra casa, pasó a desempeñar el rol de algo que faltaba en su vida. Poco a poco fue ocupando mi lugar. Cada planta que crecía sobre esa tierra me iba alejando más y más de ella. Hasta que un día llegó a las entrañas de esa pequeña parcela de locura un espécimen absolutamente sobrenatural. Era un ejemplar de planta lleno de mezquindad, pero también de hermosura. Era un lobo con piel de cordero. Algo que sentía una sed insaciable de sangre. Para que su fastuosidad siguiera creciendo sin límites había que regarla día tras día con el fluido vital que corre por las venas de los seres vivos de este mundo. Ella ya no dudó en hacerlo y para ello daba muerte a decenas de animalitos, pues tenía la total certeza de que era un sacrificio justificado. Un día decidió dar el paso

más deplorable que su locura le impulsó a ejecutar. Había que saciar esa sed de su amada planta con sangre humana. Lo que ella no sabía es que los latidos que palpitaban bajo aquella tierra atraían ya el mal hacía sus entrañas. Aquellos tres hijos de Satanás que llegaron esa noche hasta nuestra casa no lo hicieron por casualidad, pues el negro magnetismo del mal les había llevado hasta allí. Ella ya tenía la intención de ejecutarlos como a unos animales más, de envenenarlos con alguna ponzoña para luego convertirlos en pasto de cultivo para ese engendro que se estaba gestando allí fuera de nuestro hogar. Pero fue víctima además de verdugo ciego. Yo tuve que terminar el trabajo que ella empezó, pues cuando di muerte a los hombres que la violaron ante mis narices y luego les enterré bajo la tierra del jardín, abrí una puerta que debería haber permanecido cerrada por siempre. Me libré de ser castigado como tendría que haber sido. Mis huesos nunca fueron a parar a la cárcel, pues lo más macabro de todo es que el proyecto ambicioso que yo estaba dirigiendo no estaba en absoluto alejado de aquella demencial historia. La poderosa compañía para la que yo trabajaba me había encomendado la desafiante tarea de perpetuar la vida más allá de la muerte, de traspasar y romper los límites de nuestra existencia sustentándola mediante artimañas robóticas que debieron asquear al mismo Dios. Una vez muerta mi esposa y desvelado su increíble secreto, este fue a parar a manos muy peligrosas. Ahora teníamos el ingrediente secreto que nos había faltado durante todo ese tiempo. Ya no teníamos que limitarnos a toscas artimañas artificiales, ya que además contábamos con la fórmula mágica para engañar a la muerte. Bajo la tierra de aquel jardín había algo que podía resucitar a los muertos. A cambio del engaño que supuso animar nuevamente el cuerpo corrompido y vacío de alma de mi mujer, mis camaradas me pidieron que continuara con aquel demencial propósito. Yo así lo hice. Convertí los despojos cadavéricos de Rosa en una aberración andante, valiéndome de nuestros trucos artificiales y también de esa chispa maligna que habíamos descubierto. Pero la planta no podía quedar seca. Teníamos que seguir alimentándola. No fue tan difícil como pensamos en un principio, pues el negro magnetismo seguía atrayendo a individuos llenos de perfidia hacia el lugar. Luego tan sólo había que engatusarlos, y para ello nos valíamos de esa burda imitación de mi difunta mujer que ahora era aquella cosa con su cuerpo y partes totalmente cibernéticas. Yo simplemente tenía que terminar el trabajo. Siempre lo mismo: ejecutar y sepultar. No tenía reparos morales en ello, puesto que mi sed de venganza aún no había sido saciada por completo y creía estar repartiendo justicia. Por otra parte, contaba con la cobertura judicial que aportaban los tentáculos poderosos de la compañía, pues es una organización cuyos silenciosos latidos abarcan más de lo que el propio pueblo puede imaginar. Todos aquellos hombres no eran más que sucias alimañas que merecían tan macabro destino. Repetimos la misma fórmula una y otra vez, hasta que un día algo sucedió. Alguien distinto estuvo a punto de ser víctima de nuestra demencia. Él se llamaba Jaime y no era como los demás. Era un joven completamente lleno de buenas intenciones. Así fue como descubrí que no sólo personas inhumanas eran atraídas por

el jardín. Al momento supe que tal vez habría pasado lo mismo muchas otras veces, y ello me convertía en más que probable asesino de decenas de inocentes. Entonces decidí recluirme. Huir cobardemente y dar la espalada a una verdad demasiado cruel. Quise olvidarlo todo: el trágico final de Rosa, el endemoniado jardín, la compañía para la que trabajaba, las decenas de muertos inocentes, nuestra estúpida pretensión de traspasar los umbrales de la muerte. Todo, absolutamente todo. Pero mi negro destino me perseguía, exigía mi cuota de sangre burlonamente. Supimos que el jardín podía seguir valiéndose por sí mismo, sin nuestra ayuda. Podía seguir atrayendo a más y más víctimas hasta sus tierras. Tres miembros de la compañía decidieron vigilarme de cerca, impedir que me desentendiera de todo. Además, había que procurar que la cosa no se nos fuera de las manos por completo. Permitieron que ubicara mi nuevo hogar un poco más lejos del jardín, en las altas laderas de estos montes donde os encontré, pero no cedieron un solo ápice más. No consintieron que me desligara por completo de aquella locura de la que ya formaba parte irremisiblemente.

Por primera vez desde que comenzara su rocambolesca historia, el hombre posó su único ojo sobre su boquiabierto interlocutor, como si quisiera enfatizar lo que iba a soltar a continuación.

—Amigo mío, tengo la total certeza de que si usted no hubiera vivido en sus propias carnes las consecuencias de tan increíble realidad, ahora estaría sin duda tildándome de loco. Pero ya ve que no miento, las pruebas están ahí fuera, cerrando su infernal cerco en torno a nuestro decadente refugio. Los tentáculos de esa planta tienen la capacidad de buscar por sí mismos el sustento, atrayendo hacia la tierra donde brotan a incautos débiles de moral o a simples almas confusas. El resto es muy sencillo, pues esas zarzas oscuras pueden incluso desplazarse ligeramente, con lento sigilo, para luego hundir sus punzantes espinos en la carne de sus víctimas y poder así inocular su ponzoña en sus venas. Es así como se procuran una pequeña horda de esclavos que poco a poco van propagando su esencia por los alrededores. Estos pueden contagiar su enfermedad a nuevos individuos mediante simples rasguños. Algunos de ellos la desarrollarán, pasando a engrosar las negras hordas del jardín; sin embargo, otros tendrán el destino de convertirse en simple pasto para alimentar a la planta. Es por ello que los infectados descuartizan a sus víctimas, para regar con su sangre la tierra donde habita la planta y también enterrar sus restos mortales. Pero el jardín necesita expandirse, estirar sus tentáculos. Los infectados se alimentan al mismo tiempo no sólo de parte de los restos de sus víctimas, sino también de unos repugnantes frutos que crecen preñados de miseria sobre esas mismas zarzas. Luego tan sólo tienen que vomitar esa ponzoña allí por donde van y seguir alimentando a su oscura reina.

—Por eso llegó un momento en que los infectados ya no se alejaban por las noches arrastrando consigo los trozos de sus víctimas, sino que sencillamente las enterraban allí mismo donde las habían abatido —conjeturó Jorge estupefacto—. Y eso también explica la repulsiva forma de vomitar. Ingenuos de nosotros, que pensamos por un momento que tal vez se estuvieran pudriendo por completo.

—La razón por la cual unos son contagiados —prosiguió el hombre, casi como si no se hubiera dado cuenta de la breve reflexión en voz alta de su interlocutor— y los otros pasan a formar parte del... rancho macabro de esa maldita cosa que crece ya bajo los suelos de nuestra villa, no la sabemos a ciencia cierta. Pero tras largos años de investigación, hemos llegado a pensar que aquellos que mueren con un poderoso sentimiento de odio, rencor, lujuria perversa o cobardía, tienen muchas más posibilidades de pasar a engrosar las negras hordas de infectados. Como dije ya antes, mis superiores no consintieron que me desligara por completo de esta locura. Me permitieron vivir allí arriba, pero tendría que continuar saciando la sed de sangre del jardín. Habría que cometer algunos sacrificios para que la cosa no se fuera de madre por completo. Entonces comenzamos a presionar a los ancianos que vivían por los pueblos de las laderas altas. Les pedíamos que nos vendieran a un precio muy barato sus reses, sus rebaños de ovejas, o cualquier otra cosa que pudiera servirnos como alimento para nuestra amiga. No fue difícil mantenerlos en silencio, puesto que utilizábamos drogas y también secuestrábamos a algunos de sus familiares con el fin de chantajearles. Todo era válido con tal de proseguir aquella maldita locura que habíamos puesto en marcha. Incluso cuando veíamos que algún anciano estaba ya bastante desmejorado de salud éramos los primeros en interesarnos por su estado. Los muertos recientemente son lo único que sacia de verdad el hambre de nuestra amiga. Aunque también debo decir que los cadáveres un poco más añejos pueden servirle como... digámoslo así, un pequeño aperitivo. Amigo mío, los cementerios de este valle fueron saqueados a escondidas por mis camaradas y yo mismo. Había que mantener apaciguada en cierta medida la sed de nuestra amiga. Si tuviera que resumir esta última parte de mi espeluznante historia, podríamos decir que decidimos establecer una pequeña base de investigaciones desde la que vigilar de alguna forma la infernal evolución de esa cosa que crecía bajo la tierra del jardín, evitando que la misma se expandiera demasiado como para que nosotros pudiéramos mantenerla dominada. Durante todos estos años hemos averiguado algunas cosas bastante valiosas para nuestros fines. Por ejemplo, pudimos fabricar ese tipo de artilugios sonoros como el que tenemos ahora en nuestro poder y que yo traía en mi coche. No es un arma demasiado efectiva para controlar un contingente excesivamente grande de infectados, pues no todos son afectados en el mismo momento por la misma frecuencia sonora y esto hace muy complicado que pueda usarse en una situación así, pero lo cierto es que sí resulta útil en lugares donde no hay un excesivo número de esos desgraciados.

—Pero esto que me cuenta resulta preocupante —lo interrumpió Jorge, alarmado, mientras sus pulsaciones se aceleraban notablemente—. Hemos bajado justo al mismo foco de la epidemia. Aquí debe de haber centenares, si no miles, de infectados.

—No se altere, amigo mío —lo tranquilizó el hombre sin mostrar cambios en su estado de ánimo, completamente oscuro y apagado—. Los muros de esta casa nos protegen sobradamente, al mismo tiempo que nosotros manejamos nuestro aparatito desde aquí dentro. Jugando con la frecuencia podremos mantener a raya a la mayoría de infectados en todo momento.

—Perdone que le atosigue, amigo, pero ni mis compañeros ni yo sabemos usar ese artefacto de manera efectiva, pues es la primera vez que manipulamos algo así —insistió Jorge, un tanto irritado ya ante la aparente parsimonia de que hacía gala su interlocutor.

—Yo necesito un momento de paz, amigo —lo cortó el hombre de forma tajante, aunque sin mostrar ahora tampoco alteración alguna en su estado de ánimo—. Además, creo que es hora de que alguien más aprenda cómo funciona esa arma defensiva. No les habría traído conmigo si no supiera que me dirijo hacia una muerte casi segura. Allí arriba, en esa ladera donde establecimos nuestra maldita base, nuestro «laboratorio del doctor Frankenstein», otros tres camaradas míos, mis inseparables compañeros de fatigas durante estos últimos años, han decidido al fin dar la situación por perdida y se disponen a huir como ratas haciendo uso de un helicóptero que tenemos en un helipuerto cercano a la base. Yo he decidido, por el contrario, acudir hasta el epicentro mismo de toda esta locura. No estoy dispuesto a cargar ni un día más con esta terrible carga en mi conciencia. Prefiero inmolarme intentando cortar de raíz la fuente de todo. Quizás encuentre en el jardín algo que me ayude a poner freno al infierno que se ha desatado sobre nuestro mundo, o quizás encuentre tan sólo la muerte. De cualquier manera, supongo que de una vez por todas podré poner fin a esta condena que me he autoimpuesto. Por eso quería verter parte de mis conocimientos en algunas personas como ustedes.

En este punto, el aterrador relato del hombre se vio bruscamente interrumpido por unos estridentes chillidos que parecían proceder directamente del mismo salón donde se encontraba el resto de supervivientes. Jorge se puso inmediatamente de pie y en guardia, protegiendo con sus brazos a su prima. El hombre continuó sentado en su butacón, casi sin inmutarse ante el inminente peligro. Aún llevaba consigo la escopeta de repetición que trajera desde las montañas. Los tres vieron llegar hasta el umbral de la habitación a la chica que formaba parte de su grupo. Se acercaba tambaleante, con la palidez de la muerte marchitando ya su rostro de ojos vidriosos.

Los largos cabellos caían lacios hacia uno de sus costados, pues su cabeza estaba ladeada como si ya no pudiera soportar su peso como antes.

El hombre del parche se puso en pie lentamente, para luego empuñar su arma con una mirada vacía de sentimientos. Apretó el gatillo y al momento una lluvia de sangre estalló junto con los pedazos de la cabeza de la chica, que salpicaron los mugrientos muros de la estancia.

—¡Me lo temía, maldita sea! —se limitó a decir luego—. Entre nosotros había uno que estaba incubando la maldita peste. Ese chico de la gorra debió de pisar una de las zarzas endemoniadas cuando salisteis de vuestro refugio. Algo me lo decía cuando vi su aspecto un tanto enfermizo, pero como siempre, preferí engañarme a mí mismo y ahora todos lo pagaremos.

—Pero aún tenemos la escopeta —le recordó Jorge, lamentando al mismo tiempo haber dejado su arma a Enrique, quien ahora seguramente estaría también infectado.

—Amigo mío —le contestó el hombre, esbozando una sonrisa irónica—, ese era el último cartucho que me quedaba.

En el salón contiguo, Enrique parecía estar forcejeando violentamente con su antes amigo Diego. Al poco, el primero se acercó a la entrada, arrastrándose moribundo y ensangrentado por el suelo, mientras el infectado profería furiosos gruñidos y arañaba su espalda con ferocidad. Al parecer, ni siquiera había tenido tiempo de hacer uso del arma. Jorge intentó pensar con rapidez, pero el primero en actuar fue el hombre del parche, quien pisoteando la cabeza de Enrique con sus gruesas botas, se hizo camino asestando un golpe con la culata de su arma sobre el rostro del infectado.

—Seguidme —ordenó al momento—. Tenéis que refugiaros en el sótano que hay bajo la casa. Si allí hay ratas será mucho mejor, pues aún no sé por qué, pero los infectados las detestan y huyen siempre de ellas.

EN LAS HEDIONDAS ENTRAÑAS DE LA VILLA

El sonido de los cascabeles hizo que Jaime se espabilara del todo. Era el atardecer del sexto día desde que toda aquella locura comenzara a desatarse en Villa Nova y el hombre permanecía sentado y un poco soñoliento, un tanto agobiado por aquel decepcionante cautiverio. El metálico tintineo le pilló por sorpresa, pues ya había empezado a pensar que la trampa jamás surtiría efecto. Se levantó con rapidez de la silla plegable de madera, un poco más animado ante la expectativa de un entretenimiento dentro de la monotonía que reinaba en el improvisado refugio. Corrió en dirección a la biblioteca, atravesando la cocina que había en medio de ambas habitaciones. Al asomarse sobre un cubo metálico de pintura, pudo ver en su interior a una rata que intentaba desesperadamente trepar por la resbaladiza superficie, haciendo con ello sonar los numerosos cascabeles que el hombre previamente había atado en torno al recipiente vacío. Las tablillas de madera, que antes hicieran las veces de precario trampolín, habían también caído allí dentro, junto con el animalillo que se había aventurado a recorrerlas en busca del tentador bocado que había observado en su extremo.

—Has tardado en morder el anzuelo, pequeña. Pero al final has decidido complacer a tu nuevo papá —se burló el hombretón, mientras una sonrisa malévola se dibujaba en su rostro barbudo—. Puede que a partir de ahora vayas a hacer de guardaespaldas para un hombre cuya mirada está casi dos metros por encima de la tuya.

—Ya veo que tienes nueva mascota, Jaime —oyó que le decía Silvia, quien en esos momentos penetraba en la biblioteca con aire cansado—. Espero que te portes bien con ella, pues no parece que vayas a tener muchas posibilidades de encontrar nuevos amigos por aquí cerca estos días.

—Los demás parecen haberse acomodado demasiado entre estas cuatro condenadas paredes —lamentó el hombre, mirando a la mujer de cabellos oscuros y voluptuosa silueta—. Pero yo creo que ya he esperado demasiado tiempo. No tardaré en hacer planes para salir de este lugar, y esta hermosura que hay aquí adentro me va a ser de gran ayuda para ello.

—Lo cierto es que yo ya empiezo también a cansarme de estar aquí dentro de brazos cruzados mientras esa plaga va cerrando su círculo a nuestro alrededor —corroboró la mujer con un reflejo de pura decepción asomando a su mirada. En

verdad era víctima de un apremiante sentimiento de claustrofobia, y le dolía en el alma la pasividad que ahora mostraba su novio—. No se trata sólo de aprovechar la mejor ocasión o de querer sentir el frescor del aire otra vez en la cara. Lo que sucede es que, cuando cae la noche o simplemente cuando me abandono a los brazos de un ligero reposo, a mi mente acuden imágenes tortuosas que nunca podré alejar de mí, y menos estando aquí dentro tan sumamente inactivos.

—Te comprendo mejor de lo que piensas, Silvia. El cura y tu novio tal vez no puedan entenderlo porque ellos no han perdido a seres tan queridos como nosotros dos —la apoyó el roquero, acercándose ligeramente a ella—. Ellos no han tenido que presenciar cómo sus padres, o sus hermanos también en mi caso, eran no solamente despedazados por esos malditos posesos, sino también terriblemente mancillados ante nuestros ojos. Cada minuto que paso aquí dentro, yo también soy víctima de esas jodidas imágenes que acuden a mi mente una y otra vez. Sería mucho más llevadero estando ahí afuera, aunque ello supusiera arriesgar la vida de forma constante. Al fin y al cabo, el bálsamo de la venganza, junto con el aguijonazo del peligro, serían unas buenas medicinas con las que poder combatir este pesar que ha anidado en nuestros corazones.

—He de admitir que en un principio no pude evitar prejuzgarte de manera injusta —confesó la mujer, dedicando una mirada enigmática a su interlocutor. Lo que aquellos ojos mostraban parecía claramente algún tipo de fascinación que a Jaime no le pasó del todo inadvertida. En otras circunstancias lo más seguro es que el joven se hubiera sentido halagado. Sin embargo, ahora no podía más que notar cómo ardía dentro de él una incómoda desazón.

Entonces alguien les interrumpió. Se trataba de Ernesto, quien atravesaba la puerta de entrada a la biblioteca con un brillo un tanto burlón en la mirada.

—Parece que ya tenemos cena para hoy. ¿No es así, chicos? —dijo con sorna, mientras señalaba el cubo de pintura, en cuyo interior la rata seguía intentando trepar hasta la salida, haciendo tintinear los cascabeles metálicos que Jaime había conseguido en la sala de manualidades.

—Jaime y yo estábamos comentando lo frustrante de esta eterna pasividad, Ernesto —le espetó su novia, casi de forma acusadora.

—Vaya... veo que te molesta mi cautela, Silvia —contestó él con cierto resquemor—. No pretendo que nos quedemos aquí encerrados para siempre, tan sólo intento tantear la situación, buscar el momento más oportuno.

—Y mientras tanto, esas cosas van multiplicándose a nuestro alrededor —arguyó ella, un poco acalorada ya ante la terquedad de su novio—. Puedo entender que el cuatro ojos sabiendo ese no tenga el valor de enfrentarse de una vez por todas con lo que nos espera ahí afuera, o que el cura muestre cierta cautela ante ello, o que los

otros tres que nos acompañan tan sólo esperen a que nosotros decidamos por ellos. Pero lo que no consigo comprender es por qué tú te has vuelto tan...

—¿Tan qué, Silvia? —la conminó a seguir—. Dilo, no te cortes. ¿Cobarde es lo que ibas a llamarme? Si es así, no te cortes, no te prives de ello, suéltalo de una vez si ello te va hacer sentir más tranquila —el joven minero apenas había alzado la voz para replicar con semejantes palabras, sin embargo su rostro había enrojecido por la rabia que bullía dentro de él.

—Eso no es lo que pienso, Ernesto, y lo sabes muy bien —contestó ella sin que le temblara la voz un sólo ápice—. Sólo es que tú no nos comprendes, tú no has perdido a nadie en esta maldita tragedia, a menos que ya se haya extendido más de lo que pensamos.

—Oh, claro, se trata de eso —espetó Ernesto, ahora sí alzando la voz de forma notable—. Es simplemente que yo no puedo comprenderte tanto como nuestro amigo Jaime.

Tras aquellas palabras se formó un denso silencio en la estancia. Al fin había expresado de forma abierta todos aquellos pensamientos que habían estado torturándole el alma desde hacía días. Ahora se habían convertido en hirientes palabras que, cual ardientes saetas, habían sido disparadas directamente al corazón de la mujer.

—No puedo creer lo que estás diciendo, Ernesto —replicó ella al fin, rompiendo aquel incómodo silencio que se había formado—. Te estás comportando como un jovencito dominado por sus propios celos.

Dicho esto, la muchacha salió de la estancia sin mirar hacia atrás. Los dos hombres se quedaron solos, sin siquiera atreverse a alzar la mirada del suelo. Ernesto era víctima ahora de sentimientos enfrentados. Por una parte, se había librado en cierta medida de aquel lastre, había compartido aquellas terribles dudas que habían empezado a enquistarse dentro de su estómago, pero al mismo tiempo, temía haberse dejado llevar por su propia paranoia. Quizás sin darse cuenta acababa de propinar un lamentable mazazo sobre los pilares de su relación con Silvia, haciéndolos tambalear de forma preocupante.

Jaime se dio cuenta de que el padre Adolfo se había acercado ahora hasta el umbral de la biblioteca, donde permanecía erguido con mirada seria.

—Tal vez Dios piense que ya ha llegado la hora de ir planteándose entrar en acción —sentenció con voz firme—. Tenemos que intentar no dejarnos llevar por sentimientos impíos. El diablo quiere hacernos caer en sus trampas, dividirnos para que le resulte mucho más fácil la victoria.

—Guárdese sus historias bíblicas para otro momento, padre —espetó Ernesto un tanto resentido por todo mientras se retiraba de allí, haciendo que Adolfo tuviera que

hacerse a un lado para así dejarle vía libre.

Horas después, Jaime observaba el aspecto extraño de aquel roedor que tenía encerrado en una jaula que había fabricado expresamente para ello. Había todo tipo de materiales en el salón de manualidades, como alambres de acero o planchas de madera, y también diversas herramientas, con lo cual no le había supuesto mucha dificultad fabricar semejante artilugio.

Estaba sentado completamente a solas ante la mesa metálica que había empotrada contra la pared lateral de la pequeña sala que en otros tiempos hiciera las veces de local juvenil. Frente a él había un gran ventanal protegido con rejas por fuera. Miraba distraído y melancólico a su recién adquirida mascota. Había algo en ella que le llamaba mucho la atención. Llegó incluso a sentir cierta inquietud. Era como si algún tipo de pigmento blanquecino hubiera comenzado a decolorar la pelambrera oscura del animal. Pero lo más preocupante eran unas costras sonrosadas que moteaban su lomo y parte de su cola. Él no entendía mucho de animales, y menos de ratas, pero no recordaba haber visto jamás ninguna con aquel aspecto tan repugnante. Quizás después de todo, los escurridizos bichos estuvieran padeciendo a su manera los efectos de tan terrible... ¿brote? ¿Plaga? ¿Pandemia?... De aquello que fuera lo que se había extendido por todo el valle, y ¿quién sabe?, quizás mucho más allá de él. De lo que estaba seguro era de que no estaba dispuesto a comprobar en sus propias carnes si los animales resultaban también un riesgo para ellos en cuanto al contagio de la enfermedad se trataba, de modo que siempre procuraba aferrar la jaula por el asa de arriba, con mucho cuidado de mantener su mano alejada del radio de acción del roedor.

En una ocasión, cuando varios infectados se acercaron a las rejas de la ventana mostrando una rabiosa sed de sangre en sus inhumanas miradas, se atrevió al fin a hacer una prueba. Se acercó lentamente al ventanal, bordeando la mesa que había ante él por uno de sus lados. Los rostros desencajados y putrefactos mudaron sus expresiones, dibujando una mueca feroz al momento. Los infectados se abalanzaron con asombrosa rapidez hacia las rejas, dominados por un sentimiento de rabia apabullante. Sus gruñidos inundaron la sala al momento e incluso Jaime sintió cómo el miedo volvía a calar hondo en sus entrañas, a pesar de que seguía empeñando en no exteriorizarlo en momento alguno, incluso estando solo como estaba. El roquero reculó lentamente, sin quitar el ojo de aquellos que ansiaban saborear sus entrañas y despedazar sus miembros.

Entonces miró la jaula que aún seguía sobre la mesa ante él. Con cuidado, la cogió por el asa superior y luego volvió a acercarse a la ventana. La reacción de los infectados fue asombrosamente clara e instantánea. Nada más ver ante ellas al roedor que se removía nervioso en su pequeña prisión, sus semblantes mostraron algo muy parecido al miedo más atávico. Ahora sus gritos eran de puro terror. Huyeron

inmediatamente del lugar, espantados por la inesperada presencia de tan temido enemigo.

—Quizás se trate de algo escondido en el subconsciente de su cerebro, antes humano —conjeturó el hombretón en voz baja, aún fascinado ante la reacción de los infectados—. Tal vez sus más primitivos temores aún estén almacenados en forma de vestigios de humanidad ahí agazapados, en lo más oscuro y recóndito de esa mente enmohecida que ahora rige sus actos. La humanidad sufrió en otros tiempos pestes inolvidables que luego quedaron grabadas a fuego en algún rincón de nuestro inconsciente colectivo. ¿Quién sabe si ahora esa danza mortal que recorrió nuestros pueblos en tiempos remotos, bajo la forma escurridiza y oscura de las ratas, perturbe esos razonamientos tan imprevisibles?

—Quizás se trate de eso —oyó que alguien decía a su izquierda desde la entrada de la pequeña sala. Identificó al momento la voz del joven minero—. O quizás se trate de algo mucho más simple que se escapa a nuestro entendimiento. De lo que sí estoy seguro es que ahora ya tenemos claro que esos bichos repugnantes pueden hacernos un gran favor frente a la plaga que nos rodea. Creo que Silvia y tú llevabais razón. Hemos permanecido demasiado tiempo aquí metidos.

El hombre hablaba sin mostrar signos de rencor y sus palabras sonaban bastante sinceras.

Momentos después, ambos hombres exponían el plan que ya habían comenzado a fraguar días antes, frente a la mirada atónita de algunos de los presentes. Los tres más jóvenes pensaban que se trataba de una idea alocada y excitante, pero estaban dispuestos a ponerla en práctica sin temor alguno. Por su parte, el muchacho de gafas comenzaba a sentirse cada vez más inquieto, pues pretendía quedarse al resguardo del lugar a toda costa, pero le desagradaba la idea de que fueran a dejarle solo. El padre Adolfo era de pensamientos mucho más sencillos y concretos: si los designios del Señor les conducían por aquel camino, él simplemente se limitaría a seguir los dictados de su Dios. Silvia al fin se sentía a gusto nuevamente con las decisiones de su novio. Aunque lo cierto es que no conseguía quitarse de la cabeza sus lacerantes palabras de horas antes.

Pronto caería la noche una vez más. Ahora los infectados ya eran dueños tanto de las horas de luz como de las horas de oscuridad. Había que sopesar cuándo les resultaría menos peligroso poner en práctica su plan. Por un lado, durante el día los infectados parecían dispersarse considerablemente, aunque daba la sensación de que estaban mucho más activos y se movían con mayor rapidez. Los refugiados llegaron a la conclusión de que, sin duda, era durante esas horas cuando los enfermos buscaban nuevas víctimas, aunque estas debían ser ya verdaderamente escasas o incluso inexistentes. Luego, por la noche, aunque se los podía distinguir mucho más apretujados bajo las luces de las escasas farolas que aún seguían funcionando, se

limitaban a escarbar nuevos hoyos en la tierra de las zonas ajardinadas o terrosas. Allí iban introduciendo de forma mecánica los escasos restos que aún permanecían desperdigados por los suelos de las calles y la carretera. Entonces casi no parecía que pudieran representar peligro alguno, aunque hasta el momento habían preferido no arriesgarse a verificarlo. También entonces se arrastraban tambaleantes, mientras sus sombras alargadas danzaban bajo la escasa luz que iluminaba la plaza, vomitando sobre el suelo de una forma absolutamente desagradable. Contemplando aquella noche más detenidamente el comportamiento de los infectados, encaramados como siempre sobre el baffle junto al escenario, Jaime y los demás pudieron observar algo que para ellos era nuevo. Los enfermos parecían ingerir alguna especie de extraño alimento que arrancaban con torpeza de un tipo de zarza que había empezado a brotar por todas partes.

—Parece que, al fin y al cabo —determinó el padre Adolfo en voz baja—, tus conjeturas no eran para nada desacertadas, Jaime. Es como si estuvieran extendiendo el mal por todas partes. Primero alimentan a su... madre... y luego se amamantan con su semilla corrupta, para ir esparciéndola con sus vómitos por todas partes.

—Así es —corroboró Ernesto, sin dejar de escrutar la rocambolesca escena que afuera se desarrollaba bajo la luz de la luna—. Pero a pesar de que durante la noche todo se nos antoje mucho más terrible si cabe, tenemos que ser objetivos. Pienso que durante estas horas de oscuridad se limitan a, como muy bien dice el padre Adolfo, alimentarse, alimentar a su madre y luego extender sus límites, esparciendo esas semillas por todas partes.

—¿Pero es que no pensáis con lógica? —intervino desde abajo el joven de gafas—. Aunque sea durante el día cuando se dedican a dar caza a otros seres humanos, si ya no tienen a quien matar, ¿pensáis acaso que van a desperdiciar la oportunidad de obtener unos nuevos trofeos como nosotros? —El joven ya no sabía cómo persuadir a sus compañeros de aquello que ya tenían decidido.

—No creo que sean capaces de llegar a un razonamiento así —le espetó Jaime, casi divertido al ver cómo el joven se iba desesperando poco a poco—. Ahora bien, quizás su instinto sí les conduzca a una conclusión como esa. Sin embargo, no estaremos seguros de nada hasta que por fin nos hayamos puesto en marcha. Pase lo que pase, será mejor salir ahí fuera y comprobar todas estas cosas por nosotros mismos que esperar aquí adentro como ratas enjauladas. —Al decir esto último, dirigió una mirada, adoptando un fingido gesto de disculpa, en dirección a la jaula que ahora llevaba consigo a todas partes—. No te ofendas, Doro, cariño, no es nada personal, es sólo que no se me ocurrió un símil más oportuno. Pero te prometo que si nos ayudas a salir de esta, te devolveré la libertad tan rápido como te la quité.

Algunos no pudieron evitar reírse ante las palabras del hombre. Sin embargo, todos estaban muy nerviosos, aunque intentaran ocultarlo a toda costa.

—Bien, muchachos, será mejor que nos pongamos en marcha cuanto antes —concluyó Ernesto, mostrándose ahora mucho más dispuesto a la acción. No sería él quien diera precisamente marcha atrás a aquella locura. La suerte estaba echada, y lo cierto es que temía más por la vida de su novia que por la suya propia. Si por algo había mostrado dudas en días anteriores, era por aquella circunstancia y no por otra. Pero algo había herido su orgullo, aunque no quisiera admitirlo del todo, y ahora le demostraría a Silvia que no era cobardía precisamente lo que había mantenido adormecidos sus sentidos.

Para mayor desconsuelo del chico de las gafas, todos tomaron al fin posiciones. Jaime y Ernesto se dirigieron con presteza hasta la puerta más alejada, aquella que estaba al final de la pista alquitranada, justo donde el edificio colindaba con el camino que conducía a la barriada alta. Allí se posicionaron, justo a la entrada del pasillo que conducía al local juvenil. El padre Adolfo tendría la misión de velar por sellar el acceso al resto del edificio en caso de que los dos hombres cayeran allí. Jaime se llevó consigo su espada medio afilada, mientras que Ernesto portaba su garrote de madera. Por su parte, Silvia sería la encargada de portar la jaula de Doro. Iría con otros dos de los chicos jóvenes, saliendo por la puerta del salón, hasta la arqueta que había unos metros más allá. Todos intentaron persuadirla de tan arriesgada tarea, pero ella se negó en redondo a limitarse a algo menos «movido». Al fin y al cabo, Ernesto sentía cierto consuelo de que la chica fuera acompañada por aquel seguro de vida que era la rata. Por último, el chico de gafas se quedaría vigilando la entrada del salón junto con el tercero de los jóvenes. Nadie se fiaba de dejarlo solo allí, pero él ya había tomado la decisión de no ir más allá del mismo umbral de salida.

Silvia contuvo el aliento, mientras los dos jóvenes que la acompañarían abrieron poco a poco los cerrojos de la gran puerta con mano trémula y nervios a flor de piel, pues la pesada máquina expendedora que antes bloqueara la entrada había sido previamente retirada con la ayuda de casi todos. Tragó saliva, alzando ante sí la jaula que mantenía cautiva a Doro. El animal pareció notar lo que estaba sucediendo, pues al momento su pelambrera se erizó sobre el lomo encorvado y unos chillidos desquiciantes comenzaron a surgir de su garganta. Las dos hojas quedaron al fin abiertas de par en par. El espectáculo acababa de empezar.

La pista de afuera estaba vagamente iluminada por unas farolas que había al otro lado, frente al muro de la cancha de fútbol que ahora tenían enfrente. De cualquier manera, aquella débil luz sería suficiente para lo que se habían propuesto. Varios infectados deambulaban dando tumbos sobre la calleja alquitranada, pero en cuanto notaron que alguien surgía del edificio parecieron espabilarse inmediatamente. Su

primera reacción fue correr en dirección a los tres humanos, que aún permanecían junto al umbral; sin embargo, al darse cuenta del cuarto ser que les acompañaba, detuvieron su marcha de forma brusca. Algo muy parecido al terror se dibujó en sus semblantes y no tardaron en retroceder, lanzando gruñidos histéricos a la oscuridad de la noche.

—Bueno —musitó la mujer, apenas pudiendo contener el temblor que pugnaba por dominar todo su cuerpo—, al menos parece que, por ahora, lo de la rata funciona.

Unos metros más allá, Jaime y Ernesto eran casi incapaces de contenerse. En principio, el plan dictaba que no abrirían la puerta de ese extremo del edificio a no ser que Silvia o alguno de sus acompañantes gritaran una palabra en clave. Era absurdo correr riesgos innecesarios. Sin embargo, los hombres no podían evitar sentirse inútiles y ciegos ante su situación, pues no había ventanas desde donde pudieran observar lo que ocurría afuera.

—Esto es ridículo —musitó Ernesto con gesto de arrepentimiento mientras negaba con la cabeza—. Yo debería estar ahí fuera con ella, protegiéndola de todos esos jodidos tarados, y no aquí adentro de brazos cruzados.

—No te preocupes, Ernesto —intentó tranquilizarlo el rudo motero—. Ella estará más segura que nosotros siempre que no se aleje de Doro. Y estoy completamente seguro de que no lo hará. Tú eres mucho más útil aquí, pues si algo saliera mal, nosotros atraeremos hacia esta zona a los infectados. Por otra parte, sabes muy bien que ningún otro me aportaría la seguridad que tú me das. Créeme, aunque no lo parezca, desde aquí, juntos podemos representar un seguro de vida para ella y sus acompañantes.

Ernesto seguía mirando hacia el suelo y no parecía muy convencido de las palabras de su compañero.

—Jaime lleva razón —intervino el cura, quien permanecía en el umbral de la sala de manualidades, justo a la izquierda del pasillo según se salía—. Además, ella no necesita que la protejamos, pues es mucho más fuerte y decidida que cualquiera de nosotros.

—Para vosotros es muy fácil decirlo, pues no es vuestra novia quien está jugándose la vida ahí afuera, mientras no podéis ni ver lo que está pasando —se limitó a replicar Ernesto, con cierto resquemor.

—Quizás no sea nuestra novia —respondió Jaime en tono serio—, pero sí es nuestra compañera y amiga, y durante estos días hemos aprendido a quererla como tal.

Ernesto miró fijamente al roquero; sin embargo, si iba o no a decir algo más, eso fue algo que los otros nunca supieron, pues entonces llegó hasta ellos un grito desde afuera. Al principio se sobresaltaron al oír aquella voz, pero luego se dieron cuenta aliviados de que se trataba de Silvia, quien les informaba a voces de que todo iba

bien. Doro estaba cumpliendo su trabajo de forma excelente y la mujer lanzó al aire nocturno la contraseña que correspondía.

Mientras tanto, en el gran salón del edificio, el muchacho de gafas daba vueltas en círculos sin parar, temerosamente alejado del umbral de salida.

—Este plan es absolutamente ridículo —mascullaba con nerviosismo—. No entiendo por qué quieren huir por ahí abajo. ¿Quién sabe lo que puede haber dentro de esa bóveda infecta? Si lo de la maldita rata les funciona, ¿por qué narices no intentan entonces llegar hasta algún vehículo?

—En principio sólo pretenden echar un vistazo a lo que pueda haber ahí abajo, para así comprobar si puede ser una ruta de escape lo bastante factible —le respondió el otro joven, quien aún permanecía vigilando la puerta de entrada que ahora había cerrado ante él, aunque apenas podía distinguir las siluetas de afuera a través de los cristales difuminados—. Lo de coger un vehículo sería totalmente inviable, puesto que las carreteras están totalmente obstruidas por los coches accidentados y atestadas de enfermos. El único lugar donde quizás no haya un verdadero ejército de ellos es a todas luces la bóveda del río.

—Parece que te tienen bien comido el coco, chico —arguyó el otro con sorna.

Un sonido metálico les llegó entonces desde afuera. Sin duda, los dos muchachos que habían ido con Silvia estaban retirando ya la pesada tapa que cubría la arqueta, haciendo uso de la barra de uña que se habían encontrado en la cocina del edificio.

La mujer sintió ateridos sus miembros, pues si bien ya la primavera estaba un tanto avanzada, aún hacía bastante frío por las noches. Sin embargo, no era esa la causa principal del gélido abrazo que ahora sentía en sus carnes. Los infectados se mantenían a una distancia prudencial, observándola con ojos enrojecidos. Parecían casi relamerse al observarla desde las sombras, pero no daban signos de intentar acercarse, pues mientras la rata estuviera allí, nunca osarían hacerlo. De todas maneras, la simple visión de los afectados, junto con el pensamiento de que quizás pudieran de pronto vencer sus temores e ir en su busca, hacía que la chica sintiera en sus carnes el aguijonazo del miedo.

—Vamos, chicos, daos prisa, por favor —les instó con tono amable.

Los jóvenes ya habían retirado la pesada tapa metálica y ahora hacían uso de la linterna para iluminar lo que pudiera haber allí abajo, al fondo del acceso con forma de tubo, en cuyo lateral había adosados unos escalones también metálicos.

Desde aquellas profundidades tan sólo parecía llegar el sonido de las aguas del río. Sus ecos se colaban por el acceso, pero ningún otro sonido llegaba desde allí delatando la presencia de infectados. Uno de los jóvenes iluminó con la linterna de

mano el fondo y entonces pudieron ver un lecho de piedras que sin duda era la estrecha franja que seguía el curso del río.

—No parece haber infectados ahí abajo —murmuró el muchacho, apenas pudiendo contener su nerviosismo, pero un tanto esperanzado por lo que veían y escuchaban.

—Lo malo es que jamás lo sabremos con toda certeza hasta que nos hayamos aventurado a bajar —comentó el otro, un poco más acongojado—. Entonces nos habremos metido en una ratonera, en una trampa sin salida.

—Vamos, muchachos. Doro nos acompañará durante todo el camino —les animó Silvia—. Con ella a nuestro lado, no habremos de temer nunca a los infectados. Además, seguramente allí abajo habrá muchas más ratas, y eso significa que la presencia de ellos será totalmente nula. Nunca pensé que fuera a agradarme tanto caminar entre ratas —masculló luego, casi para sus adentros.

Entonces recordó que tenía que gritar la segunda contraseña para indicar al resto que todo estaba en orden y que la bóveda parecía despejada. Pero algo hizo de pronto que agitara su mano con violencia. Sin darse cuenta, había dejado que esta se deslizara demasiado abajo en el asa y la rata había podido hincar entonces los dientes en su dedo pulgar. Antes de que pudiera evitarlo, había arrojado la jaula unos metros frente a ella, llevada por sus propios reflejos. Todo hubiera terminado en un simple susto de no ser porque los alambres que mantenían prisionera a la rata se soltaron en varios puntos sobre la plancha de madera que hacía de base. Doro se escurrió ágilmente por aquella brecha y, sin dar tiempo a que los otros pudieran cazar la de nuevo, huyó dando saltos, arrojándose por el acceso en dirección hacia el río subterráneo.

—¡Dios santo, hemos quedado totalmente expuestos! —exclamó la chica, dejando que el pánico envolviera sus palabras.

Intentó recordar de forma frenética la contraseña de alarma para gritarla lo más rápidamente posible, mientras ya dirigía sus pasos hacia la entrada del edificio. Pero su cerebro estaba ahora bloqueado por el terror y tardó varios segundos en recordar la palabra convenida.

—¡Emergencia tipo uno! —gritó al fin, mientras tocaba ya con su mano el sencillo enrejado que cubría los vidrios de la puerta. Con aquel código ponía de manifiesto que habían quedado totalmente expuestos, pero que de momento ninguno había sido alcanzado ni herido.

Los infectados tardaron muy poco en reaccionar. Tres de ellos, los que se encontraban más cerca del pequeño grupo, se dieron cuenta al momento de que ya nada les impedía atacar. Apenas dudaron un par de segundos, para luego emprender la carrera cual auténticos depredadores hambrientos. Gruñían como posesos mientras

corrían con asombrosa rapidez, y sus bocas parecía que iban a romperse de tanto que las abrían.

La puerta de más allá se abrió por fin, y entonces Ernesto y Jaime surgieron de ella, dejando la luz del pasillo encendida para así atraer al mayor número de infectados posible. En una mano portaban sus respectivas armas mientras que en la otra llevaban una antorcha recién encendida, que previamente se habían fabricado con algunas telas y combustibles que había en el aula de manualidades. Arrojaron las teas sobre el grupo de infectados más cercano, y al poco, un fuerte olor a carne quemada inundó el aire.

—¡Maldita sea! —rugió Ernesto furioso mientras se plantaba ya en mitad de la calleja—. ¿Por qué cojones no les han abierto ya la puerta? Esto es un puto desastre.

Pronto estuvieron casi rodeados por un asombroso número de infectados que parecía haber surgido de la nada. Jaime tuvo que tirar del minero hacia atrás para que este no quedara expuesto por completo ante el peligro que se les venía encima. El roquero hundió su espada en el vientre de un atacante, para luego empujarle furiosamente con la planta del pie.

—Tengo que ir a por Silvia —espetó el minero, enfurecido—. Esos idiotas no le han abierto la otra puerta.

—Eso te será ahora imposible —intentó convencerlo el hombretón—. Hay un auténtico contingente de infectados entre nosotros y ella. No me explico cómo han podido echársenos encima con tanta rapidez.

Al menos Ernesto pudo comprobar, alzándose un poco de puntillas sobre aquella marea de podredumbre, que habían atraído hacia ellos a la inmensa mayoría de los enfermos. Entre tanto, metros más allá, Silvia seguía aporreando la puerta del salón completamente desesperada. Los jóvenes que la acompañaban formaban un sencillo cinturón protector en torno a ella, y ya habían abatido a los tres infectados que habían corrido en su busca, haciendo uso, uno de la barra de uña, y el otro de una estaca que se había procurado previamente usando la madera de una de las sillas plegables.

El padre Adolfo corrió hasta el salón a través de las estancias contiguas, descubriendo entonces el motivo de que la puerta no hubiera sido abierta. Allí dentro, el muchacho de gafas se enzarzaba con uñas y dientes contra el otro joven. Estaba claro que su propia cobardía le había vuelto completamente loco, y prefería tener que enfrentarse a su compañero antes que quedar expuesto a los infectados. Adolfo era joven y vigoroso, y no le costó mucho esfuerzo tumbar al chico de un furioso puñetazo.

—Tu cobardía te hace despreciable a los ojos del Señor, y a los míos también —escupió luego con mirada severa.

Sin embargo, no quiso perder más tiempo y se dirigió a la puerta para abrirla de inmediato. Pero su semblante palideció al encontrarse allí afuera con unas miradas

inyectadas en sangre que no pertenecían en absoluto a sus tres compañeros. Allí tan sólo había infectados enfurecidos. Se cernieron sobre él con los rostros desencajados por la ira que les dominaba, y el hombre no tuvo más remedio que recular hacia dentro. Se dio cuenta al momento de que estaba totalmente perdido, pero no estaba dispuesto a morir en vano, de modo que, en un último esfuerzo, dio como pudo a los interruptores que accionaban todas las luces del salón. Quería atraer hacia allí adentro al mayor número posible de infectados para que al menos Jaime y Ernesto tuvieran una oportunidad de escapar por el otro lado.

—Enfrentaos ahora a un indefenso siervo de nuestro Señor, criaturas del diablo —gritó enardecido mientras todos aquellos posesos se le echaban encima, ansiosos por despedazar su cuerpo—. Porque cuando hayáis de rendir cuentas con el Todopoderoso, ya no tendréis ocasión de jugar con ventaja.

Debido a que los infectados no eran muy ágiles a pesar de la rapidez que en ocasiones mostraban, y a que tan sólo podían entrar de uno en uno en el pasillo donde estaban Jaime y Ernesto, no fue difícil para ellos ir derribándolos paulatinamente. Los hombres se iban turnando en la peligrosa tarea, y a base de mandobles y garrotazos, abatían primero a sus rivales para luego empujarlos hacia afuera a patadas y empujones.

—Este plan ha sido una auténtica mierda —masculló Ernesto entre jadeos, considerablemente malhumorado—. No entiendo dónde cojones teníamos la cabeza cuando lo ideamos. Sin duda, tantas horas sin dormir y este maldito cautiverio han nublado nuestro juicio.

—Tú sigue jodiendo a estos tarados. Estoy seguro de que el padre Adolfo habrá puesto orden en el salón y pronto Silvia y los otros estarán a salvo —le aseguró Jaime, aunque en realidad él mismo dudaba de ello. Ahora rezaba para sus adentros por que la chica se mantuviera con vida y no fuera contagiada. De lo contrario, sabía muy bien con quién iba a descargar Ernesto su ira y a quién culparía de todo.

Los hombres no sabían si el simple contacto con la sangre de los infectados podría contagiarles. Pero lo cierto es que, de ser así, no actuaría tan rápidamente como un mordisco o un rasguño, pues ahora estaban completamente empapados por el fluido escarlata y aún no habían notado síntoma alguno de estar afectados. Entonces se dieron cuenta de que, poco a poco, la afluencia de infectados disminuía considerablemente. Llegó un momento en que ninguno se acercaba ya al umbral de la puerta. Los dos hombres se miraron sorprendidos y al momento decidieron salir a ver qué estaba pasando. La imagen que vieron les sobrecogió el corazón. Las potentes luces del salón de fiestas estaban todas encendidas, colándose por los ventanales altos y atrayendo hacia su interior a un auténtico mar de infectados. Los seres se empujaban entre sí, peleándose por entrar allí dentro y llenando la atmósfera nocturna con sus gruñidos de ultratumba.

Ernesto oyó que alguien le llamaba desde el otro lado de aquella masa ingente de podredumbre. No tardó entonces en localizar a su novia, quien se había encaramado de forma bastante precaria sobre el muro de la cancha para luego trepar por la rejilla de alambre hasta uno de los postes metálicos que servían de soporte para la misma. La chica estaba a salvo por el momento, pero no podría aguantar mucho tiempo allí subida. Sin dudarlo, ambos hombres se dirigieron al lugar, atravesando la densa muralla de infectados que se interponía entre ellos y que aún se dirigía al interior de la gran sala.

—Parece que finalmente, como ya veníamos sospechando, han aprendido a guiarse por las luces en mitad de la noche para así encontrar a sus víctimas —musitó Jaime entre jadeos.

Esta vez contaban con la ventaja de que los infectados ya tenían puesta toda su atención en lo que intuían que había dentro del edificio. Aprovecharon aquella baza para abrir una brecha a base de mandobles y garrotazos, evitando milagrosamente que ninguno pudiera lacerarles la piel.

Cruzar aquel enjambre de enfermos sin resultar heridos no era tarea fácil en absoluto. Sin embargo, ya no veían ninguna otra alternativa razonable y decidieron poner su suerte en manos del propio destino. Antes de llegar junto a Silvia, advirtieron que la tapa del acceso a la bóveda aún seguía retirada. No se lo pensaron dos veces. Tras ayudarla a que bajara de allí, los tres juntos descendieron por aquel lugar, pues ya no esperaban que nadie más pudiera salir con vida de aquel salón infestado de rabiosos seres.

Jaime entró en último lugar tras arrojar su espada al vacío, advirtiendo antes a los de abajo. Colocó sobre la arqueta la pesada tapa arrastrándola con ambas manos. Los sonidos de afuera quedaron considerablemente atenuados, pero para sorpresa del hombre, una luz débil iluminaba vagamente el acceso.

—¿Estás bien, Jaime? —oyó que le preguntaba Ernesto desde abajo. Por toda respuesta, el hombretón saltó sobre los adoquines para llegar antes junto a ellos. Entonces se dio cuenta de que los dos chicos que habían acompañado a Silvia estaban allí también.

—Los muchachos no tuvieron más remedio que bajar aquí —comenzó a explicar la chica, casi de manera atropellada—, pues nadie nos abría la puerta y los infectados cerraban su cerco sobre nosotros. Pero yo no podía marcharme dejándote allí, Ernesto.

—Al final parece que estamos a salvo —constató el minero entre jadeos—, pero el padre no ha corrido nuestra misma suerte. El pobre hombre debe de estar ahora mismo siendo devorado por esas malditas criaturas.

—Los otros dos también han caído sin duda —apostilló Jaime, aferrando su espada y alzando la voz para hacerse oír sobre el sonido del agua—. Aunque sólo lo lamento por uno de ellos, pues estoy completamente seguro de que todo esto es culpa del otro. De no haber sido por él, ahora seguiríamos todos a salvo.

El panorama no era precisamente muy acogedor allí abajo. La bóveda tenía unos tres metros de altura aproximadamente desde el suelo, pero la oscuridad y la mugre amplificaban la sensación claustrofóbica que enseguida inundó sus mentes. Al menos parecía que no había infectados en el lugar, aunque la débil luz de la linterna tan sólo alcanzaba a iluminar unos pocos metros frente a ellos. Las paredes de piedra estaban cubiertas por espesas capas de telarañas, que más bien semejaban cortinajes grotescos, y había que andar con cuidado para no acabar cubierto por la pegajosa materia. El sonido de las aguas dificultaba un poco la comunicación entre ellos, pero no representaba esto un problema muy grande, pues no pensaban caminar muy distanciados precisamente. A cada lado del río había una estrecha franja de tierra y cubierta por cantos rodados, y el pequeño grupo se encontraba ahora en la de la margen sur. En ese punto el camino se ensanchaba un poco, puesto que estaba justo bajo uno de los pocos accesos que había al subterráneo.

—Bueno, muchachos —dijo Ernesto, alzando un poco la voz para hacerse oír por encima del sonido del agua—, ahora tenemos que decidir en qué dirección caminaremos.

—Si vamos por aquí, descenderemos hacia la salida del pueblo que está al oeste, rumbo a otras zonas habitadas —se situó Jaime, arrugando el entrecejo con gesto pensativo—. Si por el contrario vamos hacia el otro lado, ascenderemos a la salida este, rumbo a las montañas, mucho menos habitadas. Yo creo que en principio esta última sería la mejor opción, puesto que como hemos visto, los infectados sienten predilección por los lugares concurridos, donde siempre pueden encontrar un mayor número de víctimas. Después de todo, si observamos que el panorama se presenta demasiado feo, podemos dar media vuelta y mirar qué tal están las cosas en la otra salida.

—Yo estoy de acuerdo con Jaime —dijo Silvia convencida—. ¿Vosotros qué opináis?

—Caminemos en esa dirección pues —fue la escueta respuesta del minero. Estaba cansado y no tenía ganas de ahondar en razonamientos más complicados. Además, era el único de todos ellos que estaba acostumbrado a caminar durante horas a través de galerías oscuras y húmedas, y aquello no representaba para él nada nuevo en absoluto.

El roquero le pidió la linterna al muchacho que aún la llevaba consigo. Era un joven un tanto entrado en carnes, apenas un adolescente con la cara repleta de granos y la mirada un tanto perdida. Vestía con camisa blanca a cuadros y unos sencillos

pantalones vaqueros. Jaime pensó divertido lo distinto que muchas veces resultaba todo con respecto al mundo que nos dibujaba en la mente la industria cinematográfica. Los héroes de la vida real eran personas mucho más mundanas, individuos de carne y hueso que simplemente se veían llevados por un cúmulo de hechos que les había mantenido vivos en medio de la adversidad. La supervivencia algunas veces no sólo sigue patrones puramente selectivos, y sobre todo cuando hablamos de seres humanos. Aunque lo cierto es que estaba seguro de que también había jugado un papel importante en todo ello el instinto más innato. Lo que sucedía es que ese instinto a veces está tan dormido dentro de nosotros que, cuando al fin se despierta, podemos quedar sorprendidos de las capacidades que poseemos sin tan siquiera sospecharlo.

El rudo motero se colocó sin más comentarios a la vanguardia del reducido grupo. Haciendo crujir los cantos rodados bajo sus botas, avanzaba con cautela pero sin apenas detenerse más que de cuando en cuando. En su mano derecha aún portaba la espada que perteneciera a su querido hermano, mientras que en la otra llevaba la linterna, cuyo haz circular iluminaba aquellas siniestras paredes y las oscuras aguas. Tras él caminaba Ernesto, aferrando la mano de Silvia que ahora no se separaba de su novio, y cerrando el grupo iban los dos muchachos, quienes lanzaban ocasionales miradas a aquella rotunda negrura que lo engullía todo tras ellos.

—Es una suerte que los desechos de las casas ya no vayan a parar al río desde hace varios años —agradeció la chica en voz alta—, pues antes de que construyeran el colector, este pobre río recibía todos y cada uno de nuestros hediondos regalitos.

La chica lanzó un quejido ahogado, pues la herida que Doro le había abierto en un dedo comenzó a dolerle más ahora que ya no la anesthesiaba tanto el bálsamo de la adrenalina. Silvia aprovechó entonces para contarles el accidente sucedido con el animal, cuyas consecuencias habían sido tan nefastas. Ernesto se mostró preocupado por aquel rasguño, ya que tratándose de semejante animal, cabía la posibilidad de contagio de alguna enfermedad. Era justo lo que necesitaban en aquellos momentos para que terminaran colapsando, a causa de tantos quebraderos de cabeza.

—No te preocupes, cariño —se limitó a contestar ella—. Si salimos de esta, ya tendré ocasión de consultar a un médico.

El minero también prefirió engañarse a sí mismo quitando importancia al asunto. Se dijo que si la rata hubiera padecido rabia o algo similar, seguramente habría perecido durante las horas de cautiverio. Aunque lo cierto es que una vocecita dentro de él insistía en recordarle el feo aspecto que presentaba el animal ya cuando lo habían capturado. Pero algo rompió esta conflictiva cadena de pensamientos, pues de pronto Jaime se detuvo ante ellos, profiriendo un sonoro exabrupto.

—¡Joder! —exclamó el hombretón—. ¿Pero qué coño es eso de ahí delante?

Todos supieron enseguida a qué se refería su compañero. La luz de la linterna se posó sobre una masa oscura formada por lo que parecían unas gruesas raíces de un color negruzco y de aspecto viscoso. Desde su superficie goteaba un espeso líquido y desprendía un olor nauseabundo que golpeaba violentamente sus olfatos. Lo más extraño de todo es que, si uno se fijaba atentamente, podía darse cuenta de que aquellas enmarañadas formas parecían moverse de manera casi imperceptible. Era como si estuvieran vivas.

—¡Santo Dios! —exclamó la chica, sobrecogida y asqueada al mismo tiempo—. Esto ha de ser lo que esas malditas cosas van sembrando por todo el lugar con sus vómitos. Pero parece imposible que puedan llegar a crecer tanto en tan poco tiempo. Fijaos, la corteza de esas raíces tiene que ser dura como el acero, pues ha resquebrajado la roca como si fuera de cartón piedra. Es... es infernal... grotesco... aberrante. Esto no puede ser fruto de la madre naturaleza. La mano del mismo diablo ha de estar tras ello.

—¿Me... me lo parece a mí o esas cosas se mueven solas? —se aventuró a preguntar el chico gordo, balbuciendo la pregunta preso de la congoja.

Su compañero permanecía a su lado, completamente impertérrito. Este, al contrario que él, mostraba una constitución enjuta y tenía los cabellos desgredados cayéndole sobre la frente. El miedo le había enmudecido del todo.

—Fijaos —añadió el chico gordo, señalando algo bajo las raíces, cuyas puntas se estiraban en dirección al río como buscando aquel agua para sustentarse—. Hay ratas al otro lado. Montones de ellas. Es asqueroso.

Los demás constataron por sí mismos lo que el muchacho decía. Cuando la luz barrió la otra orilla del río, pudieron observar cómo un nutrido grupo de roedores se amontonaba junto a algunas de aquellas ramificaciones. Extraían pequeños trozos de ellas a mordiscos, e incluso parecía que se peleaban por llegar al repugnante alimento. Algo llamaba especialmente la atención en aquellos animales. Su pelaje había adquirido un tono blancuzco de aspecto enfermizo y se mostraban muy alterados.

EL FUEGO PURIFICADOR

Ernesto trastabilló ante la repugnante, y a la vez sorprendente, visión de las ratas, que en la otra orilla de aquella parte subterránea del río, propinaban vigorosos bocados a esa especie de raíces oscuras. Se lastimó la palma de la mano con una piedra punzante de aquella estrecha franja de camino al querer amortiguar un poco la caída. Su novia fue rápidamente en su ayuda y al momento el hombre estaba en pie de nuevo, apoyándose ligeramente sobre el hombro de ella. El brusco tropezón estaba más que justificado, pues los miembros de la pequeña comitiva habían presenciado algo que ya era como el colofón a toda aquella infernal locura. Al arrancar los roedores pequeños trozos de aquellas siniestras raíces, un flujo escarlata y espeso goteaba desde las zonas recientemente mordisqueadas. Aquello... parecía sangre.

—¿Estás bien, amor mío? —le preguntó ella mientras Jaime iluminaba el rostro de su compañero, dirigiendo ahora el haz de la linterna en dirección a ellos.

—No ha sido nada, cielo —aseguró el minero—. Distraje mi atención más de la cuenta y me fui tontamente al suelo. Tan sólo tengo un pequeño rasguño en la palma de la mano.

—Creo que deberíamos seguir avanzando —intervino el roquero al momento, viendo que no había sucedido nada en verdad preocupante—. Esas ratas pueden ser un seguro de vida para nosotros, pero lo cierto es que no me siento nada cómodo aquí parado... y menos con esa monstruosidad sobre nuestras cabezas —puntualizó luego, señalando con la punta de su arma las extrañas raíces que habían inundado parte de la bóveda tras hacerse paso entre el hormigón y la tierra.

—Continuemos caminando hacia delante —apostilló el minero—. No sabemos qué puede estar esperándonos allí afuera. Sin embargo, ya no tenemos elección.

—Esperad, muchachos —el chico gordo que iba con ellos llamó su atención desde la retaguardia del reducido grupo—. Tal vez no sería mala idea tratar de llevarnos a una de esas ratas con nosotros. Ya hemos comprobado sobradamente lo eficaces que pueden ser contra los infectados.

—El chico lleva razón —corroboró Ernesto, deteniendo una vez más sus pasos y adoptando un gesto pensativo—. No podemos ser tan estúpidos de salir ahí fuera totalmente desprotegidos cuando ante nuestras propias narices tenemos algo que podría ser de vital utilidad para poder mantener alejados a esos endemoniados. Esta es una oportunidad que no podemos desperdiciar.

—Estoy totalmente de acuerdo —aseguró Jaime—. Lo malo es que no se me ocurre la forma de poder hacernos con una de esas ratas. Intentar darles caza

simplemente con la mano puede ser una misión por completo desquiciante. Y eso, sin tener en cuenta el hecho de que seguramente intenten defenderse a mordiscos.

Durante varios segundos los cinco permanecieron en silencio, tratando de maquinarse alguna forma de poder atrapar a uno de los roedores sin arriesgarse a ser mordidos y quizás contagiados con alguna desagradable enfermedad. En realidad, tampoco tenían claro si aquellas pequeñas criaturas eran o no capaces de transmitir también la infección que había azotado la villa. Aunque sospechaban que no, puesto que, de lo contrario, la propia Silvia tendría que haber mostrado ya algún síntoma de ello.

—Escuchad, chicos —dijo entonces el chico gordo que ya antes propusiera la idea de hacerse con una de las ratas—. Quizás si arrancamos un pequeño trozo de una de esas raíces y luego la usamos para atraer a algunas ratas...

El rostro de Jaime se iluminó repentinamente. La idea no parecía en absoluto descabellada. Sin más comentarios, se aproximó con presteza hasta una de aquellas ramificaciones que tenía cerca. Tuvo que estirarse un poco, justo al borde de las aguas, para poder alcanzar aquel extraño y sinuoso apéndice.

—Espera, Jaime —le pidió repentinamente Silvia, con un deje de preocupación en la voz—. Quizás sea peligroso tocar esa cosa. No sabemos si también puede transmitir la enfermedad.

El roquero asintió levemente. La chica llevaba razón, no podía arriesgarse de una forma tan estúpida, así que decidió hacerlo de otra manera. Con un ágil movimiento, sesgó el trozo de raíz con el filo toscamente afilado de su espada, cayendo aquella con un chapoteo sobre la superficie de las aguas, allí donde estas cubrían muy poco. El roquero pinchó el pedazo de raíz con la punta del arma y lo levantó ante él con cuidado.

—¡Dios mío! —exclamó Silvia horrorizada, mientras los demás miraban boquiabiertos aquello que su compañero sostenía ante sus miradas atónitas—. Parece como si estuviera... sangrando.

En verdad algo manaba del lugar donde Jaime había propinado el tajo que había sesgado aquella cosa. Era un fluido rojo que si no era sangre, al menos se le parecía tremendamente. De la parte de la raíz donde antes estaba unido ese trozo, también comenzó a manar un pequeño riachuelo del fluido escarlata, como si de una fuente se tratara. Al momento pudieron contemplar un tanto asombrados cómo varios roedores se precipitaban como enfebrecidos por aquella visión desde el otro lado del río, internándose en las aguas en dirección a ellos. De entre algunas grietas que había en la parte baja de la pared que tenían más cerca, también surgieron algunas ratas, atraídas seguramente por el olor de aquel fluido. La mayoría de los pequeños mamíferos se intentaron situar bajo la diminuta cascada que brotaba de la raíz cercenada, sin embargo la corriente los arrastraba río abajo. Jaime consiguió atraer de

esta manera a unas cuantas ratas, situando su goteante trozo de raíz sobre las piedras del camino que seguían.

—Esto es como una aberrante versión de *El flautista de Hamelin* —ironizó esbozando una sonrisa desabrida—. Pero es lo que nos queda, amigos. Creo que tendremos que probar.

Dicho esto, comenzó a caminar corriente arriba, sosteniendo siempre ante él aquel goteante trozo de raíz ensartado en su espada, mientras iba dejando un pequeño reguero de aquello que se parecía tanto a la sangre. Un puñado de ratas le seguían como animalitos amaestrados.

—Vayamos tras él, muchachos —dijo al fin Ernesto, rompiendo el profundo silencio que se había formado de nuevo entre ellos.

Así lo hicieron todos, tragándose toda aquella angustia, aquel miedo acuciante y pesado que abotargaba sus mentes e inundaba el lecho de sus estómagos como si de plomo se tratase. Se sentían como presos en un infierno sucio e infestado por la ponzoña más miserable. Sus únicas amigas ahora eran las ratas, y no unas ratas cualquiera. Eran criaturas de aspecto enfermizo que parecían sedientas de sangre, como anhelando poder ingerir algo de vida para llenar sus mórbidos cuerpos. La libertad parecía ahora tan lejana y remota. Afuera les esperaban ejércitos enteros de infectados hambrientos y cargados de ira ciega. Pero allí adentro la oscuridad los engullía y las paredes frías de aquella bóveda aterían sus miembros haciéndolos sentir miserables. Llegó un momento en que la pena cayó sobre ellos, y todos compartieron de forma silenciosa la impresión de ser como sucios despojos de un holocausto demencial. Su escasa fe ya había sido sepultada bajo una insoportable capa de desesperación, y mientras sentían una palpitación asfixiante en sus pechos, los pulmones eran incapaces de encontrar el oxígeno suficiente como para recordar lo que era la vida en su estado más natural.

Todos caminaban con la desazón estrangulando sus esperanzas y el miedo atenazando su sistema nervioso. Habían resistido todo ese tiempo para nada. Algo se lo decía. Morirían peor que ningún otro en aquel absurdo apocalipsis. Serían pasto de criaturas mucho más espeluznantes que aquellas ratas de aspecto sarnoso. Su recuerdo caería en el olvido de aquel inmenso cementerio andante, devorado con sus cuerpos y despedazado trozo a trozo. Nadie sabría jamás cuán obstinados se mostraron en aquellos últimos días de su vida, pues la esencia impía de aquel jardín borraría bajo sus entrañas todo vestigio de su valor y su entereza. Serían unas víctimas más sin rostro, tan sólo un vago recuerdo de tantos otros como quedaran sepultados en aquella inmensa fosa común.

Inmersos en tan nefastos pensamientos se hallaban todos cuando al fin un poco de claridad comenzó a vislumbrarse allí a lo lejos, frente a ellos. Todos se extrañaron

entonces, pues no podía haber amanecido, ya que llevaban apenas media hora allí metidos. Evidentemente, no se trataba de la luz del sol, sino que debía de ser el resplandor de algún fuego que se habría desatado con violencia en la parte de la villa donde se encontraba aquella salida de la bóveda. Aquella luz que se filtraba unos metros por delante de ellos titilaba, efectivamente, como hace el resplandor de una hoguera.

—Esta parte del pueblo debe de estar ardiendo por completo —musitó Jaime un tanto contrariado—. Si salimos ahí fuera, quizás no muramos despedazados por los infectados, pero sí quemados vivos.

—Personalmente prefiero terminar calcinada que sirviendo como pasto para esa asquerosa planta —aseveró Silvia, ya tan cansada por todo aquello que no tenía capacidad para seguir allí encerrada ni plantearse una nueva estrategia de huida—. ¿Tú qué opinas, amor mío?

Ernesto no contestó a la pregunta de su novia. Todos miraron al minero un poco sorprendidos por su silencio y se dieron cuenta entonces de que se había apoyado sobre la pared cubierta de telarañas, aprovechando que habían vuelto a detenerse. Al iluminar Jaime su rostro con la linterna, descubrieron sobrecogidos el terrible aspecto que presentaba su semblante. Mostraba un gesto de dolor contenido, apretando los labios y entrecerrando los párpados en un rictus casi agónico. Al observarle más detenidamente, todos se percataron de la mortal palidez que había decolorado su piel.

—¡Dios mío, Ernesto! —exclamó alarmada Silvia, acercándose al hombre con presteza—. ¿Qué es lo que te ocurre?

Por toda respuesta, el joven alzó su mano herida, intentando explicar con gestos lo que pensaba. El roquero no tardó mucho en comprender lo que su amigo ya sospechaba. El hombre había sido impregnado con la sangre de decenas de infectados allí afuera, mientras luchaban contra ellos. Al principio parecía que esto no suponía un riesgo de contagio. Pero ahora era distinto, pues al caerse sobre las rocas, el hombre se había abierto una herida un tanto profunda en la palma de su mano, por donde sin duda parte de aquella sangre infectada se había colado. Ernesto podía estar contagiado.

—Silvia, no te acerques a él —intentó advertir a la chica, tratando de mostrar la mayor delicadeza de la que era capaz en semejante situación—. No os acerquéis ninguno a Ernesto.

Los dos chicos que hasta entonces permanecían en la retaguardia del grupo comprendieron al momento lo que Jaime insinuaba. Se posicionaron de inmediato más allá de donde estaba el roquero, bordeando con rapidez la posición de Ernesto.

—¿Qué intentas decirnos, Jaime? —preguntó Silvia al borde de la desesperación. Ella también sospechaba lo mismo que todos ellos, pero se negaba a admitirlo. Ya había tenido que presenciar con sus propios ojos cómo sus padres eran víctimas de

aquella locura. No era justo que ahora también tuviera que pasar por el tremendo suplicio de contemplar la horrible transformación de aquel a quien amaba—. Él no está infectado. No puede estar infectado. Ninguno de ellos consiguió herirle allí afuera. Además, de ser así, ya tendría que haber dado muestras de ello hace tiempo.

—Silvia... —Jaime intentó buscar las palabras con las que explicarse—. Ernesto y yo hemos sido salpicados con la sangre de esos malditos. Esto no parece afectar a la gente sana de forma directa, pero creo que ahora esa ponzoña se ha colado por la herida que tu novio tiene en su mano.

—Eso... eso sólo es una estupidez —arguyó al momento la chica, dando claras muestras de estar perdiendo ya la calma—. Simplemente se encuentra mal, cosa totalmente comprensible. Llevamos muchos días comiendo de forma pésima, encerrados como ratas y acuciados por esas malditas cosas.

—Quizás tengas razón, Silvia —admitió entonces Jaime. Sin embargo, aunque quisiera creer en ello, en su fuero interno estaba convencido de lo contrario—. Ojalá sea así. Pero debemos ser cautos. Ven con nosotros y luego intentaremos encontrar la forma de ayudarle. —El hombretón alzaba su espada con aquel trozo de raíz aún ensartado en la punta mientras un grupo de ratas se arremolinaba a sus pies, lamiendo excitadas aquellas que podían el fluido que seguía goteando desde allí arriba.

La chica miró a su novio al borde del llanto. Él seguía apoyado sobre aquella pared repleta de pegajosas telarañas que se adherían a sus ropas, casi desvaneciéndose sobre el suelo pedregoso. Ernesto la miró entonces a su vez, y en su mirada brilló un deje de tristeza que hizo que el corazón de ella se encogiera terriblemente. Él tenía la total certeza de haber sido contagiado y le suplicaba sin palabras que se alejara de su lado. Lo último que deseaba ahora era hacer daño a aquella a quien tanto amaba.

—Silvia —consiguió al fin articular el joven, haciendo un esfuerzo titánico para deslizar aquellas palabras a través de su encogida garganta—. Sabes que siempre... que siempre te he querido con toda mi alma —un hilo de sangre se coló por entre las comisuras de sus labios—, pero ahora... ahora hemos de... de separarnos...

—¿Qué es lo que estás diciendo, Ernesto? —preguntó ella con un deje de histeria en la voz—. No digas tonterías, amor mío. Tan sólo estás un poco enfermo, eso es todo. Te sacaremos de aquí y huiremos todos lejos de este condenado infierno. Todo saldrá bien, ya lo verás, amor mío.

Dicho esto, Silvia se acercó a su novio intentando abrazarle con desesperación. Sin embargo él, haciendo uso de las últimas fuerzas que aún le restaban, empujó como pudo a la chica lejos de donde estaba. Aquello hirió el corazón de ambos de forma terrible, pero el joven pensó que ya no le quedaba otra opción. Estaba completamente perdido y no quería ser el verdugo de su propia novia.

—Márchate con ellos... por favor, Silvia —continuó diciendo. Luego, aunque trató de seguir hablando, ya no fue capaz de articular una sola palabra más, pues una

tos terrible le hizo enmudecer y de su boca surgieron auténticos regueros de sangre. Sus ojos se humedecieron por las lágrimas al ver la mueca de profundo abatimiento que se formaba en el rostro de su amada.

—Silvia —insistió Jaime, apenas pudiendo pronunciar también su nombre, pues le resultaba muy complicado expresarse ante semejante situación—. Silvia, sé que esto resulta muy difícil, pero ya no tenemos elección.

—¿Acaso pretendes que me vaya dejándole aquí en una situación tan miserable? —rugió la chica, mirando al roquero completamente fuera de sí. La locura volvía a adueñarse de sus actos una vez más, pero todos lo entendieron. Era algo completamente comprensible.

—Todos hemos perdido a muchos seres queridos en este infierno. Es una tragedia imposible de asimilar en tan poco tiempo. Sin embargo, ahora debemos actuar de una forma muy poco natural, dejar a un lado nuestros sentimientos e intentar llegar lo más allá que podamos. Se lo debemos a todos ellos. Tenemos que salir con vida de este lugar, o al menos dejarnos la piel en el intento, pues quizás seamos los únicos testigos que aún resistan en pie. El mundo nos necesita. Necesita que pensemos con absoluta frialdad para poder salir de aquí con un montón de información que, sin duda, será útil para que otras personas no tengan que sufrir lo mismo que nosotros. Hazlo por Ernesto, Silvia. No permitas que su muerte sea en vano.

La chica sollozaba y parecía como si estuviera a punto de sufrir una taquicardia. Escudriñó una vez más los ojos de su amado fijamente. Este parecía querer suplicarle con la mirada que le hiciera caso a Jaime. El joven respiraba ya con mucha dificultad y su tez parecía haberse demacrado con asombrosa rapidez. Un sudor frío le empapaba como si unas terribles fiebres se hubieran adueñado de su cuerpo, y apenas podía sostenerse ya sobre aquella pared húmeda y mugrienta. Entonces comenzó a convulsionarse con violencia y en su rostro se dibujó una expresión de pura rabia.

—Ya está comenzando —dijo Jaime afligido por la pena.

—Hasta siempre, amor mío —musitó ella con amargura—. Siempre te querré... Nunca podré llegar a amar a nadie como te amé a ti.

Una vez dicho esto, se dirigió nuevamente al roquero y le pidió algo con gesto suplicante, mientras se deshacía entre lágrimas ardientes.

—Acaba con él antes de que esa maldita cosa se haga dueña de sus actos. No permitas que su cuerpo termine siendo esclavo de esta pesadilla que inunda los suelos de nuestro pueblo —su voz se quebró finalmente y se alejó unos metros sin mirar atrás. No quería ver cómo Jaime ejecutaba misericordiosamente a aquel a quien tanto amaba.

El roquero fue asombrosamente certero a la hora de segar la cabeza de quien fuera su compañero y amigo durante aquellos últimos días, de quien compartiera toda

la angustia y el dolor con él y luchara hombro con hombro para salir de semejante holocausto. A pesar de lo toscamente afilada que estaba su arma, la fuerza que sus brazos le transmitieron a través de la empuñadura hizo posible que pudiera terminar con la agonía de Ernesto en apenas una fracción de segundo. La testa salió volando con violencia, cayendo sobre las aguas del río, en tanto que un reguero de sangre salpicaba la pared y el suelo.

Silvia no pudo soportar aquello un segundo más. Entregó su mente a los brazos de la locura y salió de allí corriendo como alma que lleva el diablo. Sus gritos de histeria reverberaron con aire siniestro en las paredes de aquella bóveda, retumbando con fuerza en el pecho de Jaime. El roquero observó el trozo de raíz que había dejado sobre las piedras del camino. A su alrededor, las ratas seguían amontonándose como poseídas por un hambre voraz.

—¡A la mierda! —exclamó el hombre, desechando la idea de volver a coger aquel trozo de raíz. No podía seguir avanzando con el lastre de aquellas ratas siguiendo sus pasos, pues esto no le permitiría alcanzar a la chica antes de que esta saliera al exterior.

Corrió en pos de ella, importándole ya bien poco lo que pudiera esperarles afuera. Ahora estaba poseído por un odio feroz y tan sólo deseaba dar fin al mayor número posible de infectados antes de que estos terminaran de una vez con su vida.

Cuando llegó al arco que conformaba la salida de la bóveda pudo contemplar un panorama apocalíptico que no hizo sino avivar la hoguera de su ira. Un gran fuego se había propagado por toda esa parte de la villa y sus llamas crepitaban consumiendo las casas, los vehículos estrellados, los cadáveres que había esparcidos por todas partes e incluso a los mismos infectados. Los inmundos seres corrían como bestias acosadas, profiriendo espeluznantes gritos de agonía mientras sus espaldas y sus rostros eran calcinados por aquellas lenguas rojizas que les abrasaban la piel. El fuego rielaba en las paredes encaladas de los edificios más cercanos, y aquel resplandor anaranjado hizo que pareciera como si hubiera caído sobre el valle un mar de fuego. Ahora aquello sí era en verdad una estampa absolutamente apocalíptica.

Jaime trepó como pudo por la pequeña pendiente terrosa que se alzaba sobre la vertiente derecha del río. Aferrándose a los matorrales que crecían apelotonadamente sobre la tierra, llegó al fin a una explanada que estaba junto a la carretera. Era el lugar que hacía las veces de pequeño aparcamiento para el bar que había justo enfrente, al otro lado de la calzada. Jaime divisó enseguida a su amiga. Estaba en mitad justo de aquella explanada. Observaba todo con mirada completamente enloquecida mientras sonreía con un deje de histeria. Parecía satisfecha al poder contemplar por fin cómo aquellas bestias se consumían bajo las llamas purificadoras del incendio. Sin embargo, el roquero advirtió que la chica estaba en peligro. Si uno de aquellos seres

no la atrapaba en mitad de su agónica huida, corría el riesgo de ser también calcinada por el fuego.

—¡Silvia, tenemos que salir de aquí! —gritó mientras se acercaba a ella—. Ahora tenemos la oportunidad de escapar al amparo de las llamas. Tenemos que dar un mensaje al mundo. Tenemos que intentarlo, ahora nuestras vidas ya no nos pertenecen.

En un primer momento pensó que la chica le atacaría poseída por la ira o que haría oídos sordos a sus súplicas. Pero para su sorpresa, la joven le miró con gesto melancólico, dejando de sonreír repentinamente. La luz anaranjada de las llamas iluminaba su rostro, transformando su expresión en la de un ser sobrenatural que se hubiera materializado de forma repentina en mitad de aquel infierno.

—Corramos hacia las colinas —sugirió con un tono de voz sorprendentemente cuerdo.

Justo cuando ya avanzaban con paso firme en la dirección que la chica había dicho, los dos muchachos salieron de las profundidades de la bóveda, uniéndose a ellos en la huida.

Los infectados surgían de todas partes: desde el interior de las casas inundadas por las llamas, de entre los matorrales a los bordes de la carretera, o por caminos que venían desde la escombrera, allí arriba a su derecha, justo donde todo había comenzado. Resultaba verdaderamente dificultoso poder respirar en aquel ambiente inundado por el humo. Jaime tuvo que abatir a más de una decena de infectados que se les acercaron con aire amenazador. El filo de su arma segó cabezas, atravesó corazones y ensartó vientres putrefactos. El hedor a muerte lo impregnaba todo a su alrededor, pero la sed de venganza insuflaba fuerzas a los poderosos brazos del coloso roquero. Estaba tan cansado de esconderse y huir que sintió un extraño gozo al poder enfrentar cara a cara aquello que les había mantenido aterrados durante tantos días.

Fue entonces cuando lo vio. Surgió de entre las llamas y la espesa cortina de humo que se había formado por todas partes. Avanzaba con paso firme hacia ellos. Su mirada de un solo ojo no traslucía miedo, pero tampoco valor o esperanza. Simplemente era un ser que había dejado sus sentimientos enterrados bajo la losa de un pasado que ya quedaba muy lejano en el tiempo. Su rostro estaba demacrado y una telaraña de cicatrices lo surcaban, perdiéndose luego bajo aquella espesa barba que nacía bajo su nariz y sus pómulos. Aunque era evidente que también les tenía que haber divisado ya, no dio muestras de ello. Continuó avanzando hacia ellos sin exteriorizar ningún síntoma de emoción.

—Yo... yo le conozco —musitó sobrecoído Jaime, mientras un torrente de recuerdos acuciaba su mente en una fracción de segundo. El jardín... La joven Rosa... aquella joven y misteriosa que no era un ser humano, sino una burda

imitación... una imitación de lo que fuera en otro tiempo, cuando aún la vida corría por sus venas... Aquel hombre... aquel hombre atormentado por sus nefastos errores, perseguido por un pasado que le condenaba a una vida de tragedias y aberraciones.

Cuando el hombre hubo al fin llegado hasta donde ellos permanecían, ahora casi parados, se quedó mirando fijamente a Jaime.

—Seguid unos cien metros más allá, carretera arriba. Encontraréis un todoterreno con el que podréis subir hasta las zonas altas. Mirad dentro de la casa que hay al lado. En el sótano encontraréis a una niña que os necesita. Tomad luego el vehículo que os he dicho. Id con cuidado, la carretera está plagada de infectados y coches accidentados. No os resultará difícil encontrar una casa junto a la cual hay una elevación, donde encontraréis un círculo de tierra despejado y marcado con una «H». Es el helipuerto que han ubicado allí mis superiores. Con un poco de suerte, ellos aún seguirán aquí recabando toda la información que puedan. Es algo que les lleva obsesionando desde hace mucho tiempo. Quizás podáis convencerles para que os lleven con ellos. Ahora sois muy valiosos, pues habéis estado en el epicentro mismo de toda la tormenta. Seguramente tengáis información que les pueda ser útil. Pero tened mucho cuidado. Son unas alimañas sucias y traicioneras. Jugad vuestras cartas con inteligencia. Tal vez os resulte más complicado poder escapar luego de sus poderosas garras de lo que os ha costado salir de este infierno. Pero ya no tenéis alternativa. El mundo necesita saber... y ahora tan sólo vosotros podéis satisfacer esa sed de conocimientos.

Sus interlocutores permanecían mudos ante él. Era todo muy extraño, pero estaban ya tan acostumbrados a lo absurdo que simplemente se limitaron a escuchar y asimilar todo cuanto el hombre les decía. Cuando este hubo al fin terminado de hablar, sencillamente prosiguió su camino, volviendo a internarse más allá de las espesas cortinas de humo en dirección al centro de la villa, allí donde podría encontrar la pista que ascendía hacia la escombrera donde todo había comenzado.

Jaime y Silvia se dispusieron a cumplir con las instrucciones que el hombre les había dado. ¿Qué otra cosa podían hacer ya? Prosiguieron carretera arriba, caminando como autómatas sin sentimientos. Sus miradas mostraban un tremendo cansancio. Querían llegar de una vez al final de todo aquello, casi ya no les importaba cuál fuera exactamente este. Simplemente querían poder derrumbarse y no pensar en nada. Abandonarse a un olvido misericordioso.

Ni siquiera se inmutaron cuando escucharon los aullidos de dolor que profirieron los dos jóvenes que habían venido con ellos cuando estos fueron alcanzados por un grupo de infectados. Los muchachos cayeron abatidos por las furiosas criaturas, quienes los despedazaron con una brutalidad extrema. Jaime se limitó a despejar con su arma el centro de la carretera, allí por donde avanzaban casi sin fuerzas.

EN LAS MONTAÑAS

El amanecer llegó aquel día cargado de un pesado olor a podredumbre y carne quemada. Desde el centro del valle se elevaban unas espesas cintas de humo, y el resplandor del fuego reverberaba entre las paredes montañosas. Gran parte de la villa había sido ya consumida por aquel incendio que se había desatado ferozmente sobre sus calles infestadas de enfermos. Pero aún había zonas que habían escapado del fuego purificador, y en ellas crecían como tentáculos repulsivos aquellas negras zarzas que se habían expandido como la peor de las plagas por todo el valle. Los enfermos deambulaban tambaleantes entre los sombríos callejones, en busca de alguna víctima que aún pudiera servirles como macabro tributo que llevar a su diosa. Pero todo había sido ya devastado. Ni un solo resquicio de vida parecía palpar en ningún cuerpo humano sobre aquel lugar. Nada agitaba los restos de las gentes que habían poblado la destrozada villa, mostrando con ello signos evidentes de vida. Los escuálidos cuerpos de los infectados apenas eran capaces ya de sostenerse sobre el asfalto o los suelos ensangrentados de las calles. Pero muchos de ellos habían sido capaces de llevar aquel mal terrible incluso a kilómetros de distancia de allí. Poco importaba ya que se derrumbaran definitivamente, consumida por completo aquella preternatural esencia que les había impulsado a sembrar la tragedia allí por donde habían caminado. La afilada guadaña de la muerte había segado todo rastro de vida y con su sangre había regado luego la tierra que albergaba en sus entrañas, un mal que ni siquiera el hombre moderno era capaz de recrear en sus más terroríficas elucubraciones. Pero lo peor de todo es que aquello simplemente podía ser el principio del verdadero holocausto que aún estaba por venir. Los endebles diques protectores de una humanidad condenada a semejante castigo ya no podrían contener la mortífera marea que allí se había gestado.

Un pesado vehículo ascendía por la carretera a velocidad moderada hacia la cima de las colinas, alejándose de aquel dramático cuadro. Era un todoterreno de color negro, conducido por un hombre alto y fuerte, de largas barbas y pelo atado en una coleta. Junto a él iba una chica, cuyo semblante mostraba los síntomas de un abatimiento y una tristeza inenarrables. En la parte de atrás tan sólo una niña. La habían encontrado justo donde el hombre del parche les había indicado. No había pronunciado ni una sola palabra desde que la rescataran de aquel umbrío sótano donde la hallaron, rodeada por las ratas y la suciedad. Sobre la trampilla que sellaba la entrada del sótano habían encontrado el cadáver de un hombre joven. Parecía haber muerto

vigilando el acceso, protegiendo a quien dentro se resguardaba del peligro que afuera se deslizaba con aire moribundo sobre las calles.

—Mira, Jaime, ese es el helipuerto que el hombre nos mencionó —indicó repentinamente la chica, señalando excitada a un punto sobre una parte allanada en mitad de una ladera, a la derecha de la deteriorada calzada. Un helicóptero negro reposaba allí en la quietud más extraña, como ajeno a toda aquella tragedia. Cerca había un caserón, donde probablemente estarían los hombres a los que el tipo se había referido como «sus superiores».

—No hay forma de saber cómo nos recibirán esos hombres —comentó Jaime un tanto abatido por el cansancio—. Ni siquiera tenemos la total certidumbre de que sigan con vida. Por lo que he podido entender, tienen gran parte de culpa en todo esto. Sin embargo, ya no nos queda otra alternativa si queremos salir de este infierno lo antes posible y difundir nuestras terribles vivencias al resto del mundo.

El hombre detuvo el todoterreno, estacionándolo malamente junto a un estrecho camino que parecía conducir directamente hasta aquel caserón. El corazón de Silvia palpitaba ahora acelerado. Estaba excitada ante la perspectiva de poder al fin salir de aquel malhadado lugar, pero al mismo tiempo sentía otra vez miedo al tener que bajarse del vehículo, exponiéndose a lo que pudiera acechar allí afuera, agazapado seguramente entre las zarzas que flanqueaban el sendero.

Una vez fuera del coche, se internaron por aquel terroso y estrecho camino. La maleza crecía a los bordes del acceso, y las sombras de algunas hayas y castaños se proyectaban sobre aquella sinuosa cinta de tierra, que ascendía de forma suave hacia el caserón de resplandecientes paredes.

Era un hermoso día primaveral y los rayos del sol se posaban sobre los blancos muros del edificio, iluminándolos de forma llamativa. Todas las persianas estaban completamente bajadas. Sin embargo, aquello no era algo tan extraño dadas las actuales circunstancias. Silvia sintió cómo el miedo la acuciaba al pensar que seguramente aquella maldita plaga habría llegado ya hasta esa zona escasamente habitada. Tuvo la angustiosa sensación de que sus pasos eran torpes y ruidosos, que alertarían a cualquier infectado que pudiera merodear por los alrededores. Por eso se le estaba haciendo una verdadera eternidad cruzar aquel sendero.

Por otro lado, todos advirtieron algo que les inquietó sobremanera. A pesar de ser primavera y de estar en un terreno tan bucólico y apartado de la ruidosa civilización, ni un solo sonido de la naturaleza acompañaba sus pasos. Ni cantos de pájaros ni el sonido de la brisa, ni tan siquiera el chasquido de algún arbusto al ser atravesado por una lagartija. Todo parecía haberse congelado a su alrededor, como si se tratara de un simple escenario vacío de vida. En aquellas circunstancias sus respiraciones agitadas por el miedo sonaban como un eco que retumbara en las paredes montañosas, o al menos eso les pareció.

Fue entonces cuando algo sí llegó hasta sus oídos. Pero no se trataba precisamente del más hermoso de los sonidos de la naturaleza, sino del zumbido de decenas de moscas que se arremolinaban entre algunas ramas de los árboles cercanos. Luego un hedor pestilente golpeó sus olfatos, haciendo que sus rostros adoptaran al momento un gesto de profundo desagrado. Al pasar junto a un roble a la izquierda del camino, constataron horrorizados que, efectivamente, el desagradable olor provenía de unos restos humanos en proceso de descomposición. Silvia apartó la mirada hacia otro lado con una mueca de asco. Jaime, por su parte, tapó con su mano los ojos de la niña, quien a pesar de todo parecía tan aturdida que ya no mostraba síntomas de pánico o desagrado. Simplemente se limitaba a seguirles en el más absoluto silencio.

El hombretón se preguntó si aquellos deteriorados miembros, aquellos pedazos de carne putrefacta que había tirados malamente sobre la maleza que había junto al árbol, pertenecerían al cadáver de uno de los mencionados superiores del hombre del parche. Ahora sólo había una forma de averiguarlo, y esa era llegar de una vez hasta el caserón de allí arriba.

Ensimismado estaba el hombre en aquellos pensamientos cuando, de pronto, un desagradable sonido llegó hasta sus oídos preñado de maldad, haciendo que su corazón se desbocara preso del pánico. Su mente identificó al momento aquel endiablado ruido, e instintivamente alzó la espada, aquella que en otro tiempo había pertenecido a su ahora difunto hermano.

Sus ojos pudieron comprobar lo que su cerebro ya había advertido. Desde la carretera, justo allí donde habían dejado el vehículo, un nutrido grupo de infectados penetraba ya en la senda, corriendo enardecidos por la sed de sangre. Sus rostros exhibían muecas de auténtica furia, en tanto que proferían unos gritos rabiosos que al momento inundaron el aire de aquella opresiva atmósfera. Avanzaban tan deprisa que no tardarían más de unos segundos en alcanzarles.

—Coge a la niña y corred juntas hasta la casa —dijo con asombrosa calma el hombre, sin dejar de mirar hacia aquellos posesos que venían directamente hacia ellos. Estaba tan cansado de huir, tan profundamente asqueado de aquellas cosas, que esta vez había tomado la firme determinación de no ceder un solo palmo de tierra ante el mal que les perseguía.

—Pero... —comenzó a decir Silvia. Sin embargo, supo que no podía negarse a hacer lo que el hombre le pedía. Habría preferido morir allí junto a él, pero ahora tenía a un ser humano a su cargo y no podía permitir que también ella sucumbiera con ellos. Tenían que llevar un mensaje al resto de la humanidad. Tenían que aportar su ayuda, ahora que sabían ciertas cosas que los demás ignoraban. La niña llevaba además consigo un artilugio que semejaba una radio portátil, y ellos sabían muy bien que era algún tipo de máquina que el hombre del parche les había legado.

Sin decir nada más, tomó a la niña y la subió a sus espaldas para luego salir corriendo pendiente arriba, mientras Jaime se plantaba en mitad del camino con el firme propósito de no dejar pasar a uno solo de aquellos malditos.

La mirada torva y desafiante del hombre mostraba que ya no sentía miedo. Aunque sus pulsaciones se habían elevado considerablemente, ello no era fruto sino de la sed de venganza y de la excitación de saber que al fin podría morir con orgullo, enfrentando cara a cara ese mal que tanto les había atormentado. Los poderosos músculos de sus brazos se hincharon al apretar con más fuerza la empuñadura de su arma y su fornido pecho se llenó de aire. Al fin los primeros mandobles segaron brazos, piernas y cabezas, y ensartaron un montón de vientres mórbidos y putrefactos. A los pocos segundos el hombre jadeaba ya al borde de la extenuación, y tanto su rostro como sus manos y ropas estaban completamente cubiertos por aquella sangre maldita. Pero su corazón latía más vivo que nunca y sentía cómo había sido al fin despojado de aquel peso insoportable de la angustia. Moriría en paz consigo mismo, pues había luchado hasta el último instante de su vida, haciendo todo cuanto había podido por preservar un resquicio, una última brizna de bondad, en medio de toda aquella infausta locura. Antes de exhalar su último aliento de vida, pudo contemplar aliviado por el rabillo del ojo cómo unos hombres abrían la puerta a las dos chicas, allí arriba en el caserón. Luego, tan sólo un mar inmenso de ojos rabiosos, bocas ensangrentadas y manos feroces que se cernían en torno a él.

F I N

AGRADECIMIENTOS

Agradezco de todo corazón el apoyo incondicional de mi esposa Eva, que a lo largo de todo el proceso de creación de esta novela se mostró completamente entregada a alimentar mis ilusiones, haciendo posible que en modo alguno decayera mi fe. Ella fue quien tuvo que soportar mis largas horas de divagación mental, quien escuchó al otro lado del teléfono con entusiasmo cada capítulo y cada nueva pieza de este puzle cuando aún ni siquiera vivíamos juntos. Día tras día regó el terreno de mi creatividad con sus palabras de aliento, haciendo que la semilla de mi fantasía fuera más fértil y productiva. Asimismo, rescató de los rescoldos de mi pasado una faceta que tenía un tanto oxidada bajo las toneladas de escombros de un desánimo paralizante. Ella supone la chispa de magia que incendia la hoguera de todas mis pasiones.

Cómo no, dar también las gracias a mi amigo y compañero de trabajo, Borja Canteli, por sugerirme en repetidas ocasiones que intentara materializar mis sueños en una novela del género zombi. Él fue quien me dio la idea de intentarlo con la editorial Dolmen, y por ello siempre estaré en deuda con él por sus consejos. También hizo que por primera vez me atreviera a introducir a una persona real en medio de la trama de una novela de terror.

A mis hermanos, Roberto y María de los Ángeles, así como a mis padres, Argentina y Juan José, por apoyar en todo momento mis ilusiones en este mundo apasionante de las letras. A Roberto por mostrar incansablemente su fe inquebrantable en mis proyectos, por sus largas charlas frente a una cerveza medio vacía y por todos esos momentos de reflexiones apasionantes sobre la música y la vida en general. Él sabe que todos mis logros son también los suyos, puesto que toda persona necesita siempre a alguien que le anime en la consecución de sus metas. A mi hermana mayor por todas aquellas noches de historias interminables, donde a menudo el terror me hacía acurrucar temerosamente bajo la manta de mi cama, observando inquieto las esquinas de nuestra habitación, pensando que tal vez pudiera haber algo de cierto en las cosas que ella me narraba. A mis padres por estar ahí siempre, y por aclararme algunas dudas con respecto al mundo de la mina, en cuyas oscuras galerías transcurrieron muchos años de la vida de mi padre.

También a mis sobrinas, Lida y Leticia, por representar una parte indispensable de mi vida, así como por ser las primeras «escuchantes» de mis relatos en las frías noches de invierno o las sofocantes tardes estivales. A mi pequeño sobrino Iker, por recordarme lo fabuloso y mágico que es el mundo primigenio de la inocencia y cómo la curiosidad es el motor que nos impulsa a descubrir siempre nuevos territorios, a analizar la vida con los ojos de la ilusión y la fantasía.

Y en general, a todos mis amigos y familiares, pues de no ser por ellos, los constantes tropiezos en el camino de la vida serían mucho más difíciles de sobrellevar.

Y por último, cómo no, agradecer también de todo corazón la confianza que han depositado en mi novela a Jorge Iván Argiz y Vicente García, de la editorial Dolmen.